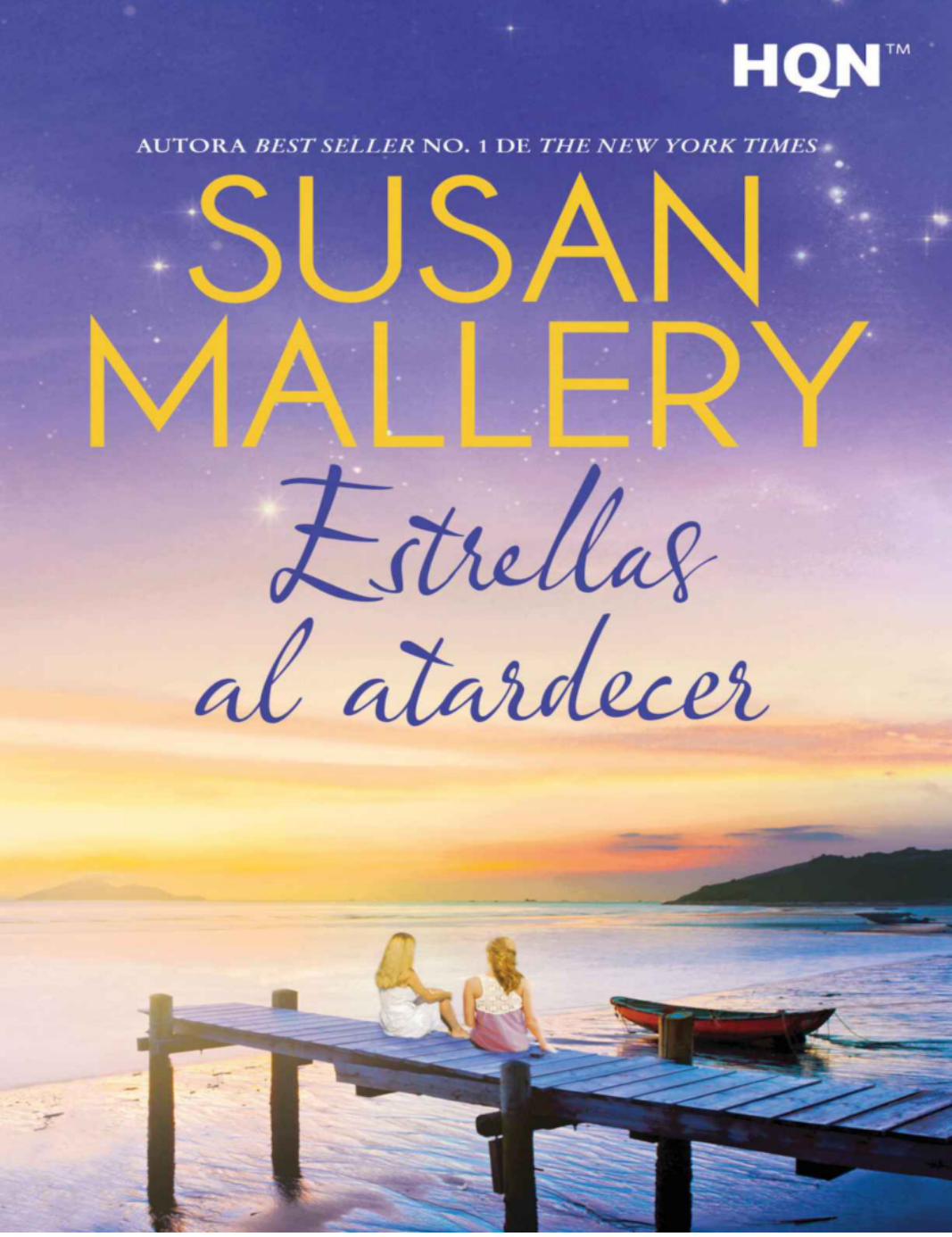
HQN™

AUTORA *BEST SELLER* NO. 1 DE *THE NEW YORK TIMES*

SUSAN MALLERY

Estrellas al atardecer



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2014, Susan Mallery Inc.
© 2023 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Estrellas al atardecer, n.º 280 - julio 2023
Título original: Evening Stars
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9788411419918

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Si te ha gustado este libro…

A las mujeres de mi vida.
Gracias por convertiros en mis «hermanas del alma».
Gracias por el amor y el apoyo; por la amistad, por las risas, por los consejos y por preocuparos por mí.
Gracias por estar ahí, por creer en mí y por vuestra sinceridad cuando voy a equivocarme.
Esto es para vosotras, con todo mi amor.

Capítulo 1

Después de una batalla entre Betty Boop y corazones de colorines, Nina Wentworth decidió que sería un día Betty Boop. Se puso la casaca de manga corta del uniforme y, antes de que la tela le cayera sobre las caderas, ya estaba dirigiéndose al baño.

–No te pegues mucho, no te pegues mucho –canturreaba mientras se paraba frente al espejo y agarraba el cepillo.

La prenda le caía como debía e incluso le sobraban algunos centímetros. Respiró aliviada. El incidente de la noche anterior con tres *brownies* y una copa bastante grande de vino tinto no le había dejado huella en las caderas. Daba gracias por ello y luego haría penitencia en una elíptica. O, al menos, juraría comerse un solo *brownie* cada vez.

Diez segundos de cepillado más un minuto de trenzado y su melena rubia quedó arreglada y perfecta. Disparada, salió al pasillo en dirección a la cocina, donde tenía las llaves del coche. Ya había agarrado el pomo de la puerta trasera cuando sonó el teléfono fijo.

Miró el reloj y miró el teléfono. Todos, amigos, familia y trabajo, tenían su móvil. Muy pocas llamadas entraban por la anticuada línea fija y ninguna para dar buenas noticias. Retrocedió y se preparó para el desastre.

–¿Diga?

–Hola, Nina. Soy Jerry, de Too Good To Be True. Acabo de abrir y tengo aquí a una chica intentando venderme una caja de mierdas… de cosas. Creo que son de la tienda.

Nina cerró los ojos mientras contenía un gruñido.

–A ver si lo adivino. ¿Veintipocos, pelo rojo con mechones morados y un tatuaje de un pájaro raro en el cuello?

–La misma. Me está mirando muy mal. ¿Crees que va armada?

–Espero que no.

–Y yo –dijo Jerry, que no sonó demasiado preocupado–. ¿Cómo se llama?

–Tanya.

De haber tenido más tiempo, Nina se habría caído redonda ahí mismo, pero tenía un trabajo de verdad al que ir. Un trabajo que no

tenía nada que ver con la desastrosa tienda de antigüedades de la familia.

–Has dejado que tu madre la contrate, ¿eh? –preguntó Jerry.

–Sí.

–No escarmientas.

–Ya. Voy a llamar a la policía para que vayan a recoger a Tanya. ¿Puedes entretenerla hasta que lleguen?

–Claro, pequeña.

–Genial. Después del trabajo me pasaré a por las cosas.

–Te las guardo –prometió Jerry.

–Gracias.

Nina colgó y corrió al coche. Una vez el móvil se conectó al Bluetooth, llamó a la comisaría y explicó lo que había pasado.

–¿Otra vez? –preguntó con tono de diversión Sam Payton, el ayudante del *sheriff*–. ¿Has dejado que tu madre la contrate?

Nina salió del camino de entrada marcha atrás, con cuidado. Las gracias de Jerry podía soportarlas. El hombre llevaba viviendo allí toda la vida, así que tenía permiso para burlarse de ella. Pero Sam era relativamente nuevo. No se había ganado el derecho a burlarse.

–Oye, que aquí tienes a una contribuyente denunciando un delito.

–Ya, ya. Estoy tomando nota. ¿Qué se ha llevado?

–No lo he preguntado. Está en la casa de empeños, en Too Good To Be True.

–Eso ya lo sé –le dijo Sam–. Iré a ver qué pasa.

–Gracias.

Antes de que él empezara a ofrecerle consejos sobre políticas de contratación, Nina colgó y giró hacia la colina. La mañana era clara, cosa rara a principios de primavera en el Pacífico Noroeste. Por norma, el buen tiempo no llegaba hasta que el verano no se acercaba más. Al oeste, aguas azules resplandecientes. Al este, Washington occidental.

Según subía y subía, mejoraban las vistas, aunque cuando aparcó frente a las tres casas de estilo Reina Ana en lo alto de la colina, pararse a disfrutar de la espectacular mezcla de cielo y océano era lo último en lo que pensaba.

Subió corriendo los escalones del porche delantero de la casa, y también consulta médica, de su jefa. La doctora Andi, como la conocían, era una popular pediatra de la isla. Mejor dicho, la única. Se había mudado allí hacía un año y había abierto la consulta en septiembre, y desde entonces la clínica estaba funcionando muy bien. Además, estaba recién casada y, desde hacía dos meses, también embarazada.

Nina abrió la puerta con llave y entró. Dio las luces, comprobó la temperatura del termostato y encendió los tres ordenadores de la

recepción.

Después de guardar el bolso en la taquilla, accedió con su clave a la agenda y vio que habían cancelado la primera visita del día. Andi agradecería tener ese tiempo de más para ponerse en marcha. Aún estaba con las náuseas matutinas.

Rápidamente comprobó el correo electrónico, reenvió algunos mensajes al encargado de la gerencia y la contabilidad, y se dirigió a la sala de descanso a tomar un café. Pocos minutos después de haber llegado, subió a las dependencias privadas de su jefa.

Llamó una vez antes de entrar. Se encontró a Andi, morena con el pelo rizado, alta y guapa, sentada a la mesa de la cocina. Tenía la cabeza apoyada en las manos.

–¿Sigues mal? –le preguntó dirigiéndose a un armario de la cocina.

–Hola y sí. No es que vomite, sino que cada segundo tengo la sensación de que voy a hacerlo –respondió Andi. Levantó la cabeza y respiró hondo–. ¿Vas a tomar café?

–Sí.

–Echo de menos el café. Estoy hecha polvo. Tengo que hablar con mis padres sobre mis antepasados. Está claro que no provengo de una estirpe fuerte y robusta.

Nina bajó una taza, la llenó de agua y la metió en el microondas. Después sacó una bolsita de té de la despensa.

–Té de jengibre no –dijo Andi gimoteando–. Por favor. Lo odio.

–Pero sienta bien.

–Prefiero vomitar.

Nina enarcó las cejas.

Andi se hundió en la silla.

–Soy un fracaso. Mírame. Llevo dentro un bebé del tamaño de un frijol y aquí estoy, con este berrinche. Qué vergüenza.

–Y, aun así, la necesidad de actuar con madurez no parece surtir efecto.

Andi sonrió.

–Es curioso, sí.

El microondas pitó. Nina metió la bolsita de té en el agua hirviendo y fue hacia la mesa.

La cocina comedor estaba abierta y tenía muebles pintados y mucho granito. El ventanal junto a la mesa les sacaba partido a las vistas del este que tenía la vieja casa. El continente relucía a solo unos kilómetros.

Andi había comprado la casa, una de las tres de la colina, al mudarse a Blackberry Island. Sin dejarse intimidar por las ventanas rotas y la fontanería anticuada, la había reconstruido desde los cimientos. Durante el proceso se había enamorado de su contratista, que era la causa de sus actuales problemas de barriga.

–Han cancelado tu primera consulta –le dijo Nina.

–Gracias a Dios –respondió Nina. Olfateó el té, arrugó la nariz y dio un trago–. Es el jengibre. Si pudiera tomarlo sin el jengibre, creo que podría soportarlo.

–La cuestión es que el jengibre es justo lo que te asienta el estómago.

–Qué perversa es la vida –Andi dio otro trago y sonrió–. Me gusta la casaca.

Nina miró el estampado.

–Betty y yo nos conocemos desde hace mucho.

Una de las ventajas de trabajar en Pediatría era que ahí se fomentaba el uso de atuendos alegres. En el armario tenía una colección de casacas divertidas y de colores vivos. No era alta costura, pero ayudaba a los niños a sonreír, y eso era lo importante.

–Tengo que volver abajo. Tu primera cita es a las ocho y media.

–Vale.

Nina se levantó y fue hacia las escaleras.

–¿Estás ocupada después del trabajo? –le preguntó Andi.

Debería ir a la casa de empeños a recoger lo que Tanya había intentado vender y luego pasarse unas cuantas horas en Blackberry Preserves, la tienda de antigüedades de su familia, para hacer inventario de los objetos robados. Después tendría que contarle a su madre lo que había pasado y, probablemente, darle una charla sobre la importancia de tener en cuenta las referencias de un posible empleado. El problema era que llevaba dándole charlas desde que tenía memoria y parecía que su madre nunca se quedaba con lo aprendido. Por muchas veces que Bonnie prometiera hacerlo mejor, jamás lo hacía. Y luego le tocaba a Nina solucionarlo todo.

–Sí, un poco. ¿Por qué?

–Hace una semana que no voy a pilates y es importante que siga haciendo ejercicio. ¿Me acompañarías? Es más divertido cuando vienes tú.

–Esta tarde no puedo, pero el lunes sí.

Andi sonrió.

–Gracias, Nina. Eres la mejor.

–Dame una placa y me lo creeré.

–Voy a encargar una hoy mismo.

Nina contó una por una las pegatinas de frutas y verduras sonrientes que tenía. Había suficientes, pero tendría que encargar más.

Desde la apertura de la consulta, Andi había puesto en marcha un programa mediante el que invitaba a clases del colegio local a hacer excursiones a la clínica. Los niños aprendían en qué consistía una

exploración básica y podían usar el estetoscopio y pesarse y medirse en un ambiente relajado y sin sentirse amenazados. El objetivo era que las visitas al médico les resultaran menos estresantes.

Nina se ocupaba de programar las excursiones y hacerles el recorrido. Cada alumno se marchaba con una bolsita cargada con pegatinas, un librito para colorear sobre las distintas formas de hacer ejercicio y una caja de pinturas.

Por norma era la recepcionista la que se encargaba de llenar las bolsitas de regalo antes de cada visita, pero la última vez había olvidado meter las pegatinas, así que ahora Nina se había hecho cargo de la tarea.

Estaba colocando en línea las bolsitas abiertas para llenarlas más deprisa cuando le sonó el teléfono. Se lo sacó del bolsillo y, al ver el nombre, pulsó el botón del altavoz y lo dejó en la mesa de la sala de descanso.

–Hola, mamá.

–¡Cariño! ¿Cómo estás? Nosotras bien, aunque tenías razón, como siempre.

Nina sacó una caja de pinturas del bolsón que tenía encima de la silla.

–¿Razón en qué?

–En lo de los neumáticos. En que deberíamos haberlos cambiado antes de salir. Anoche nevó.

Nina miró por la ventana. Estaba soleado, aunque se veían algunas nubes acumulándose en el horizonte. Por la tarde llovería.

–¿Dónde estáis?

–En Montana. Era increíble cómo caía. Había varios centímetros y los neumáticos no podían con ella. Dimos un patinazo y nos salimos de la carretera, pero estamos bien. Bertie encontró una tienda de Les Schwab y el encargado de allí resultó ser tan majo como el de casa.

Nina se sentó en la única silla que había libre.

–¿Habéis tenido un accidente de coche?

–No. Solo patinamos. No te preocupes. Estamos bien. Los neumáticos nuevos son muy buenos. Hemos ido a varias ventas de distintos estados y a un montón de tiendas de antigüedades. Estamos llenando la furgoneta de cosas preciosas. Te va a encantar lo que hemos encontrado.

Siguió hablando. Nina cerró los ojos y se frotó las sienes mientras se decía que el compromiso de tomar un solo *brownie* cada vez no se aplicaba al vino y que, cuando llegara a casa esa noche, se daría un baño y se tomaría una copa. Y luego ya tendría una crisis nerviosa.

Bonnie Wentworth había tenido a su hija mayor con dieciséis años. No sentó la cabeza al convertirse en madre y, desde luego, seguía sin haberlo hecho. Bonnie y su pareja, Bertie, recorrían el país haciendo

viajes de compras para la tienda de antigüedades. De todos modos, lo de *antigüedades* en este caso era un término muy libre. Lo más ajustado probablemente sería decir *chatarra*, pero incluso Nina evitaba todo lo posible la palabra por «ch».

Respiró hondo mientras su madre hablaba sobre una muñeca hecha a mano que había encontrado Bertie.

–Mamá, esta mañana Jerry ha pillado a Tanya intentando venderle artículos.

Bonnie se detuvo.

–¡No! –dijo sorprendida–. No me lo creo.

Nina contuvo las ganas de señalar que ese era el problema, que nunca se creía nada.

–Por eso quiero ser yo la que entrevista a los empleados. O, si no soy yo, al menos deja que lo haga Bertie.

–¿Seguro que no estaba vendiendo cosas suyas? Me pareció una chica majísima. No me gusta nada imaginármela haciendo algo así.

–Ni a mí. Sabrás que eso significa que la tienda está cerrada, ¿no? Otra vez.

Hubo un silencio.

–¿Quieres que volvamos? Podríamos estar allí en un par de días.

–No. Ya encontraré a alguien.

Nina sabía que, si se lo pedía, su madre volvería a casa para ocuparse de la tienda mientras encontraban a alguien, pero entonces ella se sentiría culpable. De hecho, ya estaba sintiéndose culpable, y de verdad que no sabía por qué.

–Cariño, tienes demasiadas cosas encima.

Nina abrió la boca y volvió a cerrarla. Era verdad. Y era así, básicamente, porque allí no había nadie más para ocuparse.

–Mamá, no pasa nada. Pero en la tienda necesitamos a alguien que sea responsable y capaz de trabajar sin robarnos.

–Tienes razón. Debe de haber alguien y seguro que lo encontrarás.

–Sí. ¿Has llamado para lo del tejado? ¿Va a venir a arreglarlo el chico?

–He llamado, sí –respondió su madre con tono triunfante–. Ya está solucionado.

–Genial. Gracias.

–De nada. Te quiero, cariño.

–Yo también te quiero, mamá.

–Te llamo dentro de unos días. Para entonces ya sabremos cuándo estaremos en casa. Adiós.

Nina oyó el clic y supo que su madre había colgado. Antes de seguir con las bolsitas de regalos, llamó al periódico local.

–Hola, Ellen. Soy Nina Wentworth.

La mujer, ya mayor, soltó una carcajada.

–A ver si lo adivino: necesitas a alguien para trabajar en Blackberry Preserves. Tengo la información del último anuncio, que es la misma que la del anterior y la del anterior a ese. ¿Quieres que lo publique?

Nina volvió a mirar por la ventana. Las nubes de tormenta estaban más cerca. Veía un poco del estrecho. Se preguntó dónde acabaría si se subiera a un barco en ese mismo momento.

–Sería genial. Gracias, Ellen.

–Nina, ya sabes que no puedes seguir dejando que tu madre contrate a los empleados de la tienda.

–Sí, ya lo sé –respondió agarrando el teléfono con fuerza.

Nina miró los artículos de la caja. Los candelabros eran de plata y tenían cierto valor. Había también varias joyas, algunas con piedras preciosas. El cuadro era una réplica barata y valía menos que el marco, pero aun así…

Jerry asentía mientras ella hacía inventario del alijo.

–¿Cómo es posible que una chica lo bastante lista para saber qué robar haya sido tan tonta de venir a vendérmelo a mí? ¿Por qué no ha cruzado el puente y ha ido a Seattle? En cuarenta minutos podría haber sacado el dinero y haber estado de vuelta.

–Eso mismo he pensado yo –admitió ella–. Pero me alegro de que le haya entrado la impaciencia. ¿Ha venido Sam Payton?

–Sí. Ha sacado fotos. Ha dicho que necesita saber el valor de los candelabros –dijo Jerry, un señor de sesenta y tantos años, regordete y un poco calvo–. Si es superior a cinco de los grandes, entonces la señorita Tanya ha cometido un delito de clase B. Si le cae la condena máxima, son diez años de cárcel con una multa de veinte mil dólares.

–Sabes mucho de delitos y leyes.

–En mi negocio conviene saber esas cosas.

Nina agarró la caja.

–Voy a tener que llamar a Sam, ¿verdad? Y me dirá que no puedo vender estas cosas hasta que esté resuelto el proceso contra Tanya, ¿no?

–No me extrañaría.

Genial. Así que ahora los únicos objetos de valor de la tienda iban a quedar confiscados.

Fue hacia la puerta.

–Gracias, Jerry.

–De nada. Contratad a gente mejor.

–Haré lo que pueda.

Jerry pulsó un botón para abrirle la puerta.

Nina cruzó el pequeño aparcamiento y abrió el maletero. Cuando se dirigía hacia la puerta del conductor, notó las primeras gotas de

lluvia.

Aunque la casa solo estaba a unas manzanas, tenía que pasar por la tienda y colgar un cartel explicando que estaría cerrada los próximos días. Y ya de paso vería qué más habían robado. Tal vez no había sido el primer intento de Tanya. Al día siguiente hablaría con Sam para saber los cargos que se iban a presentar contra su exempleada.

Arrancó el coche y condujo en dirección a la bahía. Blackberry Preserves no era una tienda elegante, pero tenía una ubicación brutal, justo frente a la pequeña playa. En verano había mucho turismo, que era lo que ayudaba al negocio a sobrevivir durante los meses de invierno, cuando había menos movimiento. Pero en esa época del año…

De pronto ocurrieron dos cosas a la vez: pasó de lloviznar a caer con fuerza y se le paró el motor. Del todo.

Al no saber bien qué hacer, giró el volante y avanzó hacia el arcén hasta que perdió la inercia. Embragó y arrancó de nuevo… o al menos lo intentó. El motor pareció ceder, pero no aguantó. Comprobó el depósito y vio que prácticamente estaba medio lleno. ¿Qué narices había pasado?

Más allá de echarle gasolina y saber a qué taller llevarlo para revisión, lo que sabía de coches y su funcionamiento podía llenar un vaso de chupito y aun así dejar espacio para el chupito. Se había quedado tirada.

Se miró la casaca.

–Me has fallado, Betty.

El dibujo animado no le respondió.

Nina sacó el teléfono y vio que estaba en una de las zonas sin cobertura de la isla. Entre la ubicación algo aislada y las colinas, había páramos telefónicos, sin señal móvil.

Adiós a la posibilidad de llamar a una amiga o al taller de Mike. Porque, aunque Mike podría ir a buscarla y llevarla a casa, ese hombre no era vidente.

Echó la cabeza atrás e intentó decirse que un paseo bajo la lluvia fría no la mataría. Lo único que necesitaba era llegar a una zona con cobertura. Después, cuando estuviera en casa, se daría ese baño y se tomaría la copa de vino. Aun así, intentar ser racional no le quitó las ganas de ponerse a gritar o llorar. O de, aunque fuera por una vez, pasarle el problema a otra persona. Pero no había nadie más; solo estaba ella.

No recordaba una sola ocasión en la que no hubiese estado solo ella. Llevaba cuidando de su madre desde que había tenido edad suficiente para preguntar «¿Mami, estás bien?». Se había ocupado de su hermana pequeña y del negocio familiar, y seguía haciéndolo ahora. Seguía preocupándose por la tienda, yendo a recoger las mierdas que robaban

los empleados que contrataba su madre y…

Agarró el volante con las dos manos e intentó zarandearlo.

–¡Conduce, imbécil! ¡Conduce!

Paró cuando las manos empezaron a dolerle. Luego sacó la llave del coche del llavero donde llevaba también las de casa y la metió debajo del asiento. Se echó el bolso al hombro y salió a la lluvia. En cuestión de segundos ya estaba empapada.

La buena noticia era que, si alguien pasaba conduciendo por allí, pararía y la llevaría a casa. La mala, que era la hora de la cena en una isla muy pequeña y las probabilidades de que la rescataran eran escasas.

Inició un largo recorrido hasta algún tipo de cartel o señal. A cada paso que daba, se decía que lo que estaba pasando era bueno. Ejercicio forzado. Además, tiritando se quemaban calorías. No hacía tanto frío como para tener que preocuparse por sufrir una hipotermia, pero la ropa se le pegaba al cuerpo de un modo nada favorecedor y los pantalones le rozaban los muslos. Seguro que le salía un sarpullido. Qué atractivo. Qué pena no ser una bloguera, porque con eso podría haber sacado una entrada estupenda. Podría haberla llamado «El día malísimo de Nina Wentworth».

Quince minutos después había empezado a recorrer las cinco fases del pesar. Rápidamente había pasado de la negación a la rabia y había decidido mantenerse en la última. Tenía todo el cuerpo frío, exceptuando la zona irritada donde le rozaban los muslos. Estaba temblando, chorreando y amargada como nunca en su vida. Miró el móvil, pero seguía sin señal. A ese paso, llegaría a casa antes de recuperar la cobertura.

Oyó un coche tras ella y se giró corriendo. Le daba igual quién fuera. Con mucho gusto se subiría al coche de un desconocido si hacía falta. Aunque en esa época del año en la isla no había muchos.

Con los ojos entrecerrados por la lluvia, intentó ver si reconocía el vehículo. Era azul y brillante. Un BMW nuevo, pensó cuando el coche aminoró la marcha. No conocía a nadie que condujera uno así. El conductor se paró a su lado y bajó la ventanilla del copiloto para decirle:

–Hola, ¿estás…?

El hombre se quedó mirándola un segundo.

–¿Nina?

Aunque Nina había ido directa a agarrar el tirador de la puerta, ahora retrocedió. Lo injusto de la situación hizo que le entraran ganas de levantar las manos al cielo y preguntar qué había hecho ella para merecer eso.

–¿Nina? –volvió a preguntar él–. Estás empapada. Sube. Te llevo a casa.

Pero no podía subir, pensó mirando esos ojos verdes y recordando su tierna expresión cuando él le había prometido que la querría para siempre… cosa que no había hecho. Porque, en lugar de eso, Dylan Harrington los había abandonado a su amor eterno y a ella cuando estaba en el tercer curso de universidad. Se había marchado de la isla y no había vuelto jamás. Bueno, de vez en cuando había ido a visitar a su familia, pero nunca se había molestado en volver a verla a ella. Ni una sola vez. Y lo peor de todo era que había ido diciendo que le había puesto fin a la relación por culpa de ella. Una persona más en su vida que no había estado dispuesta a responsabilizarse de sus actos.

–Nina, sube. Te vas a congelar.

–Prefiero caminar –dijo y se giró.

Alzando la cabeza orgullosa, e ignorando la lluvia que le salpicaba los ojos y la quemazón de los muslos irritados, se dispuso a hacerlo.

Capítulo 2

–Nina, sube al coche.

Quería ignorarlo, de verdad que sí. Pero él le hablaba con tono insistente y, por lo que recordaba, Dylan tenía la costumbre de dominar la situación.

Cerró los ojos deseando que desapareciera. Sin embargo, el zumbido constante del coche, que la seguía muy despacio, le demostró que el plan no tenía muchas posibilidades de funcionar.

–¿Te das cuenta de lo ridículo que es esto? –le preguntó él gritando.

Por desgracia, sí lo sabía. Y también sabía que al final se subiría al coche porque ya no podía soportar más estar así de mojada y de fría. ¿Pero por qué tenía que ser él? ¿Por qué no un asesino en serie bien vestido y discreto? Otras personas acababan estranguladas, pero ella no. Nooooo. Ella tenía que acabar encontrándose al examor de su vida.

–Vale –dijo dándose la vuelta y dirigiéndose al coche. La puerta del pasajero se abrió con suavidad y ella, empapada, se plantó sobre el asiento de cuero.

Durante un instante se sumergió en el aroma a coche nuevo y en la calidez que salía con fuerza por las rejillas de ventilación. «¡Qué gusto!», pensó mientras se apartaba de la cara el pelo chorreando. Luego se giró y de nuevo se topó con los ojos verdes de Dylan.

La expresión de él era una molesta mezcla de preocupación y diversión. «Que le den», se dijo. Cada vez que había pensado en él durante la última década, había imaginado que su primer reencuentro sería algo que podría planear; que estaría vestida a la perfección y respondería a las preguntas con unos comentarios jocosos pero sutiles que lo dejarían impresionado por su ingenio y disgustadísimo por haberla dejado escapar. Nunca había imaginado que estaría empapada y con los muslos rozados y escocidos.

–¿Qué ha pasado?

¿Qué había pasado con ellos? ¿Con ella?

–Con tu coche –aclaró Dylan cuando Nina no dijo nada.

–Ni idea. Se ha parado. Llamaré al taller cuando llegue a casa.

–Pues entonces te llevo allí.

No se molestó en preguntarle dónde vivía. Estaba claro que sus padres lo habrían mantenido informado sobre la población permanente de la pequeña isla. Además, si lo había preguntado, lo habrían informado de que, sí, ella seguía viviendo con su madre. Y no porque no pudiera permitirse tener casa propia, porque sí podía. Lo que pasaba era que, teniendo en cuenta cómo se ocupaba su madre de la tienda y de sus responsabilidades, a Nina le había parecido más sencillo quedarse donde estaba.

Condujeron en silencio unos dos minutos. Ella se movía, incómoda, consciente de que estaba mojando su impoluto asiento de cuero.

–Así que has vuelto –murmuró para romper el incómodo silencio. Al menos a ella le resultaba incómodo. No sabía qué opinaba él.

–Ajá. Terminé mi trabajo de investigación hace unas semanas, luego me fui a Europa de vacaciones y después vine aquí.

¿Unas vacaciones europeas? Nina pensó en cómo había pasado ella el último mes… y los últimos siete u ocho años: trabajando, ocupándose de cualquier desastre que desatara su madre y asegurándose de cómo marchaba la tienda. Tenía amigas con las que salir y se había unido a un club de lectura hacía poco, pero, ahora que lo pensaba, a su vida le faltaba cualquier tipo de emoción.

Y no porque quisiera impresionar a Dylan Harrington, se dijo. No quería.

–¿Sigues pensando en trabajar en la consulta de tu padre? –preguntó sabiendo la respuesta de antemano.

–Sí.

–Pensé que a lo mejor cambiabas de idea.

–Y yo –dijo Dylan sonriéndole–, pero no quería romperle el corazón.

Porque el padre de Dylan se había pasado la última década esperando poder decir «Mi hijo el médico» y, una vez pudo, no dejó de repetirlo de forma incesante. Le había dicho a todo el mundo que Dylan iba a trabajar en su consulta. Pero bueno, Nina suponía que la mayoría de los padres querían que sus hijos entraran en el negocio familiar. «Médico e Hijo», imaginó que diría el cartel de la puerta.

–Dejaste de trabajar para él –dijo Dylan.

Ella lo miró y desvió la mirada.

–Sí.

Hasta el otoño anterior había sido una de las enfermeras del doctor Harrington, básicamente porque era el único médico del pueblo y no había querido tener que ir hasta el continente a trabajar y luego volver a la isla cada día. Pero, ante la posibilidad de que Dylan volviera, le había preocupado perder su seguridad laboral. Por suerte Andi se había mudado al pueblo y había decidido abrir una consulta de Pediatría dándole así el trabajo perfecto.

–¿Te gusta trabajar con niños? –preguntó Dylan, que claramente

sabía dónde trabajaba.

–Sí. En la isla hay suficientes familias como para tenernos ocupadas, aunque no tantas como para estar desbordadas. Es genial trabajar con Andi.

–¿Te marchaste por mí? –preguntó él deteniéndose en una esquina y asegurándose antes de hacer el giro.

Era una pregunta directa que no se había esperado.

–Me hacía mucha ilusión tener la oportunidad de trabajar con Andi –respondió Nina esquivando la pregunta.

Lo cierto era que se habría marchado de cualquier modo. Le habría sido imposible estar con Dylan día tras día. Habría sido una situación rarísima. Había sido su primer novio, su primera vez, su primer desamor. Era un hombre guapo, un médico, y solo era cuestión de tiempo que se enamorara y se casara. Y aunque no lo quería para ella, desde luego tampoco quería que nadie pensara que estaba rondándolo y suspirando por él.

Se recostó en el asiento y suspiró. ¿Por qué no se había planificado mejor? Todo resultaría mucho menos incómodo si se hubiera casado con un tipo rico, a ser posible uno con yate. O si se hubiera marchado al Tíbet a abrir un orfanato. Algo notable e importante. O al menos podría estar estudiando para ser neurocirujana. Pero, en lugar de eso, era enfermera de una consulta de Pediatría y su historial romántico tenía muy poco atractivo. Había estado casada una vez. Durante cinco días. No podía decir que fuera su momento de mayor orgullo.

Se suponía que Dylan y ella iban a ejercer de médicos juntos, recordó con pesar. Eso era lo que habían hablado: irían juntos a la Facultad de Medicina y abrirían una clínica. Por aquel entonces ella no había decidido su especialidad y él estaba pensando en ser médico de Urgencias.

Pero entonces habían roto y a Nina le había sido imposible encontrar el dinero necesario para perseguir sus sueños. Entre ocuparse de su madre, de su hermana pequeña, de la tienda y de todo lo demás, había perdido su camino. Estudiar Enfermería había resultado mucho más práctico. Solo había necesitado estar fuera dos años en una universidad de cuatro. No recordaba haber tomado la decisión; de algún modo, su vida había seguido ese curso, sin más.

Dylan paró en el camino de entrada de su casa. La lluvia seguía cayendo con fuerza en el parabrisas y a Nina no le apetecía tener que echar a correr hasta la casa. No con los pantalones pegándosele a todas partes y él mirando. E igual de embarazoso resultaba ver el desaliño de la casa desde el coche. No había cambiado nada en los últimos diez años. Necesitaba una mano de pintura y un tejado nuevo. Era algo que había planificado, pero en octubre habían tenido un problemón con la fontanería que se había chupado casi todos sus

ahorros.

–Gracias por traerme –dijo girándose hacia él y lanzándole una sonrisa con la que esperaba resultar agradable y transmitir seguridad en sí misma–. Has estado de lo más oportuno. Me habría tocado un camino a casa largo y desagradable. Siento haberte mojado el asiento.

–No le va a pasar nada. Venga, vamos a meterte en casa.

Antes de que Nina pudiera responder, Dylan estaba bajando del coche y dirigiéndose hacia ella. ¿Qué? ¿Iba a acompañarla?

Corriendo, salió del coche.

–No hace falta que me acompañes hasta dentro. En serio. Tú sigue con lo que estuvieras haciendo. Me has ahorrado un camino a casa bien largo. Con eso ya basta por hoy.

Él le sonrió con naturalidad y le puso una mano en la parte baja de la espalda.

–Para estar calada y helada, estás discutiendo mucho.

Al instante estaban yendo hacia la puerta. Nina abrió y, al entrar, se quitó las zapatillas empapadas. Dylan le pasó por delante. Ella se quitó los calcetines y soltó el bolso sobre las baldosas del vestíbulo antes de entrar descalza en el salón.

En un momento se fijó en varias cosas.

La primera: había una humedad sospechosa en una esquina del manchado techo. Mientras miraba, una gota cayó en la alfombra, lo que significaba que su madre NO había llamado a los del tejado. Tim, su manitas para todo, siempre acudía puntual a solucionar cualquier crisis que les surgiera. Así que si el tejado seguía goteando, era porque nadie le había dicho que lo necesitaban allí.

La segunda: no recordaba la última vez que un hombre había entrado en su casa. Bueno, un hombre-hombre, no uno que fuera a trabajar. Dylan era alto y masculino. Ahí, en una sala abarrotada con demasiados muebles y «tesoros» de la tienda, estaba como fuera de lugar. Cada rincón, cada estantería y cada superficie estaban hasta arriba de figuritas, cajas de madera o de cristal, marcos de fotos y jarrones que su madre no soportaba vender. Porque, para Bonnie, unos objetos eran para compartirlos con el mundo y otros, para guardarlos para la familia.

La última y, tal vez, la más inquietante: tener a Dylan ahí de pie en su salón le hacía darse cuenta de lo descuidado que lo tenían todo.

El sofá estaba viejo y estropeado, con marcas permanentes en los cojines donde se sentaban noche tras noche. Muescas y abolladuras afeaban la mesita de café. Las pantallas de las lámparas habían pasado del color crema a un amarillo sucio.

Observó la sala como si no la hubiera visto nunca, impactada por haber dejado de ver todo lo que la rodeaba. Por un segundo fue consciente de que sus esperanzas y sueños habían sufrido la misma

clase de abandono hasta convertirse en invisibles por falta de atención. La invadió la tristeza; la sensación de pérdida le dolió casi tanto como para emitir un grito ahogado.

–Esperaré mientras te cambias –le dijo Dylan sentándose como si tuviera planeado quedarse.

Lo miró asombrada. ¿Por qué?

Entonces notó el frío húmedo de la ropa y el agua goteándole desde el pelo.

–Claro –respondió y corrió hacia el pasillo sintiendo la quemazón del tejido de algodón mojado rozándole la piel.

Diez minutos después estaba en vaqueros y sudadera. Con el pelo había hecho lo que había podido: se lo había secado con una toalla y se lo había peinado. No le daría tiempo a peinárselo a secador porque eso supondría… No sabía qué, pero, en fin, que no usaría el secador. Se puso unos zapatos planos y volvió al salón.

Dylan estaba sentado donde lo había dejado. Se levantó cuando ella entró.

–¿Mejor?

–Mucho mejor –respondió Nina metiéndose las manos en los bolsillos–. No hacía falta que te quedaras.

–He pensado que podríamos charlar un poco y ponernos al día. Hace mucho que no te veo.

Unas palabras sencillas que la desconcertaron de verdad. La pregunta obvia era ¿por qué? ¿Por qué quería que se pusieran al día? Llevaban una eternidad sin verse y, más allá de vivir en la isla, no tenían nada en común. Ya no. Tal vez nunca lo tendrían.

Ojalá no fuera tan alto, pensó señalando a la cocina. Cuando estaban en el instituto, Dylan había sido lo que su madre había llamado un «chico de ensueño». Ahora era un hombre de éxito, educado, con un buen empleo, y seguía siendo guapo. Los ojos verdes y la mandíbula marcada, por no hablar de los hombros anchos, le tendrían asegurado un tropel de mujeres para elegir. ¿Por qué no se habría casado con ninguna?

Nina se detuvo en el centro de la cocina. Se negaba a sentirse avergonzada por el linóleo desgastado o los muebles viejos. Ya había sufrido bastante humillación por un día.

–¿Vino? –le preguntó acercándose al pequeño botellero que tenían en la encimera. Sacó una de tinto antes de que él pudiera responder–. O puedo hacerte un café.

–El vino me parece bien.

Nina sacó el abridor, pero antes de llegar a agarrar la botella, Dylan estaba a su lado.

–Déjame a mí.

«Qué caballeroso», pensó no muy segura de si estaba impresionada

o enfadada. Su madre tenía que estar muy orgullosa de él.

Dylan descorchó la botella con mucho menos esfuerzo del que solía hacer ella y sirvió dos copas. Por un instante Nina pensó que debería tener algo de picoteo siempre a mano para ofrecer a sus invitados. Había guardado los *brownies* que habían sobrado, pero no pensaba compartirlos. Tendría que bastar con el vino.

Lo condujo de vuelta al salón y ocupó una esquina del sofá. Se descalzó y se sentó sobre sus pies. Dylan se sentó en el sillón situado enfrente y levantó la copa.

–Por los viejos amigos.

Ella enarcó las cejas.

–Imagino que te refieres a amigos que hace tiempo que no se ven más que a amigos *viejos*.

Él sonrió.

–Exacto –dio un trago de vino–. Qué rico.

–Gracias.

–Bueno, ¿qué tal te va todo?

Nina pensó en Tanya y en el robo, en la gotera del tejado y en que aún tenía que llamar al taller para que fueran a por su coche.

–Genial.

–Me han dicho que tu hermana se ha mudado a otro estado.

–Averil vive en Mischief Bay. En California, al sur de Santa Mónica.

–Ah, sí. ¿Está en la universidad?

Nina sonrió.

–Se graduó hace mucho tiempo, Dylan. Está casada. Escribe para la revista *California Girl*.

–¿Casada? –preguntó él levantando una ceja–. ¿La pequeña Averil? No me lo puedo creer.

–Ya, pero así es.

–¿Tiene hijos?

–Aún no –respondió Nina y, mirándolo por encima de la copa, añadió–: No estás casado.

–¿Ha sido una pregunta o una afirmación?

–Una afirmación –contestó Nina con una sincera sonrisa–. ¿Olvidas dónde estamos? Esta isla es la definición de *pueblecito*. Por supuesto, lo sé todo de ti.

–Bueno, espero que no *todo* –dijo él con gesto irónico.

«Probablemente no», admitió Nina para sí. Pero durante un tiempo había sido la guardiana de sus secretos y, en teoría, de su corazón.

Tenía quince años cuando se había enamorado de Dylan. Ella estudiaba segundo y él estaba en el último curso del instituto. Había intentado disimular que estaba coladita por él, pero le había sido imposible no mirarlo cuando estaba cerca. Un día, en el almuerzo, Dylan se le había acercado.

–¿Cuándo es tu cumpleaños? –le había preguntado.

–Dentro de tres semanas.

A Dylan se le habían entrecerrado los ojos al reírse.

–¿Vas a cumplir dieciséis?

–Ajá.

–Esperaré.

–¿Porque con quince soy demasiado pequeña? –había preguntado ella–. No sé si sabes que no voy a cambiar nada en las próximas tres semanas. Seguiré siendo exactamente la misma.

Él se había encogido de hombros.

–Esperaré.

Esperó y el día de su decimosexto cumpleaños le pidió salir. Y la besó como no la habían besado nunca.

Antes de aquel beso había habido alguno más, pero habían sido besos tontos y patosos en fiestas donde se utilizaban los juegos para ocultar la torpeza de la adolescencia. Habían sido besos insignificantes. En cambio, besar a Dylan la había dejado fascinada.

Desde aquel día habían sido pareja. Él se había graduado y, aunque se había marchado a la universidad, habían seguido juntos. Los problemas habían empezado cuando ella estaba a unos meses de terminar el instituto.

–¿Cuándo empiezas a trabajar? –le preguntó Nina al volver al presente. Mejor ceñirse a preguntas de cortesía para no adentrarnos en conversaciones peligrosas.

–El lunes.

–¿Estás ilusionado?

Él subió las cejas al responder:

–No sé si describirme como *ilusionado*.

–Tu padre lo está.

Porque no había nada que el doctor Harrington padre quisiera más que tener a su hijo trabajando con él en su consulta. Llevaba hablando de eso desde antes de que Dylan naciera. O, al menos, eso decían en la familia.

–Ya lo sé. No deja de decírmelo –dijo Dylan antes de dar un trago de vino–. Ya ha diseñado mis nuevas tarjetas de visita.

Por el tono en que lo dijo, Nina preguntó:

–¿No querías volver?

–Claro que sí.

Lo observó sin saber muy bien si creerse lo que estaba diciendo.

–Tenías una obligación. Hay una diferencia.

Dylan miró a su alrededor.

–¿Dónde está tu madre?

–En Montana, de viaje de compras.

Él sonrió.

–Me acuerdo de esos viajes que hacía y de cuánto le gustaban los tesoros que encontraba.

–Le encanta hurgar en las cosas de los demás.

–Tiene una tienda de antigüedades.

Un nombre demasiado excelso para lo que Blackberry Preserves era en realidad, pero a su madre le habría encantado oírlo.

–Últimamente trae menos chatarra –admitió–. Es gracias a Bertie, que tiene buen ojo para las gangas.

–¿Quién es Bertie?

Nina alzó la barbilla al responder:

–La pareja de mi madre.

Dylan ni se inmutó.

–Ah, sí, creo que mis padres me contaron algo. Estoy impresionado. ¿Cuándo salió del armario?

Nina se había esperado otra reacción más fuerte, una que le permitiera sentir algo de desagrado por él. Su aprobación resultaba decepcionante.

–Hace unos diez años. Bertie empezó a venir mucho por casa. Averil y yo creíamos que eran amigas y entonces Bertie se quedó a pasar la noche unas cuantas veces. Un día habló conmigo a solas y me dijo que quería mudarse y que si me parecía bien.

Sonrió al recordarlo.

–La aprecio mucho. Es una persona muy equilibrada.

–¿Y eso significa que gracias a ella no tienes que ser la única adulta de la casa?

Ella asintió. Dylan estaba al tanto de todo. Había visto todo por lo que había pasado. A veces Nina se preguntaba si una de las razones por las que había roto con ella había sido saber lo complicada que era su familia.

–Me viene bien –respondió cambiando de postura en el sofá–. Pero ya vale de hablar de mi familia. ¿Qué tal la tuya? ¿Estás en casa de tus padres?

Él negó con la cabeza.

–Vine a la isla hace un par de meses y me compré un piso junto al puerto deportivo. La semana pasada terminé todo el papeleo y me mudo dentro de unos días.

Siguió hablando de la mudanza, pero ella ya no estaba escuchando. ¿Un piso en el puerto deportivo? Seguro que era uno de esos nuevos tan lujosos, con encimeras de granito y conserje veinticuatro horas.

«Qué ridículo», pensó bajando la mirada hacia la alfombra marrón de pelo largo, que debía de tener al menos quince años. Estaban en Blackberry Island. El chico de UPS dejaba los paquetes en el porche.

Dylan estaba limpio y olía bien. Tenía mejor aspecto que ella. Se había marchado para perseguir sus sueños y ahora era un médico feliz

y de éxito. Ella estaba estancada y ni siquiera sabía cómo había acabado así. ¿Cómo habían pasado diez años? ¿Cómo era posible que no hubiera llegado a triunfar? ¿Sería por las circunstancias o sería culpa suya? Aunque no le gustara, tenía la sensación de que, más bien, era lo último.

–Es tarde –dijo de pronto y levantándose.

Él se quedó aturdido un segundo y luego soltó la copa y se levantó también.

–Claro. Me ha alegrado verte, Nina.

–A mí también. Gracias por traerme. Te lo agradezco mucho.

–No hay de qué.

Lo acompañó a la puerta, murmuró las buenas noches de rigor y cerró. Ya sola, volvió al sofá y se hundió en los cojines. Su vida era un desastre, pensó angustiada. Y si no un desastre, como poco era penosa, que podía ser incluso peor.

Capítulo 3

«El arte de un primer beso perfecto». Averil Stanton se detuvo a pensar en el titular y sacudió la cabeza. Ni hablar. La revista *California Girl* estaba dirigida a chicas de entre trece y diecinueve años. Hablar de un primer beso era demasiado restrictivo.

Siguió mirando la pantalla y volvió a intentarlo. «Cada primer beso es distinto». Mejor. Porque siempre había un primer beso nuevo. Al menos para esas chicas. Una vez te casabas, las probabilidades de un nuevo primer beso eran escasas, como lo eran las posibilidades de algo nuevo de cualquier cosa. Sin embargo, eso no lo compartiría con sus lectoras. Eran jóvenes y estaban llenas de ilusiones. ¿Por qué deprimirlas?

Dio un trago de té. No podía decirse que no estuviera felizmente casada. Kevin era estupendo y ella adoraba su vida. Vivía a seis minutos del océano Pacífico, en Mischief Bay, un ecléctico pueblo playero del sur de California. Tenía su trabajo y sus amigas y…

–¡Para! –dijo antes de cerrar el portátil de golpe y levantarse.

Fue a la ventana y miró hacia el jardín lateral. Las vistas eran poco más que la valla del vecino y el cubo de reciclaje, pero, al parecer, resultaban más fascinantes que su trabajo.

No podía centrarse, pensó agobiada. No podía escribir. Lo que fuera que le estaba pasando era cada vez más habitual. En los últimos meses había entregado los artículos al borde de la fecha límite. Su jefa no le había dicho nada, pero Averil sabía que acabaría haciéndolo. El contenido digital tenía que producirse con regularidad, y si ella no seguía el ritmo, había cientos de aspirantes más jóvenes preparados para ocupar su lugar. La versión impresa de la revista solo salía una vez al mes, pero la *online* necesitaba actualizaciones diarias.

Se acercó al estropeado sillón del rincón y se dejó caer sobre el asiento aplastado. A lo mejor debería ir al médico. Unas vitaminas podrían ayudarla. O hipnosis. Últimamente se encontraba mal en todos los sentidos. Estaba intranquila y no sabía por qué. Nerviosa sin causa.

Volvió a mirar afuera. Tal vez salir a correr la animaría. Ya había hecho ejercicio esa mañana, pero una carrerita por la playa le

despejaría la cabeza. O también podía ir al centro comercial y…

–¿Averil?

Levantó la mirada y vio a Kevin de pie en la puerta de su pequeño despacho. Después de la cena se había retirado allí diciendo que tenía trabajo. Y eso también era algo que estaba haciendo cada vez más: desaparecer y recluirse en su espacio privado para acabar viendo que, aun así, no podía ni centrarse, ni pensar, ni hacer nada.

Kevin parecía tenso. Ella se levantó.

–¿Estás bien?

–He decidido afilar los cuchillos de la cocina.

Averil le miró la mano y vio una venda cubriéndole el dedo corazón.

–¿Es profundo?

–No. No es nada. Pero, mientras buscaba la venda, he encontrado otra cosa.

Kevin entró en el despacho y levantó un pequeño recipiente redondo de plástico.

–Habíamos decidido intentar tener un bebé, Averil. ¿Por qué sigues tomando la píldora?

Averil notó un calor instantáneo en las mejillas al mismo tiempo que su instinto le pedía buscar un lugar donde esconderse. O un modo de escapar. Pero ya que Kevin estaba entre la puerta y ella, y que no estaba dispuesta a probar a saltar por la ventana, no tenía escapatoria.

–No es lo que crees –dijo con tono fuerte aun sabiendo que sí lo era–. Tener un bebé es una decisión muy seria. No puedes esperar que me quede embarazada así, sin más. No es ni justo ni razonable.

Intentó frenar las palabras porque sabía que luego se le volverían en contra. Y es que Kevin, ante todo, era justo. Habían hablado… hasta la saciedad. Durante semanas y semanas. Habían hecho listas de pros y contras, y habían acordado que había llegado el momento de tener hijos. Sin embargo, ella no se veía capaz de dejar de tomar la píldora. Cada mañana se decía que estaba preparada y cada mañana se tomaba una pastillita.

–Sigues tomando anticonceptivos –dijo Kevin ahora sin preguntar nada.

Ella asintió, preparada para la discusión, pero él, en lugar de decir algo, se dio la vuelta y se marchó.

Averil se quedó de pie en el despacho intentando controlar la respiración y preguntándose qué pasaría ahora. Luego recorrió el corto pasillo y entró en la habitación que Kevin usaba como despacho.

Estaba sentado en su mesa y tenía el blíster de píldoras junto al teclado. No estaba escribiendo, pero tampoco la miró.

Lo había conocido seis años atrás, cuando ella estaba en el último año de universidad. Una estudiante de Periodismo haciendo un

reportaje en una feria de Mischief Bay. No eran sus tareas habituales. Había sido la reportera de referencia del periódico de la facultad y estaba acostumbrada a cubrir historias impactantes sobre criminales o casos de encubrimiento. Pero uno de los reporteros novatos había caído enfermo y ella había accedido a sustituirlo.

Era lo bastante guapa como para estar acostumbrada a despertar mucha atención entre los hombres. Alta y rubia, resultaba prácticamente una especie autóctona en una playa californiana. Estaba tomando notas y sacando fotos cuando un chico se le había acercado.

Era mono, más o menos de su estatura, delgado y con la mirada intensa de un hombre más inteligente que la media.

–Te has dejado esto en ese banco de ahí atrás –le había dicho él acercándole la bolsa de la cámara.

Averil había sonreído, le había dado las gracias y luego, con tono pícaro, había dicho:

–¿Y ahora vas a intentar ligar conmigo?

–No –había respondido él negando con la cabeza–, pero sí te diré que no deberías usar el autoenfoque aquí. Deja entrar demasiada luz y vas a perder contraste en la imagen.

Una respuesta nada habitual. Averil lo había mirado con atención, fijándose en las motas doradas de sus ojos marrones y en la forma de su boca. Le faltaba el bronceado intenso de un surfista, aunque tampoco era ninguna sorpresa. «Ingeniero», había pensado. «O informático».

–¿Te gustan las chicas, verdad? –le había preguntado ella.

Y entonces ahí él le había sonreído. Una sonrisa lenta y sensual que hizo que se disipara el ruido que los rodeaba y se le encogieran los dedos de los pies dentro de sus zapatillas Keds.

–Yo me ocupo de sacar las fotos –había dicho él agarrando la cámara– y tú tomas notas.

–Estoy escribiendo un artículo para *The Daily Bruin*. El periódico de UCLA.

–Ya sé lo que es.

–¿Has terminado la facultad?

–Sí. Acabo de conseguir un trabajo en una compañía de *software*, aquí en Mischief Bay.

Se había colgado la cámara al cuello y estaba haciéndole unos ajustes.

–Fui al MIT.

Inteligente, una sonrisa fantástica y además tenía trabajo. La cosa mejoraba.

–Soy Averil –había dicho ella.

–Kevin.

No había intentado ligársela allí, pero sí que le había pedido salir.

Habían pasado tres citas hasta que la había besado y casi cuatro meses hasta que se habían acostado. El día siguiente a que Averil se licenciara, Kevin le había pedido matrimonio. Ella le había dado el sí a él y también a un empleo a tiempo completo en la revista *California Girl*.

–Sobre lo de la píldora… –dijo Averil entrando en el despacho.

–Dijiste que estabas preparada. Dijiste que querías tener hijos. ¿Has cambiado de idea?

–No. Es solo que… –dijo dando un paso al frente– están pasando muchas cosas.

–¿Qué está pasando que no esté pasando siempre? Estamos instalados en la casa, tenemos dinero en el banco. Tienes tu trabajo y tu novela. ¿A qué esperas?

Ojalá no hubiera mencionado la novela; la novela que debería estar escribiendo, la que era poco más que unas cuantas notas y ciento cuarenta y siete comienzos fallidos. Decir que ibas a escribir una novela era fácil. Escribirla de verdad, no tanto.

–Me siento presionada –dijo a la defensiva. No le gustó oírse así–. Es muy pronto.

–En unos meses celebramos nuestro quinto aniversario, y no es que fuese una boda de penalti precisamente.

–No, pero…

Él la miró; sus ojos marrones estaban cargados de algo que solo podía significar que se sentía traicionado. Por su expresión, parecía como si ella le hubiera arrancado el corazón.

–Kevin, no –dijo con la voz entrecortada y yendo hacia él–. Yo…

–¿Tú qué?

–Lo siento.

–Nina te ha dicho que esperes, ¿a que sí?

Averil tuvo que contener el abrumador deseo de ponerse a patalear.

–Siempre tienes que mencionar a Nina. ¿Por qué odias a mi hermana?

–Sabes que la aprecio mucho. La menciono porque siempre está con nosotros.

–Qué tontería. Está a miles de kilómetros.

–No. Es la voz de tu cabeza. Os pasáis semanas hablando a diario hasta que discutís y luego estás quejándote todos los días hasta que hacéis las paces. Su opinión es la que más te importa –dijo Kevin volviendo a centrar la atención en el ordenador–. Nunca somos tú y yo los que tomamos una decisión. Siempre somos los tres.

Quería decirle que se equivocaba, pero Kevin tenía razón. La última vez que Nina y ella habían tenido una buena había sido tres semanas atrás y no habían vuelto a hablar desde entonces. Qué curioso, ni siquiera recordaba por qué habían discutido.

Miró a Kevin y sintió su dolor. Él quería más, y por mucho que ella quería dárselo, no podía. El problema era que su marido la veía más capaz de lo que era en realidad. Pero ¿cómo iba a decirle al hombre de su vida que esperara menos de ella?

–Necesito más tiempo. Por favor, deja de presionarme.

Esperó, suponiendo que él le diría que pedirle que cumpliera con su palabra no era exactamente emplear fuerza bruta, pero Kevin se limitó a asentir.

–Te quiero –susurró ella.

Él la miró.

–A veces no lo tengo tan claro.

A la mañana siguiente Nina tenía apagado el despertador. Era una de las ventajas que tenían las mañanas de los sábados. Había pasado la noche inquieta. Aunque se había resistido a la llamada de los *brownies*, se había rendido al vino. Y lo peor de todo era que había estado soñando con Dylan, probablemente por haberlo visto y haber visto luego *El día de mañana*.

Suponía que la mayoría de las mujeres que se paraban a recordar una ruptura recurrían a una comedia romántica clásica o a una película que las hiciera llorar. Ella también lo habría hecho de no ser porque Dylan había roto con ella después de que hubieran visto *El día de mañana*. Ella estaba haciendo un comentario sobre el calentamiento global cuando él le había dicho que ya no volvería a la isla los fines de semana.

Ahora su cerebro tenía las imágenes del hielo y la nieve asociadas al dolor de haber perdido al único hombre al que había amado. En su dolor, la magnitud de la tormenta era equivalente a la inmensidad del vacío que había en su corazón. Dylan, que había llenado gran parte de su mundo, iba a desaparecer.

Y ahora, tanto tiempo después, había vuelto. Pero bueno, no le supondría ningún problema, se dijo mientras se incorporaba y se estiraba. Tampoco es que hubiera ido a buscarla. Su encuentro había sido fortuito por completo. Incluso en una isla así de pequeña, no era probable que se topara mucho con él.

«Y mejor así», pensó de pie junto a la cama. Se limitaría a…

–Mierda. ¡Mi coche!

No había llamado a Mike para avisarlo, no le había pedido que lo remolcara hasta el taller para empezar a arreglarlo. Y todo porque había estado distraída con un guapo hombre del pasado. Dylan tenía la culpa de muchas cosas.

Miró el reloj y vio que eran casi las ocho y media, lo que significaba que el taller de Mike llevaría abierto una hora. Los sábados estaba

muy ocupado, así que estaba segura de que alguien se habría quedado ya con la destartalada camioneta que hacía las funciones de coche de sustitución.

Entró en la cocina y levantó el teléfono. La tarjeta de Mike era una de las muchas pegadas en la nevera con imanes diseñados para el mercado turístico. Como era de esperar, su madre los coleccionaba.

Mike respondió al tercer tono.

–¿Sí?

–Soy Nina Wentworth.

–Mira, soy bueno, pero no tanto. Me pondré con él luego. Supongo que es el inyector del combustible, pero, en serio, es solo una suposición.

Nina parpadeó varias veces.

–¿Cómo dices?

–Tu coche. Por eso llamas, ¿no? No intentas venderme una suscripción a alguna puñetera revista, ¿verdad?

–¿Qué? No –respondió yendo hacia la mesa y sentándose–. ¿Mi coche está allí?

–Claro. Ayer justo antes de cerrar me llamaron para que fuera a recogerlo. Anoche mandé a Benny a llevarte el de sustitución. ¿Me estás diciendo que no sabes nada de esto?

Ella se levantó y entró en el salón. Al mirar por la ventana, vio una camioneta destartalada en el camino de entrada.

«Dylan», pensó sin poder creerse que se hubiera tomado tantas molestias. Pero no había otra explicación.

–Eh… gracias, Mike. Siento haberte molestado. Avísame cuando esté listo e iré para allá.

–Claro. El lunes probablemente. Puedes pasarte en tu descanso para el almuerzo.

–Genial.

Colgó más que un poco confusa por lo que había pasado. Volvió a mirar por la ventana. Sí, ahí estaba. El coche de sustitución.

Soltó el teléfono y entró en el dormitorio. Tenía una lista kilométrica de cosas por hacer y ninguna decía nada sobre pensar en un exnovio. Dylan había sido muy amable y eso hablaba bien de él. Que ella no quisiera que fuera amable era problema suyo.

A las nueve y media Nina había llegado a Blackberry Preserves. Como era sábado, puso el cartel por el lado de *Abierto*, aunque tampoco se esperaba muchos clientes. Aún era pronto para que hubiera muchos turistas y los vecinos no solían pasarse a curiosear los fines de semana. Encendió el interruptor de la luz que había junto a la puerta y atravesó unos pasillos estrechos hasta la trastienda. Después

de meter el bolso en un cajón del escritorio, subió la calefacción y puso una cafetera.

En teoría, el inventario de la tienda debería estar informatizado.

En realidad, más de la mitad de las existencias entraban y salían sin quedar registradas. Los viajes de compras de Bonnie se hacían con dinero en metálico y se justificaban con recibos, en su mayoría escritos a mano. Nina sabía que algún día tendría que solventar el problema, pero había estado posponiéndolo todo lo posible. Y así seguiría, pensó mientras volvía a la zona principal de la tienda.

A la izquierda, viejas estanterías de madera albergaban una colección impresionante de fiambreras antiguas de todo tipo; desde unas de Hopalong Cassidy a otras de Mi Pequeño Pony, pasando por las del primer Batman. Algunas estaban abolladas y desgastadas, pero otras parecían nuevas. Un par de ellas aún tenían sus termos.

A Bonnie le encantaban las fiambreras porque, por lo general, los niños eran felices. Esa era su lógica. Las compraba para compartir con otros la alegría que le producían. Saber que acumulaban más objetos de los que vendían no parecía importarle.

Tres grandes vitrinas contenían figuritas de todo tipo. Lladró y Hummel además de otras de artistas más oscuros. A Nina no le habían gustado esas estatuas diminutas ni siquiera de pequeña. Siempre le había parecido que la observaban con malas intenciones, y lo mismo le había pasado con las muñecas antiguas. En cambio, la ropa *vintage* le había parecido divertida. Estaba llena de polvo y olía raro, pero Averil y ella lo habían pasado muy bien jugando a disfrazarse.

Se acercó a un perchero de vestidos de fiesta de los años cuarenta. Le había encantado ponérselos y bailar con una tiara oxidada en la cabeza.

«Tú eres la reina y yo la princesa», le había dicho Averil en una ocasión.

Nina se había resistido diciendo que podía haber dos princesas. Ya con nueve años había entendido que ser la reina implicaba responsabilidad, y lo único que quería era poder evadirse unos minutos. Pero Averil había sido una niña muy terca.

«Tú eres mi reina, Nini. Siempre serás la reina».

Tocó otro vestido y recordó que su hermana decía que podía saber si la dueña había sido feliz solo por el olor de la tela. Como para Nina todo olía a polvo, nunca había sabido si su hermana decía la verdad o no. El caso era que Averil solo se ponía ropa de gente feliz e inspeccionaba a conciencia todo el inventario nuevo.

Nina suponía que todo el mundo guardaba recuerdos extraños de la infancia. Los suyos eran recuerdos de muchos momentos de caos seguidos de dichosos periodos de calma. Con Bonnie no le había faltado amor, pero sí un soporte y una estabilidad. Si al salir de viaje

para hacer compras no tenía a nadie que cuidara de las niñas, no había visto ningún problema en sacarlas del colegio unas semanas.

Al cumplir los doce años, Nina le dijo a su madre que ya era bastante mayor para quedarse sola. Había ido armada con una lista de razones por las que su madre debería fiarse y dejarla sola, pero Bonnie había accedido sin más. Al año siguiente había dejado a Averil a su cargo. Antes de irse, se había asegurado de que la casa estuviera llena de comida y les había dejado el talonario de cheques y dinero en un cajón. Por entonces Nina ya llevaba años falsificando la firma de su madre, así que pagar las facturas no había supuesto ningún problema.

Se detuvo junto a una lamparita de mesa, una Tiffany auténtica según juraba Bonnie, y tocó el suave cristal coloreado. En esa tienda acechaban los recuerdos. Se escondían en rincones como las pelusas. Y como no sabía cómo librarse de ellos, los evitaba y evitaba ese lugar, algo que probablemente explicaba que Tanya les hubiera robado. No había nadie vigilándola.

La puerta principal se abrió. Nina se tensó al pensar que Dylan pudiera pasarse por allí. Lo había llamado para darle las gracias por su ayuda, pero había saltado el buzón de voz. Aún no sabía si eso la había decepcionado o aliviado.

Pero no fue él quien entró, sino una mujer bien vestida con el pelo corto y oscuro. Mediría un metro sesenta y cinco, tenía los ojos azules y una sonrisa amplia.

–¿Eres Nina?

–Sí.

–Genial. Soy Cindy Yoo. He venido por el trabajo. Vi el anuncio en Internet anoche y me interesa mucho.

Lo cierto era que cerrar la tienda sería lo más sensato, pero, por desgracia, no era ella quien podía tomar esa decisión. Aunque no se sentía preparada para hacer una entrevista, tenían que contratar a alguien.

–Gracias por venir. Hay formularios de solicitud en la trastienda.

Cindy sacó una carpeta de un bolso de piel grande.

–He traído una copia de mi currículo junto con varias cartas de recomendación.

Nina agarró los papeles.

–Es muy profesional por tu parte –dijo despacio. Que ella supiera, ningún candidato había ido nunca allí con un currículo–. Tengo café haciéndose en la trastienda –añadió señalando hacia la puerta–. ¿Te apetece?

–Claro.

Cindy la siguió hasta la oficina trasera. Nina quitó una pila de presupuestos que había en la silla de las visitas y sirvió dos tazas.

–Así, solo, me va bien –dijo Cindy antes de agarrar la taza.

Nina se sentó con la suya detrás del escritorio.

–No sabía que el anuncio se hubiera publicado ya.

–Estaba mirando empleos por Internet cuando me saltó –dijo Cindy sonriendo–. Voy a decirlo directamente: nunca he trabajo en una tienda, pero estoy abierta a aprender.

–No es un negocio complicado –murmuró Nina observando a la otra mujer. No sabía mucho de moda, pero diría que la ropa de Cindy era cara. El bolso parecía de piel auténtica y la alianza de boda era una hilera de diamantes centelleantes.

Cindy señaló la carpeta.

–Puedo conseguir más recomendaciones si las necesitas. Estoy muy ilusionada con esta oportunidad.

¿Tal vez demasiado ilusionada?

Nina abrió la carpeta y leyó el currículo.

Cindy se había graduado en Historia en una universidad de San Francisco y de ahí había pasado a trabajar como secretaria en un despacho de abogados. Cuatro años después había pasado a ser asistente jurídica en el mismo bufete. Luego se había mudado a Seattle, donde había hecho más de lo mismo.

Detrás del currículo había varias cartas de recomendación, todas muy entusiastas. Incluían un número de teléfono y prometían volver a contratar a Cindy sin pensarlo si ella estaba interesada.

–Impresionante –dijo Nina antes de mirarla–. Busco a alguien que gestione la tienda. Eso incluye llevar el inventario y despachar a los clientes. No puedo evitar pensar que estás sobrecualificada.

Cindy agarró la jarra con las dos manos.

–Para serte sincera, necesito este trabajo. Mi marido es unos años mayor que yo. Soy su segunda esposa. Nuestros hijos acaban de irse a la universidad. Uno está en el MIT y el otro en Stanford.

Así que era una cuestión de dinero, pensó Nina entendiéndola.

–Mi marido es coreano. Mi suegra, aunque es una mujer encantadora, es muy tradicional en lo que respecta a la vida de su único hijo. Al parecer, su primera esposa también era tradicional. Según mi suegra, era perfecta y la había elegido la familia. Murió y él se enamoró de mí –Cindy se detuvo–. ¿Has oído hablar de las mamás tigre?

Nina frunció el ceño.

–Me parece haberlo leído en algún artículo. Se centran en el éxito de sus hijos.

–Multiplica eso por mil y entenderás con lo que estoy lidiando. Nunca soy lo bastante buena y, aunque ella no lo dice claramente, estoy segura de que en sus oraciones diarias pide que me muera –sonrió–. O, al menos, que su hijo entre en razón y me ponga de patitas en la calle.

–Qué situación tan desagradable.

–Sí que lo es, y va a venir a vivir con nosotros –añadió Cindy. Tragó saliva–. Esta semana. Ahora mismo él está ayudándola con las maletas. Quiero ser amable con ella, pero necesito un trabajo para no volverme loca. Un lugar al que poder ir y donde pueda pensar en otras cosas. Un lugar donde pueda volcar mi energía. Te juro que estoy motivadísima para aprender todo lo que haga falta.

Nina empezó a sentir que sus preocupaciones se desvanecían.

–No tendrás antecedentes penales, ¿verdad?

Cindy abrió los ojos de par en par.

–Imagino que no será un requisito imprescindible, ¿no?

–No. Nuestra última empleada nos robó. No nos habríamos enterado de no ser porque fue a una casa de empeños de la zona a que le tasaran nuestros artículos.

–¿La casa de empeños de la isla?

–La misma.

Cindy se echó atrás en la silla.

–Madre mía, hay que ser idiota. Aunque para ti ha sido una suerte. En cuanto a la pregunta, no. Me han puesto dos multas por exceso de velocidad, pero eso es todo. Soy una buena persona. Puedes preguntar a cualquiera.

Nina sonrió.

–Menos a tu suegra.

–Es verdad.

Nina le entregó el formulario.

–Voy a revisar el inventario mientras lo rellenas.

Dejó a Cindy en la oficina. Le pediría a Sam, de la comisaría, que comprobara sus antecedentes y luego llamaría a un par de números para pedir referencias. Si todo iba bien, la contrataría y se sentiría afortunada por haberla encontrado.

Capítulo 4

Averil se había criado en el Pacífico Noroeste, donde la temperatura del océano no solía subir de los quince grados, y eso en verano. California no era tan distinta. Justo en la playa el agua se calentaba un poco en julio y agosto, pero a pocos cientos de metros de la orilla el lecho marino se desplomaba y el agua estaba fría. En una ocasión, durante las vacaciones de verano de la universidad, había ido a visitar a una amiga en Florida y se había quedado impresionada con las aguas cálidas y poco profundas del golfo que acariciaban la orilla. No sabía por qué, pero no le parecía bien.

Ahora, cuando el viento se levantó, Averil tensó la vela y aseguró la cuerda. El sol estaba alto y el brillante azul del cielo se reflejaba en el infinito océano. Una vez pusieron rumbo de nuevo, miró a Kevin. Las gafas de sol le ocultaban los ojos y, si no podía verlos, no sabía qué estaba pensando.

Últimamente había estado muy callado. Si se hubiera tratado de otra persona, habría dicho *pensativo*.

–Kevin, ¿estás enfadado conmigo?

Él se giró hacia ella; las gafas ocultaban la dirección de su mirada.

–No. Enfadado no.

–¿Entonces qué?

–Decepcionado.

La palabra fue como una bofetada. Ella siempre había sido el objeto de deseo en la relación; la persona a la que el otro buscaba. Amaba a su marido y hacía todo lo posible por ser buena con él, pero era Kevin el que se acercaba a ella. Ahora sintió los cimientos de su mundo sacudiéndose bajo ella.

–¿Por lo del bebé? –preguntó con voz débil.

–En parte.

El viento le sacudía el pelo alrededor de la cara. Se lo había recogido en una trenza, pero unos mechones habían logrado soltarse. Se los apartó de los ojos y lo miró.

–¿Estás decepcionado conmigo?

–Sí.

Sintió que los pulmones se le quedaron sin aire, como si le hubieran

dado una patada en el estómago. La ansiedad se apoderó de ella. Quería decir lo que hiciera falta para que él retirara esas palabras. No podía soportar que la rechazara.

–Sé que no eres feliz y me pregunto si seré yo el motivo –dijo Kevin.

El alivio que notó la ayudó a respirar mejor. No era culpa de ella. Vale, entonces podría soportarlo.

–No lo eres –le aseguró–. No sé qué me pasa.

–¿Aún me quieres?

–Claro. No seas tonto. Estamos casados.

–¿Y qué tiene que ver que estemos casados?

–No lo sé, pero tiene que ver. Estamos juntos.

Él desvió la mirada y entonces volvió la ansiedad, ahora acompañada de miedo.

–No sé qué quieres –admitió él.

–Yo tampoco. No es por ti, es que me siento incómoda y…

Se detuvo cuando la verdad le cayó encima. Era una verdad que llevaba mucho tiempo evitando.

–Quiero irme a casa.

Pronunció esas palabras sin pensar en cómo sonarían, en cómo las interpretaría él.

Sin cambiar el gesto, Kevin agarró la cuerda y unos segundos después el foque se desplomó. Tiró de la amplia vela para evitar que se hundiera en el océano.

–No, Kevin –dijo ella agarrándole el brazo que tenía libre–. No lo hagas. No me refería a ahora mismo.

Porque al decir *casa* se había referido a Blackberry Island. Los dos lo habían tenido claro.

Kevin aseguró la vela y se giró hacia ella.

–Siempre te ha importado tu casa y siempre lo he sabido. Necesitas ver a Nina. Lo que no entiendo es que no podáis estar en la misma casa más de un día sin discutir. Os pasa tanto si viene a verte como si vas tú a verla. Y, aun así, es como si no fueras capaz de tomar ninguna decisión sin contar con ella. ¿Por qué?

Averil no tenía respuesta. Quería decirle que no era verdad, pero sí que lo era. Nina era… Tragó saliva. Kevin tenía razón. Nina era la voz de su cabeza.

–Lo siento –susurró.

–No se trata de que me pidas perdón. Te he dado todo lo que tengo, Averil. Todo lo que soy. Si no te basta con eso, no me queda nada más. A lo mejor no puedo hacerte feliz. A lo mejor tienes que intentar ser feliz por tu cuenta.

Quería decirle que no sabía cómo. No entendía lo que significaba ser feliz. La alegría era algo relativamente sencillo, pero ¿la felicidad? ¿Quién podía decir que era feliz?

–No quiero que te enfades conmigo –murmuró.

–No estoy enfadado. Te he querido desde el día que te conocí, pero ya no puedo seguir viviendo en esta media vida. Necesito que estés conmigo y, si no lo estás, necesito que te vayas.

El miedo volvió, pero Averil se agarró a él, soportando la sensación de tener el corazón hecho pedazos.

–Ve a ver a tu hermana, a ver si descubres qué es lo que quieres. Yo esperaré.

–¿Cuánto tiempo?

Ahora Kevin sí se quitó las gafas. Ella lo miró a los ojos y vio una mezcla de tristeza y determinación.

–No lo sé. Te avisaré cuando ya no quiera que vuelvas a casa.

Era justo, pero también aterrador. ¿Y si ella esperaba demasiado? ¿Y si…?

Y con esas preguntas se dio cuenta de que ya había tomado una decisión. Se dio cuenta de que, fuera cual fuera el precio a pagar, tenía que volver a casa a encontrar respuestas. Se sentía como si todos hubieran crecido y evolucionado y ella se hubiera quedado estancada.

–Volveré –le prometió–. Por favor, no renuncies a mí.

Mientras esperaba a que la taza se llenara de café, Nina comprobó que todos los listados con las citas del día estuvieran impresos. Había pasado la noche inquieta, sin duda por la llamada de su hermana. Averil volvía a casa de visita. Sola.

Dejó los listados en el estante y fue hacia la sala de descanso. Kevin era un tío estupendo, así que esperaba que su hermana no estuviese actuando como una idiota por algo intrascendente. Averil podía ser algo voluble; era un rasgo que había heredado de su madre. O tal vez de su padre, que se había marchado poco después de que ella naciera.

En aquel momento Nina era demasiado pequeña y lo único que sabía era que su padre se había ido. Después había culpado a su madre de haberlo ahuyentado. Ahora, ya de adulta, se preguntaba si él habría notado de algún modo que Bonnie prefería jugar para el otro equipo. Aun así, eso no justificaba que hubiera abandonado a sus hijas.

–Madre mía, ¿a qué ha venido esto ahora? –preguntó en voz alta. Estaba claro que había estado pasando demasiado tiempo sola, pensó sacudiendo la cabeza.

Se sirvió una taza de café y dio un trago reparador. Al salir de la sala de descanso, la puerta se abrió en lo alto de las escaleras y apareció Andi.

–Buenos días –dijo Nina–. Tienes pinta de encontrarte mejor.

–¡Me encuentro mejor! He desayunado sin tener que vomitar luego.

Para mí es todo un avance.

Andi bajó a la planta principal y agarró la taza de Nina. Inhaló profundamente.

–Dios, cuánto echo de menos el café. Más que el vino. Pensé que lo que más me costaría dejar sería el vino, pero no.

Le devolvió la taza y miró la pila de folios.

–Parece que tenemos un día ocupado.

–Teníamos la agenda bastante despejada, pero ha habido unas llamadas de última hora.

–Los lunes siempre pasa.

Comentaron quién había llamado para una cita de urgencia y luego Andi, seguida de Nina, echó a andar hacia la sala de descanso.

–¿A que no sabes con quién cenamos ayer? –le preguntó su jefa mientras llenaba una taza de agua para meterla en el microondas. Sus ojos verdes brillaban de diversión.

Nina dio un paso atrás.

–No. No quiero saber nada.

–Pero quiero contártelo y tienes que escucharme –dijo Andi sonriendo–. Con el doctor Harrington, su esposa y su hijo, Dylan –añadió dando una palmada–. Es increíble, llevo en la isla casi un año y nunca había visto al célebre «mi hijo el médico».

Nina gruñó.

–¿En serio? ¿Os invitaron a su casa?

–Ajá. Fue genial. Es guapo. No me esperaba que tuviera una belleza tan ruda.

–Está bien, sí.

Andi vaciló.

–¿Te resulta doloroso? ¿No te removeré dándote los detalles?

Nina quería decir que sí, pero era ridículo. Se puso recta y en lugar de eso respondió:

–No hay ningún problema. Dylan y yo terminamos hace montones de años. Nunca pienso en él.

O al menos no hasta el fin de semana anterior. Había sido culpa de él. Si no se hubiera parado a ayudarla, estaría perfecta… y feliz por no tenerlo metido en la cabeza.

Porque no le había devuelto la llamada. Y no es que quisiera que lo hiciera, porque no quería. No tenía ningún interés. Pero, por otro lado, sí que le habría gustado que la llamara para haber podido decírselo a la cara. O, al menos, al oído.

–Está soltero –dijo Andi–. Le pregunté si estaba saliendo con alguien.

Nina se apoyó en la encimera y agarró la taza.

–No me puedo creer que se lo preguntaras.

–¿Por qué no? Era la primera vez que lo veía y hacer preguntas

forma parte de una conversación educada. No había quedado con nadie, así que le pregunté si había dejado a alguien especial en otro lugar y me dijo que no. Ya puestos, me pareció de lo más natural preguntarle: «¿Estás saliendo con alguien?». Y me dijo que no –añadió con sonrisa de engreimiento–. Así que es campo libre.

Nina contuvo un gruñido.

–No quiero campo libre. No me interesa. ¿Qué parte de «han pasado décadas» no entiendes?

–Solo ha sido una década y los dos erais jóvenes.

Andi sacó la taza del microondas y metió la bolsita de té.

–Ah, y sus padres mencionaron que habían sido decisivos en vuestra ruptura. Se sienten mal por aquello.

Nina notó un tic debajo del ojo derecho.

–¿Hablasteis de mí?

–No mucho. Pero me parece interesante, ¿no?

–¿Que mi novio dejara que sus padres mandaran en su vida amorosa? No. No es interesante.

De todos modos, no le sorprendía que lo hubieran admitido. Al principio, a los padres de Dylan no les había preocupado el noviazgo. Nina suponía que habían dado por hecho que, una vez que él entrara en la universidad, la relación terminaría de forma natural. Pero no había sido así. Dylan había vuelto a casa los fines de semana y habían pasado juntos las vacaciones. Durante el verano tras su segundo curso universitario, los Harrington habían estado presionándolos a los dos. Nina no había estado dispuesta a ceder, pero al final Dylan había roto con ella.

Y eso podía aceptarlo más o menos. Lo que de verdad le había dolido había sido que él intentara dejarla como la culpable. Dylan había dicho… Bueno, qué más daba lo que hubiera dicho. Le daba igual.

Andi sacó la bolsita de té y la dejó en la pila.

–Era un crío.

–Tenía veinte años.

–Aun así, no había madurado del todo. De lo contrario, no te habría dejado escapar –dijo Andi sonriendo–. Me cayó bien. Parece inteligente sin resultar cargante.

Nina sabía que ese comentario era una referencia a los padres de Andi, que eran brillantes.

–No voy a salir con Dylan.

–¿Por qué no? Estás soltera. Él está soltero. ¿Y si la llama sigue viva?

–No hay llama. Ni siquiera hay cenizas. Seguro que Dylan es un tipo estupendo.

Después de todo, había parado a ayudarla mucho antes de saber que

era ella, lo que significaba que había estado dispuesto a dejar que una desconocida le mojara sus caros asientos de cuero.

–Pero no quiero tener una relación con él.

–Nunca sales con nadie –empezó a decir Andi–. Te divertirías si salieras. No pretendo ser insistente, pero ¿por qué no…?

–Estás siendo insistente. Puedo encontrar un hombre yo sola.

Su jefa sacudió la cabeza.

–Solo intento ayudar.

–Y te lo agradezco, pero con esto no hace falta. Dylan y yo terminamos hace mucho tiempo.

Al final, daría igual. Dylan no la había llamado, no la llamaría y ella no quería que lo hiciera. Problema resuelto.

Andi se puso seria.

–Eres mi amiga y quiero que seas feliz. El trabajo es toda tu vida, tanto aquí como en la tienda. Siempre te ocupas de todo el mundo. Es agotador, y eso que yo solo lo veo desde fuera. Pensé que tal vez te vendría bien un buen descanso con un hombre guapo.

–Estoy de acuerdo con la teoría, pero no con lo del hombre en cuestión.

Andi volvió a sonreír.

–¿Estás diciendo que, si cayeras rendida a los pies de un guapo desconocido, estarías abierta a una relación?

Nina pensó en todo el tiempo que había pasado desde la última vez que un hombre había mostrado interés por sus partes femeninas.

–Estaría suplicando –dijo. Era una respuesta que no implicaba riesgos, teniendo en cuenta los pocos hombres solteros que había en la isla. Era un lugar de familias y la mayoría de los turistas iban en pareja.

–Entonces estaré atenta por si veo a un desconocido guapo –dijo Andi.

Se oyó un portazo en la puerta de arriba y Andi suspiró.

–Es la habitación de Carrie. Va tarde otra vez.

Nina no recordaba una sola mañana en la que la adolescente no fuera con retraso.

Como era de esperar, se oyeron las pisadas de alguien corriendo escaleras abajo seguidas de un fuerte:

–¿Mamá? ¿Dónde estás?

–¡Aquí detrás! –gritó Andi.

Carrie, de catorce años y aún desgarbada, irrumpió en la sala de descanso. Se abalanzó sobre Nina y la abrazó con fuerza.

–Buenos días –dijo Nina soltando el café para devolverle el abrazo–. Ya veo que vas tarde.

Carrie le sonrió, se giró hacia Andi y la abrazó.

–Ya, ya –dijo la adolescente con tono alegre–. Tengo que levantarme

antes. Hasta luego, chicas.

Y con eso se fue volando hacia la puerta.

Cuando Andi se había mudado a la isla, había comprado la casa de estilo Reina Ana donde ahora estaba la consulta. Wade, su contratista, y ella, se habían enamorado. Carrie había sido un regalo añadido que había entrado como hijastra en su nueva vida.

La puerta principal se cerró con un portazo. Andi suspiró.

–Tengo que decirle a Wade que revise las bisagras. Un día esta niña va a sacar la puerta del marco.

–Creo que la puerta es demasiado robusta para eso.

Andi miró el reloj.

–Se acerca la hora del espectáculo. ¿Sigue en pie lo de ir a pilates después del trabajo?

–Tengo las cosas en el coche.

–Genial.

Y con eso salieron al pasillo. Andi se dirigió a su despacho mientras Nina iba a la recepción a comprobar si los ordenadores habían arrancado bien. Por la ventana vio a Carrie subiendo al SUV aparcado en la casa de al lado. Deanna, la vecina de Andi, llevaba a sus hijas a clase todas las mañanas y Carrie iba con ellas.

«Responsabilidades compartidas», pensó. Equilibrio. Entendía el concepto aunque no lo pusiera mucho en práctica. Tal vez en su siguiente vida no sería ella la que tuviera que tenerlo todo bajo control.

–Los dedos de los pies en punta, Andi. Un poco más alto, Nina. Ahora desenrollaos despacio y respirad.

Nina se desplomó en la esterilla. Viendo cómo protestaban sus abdominales, enrollarse lentamente para volver a la posición inicial no era una opción. Estaba acalorada y sudando, y sabía que a la mañana siguiente le dolería todo. ¿En serio había pasado tanto tiempo desde su última clase de pilates?

Se puso una mano en las costillas y se dijo que esa capa entre la piel y los huesos era un relleno necesario. O tal vez debería ir a caminar en la hora del almuerzo. En las próximas semanas empezaría a hacer buen tiempo. Podría aprovechar y ponerse en forma durante el verano.

Se giró hacia un lado y se levantó como pudo. Andi ya estaba de pie y sonriendo, como si la clase no le hubiese resultado difícil en absoluto. Nina tenía la respiración entrecortada cuando por fin recobró el equilibrio.

En la sala había una pared llena de espejos. Cometió el error de ponerse de lado y verse el culo y la tripa. Parecía que los cuatro kilos

de más que había arrastrado desde la pubertad se habían transformado en siete. Pensó en el último *brownie* que se había tomado la noche anterior y juró no reponerlos. Además, empezaría a ir a clase dos veces a la semana sin falta.

Demasiado débil y dolorida como para volver a ponerse la ropa de calle, se limitó a calzarse las cómodas deportivas blancas y fue hacia el aparcamiento arrastrando los pies. Andi iba a su lado prácticamente dando saltos, rebosante de energía.

–Me encuentro mucho mejor –dijo su amiga–. Me alegro de que haya pasado este trimestre. Ahora he recuperado la energía y estoy comiendo. Me encanta estar embarazada.

–Estás estupenda –murmuró Nina intentando no sonar arisca.

Andi no tenía culpa de ser alta, delgada y preciosa. Incluso con un bebé en camino, tenía la tripa más plana que ella. ¡Qué injusto!

–Y siento haberte hecho sentir culpable para convencerte de que vinieras a pilates conmigo.

–No, no lo sientes.

Andi sonrió al detenerse junto a su SUV.

–No, no lo siento. ¿El jueves?

–Aquí estaré.

Nina subió a su coche agradecida de que el taller se lo hubiera devuelto ya. Después de un no sé qué con el inyector de combustible, las ruedas volvían a rodar y su saldo bancario había mermado. Aunque no le gustara, esas cosas pasaban y, oye, Mike también tenía que ganarse la vida.

Arrancó el motor deseando poder irse directa a casa, pero acababa de contratar a Cindy y tenía que ir a ver cómo progresaba en el trabajo.

Condujo hacia la carretera principal que bordeaba la isla y giró a la izquierda. Mientras aceleraba hacia el norte, vio un BMW familiar en dirección opuesta. Dylan.

Pensó en la pinta que tenía: estaba acalorada, sudorosa, y no en sentido atractivo precisamente. Esa ropa de deporte no la favorecía lo más mínimo y estaba segurísima de que olía mal. Pero resultó no ser un problema porque Dylan se limitó a saludarla con la mano y seguir su camino. La verdad estaba clara. Soltero o no, no había duda de que no tenía ningún interés por ella.

Y lo aceptaba. Tampoco es que estuviera desesperada por estar con él. Imaginaba que lo único que pasaba era que, en el fondo, tenía la fantasía de que volviera arrastrándose para que ella pudiera dejarlo tirado con la misma crueldad con la que él la había dejado. No era una actitud madura, pero al menos sí sincera.

Entró en el aparcamiento de Blackberry Preserves. El único coche que había allí era el de Cindy. Caminó sobre la gravilla y entró en la

tienda.

Lo primero en lo que se fijó fue en la luz. Había mucha más. Además, el aire era más fresco, sin esa pesadez de ambiente cargado que parecía cubrirlo todo como el moho. *Kiss* de Prince resonaba desde un iPod conectado a unos altavoces portátiles. Cindy estaba subida a una escalera con un trapo de microfibra en una mano, girándolo con habilidad alrededor de los cristales que colgaban de la lámpara de araña.

En lugar de llamar a su nueva empleada y sobresaltarla, se acercó a los altavoces y bajó la música despacio. Cindy se giró y sonrió.

–Sí, lo admito. Me encanta Prince –dijo mientras bajaba de la escalera–. ¿Qué tal?

–Bien. Esto es impresionante –respondió Nina mirando a su alrededor–. La tienda está genial.

–He quitado las cortinas. Bloqueaban la luz y tenían bastante polvo. Además, tenían algunos agujeros muy sospechosos. Las he doblado y metido en una caja por si las queréis guardar, pero creo que habría que tirarlas.

–Sin problema. A la basura.

Cindy tenía su melena oscura recogida con una diadema y llevaba unos vaqueros y una sudadera en lugar de la ropa estilosa que había lucido en la entrevista. Aun así, resultaba elegante. Nina suponía que estar tantos años llevando uniformes médicos había destrozado su gen de la moda, contando con que lo hubiera tenido alguna vez. Nunca le había dado mucha importancia a su aspecto. Con estar limpia ya era feliz. De pequeña no había tenido tiempo de devorar revistas de moda o preocuparse por los estilos que se llevaban. Ahora se preguntaba si habría perdido su oportunidad.

Cindy señaló la lámpara.

–He estado investigando. Por lo que sé, aquí la amiga es italiana y puede que tenga trescientos años. Si no me equivoco, vale unos diez mil dólares.

Nina se quedó con la boca abierta.

–Espera, ¿has dicho…?

Cindy sonrió.

–Sip. Diez mil. Aunque podría equivocarme, claro. Estaba pensando en hacer una lista con lo que podrían ser piezas de lujo y consultarte la posibilidad de traer a un especialista desde Seattle para que las tasara.

Nina miraba los cristales mientras sacudía la cabeza.

–Dudo que mi madre pagara más de veinte pavos por esto. No es de derrochar mucho con el inventario.

–Tiene buen ojo.

–Tuvo suerte. No olvidemos todo lo demás que tenemos aquí. Menos

mal que Tanya no lo sabía. Si no, se la habría llevado. ¿Algún otro hallazgo?

–Un par de vajillas de cristal de la época de la Gran Depresión. Una es de color amatista. Es preciosa y una rareza. Aún estoy intentando averiguar el precio. También he encontrado una colección maravillosa de camafeos. Algunos parecen muy antiguos. Como te he dicho, te haré una lista con todo.

Nina no podía creerse que existiera la posibilidad de que la tienda fuera una fuente de ganancias. Eso sí que era un giro inesperado de los acontecimientos. Aunque, claro, aún no había pasado nada.

–Voy a necesitar más artículos de limpieza –dijo Cindy–. Y la aspiradora se ha roto. Creo que ha reventado con tanto polvo que he quitado.

–¿Puedes comprar lo que necesites y pasarme los recibos? Te haré un cheque en el día.

–Claro. Mañana pasaré por la tienda de camino aquí –dijo Cindy y, sonriendo, añadió–: Entonces, ¿no vas a ir detrás de mí a escondidas para volver a limpiar lo que ya he limpiado?

–No –Nina ladeó la cabeza–. A ver si lo adivino… Tu suegra lo hace.

–Sí, pero ella ni se molesta en disimularlo. Y le encanta llevarle los trapos a mi marido para enseñarle todo el polvo o la suciedad que ha encontrado –dijo y suspiró–. Adora a su hijo, pero no me pone las cosas fáciles. Me digo que lo hace porque no puede evitarlo.

–Lo siento.

Nina sabía que los suegros podían ser complicados, pero había una línea que no se debía traspasar.

–No pasa nada –dijo Cindy encogiéndose de hombros–. Quiero pensar que en el fondo me adora. A lo mejor no es verdad, pero me ayuda pensarlo.

Capítulo 5

–Seguiré escribiendo artículos –dijo Averil preguntándose si su cara reflejaría lo culpable que se sentía.

Maya, su jefa, agitó la mano al decir:

–Claro que quiero seguir teniendo artículos tuyos, Averil. Eres una de mis mejores, ¡pero estamos hablando de tu novela! Estoy emocionadísima.

Maya, una mujer morena y menuda con los ojos marrones y de sonrisa fácil, se inclinó hacia delante.

–¡Ay, Dios mío! ¡No me lo creo! Te marchas para escribir. Qué envidia. Eres de Blackberry Island, ¿no?

Averil hizo lo posible por no morirse de la vergüenza. Había pedido una excedencia con el pretexto de necesitar más tiempo para terminar su novela, algo que no era del todo mentira si se obviaba el hecho de que antes de terminarla tenía que empezarla.

–Crecí allí.

Maya suspiró.

–Vuelves a la casa de tu familia. Podrás dar largos paseos por la playa, escribir y estar centrada en tus cosas. Te envidio. Aunque tampoco es que tenga pensado escribir un libro. Dios, ¡con todo el tiempo que lleva escribirlos! ¡Si ya me cuesta escribir un ensayo de tres partes! –dijo sonriendo–. Nos mantendremos en contacto por *email*. Y, cuando seas famosa, podré decir que yo te conocía de antes.

Averil intentó sonreír, pero se sentía un fraude. Aun así, necesitaba pasar ese tiempo fuera para saber qué le pasaba. Kevin era un tipo estupendo y a ella le encantaba su trabajo, así que ¿por qué no era feliz? ¿Y por qué no quería tener hijos?

Eran preguntas que explorar durante las próximas semanas, se dijo mientras se levantaba.

–Te lo agradezco. Has sido muy buena conmigo.

Maya, sacudiendo la cabeza, rechazó el cumplido.

–Tienes talento, Averil. Es una gran oportunidad y sé que la aprovecharás al máximo. Siempre puedes enviarnos tus artículos como *freelance*. Lo sabes.

Averil asintió.

–¿Y cuando vuelva?

Maya vaciló solo un instante.

–Serás una novelista famosa.

–Es verdad –respondió Averil obviando el vuelco en el estómago. Porque, aunque sus artículos siempre serían bien recibidos, su empleo en sí no estaba tan asegurado. En ese negocio siempre había alguien con talento al acecho. Era algo que le preocupaba, pero sabía que no tenía elección.

Volvió a darle las gracias y se marchó. De camino a su pequeño despacho para recoger unas cosas, se imaginó a Nina poniendo los ojos en blanco al oír esa clase de elogios. Su hermana sabía la verdad. Sabía que cualquier oportunidad que le dieran tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de ser rechazada y malgastada, y que lo que otros veían como determinación no era más que una cortina de humo con la que ocultar la verdad: que Averil estaba a una mala decisión del desastre.

No podía evitar pensar si la decisión de volver a casa mejoraría o empeoraría las cosas.

Nina estaba sentada dentro del coche en el camino de entrada de su casa. Después de un día muy ajetreado en el trabajo, estaba cansada y malhumorada. Una lluvia constante danzaba por el parabrisas. No era el mejor momento para estar al teléfono con Sam Payton, el ayudante del *sheriff*.

–¿En serio? –preguntó echando la cabeza atrás y cerrando los ojos–. ¿La buscaba la policía?

–Ajá. En Spokane, principalmente. Por agresión, por extender cheques sin fondo y, por supuesto, por robar. Estamos hablando de cuatro o cinco delitos graves. Estuvo detenida bajo una fianza de medio millón, pero la pusieron en libertad por un error administrativo. Ahora que volvemos a tenerla detenida, vamos a enviarla a Spokane, suponiendo que no quieras presentar cargos.

–¿Estará en la cárcel mucho tiempo?

–Calculo que cerca de diez años.

–¿Puedo volver a meter en el inventario lo que intentó vender?

–Sí.

–Pues con eso me vale –abrió los ojos–. Por favor, no dejéis que vuelva a escapar.

–No fui yo quien la dejó escapar la primera vez. Esta noche la llevarán detenida a Spokane –dijo Sam, que añadió con voz de diversión–: A lo mejor deberías comprobar los antecedentes de tu próxima empleada. Puedes hacerlo *online* por unos cuantos pavos.

Nina pensó en Cindy, tan contenta limpiando y calculando el precio

de los artículos. Le parecía imposible que la mujer no fuera quien decía ser, pero aun así…

–¿Me recomiendas alguna página?

–Claro –dijo Sam antes de darle un par de nombres.

Nina anotó la información, le dio las gracias y colgó. En cuanto entrara en casa y se cambiara, buscaría información sobre Cindy Yoo y comprobaría que no fuera una asesina en serie… y que no la buscaran las fuerzas de seguridad.

Agarró la bolsa y corrió hacia el porche. Estaba felicitándose por no haberse mojado demasiado cuando entró en el salón y se topó con un goteo constante en un rincón.

–¡No!

Soltó la bolsa en el suelo y se descalzó. Cruzó la alfombra en calcetines y se detuvo al notar la humedad filtrándose en el suelo.

El tejado goteaba. El mismo tejado que su madre había jurado haber mandado arreglar. El mismo del que ella se había olvidado tras el impacto de ver a Dylan. Primero el coche y ahora el tejado. ¡Vaya semanita!

Se desvió hacia la cocina y agarró una tarjeta de la nevera. Usó el teléfono fijo para llamar.

–Buffet.

–Hola, Tim. Soy Nina Wentworth. Tengo una gotera en el tejado. ¿Os llamó mi madre hace unas semanas para arreglarla?

–Espera que lo mire –respondió el hombre mientras se oía el crujido de unos papeles. Tim era de la vieja escuela y no se había sumado a la era electrónica. Guardaba toda la información de sus clientes en una libreta raída que le cabía en el bolsillo de la camisa–. Llamó y dejó un mensaje, aunque no dijo para qué. Le devolví la llamada, pero no he vuelto a saber de ella.

Nina se apoyó en la pared y suspiró.

–Vale, ni siquiera me sorprende. Tenemos una gotera. Bastante grande. Hay un goteo constante y parece que va cada vez peor.

–Estoy en Seattle, Nina. Puedo estar allí mañana por la mañana, pero antes no. ¿Puedes pedirle a alguien que la cubra mientras tanto?

Con comentarios así se iba a la mierda el concepto de la igualdad y la independencia de la mujer.

–Sí. Pondré una lona encima. Dejaré abierta la puerta de atrás, por si tienes que entrar.

–Claro. Te dejaré la factura en la mesa de la cocina.

–Gracias, Tim. Eres el mejor.

Diez minutos después se había puesto unos vaqueros y una camiseta de manga larga. Luego se puso un chubasquero y fue al garaje a por una lona y cuatro ladrillos. No era la primera vez que lo hacía.

Después de meter los pertrechos en un cubo para que le resultara

más fácil transportarlos, apoyó una escalera contra la fachada, cerca de la gotera. Agarró el cubo con una mano mientras se ayudaba con la otra para subir.

La lluvia era constante y superfría. Se le metía en los ojos y le caía por la nuca. Al llegar al tejado, se le resbaló un pie y por un segundo perdió el equilibrio.

Se agarró con fuerza y lo recuperó. Deslizó el cubo sobre el tejado y, como pudo, terminó de subir y se situó al lado.

En cuanto se sentó, el agua le caló los vaqueros. Las hojarascas de los pinos, que cubrían gran parte del tejado, le pincharon los dedos. Habría que quitarlas, pensó decidiendo dejarlo para otro día. Los guijarros estaban mojados y resbaladizos. No era una situación muy divertida.

Y, además, era superinjusta, pensó agobiada. Bonnie había jurado que ya se había encargado de que arreglaran el tejado, pero no era verdad. Y encima sabía que, si se quejaba, su madre tendría una buena excusa o se mostraría tan dolida que ella acabaría sintiéndose la tía más cabronaza del oeste. Si no se quejaba, entonces su madre volvería a salirse con la suya a pesar de su irresponsabilidad mientras ella se ocupaba de todo. Era como si fuera a salir perdiendo de cualquier modo y, al final, el tejado seguía goteando.

La lluvia seguía cayéndole encima. Apoyada sobre las manos y las rodillas, se movió despacio hacia la esquina de la gotera. Según avanzaba, iba empujando el cubo delante de ella. Al acercarse, tanteó los tablones que tenía debajo. Lo último que quería era caerse atravesando el techo del salón. A un metro de la gotera, sacó la lona del cubo y la echó sobre los guijarros. Colocó los ladrillos con la esperanza de que la tela aguantara hasta que llegara Tim. Después se giró para volver hacia la escalera.

Ya se pararía luego a intentar averiguar qué había pasado; si había una capa doble de hojarascas, si había parches de moho que hicieron que la superficie resbalara más de lo habitual o si fue una simple cuestión de mala suerte. El caso es que cuando se giró para volver gateando hasta la escalera, se le resbaló una mano y luego una rodilla y, antes de poder darse cuenta de lo que estaba pasando, estaba cayendo hacia el borde del tejado sin nada que la separara del duro suelo más allá de tres o tres metros y medio.

No era una altura como para matarse, pensó mientras gritaba, pero sí para…

–Te tengo.

Cayó de golpe, aunque no en el suelo, sino encima de un hombre al que no había visto nunca. La sostenía en brazos y le sonreía con una expresión que no tenía sentido, como si pensara que acababa de ganar un premio. Y no un premio cualquiera. Parecía como si hubiera

ganado a la vez un torneo de la PGA, una carrera de NASCAR y unos Cuartos de Final.

Era alto y lo bastante fuerte para salvarle el pellejo. Tenía los ojos azules y así, mojado, estaba guapo.

–Hola, Nina.

El tono de voz, bajo y sensual, no le resultaba nada familiar.

–¿Quién eres?

–¿No te acuerdas?

No, no se acordaba y seguía en brazos de ese hombre.

Se resistió un poco y, corriendo, él la dejó en el suelo. Se tambaleó un poco hasta que encontró el equilibrio. Estaba a punto de dar un paso atrás cuando él le puso las manos en la cadera, la acercó y la besó. Así, como si nada.

Se quedó tan impactada que ni se movió. No podía moverse. No podía respirar. El beso, cálido y delicado, fue breve. Luego el hombre la soltó y se apartó. Ella se quedó ahí, bajo la lluvia, incapaz de sentir nada. Ni el beso ni la lluvia ni el frío.

–¡Me has besado!

Él esbozó una sonrisa que no mostraba nada de arrepentimiento.

–Ya. No he podido contenerme –respondió y la observó un segundo. Seguía más contento de lo que la situación requería–. Sigues sin saber quién soy, ¿verdad?

–Sí. Por eso te lo he preguntado antes.

Se lo había preguntado, ¿no? A lo mejor sí que se había caído de verdad, se había golpeado la cabeza y estaba en coma e imaginándoselo todo.

–Soy Kyle Eastland. La última vez que te vi tenía doce años. Era agosto. Un martes. Estabas preciosa.

¿Kyle Eastland?

–Yo trabajaba de canguro para los Eastland –dijo Nina despacio a medida que volvían los recuerdos–. Tenían una niña pequeña y un hijo de un matrimonio anterior…

Se quedó mirándolo fijamente y de pronto recordó al hijo preadolescente, el que la había seguido a todas partes como un perrito y le había dicho a todo el que había estado dispuesto a escucharlo que estaba locamente enamorado de ella.

Bonnie le había dicho que era una dulzura que el niño tuviese esa devoción por ella y que debería sentirse halagada. Nina, en cambio, recordaba haberse sentido superhumillada por las atenciones de un chaval con mucha determinación.

–¿Eres Kyle?

–Sabía que te acordarías de mí.

–Hace muchos años de aquello.

–Estás más guapa de lo que recordaba.

A lo mejor era él el que se había dado un golpe en la cabeza, pensó, consciente de que tenía el pelo mojado y pegado a la cara y la ropa empapada. O a lo mejor estaba loco. Un acosador loco que había estado encerrado hasta hacía poco.

Él le lanzó una sonrisa de diversión.

–No te asustes. Soy un tío normal.

–Seguro que todos los asesinos en serie dicen lo mismo.

Kyle soltó una risita.

–Tengo pruebas.

Sacó la cartera y le enseñó su identificación militar. Kyle estaba en la Marina y era oficial. Y seguro que la Marina hacía evaluaciones psicológicas.

–Vale –murmuró Nina–. Nos estamos empapando. Vamos dentro.

Mientras entraban en la casa, tuvo una extraña sensación de *déjà vu*. En las últimas semanas se había empapado dos veces y la habían rescatado dos hombres a los que hacía una eternidad que no veía. ¿Sería cosa del horóscopo? ¿Humor cósmico?

Miró el techo al entrar en el salón y se quedó complacida al ver que el goteo había cesado.

–Quédate ahí –dijo señalando al pequeño vestíbulo de baldosas–. Ahora mismo vuelvo.

Él le dirigió esa clase de sonrisa lenta y sensual que durante siglos había hecho que las mujeres tomaran muy malas decisiones.

–Ahora que te he encontrado, no pienso irme a ninguna parte.

–¿Crees que esos comentarios resultan tranquilizadores?

–Estoy diciendo la verdad.

–Vale, pero no suena muy bien.

Nina corrió a su dormitorio, donde echó el cerrojo antes de cambiarse por segunda vez en menos de treinta minutos. Se dejó el pelo mojado, exactamente igual que había hecho con Dylan. ¿Sería la lluvia? ¿Debería mudarse a Phoenix?

Aún perpleja por lo rara que era su vida, volvió al salón y encontró a Kyle justo donde lo había dejado. La única diferencia era que se había quitado la cazadora y la había colgado en el perchero. El jersey fino que llevaba ilustraba que a ese hombre le gustaba hacer ejercicio.

Incluso mojado estaba guapo, pensó Nina fijándose en la mandíbula cuadrada, el pelo rubio oscuro y los ojos azules. Debía de medir entre metro ochenta y metro ochenta y cinco, y estaba delgado pero fuerte. Eso último lo sabía porque la había sostenido en brazos sin que le faltara el aire.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó señalando al sofá–. ¿Todo bien con tu familia?

Él levantó la mirada y le observó la cara.

–No he venido aquí pidiendo ayuda, Nina. He venido por ti.

–Sí, vale. Bueno, pues siéntate.

Una vez que estuvieron sentados el uno frente al otro, ella respiró hondo. Lo primero era lo primero.

–Gracias por salvarme la vida.

–De nada.

–Dudo que la caída me hubiera matado, pero sí que me habría hecho daño.

–Eso es verdad.

Estaba mirándola como si intentara memorizar sus rasgos y esa intensidad, más que aterradora, resultaba rara.

–Bueno, ¿entonces qué te trae por Blackberry Island?

–Tú.

–No dejas de decir eso. ¿Qué significa? Hace siglos que no te veo. Kyle, estabas encaprichado conmigo, pero lo superaste, ¿verdad?

–¿Si digo que sí te sentirás mejor?

–Un poco.

Él se recostó en el sofá y estiró los brazos sobre los cojines traseros. Era la postura relajada y abierta de un hombre con una extrema seguridad en sí mismo.

–Lo superé, pero no te olvidé nunca. Lo recuerdo todo de ti, Nina. Eras la chica de mis sueños.

–Tenías doce años.

«Y qué insistente era», pensó al recordarlo recreando la escena de *Un gran amor* en la puerta de su casa con un radiocasete. Lo había hecho cerca de las seis de la mañana de un domingo y a los vecinos no les había hecho mucha gracia.

–Y eso te convertía a ti en la mujer madura –dijo sonriendo de nuevo–. Estabas como un tren. Llevabas esos pantalones supercortos y cuando te agachabas para levantar a mi hermana…

Nina levantó una mano.

–Tenías doce años –repitió preguntándose si algo de esa conversación podría considerarse ilegal.

Por aquel entonces había hecho lo posible por ignorarlo mientras cuidaba de su hermana pequeña. Kyle había sido un niño simpático, y cuando no estaba intentando convencerla de que se fugara con él, estaba entretenido en su habitación solo o con sus amigos. Cosas normales.

–¿Cuánto tiempo hace de eso? ¿Cuántos años tienes ahora?

–Veintiséis.

–Así que hace catorce años. Yo tenía dieciséis. Estaba ahorrando dinero para la universidad.

–Ya. No dejaba de decirte que me esperaras, pero no me hacías caso.

–¿Y me culpas?

–No. En aquel momento la diferencia de edad era demasiada. Acabé entendiéndolo con el tiempo. Luego nos mudamos y te echaba muchísimo de menos, pero entonces entré en el instituto y descubrí a las chicas de mi edad –añadió con diversión en la mirada.

–¡Ajá! Menos mal que yo era «la única» para ti.

–Y lo eras, pero pensé que era mejor practicar para estar… –tosió– listo para ti.

–Qué generoso.

–Así soy yo.

«Un ligón», pensó Nina. Aunque tampoco le importaba. Seguía siendo demasiado joven.

–Sé que no estás en Blackberry Island solo por mí. ¿Tu familia sigue por la zona?

–No. Nos mudamos hace años y no han vuelto nunca. Estoy destinado en Everett –dijo inclinándose hacia delante y apoyando los antebrazos en los muslos–. Soy piloto de combate.

Ella abrió los ojos de par en par.

–¿Qué?

La sonrisa de Kyle volvió.

–Cazas F18. Estoy haciendo la instrucción para un destacamento de fuerzas especiales. Se me da bien. Voy camino de unirme a los Ángeles Azules.

–Con cuatro simples frases la había dejado loca. Sabía quiénes eran los Ángeles Azules. Eran las estrellas de unos espectáculos aéreos que se celebraban por todo el país y tal vez por todo el mundo. Su precisión en los vuelos era prácticamente legendaria.

–¿Eres piloto de combate?

–Sí. Me ofrecieron distintos destinos y elegí Everett por la ubicación. Me pareció divertido venir a la isla y ver si seguías aquí.

Ella ignoró el comentario.

–¿Pilotas aviones de varios millones de dólares?

–Eso es. Y si el gobierno está dispuesto a confiármelos, tú también puedes confiar en mí.

Nina soltó una risita.

–Es verdad. ¿Te suele funcionar esa frase?

–Siempre.

–Me disculpo en nombre de todas las mujeres.

–No hace falta. Bueno, ¿y tú qué tal? ¿A qué te dedicas?

–Soy enfermera.

Él enarcó las cejas.

–Así que puedes cuidar de mí si me lesiono.

Fue un comentario típico de un hombre, pensó Nina con diversión.

–No todo gira en torno a ti.

–Claro que sí. Cena conmigo.

–¿Qué? No. Eres demasiado joven.

–Son solo cuatro años. Reconoce que sientes curiosidad. Nos pondremos al día.

–Nunca fuimos amigos, Kyle. No tenemos que ponernos al día de nada.

–Pues entonces podremos conocernos. Lo que he dicho iba en serio. Eres la chica con la que fantaseaba –y ahí estaba otra vez esa sonrisa–. Eres incluso mejor de lo que recordaba.

Nina pensó en los siete kilos de más, el pelo mojado y la ausencia de maquillaje.

–¿Estás seguro de que te revisan la vista con regularidad?

Kyle se levantó, fue hacia ella y la puso de pie. La sujetaba con sus grandes manos. Nina no quería admitirlo, pero la calidez de su piel le produjo un claro cosquilleo en el vientre.

–Nina Wentworth, llevo catorce años deseándote y esperándote. Lo mínimo que puedes hacer es cenar conmigo.

Se quedó sin respiración, literalmente. Y podía decir con total seguridad que era algo que no le había pasado nunca. Ni una sola vez. Sí que se había puesto nerviosa y se había sentido excitada, pero nunca así de… alborotada.

De pronto Kyle le pareció un hombre en el mejor sentido de la palabra. Atrás había quedado el preadolescente que la acosaba. Esa versión nueva y mejorada le llamaba muchísimo la atención. Él no dejó de mirarla a la cara mientras le rodeó las mejillas y volvió a besarla.

En esta ocasión Nina, que ya estaba seca y no tenía frío, tuvo la capacidad de notar la delicada calidez de su boca.

Kyle no presionó, no se movió, pero siguió besándola como si quisiera que el momento durara para siempre.

O a lo mejor era ella la que lo quería.

Entonces él levantó la cabeza.

–Cena –murmuró–. Di que sí.

–Sí.

–¿Pasado mañana?

–Claro.

Le puso las manos en los hombros.

–Estaré aquí a las seis. Cenaremos. Lo pasarás bien.

–¿Tan claro lo tienes?

Esa sonrisa sexi volvió.

–Sí.

–Eres un ligón.

Él enarcó las cejas.

–Tu tono indica que no lo has dicho como un cumplido.

–No. Disfrutas de las mujeres y, por la razón que sea, ahora quieres

disfrutarme a mí –respondió ella avergonzada al instante y deseando haber elegido otras palabras.

–Sí –contestó él con naturalidad–. Mucho. Quiero disfrutarte entera.

Porque había estado loco por ella años atrás.

–La realidad nunca está a la altura de la fantasía.

–Es verdad. A veces la supera.

Vaya, sí que era bueno, sí. Estaba a otro nivel. No había negado la acusación que le había lanzado. Si se le presentara la oportunidad, la seduciría antes de que ella hubiera podido recuperar el aliento.

Más que quedarse consternada, tuvo que reconocer que la recorrió un cosquilleo de expectación. Nunca había estado con nadie como Kyle. Era guapo, divertido y encantador. ¿Qué más daba si acababa siendo una de las muchas mujeres que, sin duda, se habría llevado a la cama? Mientras tuviera claro dónde se metía desde el principio, no se implicaría emocionalmente y no sufriría. ¿No se merecía dedicarse algo de tiempo para centrarse en sí misma?

–Cena –dijo con firmeza–. A las seis.

–Estoy deseándolo –le respondió él al ir hacia la puerta.

–Yo también.

Kyle se detuvo y la miró.

–¿En serio?

–Sí, Kyle. En serio.

Ahora la sonrisa se volvió infantil y por un segundo Nina vio al niño que había sido. Luego volvió el hombre y le guiñó un ojo.

–Bien –dijo antes de desaparecer en la lluvia.

Cerró la puerta y se apoyó en ella.

–¿Qué he hecho? –preguntó en voz alta.

Por suerte, no hubo respuesta.

Fue hacia la cocina mientras pensaba que estaría bien salir a cenar. No diría que no a que un hombre la adorara. Le levantaría el ánimo y le iluminaría la piel.

Sonó el móvil y respondió sin mirar quién era.

–¿Sí?

–Hola, Nina. Soy Dylan.

¿Dylan? Arrugó la nariz. Oír su voz fue como comer brócoli después de probar un helado con chocolate caliente. Porque eso era Kyle, pensó con gracia. Un postre prohibido.

–¿Te pillo en mal momento?

–¿Qué? No. Perdona. Es que acabo de llegar de trabajar y estaba planteándome la noche. ¿Cómo estás? ¿Qué tal te estás amoldando a la vida en la isla?

«Culpable», pensó asqueada. Siempre parloteaba cuando se sentía culpable. Y no es que le debiera nada a Dylan, pero, aun así, ahí estaba, hablando, hablando y hablando.

–Es más pequeña de lo que recordaba. Mis padres están más cerca.

–Y tú eres el hijo favorito.

–El único hijo. Es intenso.

–Ya me imagino.

Hubo un momento de silencio.

–Este fin de semana tengo que ir a Seattle, pero estaba pensando si te gustaría que cenáramos la semana que viene, cuando vuelva.

No había tenido una cita en casi dieciocho meses y ahora en un solo día dos hombres le habían pedido una. ¿Por qué no podía haberse coordinado mejor la cosa? ¿Una cita el año anterior y otra cita este?

Cena con Dylan. Así como a Kyle no lo había reconocido, de Dylan lo sabía todo. Aunque ya había superado la ruptura, aún seguía un poquito resentida por cómo habían terminado… y eso hacía que reapareciera la culpa, algo que la ponía furiosa.

–Pensé que no sería una pregunta tan complicada –dijo él en voz baja.

«¡Ay!».

–Perdona, perdona. Claro. Sería genial.

–¿Estás segura?

–Totalmente. Llámame cuando hayas vuelto y fijamos una noche. Te pondré al día de todo lo que te has perdido desde que te fuiste. Nos llevará al menos quince minutos.

Él se rio.

–Lo estoy deseando. Hablamos pronto.

–Claro. Diviértete en Seattle.

Nina colgó y tiró el teléfono en la encimera.

Si había una noche para tomar vino con la cena, sin duda era esa, pensó en dirección a la botella que tenía abierta en la encimera. Pero se saltaría las galletas de chocolate que había comprado. E iría a pilates al menos una vez más a la semana.

Y no es que Kyle fuera a verla desnuda, pero por si acaso. Una chica tenía derecho a soñar.

Capítulo 6

El trayecto desde Mischief Bay a Blackberry Island era directo. Al norte por la I-5 durante unos mil setecientos kilómetros y luego un giro a la izquierda en la flecha que señalaba al puente. Facilísimo.

Ahora, después de pasar la noche en esa zona de Sacramento, Averil entró en un área de descanso al sur de Medford, Oregón. Al ritmo que iba, llegaría a la isla antes de la cena. Y eso era bueno y malo. Por un lado, se alegraba de estar escapando de su vida. Por el otro, sabía que estaba huyendo y dudaba que alguien pudiera sentirse orgulloso de hacer algo así.

Aparcó y bajó del coche. Él área de descanso estaba tranquila. Solo había un par de camiones grandes al otro lado. El suyo era el único vehículo de pasajeros. Después de usar el baño, se lavó las manos y salió.

La mañana era fresca y clara. La lluvia empezaría a caer más al norte. Al ver el vaho de su aliento se alegró de haberse puesto la cazadora. Decidida a estirar las piernas unos minutos, se puso a dar vueltas al establecimiento.

Necesitaba pasar ese tiempo alejada para poner en orden su vida. Era demasiado mayor para estar huyendo y, sin embargo, ahí estaba: escapando de la desagradable realidad. Aunque no tuviera sentido, ya echaba de menos a Kevin y, al mismo tiempo, se alegraba de estar lejos de él. No tenía una dirección que seguir, ni tenía novela ni tenía nada. Estaba perdida, simple y llanamente. Y tal vez por eso se resistía a tener un bebé. Si ni siquiera sabía si podía salvarse a sí misma, ¿cómo iba a responsabilizarse de otra persona?

Justo al pasar por delante del baño de hombres, vio algo moverse junto al cubo de basura que había a la izquierda. Se detuvo y se quedó observando. Volvió a ver movimiento. Se le encogió el estómago al ver a un perrito acurrucado al cubo. Debía de pesar poco más de diez kilos, tenía los ojos grandes y una maraña de pelo gris y marrón. Estaba temblando y, cuando se le acercó, se acobardó.

Averil miró a su alrededor, pero no había más coches. El animal parecía aterrorizado, dividido entre querer salir corriendo y que lo rescataran.

–Conozco esa sensación –murmuró mientras se le acercaba más, despacio–. No pasa nada, perrito. No te haré daño.

Se agachó y le acercó el dorso de la mano. El animal se estremeció, pero no se movió. Ella le tocó el lomo con delicadeza.

El perrito tembló y luego pareció desplomarse. Averil se acercó más y le dio una palmadita en el costado. Podía notarle los huesos por todas partes.

–Ay, tesoro, debes de estar muerto de hambre –dijo al ser consciente de que algún bestia lo había abandonado. No llevaba collar, pero estando ahí sin moverse del área de descanso, al dueño le habría resultado fácil encontrarlo de haberlo perdido.

Siguió acariciándolo para intentar ganarse su confianza. Al cabo de unos minutos, el animal se levantó.

–Bueno –dijo Averil dándose una palmadita en la pierna–. ¿Quieres venir conmigo?

El perro se levantó y la miró. Seguía temblando.

–Creo que estamos cerca de Medford. Te llevaré a un veterinario para que te hagan un reconocimiento. Si tienes chip, podremos encontrar a tu dueño. Si no, al menos estarás calentito y alimentado.

El perro seguía mirándola.

–Tranquilo. Soy una buena persona. Estoy algo confusa y padezco de atrofia emocional, pero no te haré daño.

El perro pareció convencido con la respuesta y echó a andar con ella.

Estaba demasiado débil para subir al asiento trasero, así que Averil lo alzó. Se quedó impresionada por lo poco que pesaba. Se echó agua en la mano y el animal bebió con avidez. Le quedaba un trozo de un bollito que había comprado en el Starbucks donde había parado antes y el perro lo engulló.

Al sentarse al volante, Averil arrancó el motor y encendió la calefacción. Agarró el móvil y en un par de minutos encontró un veterinario en Medford. Llamó, le indicaron qué hacer y cómo llegar y volvió a incorporarse a la carretera.

–Tiene unos tres años –dijo el veterinario, un hombre mayor con gesto amable–. Diría que lleva sola alrededor de un mes. Tiene algunas heridas y está desnutrida. Dudo que haya tomado una sola comida decente en todo ese tiempo.

La auxiliar apartó la mirada del ordenador.

–No hay informes de perros desaparecidos en la zona –dijo encogiéndose de hombros–. Sin chip, es imposible encontrar a los dueños.

–La han abandonado –dijo el veterinario–. Por desgracia, son cosas

que pasan –añadió antes de salir de la sala.

Averil acarició a la perrita, hecha un ovillo sobre la mesa de exploración. La habían examinado y bañado, y le habían dado algo de comer.

–En la ciudad hay un refugio para animales –dijo la mujer–. Es preciosa, no creo que tarden en adoptarla. Has hecho lo correcto al traerla aquí. Estará bien.

Averil miró los ojos marrones de la perrita. Al final resultó que era blanca con motas marrones. Según había dicho el veterinario, tenía parte de King Charles Spaniel y parte de a saber qué. Se había sometido a la exploración y al baño sin protestar y parecía resignada a lo que fuera que el destino le tuviera preparado. Averil sabía que la solución más sensata era dejarla en el refugio.

Con un dedo tocó el suave pelo del animalito.

–Me la llevo. ¿Puedo hacerlo?

–Claro –dijo la otra mujer sonriendo–. Es una ricura. ¿Sabes cómo vas a llamarla?

–Penny –respondió Averil tocándole la cabeza–. Hola, Penny. ¿Quieres venir a vivir conmigo?

Unos ojos marones la miraban con solemnidad.

–Vas a necesitar algo de comida –dijo la auxiliar–. Tenemos una marca que va bien para estómagos sensibles. La ayudará a ir adaptándose a las comidas regulares. Dale alrededor de media taza cuatro veces al día durante los primeros días. Luego puedes pasar a una taza dos veces al día y mezclar un poco de comida enlatada. Si quieres cambiar de marcas, hazlo cuando haya pasado un tiempo porque podría ponerse mala.

La mujer le anotó unas cuantas instrucciones.

–Una vez llegues al lugar al que te diriges, tendrás que vacunarla. Ya está esterilizada. Creo que tenemos un collar y una correa en la caja de objetos perdidos. Espera, voy a por ellos.

La mujer salió de la sala y Averil siguió acariciando a Penny.

–Tranquila. Ahora vas a vivir conmigo. Estoy segura de que puedo ocuparme de un perro.

Penny la miraba aún con expresión temerosa, pero al menos había dejado de temblar. Los tiernos ojos marrones parecían preguntar si eso era todo lo que Averil podía ofrecerle.

–Tienes razón –dijo en voz baja–. Tengo que hacer un compromiso serio. Me ocuparé de ti. Lo prometo.

La auxiliar volvió con una correa, un collar de tela y un par de toallas viejas. Averil le dio las gracias, pagó la factura y salió. Penny se había dejado poner el collar y la correa sin protestar y ahora caminaba a su lado. Cuando llegaron al coche, Averil abrió la puerta trasera.

Penny la miró y miró el asiento.

–Vamos, Penny. ¿Puedes saltar?

Penny hizo lo que le pidió.

Averil se rio.

–¡Buena chica! Eres muy lista, ¿sabes? Venga, vamos a prepararte una cama.

Dobló las toallas en cuadrados y las colocó sobre el asiento. Luego le quitó la correa y dio una palmadita sobre la tela.

–Vamos, Penny. Es para ti.

Penny puso una pata en la toalla.

–Buena chica. Eso, ponte cómoda para el resto del camino, ¿vale?

Penny dio dos vueltas sobre las toallas antes de tumbarse con un suspiro. Averil la acarició un par de veces, cerró la puerta y se sentó al volante. Para cuando se incorporó a la autopista, la perrita se había dormido.

La tarde empezaba a decaer cuando cruzó el puente que conducía a Blackberry Island. Penny había estado durmiendo durante casi todo el camino al norte. Habían parado en un par de áreas de servicio para que las dos pudieran ir al baño y Averil le había dado las comidas ligeras que le habían recomendado. Resultó que Penny también era una gran aficionada a las hamburguesas, así que habían compartido almuerzo en un McDonald's justo al sur de Portland.

Ahora estaban a punto de llegar al final del trayecto.

Se sentía aliviada y nerviosa a la vez según iba viendo los familiares paisajes de la isla en la que había crecido. De niña había recorrido en bici prácticamente cada metro de carretera que había allí y había explorado viñedos y costas. Había nadado en el océano, comido en la mayoría de los restaurantes y puestos, y conocía al menos a un niño de todas las familias del lugar.

Blackberry Island siempre había sido su hogar. Era el lugar que más sentido tenía. Era donde siempre sabía quién era.

Y suponía que, en parte, ese era el problema. En Mischief Bay tenía muchos papeles: reportera, escritora y esposa. En Mischief Bay era una mujer adulta. Allí, en la isla, era la hermana pequeña de Nina. La hija pequeña de Bonnie. Ahí no generaba expectativas.

En el fondo sabía que volver corriendo a casa no era una muestra de madurez, pero le daba igual. Lo cierto era que en algún punto del camino se había perdido y ahora no sabía lo que quería.

Cuando estaba a kilómetro y medio de la casa, salió de la carretera principal y aparcó en la playa. Agarró la correa de Penny y fue hacia la puerta trasera derecha. Penny se incorporó, esperándola. Sacudía su largo rabo sin cesar.

–Así que ya te caigo bien, ¿eh? –le preguntó Averil con una sonrisa–. Ha sido la hamburguesa, ¿a que sí?

Le enganchó la correa y dio un paso atrás. Penny saltó al suelo y empezó a olfatear.

–Ahí hay una zona para perritos –le dijo mientras señalaba el cuadrado de grava junto a la playa.

Penny usó las instalaciones y después las dos dieron un paseo por la arena pedregosa. Justo al oeste estaba el estrecho de Juan de Fuca. Esa masa de agua separaba la península noroeste de Washington de la isla de Vancouver. En algún punto en medio del estrecho estaba la línea entre los Estados Unidos y Canadá. A unos cien kilómetros al oeste había mar abierto.

Averil recordaba a sus amigas mirando al estrecho y hablando de subirse a un barco y navegar para ver qué había ahí fuera. Ella era la que había tenido menos interés por marcharse, y no le había atraído mucho la idea de pasarse días o semanas en el mar. Tampoco había querido ir a UCLA, la Universidad de California. Ese había sido el sueño de Nina. Pero su hermana había hecho que pareciera tan maravilloso que al final Averil había accedido.

Ahora estaba en casa, fuera lo que fuera lo que significaba eso.

–Lo que estoy haciendo no tiene mucho sentido, ¿verdad? –le preguntó a Penny.

La perra la miró y, vacilante, sacudió el rabo.

–Venga, Penny. Vamos a por ello.

Volvieron al coche. Penny se acomodó en su cama y Averil comenzó a bajar por la familiar carretera.

Cuando vio la casa, se le saltaron las lágrimas. No había cambiado nada, pensó aliviada. Ni la calle ni el vecindario. Todo estaba tal como recordaba.

La invadieron distintas emociones y luchó contra ellas, no muy segura de si estaba feliz, triste o confundida a rabiar. Para cuando había aparcado el coche, estaba llorando.

Nina abrió la puerta principal y salió. Averil salió del coche con piernas temblorosas y corrió hacia ella.

–Tranquila, tranquila –le dijo su hermana mayor–. No tienes por qué llorar.

Pero era demasiado tarde. Averil, sollozando con fuerza, la abrazó. Lloró sin saber por qué, pero ahora que estaba en casa, no pasaba nada por llorar.

Nina estaba en mitad de la habitación. Averil llevaba treinta minutos en casa. Había llevado la maleta a su antigua habitación, se había puesto el pijama y se había metido en la cama. Tenía pinta de

no tener pensado salir de allí en mucho tiempo. Nina le había llevado agua y un sándwich. Averil se lo había tomado todo y luego se había estirado con los ojos cerrados.

–Gracias, Nina –dijo con voz somnolienta–. Te has portado genial conmigo. Me siento mucho mejor.

Nina se sentó en el borde de la cama aún sin saber qué hacía su hermana en casa y qué pasaría ahora. Le acarició el pelo y se vio desbordada por la emoción. Eran hermanas. Se querían. Y eso no cambiaría por mucho que se pelearan como el perro y el gato. Por cierto…

–Cuéntame lo del perro –murmuró.

Averil abrió los ojos y sonrió.

–Se llama Penny y es muy cariñosa –dijo antes de contarle cómo la había encontrado–. Le he dado de comer y ha hecho sus cosas antes de que llegáramos. Me voy a poner una alarma en el móvil para sacarla en un par de horas.

–¿Y los tazones y la cama?

Averil bostezó.

–Ha estado sola por lo menos un mes, así que tampoco es que vaya a esperarse mucho. Tengo comida y mañana iré a por lo demás. Te quiero, Nini.

Nina sonrió. Hacía años que no la llamaban así.

–Yo también te quiero, peque.

Y con eso, se levantó y salió de la habitación.

Una vez en el pasillo, vaciló. ¿Debería cerrar la puerta? Penny la seguía, observándola con esos ojos grandes y marrones.

–A ti sí que no te esperaba –le dijo a la perrita.

Penny sacudió el rabo y la siguió hasta la cocina.

Averil había dejado el resto del equipaje amontonado en el salón. Había una maleta abierta con la mitad del contenido tirado por el suelo. En la cocina había una bolsa de comida y unas instrucciones.

–Tendrás que comer pronto –dijo Nina al leer las notas–. Comidas pequeñas varias veces al día. La comida en lata te puede ir bien.

Miró el equipaje que Averil no había subido al dormitorio. Había un par de toallas andrajosas y una cazadora, pero nada de comida para perros más allá de la bolsita a la que le faltaba un tercio. Tampoco había cama.

–Mi hermana no es una gran planificadora –le dijo a la perrita.

Penny sacudió el rabo.

Nina agarró el bolso y fue al coche. Aunque en la isla no había tienda de animales y no tenía tiempo para cruzar el puente, sí que había un supermercado grande con una sección para mascotas bastante decente.

Compró comida enlatada, una cama y otra bolsa de pienso. De

camino a la caja, añadió un par de juguetes de morder y una pelota.

Tras un cargo considerable a la tarjeta de crédito, se puso rumbo a casa. Metida en el habitual atasco de la noche, miró nerviosa el reloj. En una hora tenía la cita con Kyle. Ya se había duchado y no tardaría en maquillarse, pero sí que necesitaría algo de tiempo para volverse loca pensando qué ponerse. Tenía que ir bien sin ir demasiado arreglada. Hacía bastante fresco como para necesitar manga larga o chaqueta o las dos cosas.

Diez minutos después, aparcó y agarró la compra. Penny la recibió en la puerta.

–¡Hola! –dijo Nina dándole una palmadita–. Ahora ya tienes posesiones.

Puso la cama en el salón y los tazones en la cocina. Después de llenar uno de agua, midió una pequeña porción de comida enlatada y la cantidad permitida de pienso. Penny esperó paciente mientras la servía y luego engulló la cena. Siguió a Nina al dormitorio del fondo y la vio probarse las distintas opciones de ropa.

–Estaba pensando en ir de azul –dijo Nina alzando un vestido azul cobalto–. Sé que es muy sencillo, pero tengo estos zapatos maravillosos para acompañarlo.

Penny miró el vestido. Nina también. El cuello era algo bajo, pero no dejaba ver nada de escote. Aun así, las líneas entalladas resultaban favorecedoras y era de manga larga, con lo que podría evitar afearlo con un abrigo encima.

Los zapatos, de ante negro y azul cobalto, eran de casi ocho centímetros y habían costado más que el vestido. Y eso que los había comprado en Nordstrom Rack, rebajados al setenta por ciento.

Volvió a meter el vestido en el armario.

–También tenemos uno negro básico.

Sacó el clásico vestido negro corto sin mangas. Era un poco más corto de lo que sus muslos podrían soportar, pero, si se ponía unas medias negras, parecerían más firmes.

Penny se estiró en la alfombra y bostezó.

–¿Demasiado predecible? –preguntó Nina–. No soy mucho de vestidos, pero dudo que Kyle quiera verme con un uniforme médico con estampado de dibujos animados.

Miró las dos mejores opciones que tenía.

–¿Y si me pongo los tacones de ante con el vestido negro corto?

Sacó las medias y se las enfundó. En la parte superior incluían una faja que le limitaría la capacidad de cenar, pero que hacía que el vestido le sentara genial. Se puso una bata y entró en el baño para retocarse el maquillaje. Al salir, Penny estaba de pie en el pasillo, mirándola fijamente.

–¿Qué? No puede haber llegado ya.

La perrita echó a andar hacia la cocina y se detuvo para mirar atrás, como invitándola a seguirla. Nina la siguió. En la puerta trasera, Penny arañó la alfombrilla.

Y entonces lo entendió. Le abrió la puerta y la dejó salir. El jardín trasero estaba vallado. Aun así, esperó a que Penny hiciera sus cosas y volviera corriendo. Luego, fueron juntas hacia el fondo de la casa.

–Eres increíble –le dijo Nina al animal mientras se peinaba su lisa melena–. A lo mejor puedes enseñarle a Averil algo de responsabilidad.

Cuando tuvo el pelo suave, se puso el vestido y se subió la cremallera. Añadió unos pendientes de aro dorados, brillo de labios y una cazadora de cuero corta que tenía diez años. Por suerte, era tan sencilla que no resultaba pasada de moda.

Apenas le había dado tiempo a estirarse el vestido cuando sonó el timbre.

Se sorprendió al notar el vuelco en el estómago. Por desgracia, ese ligero cosquilleo de emoción no le era muy familiar, pensó mientras cruzaba la desgastada moqueta para abrir la puerta principal.

Kyle, con su más de metro ochenta y ese aspecto de deidad rubia, maldijo para sí.

–¿Qué pasa? –preguntó ella.

–No tendrías que estar tan guapa. Pensé que estaba preparado para verte, pero ni por asomo.

«Este chico es demasiado», se dijo. Agarró la cartera de mano que había dejado junto a la puerta.

A esas alturas le daba igual si Kyle estaba mintiendo, porque era exactamente lo que su ego magullado y ella necesitaban. Por una noche se olvidaría de todas las responsabilidades de su vida. Iba a salir con un tío bueno más joven que ella y a fantasear con la idea de dejarlo acostarse con ella. Si había consecuencias, porque siempre las había, ya se enfrentaría a ellas por la mañana. Llevaba mucho tiempo haciendo lo correcto y se merecía una recompensa. Kyle era el hombre perfecto para asegurarse de llevarse una.

Capítulo 7

Nina se aseguró de cerrar la puerta con llave y bajó los dos escalones del porche. Kyle se situó a su lado y le puso la mano en la parte baja de la espalda. Esa ligera presión tan poco familiar le recordó que habían pasado muchos meses desde su última cita. Al notar mariposas en el estómago supo que tal vez la noche no resultaría tan sencilla como había pensado en un principio. Fuera o no el chico inapropiado, el pequeño Kyle se había convertido en un hombre guapo.

Al ver su coche soltó una carcajada. Era un descapotable de dos plazas con los asientos bajos.

–¿En serio? –preguntó con una risita–. ¿Conduces esto?

–Es un *jet* terrestre. A las chicas les encanta.

–Dudo que necesites el coche para ligar.

Kyle se puso delante de ella para abrirle la puerta.

–Todo ayuda. Sobre todo contigo. Tengo que jugar todas mis bazas.

–Eres muy zalamero. Tienes mucha práctica.

Supuso que él protestaría, pero en lugar de eso Kyle sonrió.

–Mejor para ti –dijo con naturalidad–. Así puedes aprovecharte de todo lo que he aprendido.

–Un hombre que ama a las mujeres. Y a quien las mujeres aman.

Él se encogió de hombros.

–Es un defecto que tengo, aunque puedo soportarlo –dijo acercándosele un poco más–. Pero esta noche nos centraremos solo en ti.

Nina vio el azul de sus ojos y sus pestañas rubias y espesas. Se había afeitado, pensó mientras observaba su piel bronceada. Y también olía bien, como si acabara de ducharse. Le gustaba pensar que se había tomado su tiempo para arreglarse; que se había esforzado por ella. En realidad, seguro que habría hecho eso miles de veces, pero qué más daba. Esa noche prefería ser una de tantas a estar sola.

Se sentó en el asiento bajo sabiendo que iba a necesitar cada músculo del cuerpo para poder salir del coche con elegancia. Pero ya se ocuparía de ese problema luego.

Kyle se sentó a su lado. Los asientos estaban tan juntos que sus

hombros se rozaban y había algo íntimo en la forma en la que el salpicadero parecía rodearlos. Kyle apoyó la mano en la palanca de cambios mientras se giraba hacia ella.

–Con respecto a la cena… –empezó a decir en voz baja y provocadora.

Por un segundo Nina pensó que iba a sugerirle que se la saltaran, y durante ese mismo segundo se planteó decir que sí. Nunca se había acostado con un desconocido, pero, aunque no sabía mucho sobre Kyle, sí que sabía algunas cosas, como el nombre de sus padres y que tenía una hermana pequeña. Así que no podía decirse que fueran unos desconocidos.

–He pensado que podríamos ir a Marianna's.

Ella enarcó las cejas.

–¿En serio?

–¿Te parece bien? He reservado, pero puedo cancelarlo.

–Marianna's me parece genial.

«Si estás seguro de que te lo puedes permitir», quiso añadir. Porque, así como Marianna's era famoso por una comida exquisita, los precios no eran una ganga precisamente. Solo había estado allí un par de veces; la última, con Bonnie y Bertie para celebrar los diez años que habían pasado desde que Bertie se había mudado con ellas y Bonnie había salido del armario.

Pero en lugar de comprobar la viabilidad económica de Kyle, supuso que, si se había atrevido a hacer una reserva, probablemente habría visto la carta. Además, ella tampoco iba a pedirse el plato más caro. Sabía ser una pareja considerada.

Kyle arrancó el coche, se giró hacia ella y sonrió.

–Qué bien tenerte tan cerca.

Se le acercó y la besó con suavidad. Fue un breve roce de bocas, pero bastó para dejarla aturdida.

Cuando él se puso recto, ella se giró para mirar al frente y, nerviosa, se estiró la falda del vestido.

–Eres bueno –le dijo mientras él metía marcha atrás y salía del camino de entrada–. ¿Seguro que solo tienes veintiséis?

–No es una cuestión de años, Nina, sino de kilómetros.

–¿Ha habido muchos kilómetros?

Él soltó una risita mientras conducía.

–Bastantes, pero no eran tú.

Nina se rio.

–¿Quiénes eran entonces?

Por un instante Kyle se quedó sorprendido, como si no se hubiera esperado una pregunta tan directa.

–Preferiría hablar de ti.

–¿De mi resplandor y mi belleza? ¿Tendremos poesía luego?

–Te burlas de mí.

–Un poco. ¡Venga! Pero si no has pensado en mí ni una sola vez en los últimos diez años.

Kyle la miró muy serio.

–Te equivocas.

–Si solo eras un niño.

–Hay cosas que nunca cambian.

–Una frase genial.

–A lo mejor, pero es verdad –dijo Kyle lanzándole una sonrisa–. Vas a tener que fiarte de mí.

–No me fío con facilidad –respondió Nina sin pensar y entonces deseó poder retirar esas palabras. No era una conversación para una primera cita.

Él le agarró la mano y se la llevó a la boca. Después de besarle los nudillos, volvió a ponerle la mano en su regazo.

–No te preocupes. Iremos todo lo despacio que necesites.

Eso ella no lo tenía tan claro. Suponía que para Kyle todo eso era un juego, aunque de vez en cuando había algún *flash* de sinceridad. Pero entonces, ¿qué Kyle era el real? ¿O era como el resto del planeta? ¿Una combinación de rasgos buenos y malos?

Kyle bordeó la isla y cruzó el puente. Una vez en tierra firme, se dirigió al sur. Unos kilómetros después, giró hacia el restaurante.

Se detuvo en la zona del aparcacoches. Nina se aseguró de plantar bien los dos pies en el suelo antes de impulsarse y salir del coche. Kyle fue hacia su lado y la guio hacia el establecimiento.

El sol seguía relativamente alto y desde el vestíbulo podían ver todo el restaurante y el mar al fondo. La ubicación era perfecta, pensó sintiendo de nuevo la mano de Kyle en la parte baja de la espalda. Música suave, manteles blancos, conversaciones tranquilas.

La encargada de sala, una veinteañera menuda, fue hacia ellos.

–Hola –dijo mirando a Kyle–. Bienvenidos a Marianna's.

Kyle le guiñó un ojo.

–Tenemos una reserva –dijo él antes de dar su nombre. Se inclinó hacia Nina y, con los labios pegados a su oreja, añadió–: He pedido una mesa junto al agua.

Nina tembló ante la erótica sensación del roce de su boca y la calidez de su aliento. La encargada de sala la fulminó con la mirada, pero ella estaba demasiado ocupada pensando que no se sentía a la altura de Kyle como para que le importase.

Con la diferencia de edad, debería ser ella la que tomara las riendas en el plano sexual, pero estaba claro que eso no iba a pasar. Solo esperaba que Kyle estuviera haciendo un esfuerzo para seducirla, porque si todo era involuntario, entonces ella tenía un gran problema.

La encargada los llevó a una mesa junto a la ventana. Sonrió a Kyle

y le rozó el brazo ligeramente, pero él no se molestó en guiñarle el ojo otra vez. La chica se marchó con un suspiro.

Kyle apartó las cartas a un extremo de la mesa y se inclinó hacia Nina.

–Gracias por salir conmigo –dijo mirándola a los ojos–. Llevo planeando esta noche desde que tenía doce años.

–No me lo creo –dijo conteniéndose para no poner los ojos en blanco.

Él sonrió.

–Me encantaba esa camiseta que llevabas siempre, la de la estrellita de mar blanca. Cuando te agachabas para levantar a mi hermana, podía ver por dentro. Te pintabas de rojo las uñas de los pies. El color se llamaba *Cerezas en la nieve*. Tu canción favorita aquel verano era *Believe* de Cher.

Nina lo miraba.

–Recuerdo que me seguías como un cachorrito, así que puedo entender que supieras *todo* eso, pero ¿cómo puedes recordarlo ahora?

–Lo que te dije iba en serio. Eras la chica de mis sueños, Nina. Te quería –se encogió de hombros al añadir–: Al menos, tanto como puede querer un niño de doce años. Esas cosas no se olvidan.

–Qué locura. Yo apenas me acuerdo de ti. Lo siento, pero es verdad.

Él sonrió aún más.

–Pues puede que sea mejor así porque, por aquel entonces, apenas había entrado en la pubertad. Da igual que estuviéramos en lugares distintos porque ahora los dos somos adultos.

–Puede que sí, pero hablas de la chica de tus sueños y eso me pone nerviosa. Nadie puede estar a la altura de eso.

Y menos alguien que tenía un problema con los *brownies*. Se consideraba guapa, divertida y simpática, pero no como para ser la fantasía de nadie.

–Pues entonces deberíamos conocernos –dijo él–. Partir de cero. Estás aquí conmigo, Nina. Para mí esta noche ya es un triunfo.

Ella miró sus ojos azules y contuvo las ganas de suspirar.

–Dios, qué bueno eres.

Kyle soltó una risita.

El camarero llegó y él pidió una botella de vino. Cuando estuvieron solos otra vez, Nina se recostó en la silla.

–Bueno, ya vale de hablar de nuestro pasado en común. Háblame de ti. ¿Cuándo supiste que querías ser piloto? ¿Fue por la película? ¿Cuál era? ¿*Top Gun*?

Él puso cara rara y ella se dio cuenta de que esa película no era de su época.

–Yo era más de *Independence Day*, pero en realidad empecé a interesarme por volar cuando nos marchamos de la isla. Nuestra casa

nueva estaba cerca de un aeropuerto privado. El encargado era vecino nuestro y yo me juntaba mucho con él y empecé a interesarme por los aviones. Mi abuela pensó que debía aprender y me pagó las clases. Cuando me gradué en el instituto, ya tenía la habilitación de vuelo por instrumentos y estaba enganchado.

–¿Por qué la Marina y no las Fuerzas Aéreas?

–¿Sabes lo que son los Ángeles Azules? Son el escuadrón de acrobacias aéreas de la Marina. Se formó en 1946 y actúan por todo el país y todo el mundo. Quiero hacer lo que hacen ellos.

–Vale –dijo Nina despacio–. ¿Entonces querías hacerlo antes de entrar en la Marina?

–Ajá. Estudié mucho en la universidad con vistas a ser piloto.

Nina pensó en lo que ella sabía del ejército, que era muy poco.

–¿Tuviste que estudiar matemáticas complicadas?

–Estaba muy motivado y creo mucho en el poder de estar centrado en algo. De tener un objetivo e ir a por él –sonrió–. Voy a serte claro. Tú eres un objetivo.

–Está bien saber lo que quieres. ¿Y qué duración tiene ese objetivo?

–Estaré en Everett unos meses.

Ella esperó, pero Kyle no dijo nada más. El mensaje estaba bastante claro. La recordaba de su pasado y la había buscado para ver si seguía siendo lo que tenía visualizado. Ella tenía la sensación de que no lo era, pero Kyle no parecía darse cuenta, así que, oye, ¿por qué no seguirle el rollo?

Estaba claro que no buscaba una relación larga. Quería acostarse con ella y estaba dispuesto a hacer el esfuerzo requerido para seducirla. Tal vez para él solo era un juego, pero al menos había dejado las reglas claras desde el principio, y eso era de admirar.

–¿Tienes novia formal?

–No. No estaría contigo si la tuviera.

Ella enarcó las cejas.

–¿En serio? ¿Eres completamente fiel a todas las mujeres?

Kyle se reclinó en la silla y esbozó media sonrisa.

–Si vas a ponerte técnica… –comenzó a decir antes de encogerse de hombros.

Siempre había algo malo para compensar lo bueno, pensó Nina. Mientras ella aceptara su relación con Kyle del modo que él la planteaba, no pasaría nada porque ahora mismo una aventura excitante y fugaz era justo lo que necesitaba.

El camarero volvió con la botella de vino. Era de un viñedo local. Una vez servido, Kyle levantó su copa.

–Por los viejos amigos.

–Por los viejos amigos –repitió ella–. Bueno, cuéntame cómo es la vida en la Marina. ¿Alguna vez has aterrizado un avión en un

portaviones?

–Claro.

–¿En serio? ¿Cómo es posible?

Él sonrió.

–Con mucha práctica. Cuando el portaviones está en el mar, cada aterrizaje es distinto. No es como en un aeropuerto, porque la pista de aterrizaje está moviéndose al igual que el avión. Casi no hay tiempo entre aterrizar y parar. Es una pasada.

A ella le parecía más bien una tortura, aunque tampoco es que hubiera sido nunca demasiado intrépida.

–¿Te van destinando a distintos sitios durante meses, no?

–He visto el mundo –dijo él sonriendo otra vez–. Y me gusta.

–¿Una chica en cada puerto?

Otra vez esa sonrisa. Kyle se encogió de hombros, aunque, incluso sin decir nada, el mensaje quedó claro.

–Pero no tengo relaciones con nadie del trabajo. Cuando estoy en el barco, soy piloto.

Ella agarró su copa.

–Pero cuando estás en casa, ¿juegas?

–Algo así –respondió él observándola–. ¿Y tú qué, Nina? Has dicho que eres enfermera. ¿Trabajas en un hospital?

–No, en la consulta de una doctora. Andi, mi jefa, es pediatra. Es genial. Me gusta trabajar con niños.

–Te has quedado en la isla.

–Nunca fue mi plan –admitió–. Quería irme, pero, por alguna razón, no llegó a pasar nunca. Estábamos justas de dinero, así que fui al colegio comunitario y luego estudié dos años en la Universidad de Washington.

–¿No quisiste quedarte en Seattle?

–Lo pensé, pero en casa tenía un trabajo esperándome y tenía una hermana pequeña en la universidad.

Él frunció el ceño.

–¿Te crio tu madre, verdad?

–Ajá. Mi padre se marchó cuando yo era muy pequeña. No sé si te acuerdas, pero mi madre tiene una tienda de antigüedades. Blackberry Preserves. Es pequeña y no es una máquina de hacer dinero precisamente. Ayudé a pagar la universidad de Averil. Fue a UCLA.

–Entonces ella pudo marcharse y tú no.

–Podría decirse así –respondió y, pensando en la reciente llegada de su hermana, añadió–: Justo ha vuelto hoy. Algo pasa y no sé qué es. Está casada. Kevin es un tipo fantástico. La adora. Espero que Averil no la esté cagando.

–¿Suele hacerlo?

–No le gusta asumir responsabilidades.

–Y tú, en cambio, asumes responsabilidades de todo.

–¡Ostras! ¿Por qué dices eso?

Kyle, con expresión pensativa en sus ojos azules, respondió:

–Una suposición. ¿Me equivoco?

–No. Sí. Bueno, no lo hace a propósito. Averil se ha encontrado una perrita en un área de servicio durante el viaje desde California. Alguien la había abandonado, así que mi hermana se la ha traído. Creo que ha hecho lo correcto, pero a los cinco minutos de llegar a casa, ya estaba metida en la cama y yo he tenido que ir a comprar comida y tazones para la perrita y todas esas cosas. No quiero tener que ocuparme de todo el mundo, pero por una cosa o por otra acabo haciéndolo.

Él le agarró las manos.

–Porque saben que vas a tomar las riendas. Como cuando estabas arreglando el tejado –añadió dibujándole con el pulgar un círculo en la palma, muy despacio.

–Cuando me salvaste la vida.

–Eso es. Me debes una.

–¿Y cómo te gustaría que te la devolviera? –preguntó ella sin pensar.

Él la miró a la boca.

–Sabes muy bien cómo.

–Es verdad. Debería advertirte de que, por lo general, querer algo es mejor que tenerlo.

–En este caso no.

–Espero que sea verdad. No querría decepcionarte.

–Eso es imposible.

Hablaba con tanta seguridad, pensó Nina, con tanta decisión… Aunque había salido con otros hombres, nunca había estado con uno que dijera lo que quería de forma tan directa. Resultaba extrañamente atrayente.

–¿Has volado alguna vez?

–En un avión grande sí, claro.

–Te voy a llevar arriba para enseñarte la isla desde donde yo veo las cosas. Ver el mundo desde el cielo te cambia la perspectiva.

–Lo estoy deseando.

La cena pasó más deprisa de lo que habría creído posible. A Kyle le gustaban los temas de actualidad, leía novela de misterio y tenía unos conocimientos sorprendentes sobre el argumento de *Orgullo y prejuicio*.

–En la universidad salí con una estudiante de Literatura –dijo encogiéndose de hombros mientras conducían de vuelta a casa de Nina–. Eran su libro y su película favoritos.

–Es que el señor Darcy es un hombre de ensueño –dijo Nina con tono de broma.

–Yo no lo tengo tan claro. Creo que Elizabeth está más enamorada de su patrimonio que de él.

–¿Cómo puedes decir eso?

–Empezó a enamorarse de él después de ver la casa. El cambio de sentimientos tiene sentido. Es un hombre rico y en aquellos tiempos una mujer necesitaba a un hombre con dinero para tener una seguridad.

–¿Al contrario que ahora, que queremos que sean guapos y tengan un coche genial?

Él sonrió.

–Tú no te dejarías influenciar por un coche. Ni siquiera por el mío.

–Es verdad. ¿Te rompe el corazón?

–Un poco, pero soy resiliente –respondió al acceder a la casa.

Nina había disfrutado más de lo que había imaginado, pero, ahora que estaban en casa, de pronto le entraron los nervios. Dudaba que él se esperara algo de su primera cita, pero ¿y si quería algo?

–Te he dicho que Averil ha venido de visita, ¿verdad? –preguntó esperando que no se le notara lo nerviosa que estaba.

–Sí. Con su perrita nueva.

–Penny. Es supercariñosa.

Él aparcó detrás del coche de Averil y se giró hacia ella.

–Gracias por la cena.

–Creo que eso debería decirlo yo. Lo he pasado bien.

–Yo también.

Kyle se acercó y la besó. Solo una vez y con delicadeza. Sin embargo, ella sintió el contacto hasta en los dedos de los pies. El modo en que él tomaba las riendas tenía algo que…, pensó con un suave suspiro. No resultaba avasallador, sino que la hacía poder relajarse porque parecía como si él fuera a ocuparse de todo. Y eso era algo que no le pasaba muy a menudo.

–Quiero volver a verte –murmuró Kyle antes de besarla otra vez, ahora de forma más prolongada.

Nina cerró los ojos. Tenía una boca cálida y firme. Hábil, pensó mientras sentía el calor entre los dos. Con cada roce de labios, le ardían todas las terminaciones nerviosas. No haría falta mucho más para que le diera igual que Averil estuviera en casa.

–Estaré fuera cuatro días –dijo él.

Nina abrió los ojos.

–¿Por trabajo?

Kyle soltó una risita.

–Sí, por trabajo. Me llevo el *jet*. No podré llamarte y por eso te aviso de que no voy a estar. No quiero que pienses que soy uno de esos tíos

que prometen llamar y luego no lo hacen. ¿Puedo verte cuando vuelva?

–Sí.

Él sonrió.

–¿Así de fácil?

–Creo que estaría bien evitar la palabra *fácil*.

–Por supuesto.

La rodeó con los brazos, algo un poco engorroso teniendo en cuenta el espacio tan pequeño del dos plazas. Sus manos, grandes y fuertes, le recorrían la espalda. Volvió a besarla, esta vez rozándole el labio inferior con la lengua.

Nina abrió la boca para recibirlo y él intensificó el beso. Ella le puso las manos en los hombros y se apoyó en él casi esperándose que empezara a acariciarla por arriba. Después de todo, sus pechos estaban ahí mismo, prácticamente suplicando que los tocaran. Pero Kyle no lo hizo. Qué decepción. Se apartó, suspiró y dijo:

–Te llamaré en cuanto vuelva.

Abrió la puerta y bajó del coche.

Nina no iba a estropear el momento saliendo del coche a duras penas, así que se quitó los tacones y bajó con los pies enfundados en las medias. Fueron hasta la puerta principal. Al otro lado oyó un ligero gemido.

–La perrita misteriosa –dijo él.

–Seguro que necesita salir.

–Cuatro días. Y luego volveré.

La besó una última vez antes de darse la vuelta y correr al coche.

Nina entró en casa. Acarició a Penny y la condujo a la puerta trasera. La perrita salió corriendo al jardín e hizo sus cosas. Cuando volvió, Nina le puso comida y luego se marchó a su dormitorio.

Se apoyó en el marco de la puerta y sonrió al pensar en el guapo piloto de combate que tenía tantas ganas de acostarse con ella. Había sido una noche muy buena, pensó feliz. Kyle la había impresionado, y no era algo que le ocurriera a menudo. Le había dejado su objetivo extremadamente claro. Después de esa noche, estaba dispuesta a admitir que se apuntaba a hacer realidad los sueños de ese chico.

Capítulo 8

Tres días después de haber vuelto a casa, Averil abrió los ojos y supo que estaba lista para enfrentarse al mundo. En los últimos tres días había hecho poco más que dormir. Había picoteado algo y se había asegurado de que Penny comía. Habían salido a pasear a diario y luego había vuelto a la cama. Ahora se encontraba descansada por completo y muerta de hambre.

Se incorporó y miró el reloj. Eran poco más de las siete de la mañana. En los pies de la cama, Penny levantó la cabeza y la miró como haciéndole una pregunta.

Averil se rio.

–En respuesta a tu pregunta, sí. Voy a levantarme. ¿Cómo estás? ¿Bien?

La perrita sacudió el rabo, saltó de la cama y fue hacia la puerta. Averil se levantó, se estiró y fue con ella a la cocina. Abrió la puerta de atrás y la dejó salir.

A escasos metros vio una cafetera en la encimera. A la jarra le faltaba el contenido de una taza. Estaba claro que Nina se había servido uno antes de meterse en la ducha. Seguro que su hermana la cargaba de café y agua por las noches y la dejaba programada. Porque Nina era, ante todo, organizada.

Después de servirse una taza, añadió un poco de leche y abrió la puerta a Penny para que entrara. Se detuvo a observar el jardín. Detrás del entarimado había una zona de césped y una jardinera muy bien cuidadas que tenían que ser obra de Bertie. Ninguna de las mujeres Wentworth tenía mano con las plantas.

–A desayunar –dijo con firmeza al cerrar la puerta.

Le puso comida a Penny y abrió la nevera para ver qué tomar. Había huevos y algunas sobras. Sacó un recipiente de plástico con lo que parecían macarrones con queso y echó el contenido en un cuenco. Después de meterlo en el microondas y programar el tiempo, agarró una libreta que había junto al teléfono. Tenía que entregar unos artículos en un par de días y necesitaba ponerse con ellos.

Anotó algunas frases. A lo mejor podía escribir algo sobre las visitas de familiares y el estrés que eso les provocaba a los adolescentes.

–Vaya, pero si estás levantada –dijo su hermana al entrar en la cocina.

Averil ignoró el tono acusatorio. Estaba feliz y no iba a empezar el día con una discusión.

–Buenos días –respondió con tono alegre–. No llueve. Qué bien.

Nina ni se molestó en mirar por la ventana.

–Han pasado tres días. Has estado tres días metida en la cama.

–Estaba cansada.

–Entraste en casa y me dejaste pringada con todo.

«Como haces siempre». Nina no lo dijo, pero tampoco hizo falta. Estaba implícito.

–¿Qué responsabilidades te he echado encima? –preguntó Averil–. Dios, ¿cuándo te has vuelto tan dramática? Que yo duerma a ti no te afecta en nada.

–No, pero a tu perrita sí.

–La he dejado salir –dijo Averil mirando a Penny–. Le he estado dando de comer cuatro veces al día. A partir de hoy, voy a reducirlo a dos. Eso me dijeron en el veterinario.

Nina apretó los labios.

–¿Has estado dándole de comer tanto?

–Y sacándola a pasear. ¿Qué te crees? ¿Que me he metido en la cama y me he olvidado de ella por completo?

El gesto de Nina decía que eso era justo lo que había pensado.

Averil la miró.

–Es un ser vivo. ¿Tan irresponsable me consideras? Has pensado lo peor de mí directamente –dijo mirando a Penny, que las miraba a las dos moviendo el rabo–. Y por eso te has ocupado de mis cosas como siempre. Lo siento, amiguita, pero desde ya se te han acabado las siete comidas que has estado tomando al día.

Nina la miró.

–Me he ocupado de tus cosas porque me era imposible saber lo que estabas haciendo. Lo único que tenías era una bolsa de pienso. ¿Qué me dices de la comida en lata que apareció milagrosamente? ¿O de la otra bolsa de pienso? ¿O del tazón que está usando para el agua? ¿De dónde crees que ha salido todo?

El microondas pitó. Averil lo ignoró mientras se daba cuenta de que Kevin tenía razón: estar con Nina siempre era una idea genial… en la distancia. Cuando estaban cerca, no se llevaban tan bien.

–Gracias por comprarle comida y un tazón –dijo apretando los dientes–. Pero no hacía falta. Me estoy ocupando de ella.

–Eso dices.

La injusticia del comentario fue como una bofetada.

–Joder, Nina, que cabreada estás, ¿no? Si te hubieras largado de esta isla, a lo mejor no estarías siempre tan enfadada.

–Y si tú dejaras de huir de tu vida, a lo mejor acabarías madurando de una vez. ¿Qué haces aquí? ¿Y dónde está tu marido?

Eran unas preguntas que no podía responder.

–¡Vete a la mierda! –le contestó. Salió de la cocina dando pisotones. Penny la siguió.

Cuando llegó a su habitación, esperó a que la perra entrara y luego cerró la puerta. Se tiró en la cama y se dio cuenta de que se había dejado el desayuno en el microondas. Mierda. Tenía hambre y no podía salir de ahí hasta que Nina se marchara a trabajar. Bueno, al menos se iría pronto.

–Tu tía Nina no es nada simpática –le dijo a Penny, que saltó a la cama y se sentó a su lado–. Sabes que he estado cuidando de ti, ¿verdad?

Penny sacudió el rabo como asintiendo.

Ella la abrazó antes de abrir el portátil y se conectó a Internet. Al no ver nada llamativo en el correo, le escribió uno rápido a Kevin.

Hola, soy yo. Estoy bien. He estado durmiendo casi tres días, así que supongo que lo necesitaba. Ahora voy a trabajar un poco y a avanzar con la novela.

La novela que, en realidad, tenía que empezar antes de poder avanzar con ella.

Nina está en plan dominante como siempre. Le ha molestado que haya traído a una perrita que me encontré abandonada en un área de servicio. Tenía muy mal aspecto. La llevé a un veterinario de la zona y no pude dejarla allí. Penny es una dulzura. Sé que te va a encantar.

Se detuvo y decidió que no quería reconocerle a Kevin que, una vez más, tenía razón en lo que respectaba a hermana.

Espero que estés bien. ¿Qué tal el trabajo? Te echo de menos.

Envió el correo y justo en ese momento oyó la puerta de la calle cerrarse.

–Se ha ido –le dijo a Penny y volvió corriendo a la cocina. Tenía los macarrones con queso en la encimera. Dio un bocado y luego otro.

Después de terminarse la pasta y comerse un plátano, volvió a la habitación. Vio que tenía un correo en la bandeja de entrada y pinchó en el icono. Kevin le había respondido.

Estoy bien. Con mucho trabajo. Me he estado quedando trabajando hasta más tarde de lo habitual para avanzar. En cuanto a Nina y la

perrita, no me sorprende que esté molesta. Si no le preguntaste si le parecía bien que metieras un perro en casa, tiene todo el derecho del mundo a enfadarse. A mí tampoco me has preguntado si quería uno. Me has dicho directamente que te has encontrado una perrita y te la has quedado.

Averil miraba la pantalla.

–No es justo –masculló–. ¿Qué iba a hacer? ¿Dejarla en el aparcamiento?

Pero sabía que Kevin no se refería a eso. Podría haberlo llamado para preguntarle si le parecía bien la decisión. O podría haber llevado a Penny a un refugio.

Siempre haces lo mismo. Tomas decisiones que afectan a otros sin hablar primero con ellos. Sin hablar conmigo. Eres la primera que culpa a los demás de lo que te va mal en la vida, pero cuando tomas una decisión nunca piensas en los demás. Como cuando cambiaste de opinión sobre lo del bebé.

Había más, pero no quería leerlo. Cerró el portátil de un golpe y se cruzó de brazos. Primero Nina y ahora Kevin.

–Odio a mi familia –dijo en voz alta. Penny la miró–. A ti no.

La perrita volvió a apoyar la cabeza en las patas, pero Averil estaba segura de haber visto algo en la mirada del animal; como si su nueva mascota le estuviera preguntando cuánto tardaría en culparla a ella de lo que le iba mal en la vida.

Nina tecleaba en el ordenador con rapidez. Tenía que bloquear huecos en la agenda. Conforme avanzara el embarazo de Andi, su jefa necesitaría descansar durante el día. Lo más sensato era bloquear huecos ahora, antes de que se pidieran citas nuevas, en lugar de intentar encajarlas todas luego. Ya había revisado el pedido de suministros que iban a hacer y había cambiado la cita de un visitador médico. Una mañana ajetreada. Como todas.

La tarde la tenían más despejada, algo sorprendente. Andi y ella aprovecharían para hablar de las sustituciones temporales durante las semanas que quería tomarse de baja maternal.

El teléfono sonó. Lo levantó.

–¿Sí?

–Tienes un visitante –dijo Holly, la recepcionista, y añadió con un suspiro–: Un visitante muy guapo. Alto, rubio. Ojazos azules. Si no lo quieres, ¿puedo quedármelo?

Nina sonrió.

–Estás casada.

–Ya, pero como estaba segurísima de que dirías que no, he pensado que no había peligro en preguntar.

–Qué estrategia tan rara. Ahora mismo voy.

Nina colgó y guardó el trabajo en el ordenador. Se quedó sentada un par de segundos más diciéndose que el repentino revoloteo en el estómago no eran ni nervios ni ilusión. Aún no había almorzado. Sería hambre, nada más. Que Kyle hubiera pasado por allí no significaba nada.

La había avisado de que estaría fuera cuatro días y, durante ese tiempo, no había sabido nada de él. Había supuesto que la llamaría o le enviaría un mensaje al volver, pero no se había esperado que fuera a verla. Y, sin embargo, ahí estaba.

Se levantó y se estiró la casaca del uniforme. Ese día había elegido una de ángeles en colores pastel y unos pantalones verdes oscuros. No era un atuendo muy sexi, la verdad. La ropa de trabajo tenía que ser práctica y, hasta ese día, le había dado igual. Pero ahora un hombre hacía que se preocupara por su aspecto, pensó ahuecándose el flequillo antes de salir al pasillo.

Andi asomó la cabeza por la puerta de su despacho.

–¿Un hombre? ¿Puedo conocerlo?

–Aún no.

Nina abrió la puerta de la sala de espera y vio a Deanna Phillips con sus dos hijas pequeñas. Las gemelas miraban a Kyle, que movió las manos sobre sus cabezas y sacó una moneda de veinticinco centavos de la oreja de Sydney.

–¡Mira! –dijo Savannah aplaudiendo–. ¿Podemos aprender a hacer magia, mami?

Deanna vio a Nina y sonrió.

–Seguro que hay clases. Preguntaré en el campamento de verano. Aprender trucos nuevos siempre es divertido, ¿verdad, Nina?

Nina puso los ojos en blanco.

–Hola, Kyle. Veo que ya conoces a Deanna y a sus hijas.

–Sí –respondió él dándole la moneda a Sydney–. Son tan preciosas como su madre.

Un fuerte suspiro se oyó desde la zona de recepción. La cosa se estaba desmadrando.

Se acercó a él.

–Deberíamos hablar fuera para no incordiar a nadie.

–¡Por mí no os marchéis! –gritó Holly.

–Vale –Nina abrió la puerta–. Me voy a almorzar.

Kyle la siguió hasta el porche.

–Perdona por no haberte llamado antes de venir, pero quería verte.

Una vez más, a Nina no le importó que fuera una frase manida. Le

pareció perfecta.

–¿Qué tal el viaje?

–Muy ajetreado pero bien.

–¿Has volado mucho? –preguntó mientras bajaban los escalones.

Él sonrió.

–Sí, he volado mucho.

–¿Hay algún modo de formular mejor la pregunta? ¿Se nota mi ignorancia?

Habían llegado al coche de él. Al dos plazas tan pequeño que casi resultaba ridículo. Él le agarró las manos y la acercó a sí.

–Lo que se nota es lo encantadora que eres. Me gustan los angelitos de tu uniforme.

Antes de que ella pudiera responder, Kyle la llevó contra su cuerpo y la besó.

Sus labios resultaron cálidos. Instintivamente, Nina ladeó la cabeza y lo rodeó con los brazos mientras abría la boca. Él le rozó la lengua con la suya. Ella cerró los ojos y se entregó a la seducción de Kyle.

Los apasionados besos la debilitaron. En serio que no podía recordar la última vez que había tenido sexo con alguien que no fuera ella misma y, mucho menos, un orgasmo provocado por un hombre. Kyle le acariciaba la espalda, tocándola con una seguridad que le hizo preguntarse si el asiento del ridículo coche de verdad resultaría demasiado pequeño.

Él se apartó y apoyó la frente en la suya.

–Te he echado de menos –murmuró–. He pensado en ti mientras estaba fuera.

–Yo también te he echado de menos –admitió Nina–. Por muy joven y totalmente inapropiado que seas.

Kyle sonrió.

–Piensa en mí como una tentación.

–Claro. Es fácil.

Él se puso derecho.

–He traído el almuerzo.

Nina se quedó mirándolo.

–¿Cómo dices?

–El almuerzo. Es mediodía. He traído un pícnic.

–Qué amable. Me habría conformado con un besuqueo.

Kyle soltó una risita.

–Está bien saberlo.

Abrió el maletero y sacó varias bolsas de comida y una manta gruesa. El día estaba despejado y la temperatura pasaba de los quince grados. No era una temperatura para ir a la playa, pero sí lo bastante cálida para una comida al aire libre.

Nina fue hacia el jardín lateral, alejado de la mayoría de las

ventanas y de quien fuera que pudiera estar mirando. Estiraron la manta y se acomodaron encima. Kyle sacó los sándwiches y unos refrescos.

–He traído uno de cada –dijo enseñándole refrescos normales y sin azúcar.

–Soy una chica –contestó ella agarrando uno sin azúcar.

–Ya me he fijado. Es una de las cosas que más me gustan de ti.

–¿Que sea una chica?

Kyle entrecerró esos ojos azules.

–Ajá. Genera unas posibilidades fascinantes –miró a su alrededor y bajó la voz–: Existen diferencias anatómicas entres los dos.

Ella hizo lo posible por no sonreír.

–¿Ah, sí?

–Varias.

–¿Y resulta complicado?

–Puede, así que avísame si necesitas que te las explique.

Nina agarró el sándwich que él le ofreció.

–Estaría bien. O podrías mostrármelas.

El tonteo fue divertido, y eso que, al igual que en el sexo, en el asunto del flirteo estaba tan desentrenada que resultaba lamentable. Estaba a punto de bromear mencionando unos diagramas cuando se fijó en que Kyle estaba mirándola con una intensidad que la hizo morirse de vergüenza. Atrás habían quedado el humor y las sonrisas juguetonas. Ahora la miraba como un hombre miraba… a una mujer.

Un segundo después, la pasión se esfumó y el Kyle que conocía volvió. Pero ese momento le recordó que no era el chaval al que apenas recordaba, sino un soldado y un adulto en toda regla. A pesar de los cuatro años que le sacaba, ahí la que iba a tener que esforzarse para estar a la altura sería ella.

–No podré verte durante unos días –dijo él desenvolviendo su sándwich–. Es la otra razón por la que quería pasar a verte. Tenemos una instrucción y estaré en la base.

–Qué complicada es la vida militar.

–Puede serlo, sí.

Ella dio un mordisco y masticó.

–He leído sobre los Ángeles Azules en Internet. Tenéis que tener mil doscientas cincuenta horas de vuelo táctico. ¿Llevan la cuenta de cuántas horas voláis?

–Sí, además del número de aterrizajes en portaviones. Cuanto más grande mejor.

–Hombre tenías que ser.

–Ya hemos hablado de la cuestión anatómica.

–Sí, y no vamos a volver al tema. La edad media de un piloto en el equipo es de treinta y tres años, así que aún te queda mucho tiempo.

–Entraré a los treinta –dijo él con tono de seguridad–. Siempre estoy listo para volar. Trabajo mucho.

–Es un mundo distinto al que estoy acostumbrada. Eres una persona muy entregada.

–Sé lo que quiero y voy a por ello –esbozó media sonrisa–. En todos los aspectos de mi vida.

Nina admiraba lo centrado que estaba tanto como le preocupaba no estar a la altura de la imagen que tenía de ella.

–Entonces, cuando me hayas conseguido, ¿pasarás a otra cosa?

–Ni de coña.

–A lo mejor sí. A lo mejor resulta ser algo de una sola vez.

–Voy a disfrutar de mi fantasía cumplida durante mucho tiempo. Y lo digo de forma figurada y literal. Como te he dicho, estaré en Everett unos meses, así que, ¿por qué no pasarlos contigo?

«En la cama». Eso no lo dijo, pero Nina esperaba que lo estuviera pensando. Porque ella sí lo pensó.

–Los Mariners están haciendo una buena temporada –dijo Nina pensando que sería menos peligroso hablar de béisbol–. Están en segunda posición en su división.

–¿No soportas bien la tensión?

–Estoy haciendo una retirada estratégica.

–No sé lo que significa ese término. Yo siempre tengo que seguir avanzando.

–Así que eres una persona incansable.

–Soy decidido.

La abrumaba, pensó Nina mientras se preguntaba si se estaba excitando o si estaría teniendo su primer sofoco. Con Kyle no existían ni los *quizá* ni los *casi*. Tras años siendo la que tomaba decisiones, podría estar bien poner su destino en manos de otra persona… por así decirlo.

–¿Cuándo vuelves?

Ahí estaba otra vez, esa sonrisa lenta y sensual.

–A principios de la semana que viene. Te llamaré en cuanto esté libre.

–Hazlo.

Averil se repuso de su enfado con el mundo a tiempo de escribir un artículo. Trataba de sobrevivir a una hermana mayor muy mandona e incluía ejercicios de respiración y métodos de evasión. Luego lo revisaría y lo enviaría. Mientras se ciñera a su calendario de escritura, tendría contenta a su jefa. Ahora mismo Maya parecía ser la única persona que la apoyaba y era mejor que siguiera así. Además, le compensaba tener un trabajo *freelance* estable.

Después del almuerzo, metió a Penny en el coche. Cruzó la isla y aparcó delante de Blackberry Preserves.

La tienda llevaba en la familia unas cuantas generaciones. Averil había crecido ahí. Nina y ella habían jugado a disfrazarse con la ropa vieja y habían construido fuertes con cojines apolillados. Después, ya en el instituto, había hecho turnos en la tienda para ganarse algo de dinero, aunque había preferido el trabajo que tenía en la cafetería del pueblo. En aquel momento alejarse de su exigente hermana mayor había sido una prioridad.

Entró en la tienda con Penny. Estaba tan abarrotada como recordaba, con muebles apilados, estanterías a rebosar y cajas de tesoros aún por descubrir. Tenía ese olor familiar a humedad, aunque estaba entremezclado con el aroma de algo que parecía limpiador con perfume de naranja.

–¡Hola! ¿Hay alguien aquí?

Una mujer guapa con el pelo corto rodeó una estantería y sonrió.

–Hola. ¿En qué puedo ayudarte?

–¿Trabajas aquí?

–Sí. Soy Cindy. Soy nueva.

Averil sonrió.

–Averil Wentworth. La inútil hermana pequeña de Nina –dijo y, asintiendo hacia la perrita, añadió–: Y ella es Penny.

–Ah, hola. Encantada. Nina no me ha dicho que tuviera una hermana.

–Vivo en Mischief Bay. He venido de visita unas semanas –olfateó–. ¿Has estado limpiando? Huele bien.

–Sí, y es una tarea abrumadora, pero voy avanzando.

–¿Seguro que quieres ocuparte de un proyecto tan grande?

Cindy se rio.

–Ya de paso estoy desenterrando tesoros. Justo esta mañana he descubierto varias colchas hechas a mano. Me he metido en Internet para intentar averiguar de qué época son y, si no me equivoco, un par de ellas son de valor.

–No me sorprende. Mi madre solo compra lo que le gusta. Busca la belleza y luego la mantiene en la familia o la comparte con el mundo. Bertie es más práctica y, por lo general, sí que sabe lo que tiene valor y lo que no.

El primer año que Bertie había trabajado en la tienda, las ventas habían aumentado un cincuenta por ciento. Y no porque hubieran vendido más mercancía de lo normal, sino porque casi todo lo que habían vendido había sido más caro.

–¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

–Solo una semana. Hubo algunos problemas con la chica que trabajó antes.

«Seguro que Nina la ahuyentó», pensó Averil.

–Tengo té reposando en la trastienda –dijo Cindy–. ¿Te apetece?

–Me encantaría. Gracias.

Entraron en la abarrotada trastienda y Averil vio que Cindy ya había hecho algunos cambios. Aunque seguía habiendo muebles por todas partes y muchas cajas, las encimeras estaban limpias y el suelo estaba barrido.

Cindy sirvió dos tazas y le ofreció galletas de una caja.

–Gracias –dijo Averil. Agarró la galletita de azúcar, la partió y le dio a Penny el trozo más pequeño.

–Hay mucho que hacer –dijo Cindy–. La mayor parte del inventario no está registrado en el ordenador. Me divido el tiempo entre limpiar y organizar porque, si paso demasiado rato en el ordenador, empiezo a volverme loca. Supongo que es por todos los años que me pasé tecleando en el mío. En mi antigua vida fui asistente jurídica.

–¿Y qué te ha traído a la isla?

–Mi marido se ha jubilado. Es un poco mayor que yo y ha trabajado mucho, así que se lo merece. Pero no puedo quedarme en casa. Mi suegra vive con nosotros.

–Ya.

La madre de Kevin era una mujer encantadora, pero Averil no querría vivir con ella.

–Tiene que ser complicado.

–Al menos no resulta aburrido –dijo Cindy sonriendo–. Me odia, aunque creo que después de veinticinco años ya ha asumido que no pienso largarme –bajó la voz–. Soy la segunda esposa de mi marido. La primera murió.

–Y la madre de tu marido la ha convertido en una santa.

–Básicamente, aunque no me importa. Jamás se lo diré a mi marido, pero él vale tanto que el sufrimiento merece la pena. Y además tengo tres hijos fantásticos. Uno de su anterior matrimonio y dos nuestros. He tenido suerte. Y ahora encima tengo este trabajo. Me encanta, menos por el estrés.

–¿Qué estrés?

Cindy se rio.

–El de vender una silla por diez dólares y luego verla subastada por veinte mil en el programa *Antiques Roadshow*.

–Yo no me preocuparía por eso. Bertie es buena, pero no tanto.

–No sé. He encontrado algunas piezas increíbles. Por cierto, debería volver al trabajo. No es mi intención echarte, pero es que tengo que clasificar artículos.

–Lo entiendo.

Averil dio un trago de té y salió con Cindy a la zona de la tienda.

–¿Con que estás ahora?

–Con las fiambreras. Es fácil. Las busco en eBay, calculo un buen precio y las registro en el ordenador.

Averil pensó en la novela que aún tenía que empezar, en el mensaje cargado de enfado de Kevin y en que Nina no le hablaba.

–¿Quieres que te ayude? Puedo poner etiquetas o registrar los artículos en el ordenador.

–Gracias. Iré más deprisa si lo hacemos dos. Si no te importa, claro.

–No –le aseguró Averil–. ¿Hay alguna manta vieja por algún lado? –preguntó señalando a Penny.

–En esa caja del rincón.

Averil sacó un par.

–Voy a hacerle una cama –dijo y, al recordar todo el tiempo que llevaban fuera de casa, añadió—: Bueno, primero voy a sacarla a dar un paseo corto y luego vuelvo para ayudarte.

–Genial.

Averil sonrió. «¿Lo veis? Sí que puedo ser responsable», pensó de camino a la puerta. Kevin y Nina se equivocaban con ella.

Capítulo 9

Nina empujó un trozo de pollo por el plato. Era ridículo. ¿Cómo podían no haberse dicho nada Averil y ella? Eran hermanas y llevaban meses sin verse. Por teléfono siempre tenían mucho de que hablar, pero se quedaban en silencio cuando estaban en la misma habitación.

Averil estaba con gesto mohíno, seguro que porque esa mañana la había regañado por lo de Penny. Aunque tal vez no había sido tan desconsiderada con la perrita como ella había pensado en un principio, ¿qué necesidad había tenido de recogerla? Esa familia era agotadora. Si no era su madre olvidándose de avisar para que arreglaran el tejado, era su hermana recogiendo a perros abandonados.

Respiró hondo y decidió recordar el almuerzo con Kyle. Había sido perfecto. Era un hombre divertido, encantador y lo bastante intenso como para resultar irresistible. Si pudiera embotellar su modo de flirtear, haría una fortuna.

El teléfono sonó. Lo levantó y miró el identificador de llamadas.

–Es Bertie –dijo. Activó el altavoz y dejó el auricular en mitad de la mesa–. Hola, Bertie.

–Hola, cariño. ¿Qué tal estás?

–Bien. ¿A que no sabes quién está aquí?

–Hola, Bertie –dijo Averil desde el otro lado de la mesa.

Bertie se rio.

–¿Qué haces por Blackberry Island, Averil? ¿Nos habías dicho que irías?

–No. Solo he venido a pensar un poco –dijo Averil antes de sacarle la lengua a Nina–. Tengo una perrita. Es preciosa y se llama Penny.

–Estoy deseando conocerla. Bonnie, Averil ha ido a casa de visita.

Se oyó un chillido a lo lejos y luego la voz de Bonnie.

–Llegaremos a casa en unos días. Seguirás allí, ¿no?

–Lo prometo. Dile a Nina que sea amable conmigo porque ha estado muy arisca.

Nina se dijo que debía actuar como una adulta; que tenía que creer en el karma y que sería recompensada en otra vida.

–Nina, ten paciencia con tu hermana –dijo Bonnie–. Todas

aspiramos a parecernos más a ti, pero siempre fracasamos.

Nina sintió la bofetada desde miles de kilómetros. ¿Bonnie no se había planteado que el problema pudiera ser Averil? No, claro que no. Pero bueno, no diría nada.

–¿Habéis tenido un buen viaje, mamá?

–Estupendo. La furgoneta está llena de tesoros maravillosos.

–Cuéntales lo del cuadro –dijo Bertie.

Bonnie se rio. El sonido se transmitió con claridad por la línea telefónica.

–He encontrado el cuadro más espantoso que os podáis imaginar. Estuvimos en una venta de bienes de un anciano que compraba lotes de trasteros. Tenía un montón de cajas y compramos dos.

Nina contuvo un gruñido.

–A ver si lo adivino. Las habéis comprado sin saber lo que hay dentro.

–Claro. Si sabes lo que te llevas, ¿dónde está la gracia? Bueno, el caso es que la mayoría eran chatarra, pero también había un cuadro. Es feísimo, pero el marco es precioso. Quería tirar el cuadro directamente, pero Bertie me dijo que tenías que verlo, así que lo llevamos a casa.

–Qué suerte tenemos –murmuró Nina.

Se oyó un ruido sordo y luego volvió a oírse a Bertie.

–Llegaremos en menos de una semana, cariños míos. Sed buenas mientras tanto. ¡Ah, Nina! ¿Qué tal la empleada nueva?

–Cindy es estupenda –dijo Averil–. La he conocido y me cae genial. No te creas nada que Nina te cuente de ella.

Bertie suspiró.

–Chicas, espero que no discutáis. Lo importante es la familia.

Nina miró a Averil y dijo solo moviendo los labios:

–Para ya.

Averil le devolvió la mirada.

–No estamos discutiendo –le aseguró Nina–. Conducid con cuidado. Nos vemos el sábado o el domingo.

–Sí. Buenas noches.

Se oyó un clic que indicó el fin de la llamada.

Nina colgó el auricular.

–¿En serio? ¿Tienes que comportarte así? ¿Cuántos años tienes? ¿Doce?

En parte se esperó que Averil se marchara haciendo aspavientos, pero su hermana se recostó en la silla y asintió despacio.

–Tienes razón. Lo siento. Cuando estoy aquí resulta muy fácil caer en discusiones.

Nina observó a su hermana y se fijó en sus largos rizos rubios y sus ojos grandes.

–Vale –dijo despacio aunque sin poder creerse mucho que Averil pudiera ser tan sensata–. A lo mejor he sacado conclusiones precipitadas sobre lo de Penny. Debería haberte preguntado qué tenías pensado hacer con ella.

Averil carraspeó.

–Bueno, tampoco ha sido muy fácil hablar conmigo cuando me he pasado tres días durmiendo.

«Qué bien», pensó Nina sin querer confiarse mucho.

–Bueno, entonces, ¿qué haces aquí?

Averil la miró.

–¿Qué pasa? ¿Estos treinta segundos de distensión han sido demasiado para ti?

–Solo he hecho una pregunta. Te presentas aquí sin avisar y es un poco raro. Estoy preocupada. ¿Va todo bien en casa?

Averil removía el brócoli por el plato.

–Necesitaba alejarme. Tengo que pensar.

–¿En Kevin? ¿Va todo bien con él? Es un tipo estupendo.

Averil negó con la cabeza.

–Claro, tiene que ser culpa mía. Él no puede haber hecho nada mal. Pobre de Kevin el perfecto, que tiene que vivir con una esposa como yo.

A Nina empezó a dolerle la cabeza. Siempre pasaba lo mismo con su hermana. Por mucho que lo intentaba, Averil siempre malinterpretaba todo lo que le decía. No tenía ni idea de la suerte que tenía. No dejaba de arriesgar todo lo que tenía, y ¿para qué?

Se obligó a respirar hondo y a hablar despacio y con un tono que no resultara amenazante.

–Siento que la situación te haya resultado tan complicada como para verte obligada a marcharte de casa para intentar solucionar las cosas. ¿Quieres contarme qué os pasa a Kevin y a ti?

Averil la observaba como intentando decidir si creerse o no ese tono conciliador.

–¿Quiere que tengamos hijos?

Nina se llevó una mano al vientre. «Un bebé», pensó con anhelo. Ella siempre había querido tener una familia. Un par de hijos. O tal vez tres. Una casa grande, llena de habitaciones y pasillos, y unas cuantas mascotas. Nada del otro mundo. Tampoco es que aspirara a salir en la portada de la edición de bañadores de la *Sports Illustrated.* Siempre había pensado que sus sueños eran alcanzables, pero al final había tomado el camino más económico de ser enfermera en lugar de intentar entrar en Medicina. Y no había vuelto a enamorarse después de romper con Dylan. Así que ahí estaba ahora, con treinta años, viviendo en la casa familiar y, como diría Elizabeth Bennet, sin perspectivas.

«Exceptuando a Kyle», pensó con melancolía. Aunque él no buscaba nada permanente.

Debería haber salido de la isla. De vez en cuando pensaba en empezar de cero y a veces incluso hacía avances, como un par de años atrás cuando había hecho las pruebas de acceso a la Facultad de Medicina. Pero ¿y qué? Aunque le había ido genial en los exámenes, tampoco es que ahora fuera a ponerse a estudiar Medicina. Estaba acomodada. O tal vez lo correcto era decir que se *había* acomodado.

–¿Tú qué quieres? –le preguntó a su hermana.

–No lo sé –respondió Averil sacudiendo la cabeza–. Quiero hijos, de verdad que sí. Pero no ahora mismo. Estoy perdida. Sé que él está molesto porque aún no estoy segura. Llevamos casados casi cinco años. No sabe a qué estoy esperando.

Nina estaba segurísima de que Averil no estaba preparada para dejar de ser el centro de atención. A su hermana pequeña se le daba bien hacer que la gente la cuidara y un bebé cambiaría toda esa dinámica. Pero también sabía que era mejor no mencionarlo.

–¿Sabes cuál es el problema? –preguntó en su lugar.

–No. Por eso estoy aquí. Quiero averiguarlo. Me gusta mi trabajo, pero no me encanta. Quiero a Kevin, pero a nuestro matrimonio le falta algo. Me siento como si siempre estuviera esperando que pase algo, pero no sé qué.

Aunque Nina intentaba ser comprensiva, lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que había sacrificado para que Averil pudiera lograr sus sueños. Y ahí estaba su hermana, diciendo que se había equivocado al elegirlos.

–¿Seguro que aún quieres a Kevin?

Averil esbozó una mueca.

–Sí. Es maravilloso y me adora. No quiero estar con nadie más. Pero es que me siento… –se encogió de hombros–. No sé. No puedo explicarlo. No voy a dejar a Kevin.

–Pues más o menos lo has hecho.

Averil se puso de pie de un salto. Penny hizo lo mismo, claramente sobresaltada. Miró a las dos mujeres.

–¿Por qué tienes que hacer eso? –preguntó Averil–. ¿Por qué tienes que darle la vuelta a todo y ponerte en el peor escenario posible?

Salió con paso airado en dirección a su habitación. Penny la siguió.

Nina se levantó y empezó a recoger la mesa. Recordaba cuando las dos habían sido unas hermanas de verdad. Cuando habían sido ellas dos solas contra el mundo. Pero desde la universidad todo había cambiado. Averil siempre acudía a ella en busca de consejos y orientación y luego se enfadaba cuando se los daba. Nina no estaba segura de quién tenía la culpa y tampoco importaba. El mayor problema era que estaban atrapadas en un círculo de culpa y

malentendidos, y no sabía cómo cambiarlo.

Sabía que quería a su hermana, pero a veces querer a alguien no era divertido.

–Hola –dijo Dylan sonriendo.

Nina le devolvió la sonrisa mientras se preguntaba por qué había accedido a tener una cita si en realidad no quería. Se había pasado la mayor parte del día temiendo el plan de esa noche y había estado a punto de llamarlo en un par de ocasiones para cancelarlo. Suponía que estaba posponiendo lo inevitable. Saldría con Dylan, hablarían del pasado, aceptaría que los dos estaban viviendo en una isla muy pequeña y zanjaría el tema.

Ojalá Dylan fuera Kyle.

Estaba guapo, admitió a regañadientes. Alto, con el pelo moreno y esos ojos de un verde intenso. Llevaba vaqueros y camisa, un atuendo que resaltaba la fuerza de su cuerpo. Era mayor que Kyle y resultaba más maduro. Más serio. Kyle era un descapotable de asientos bajos. Dylan era más como un coche de tracción integral. Menos sexi pero fiable en condiciones atmosféricas adversas.

–Mi hermana ha vuelto al pueblo –dijo Nina para llenar el silencio–. Ha salido a pasear a su perrita, pero me ha dicho que te salude de su parte.

–¿Cómo está?

–Ni idea, la verdad. Se ha presentado aquí con la perra y no ha dicho mucho sobre lo que le está pasando. Espero que no vaya a cometer alguna estupidez como dejar a su marido. Kevin es un buen tío –esbozó una mueca y dijo–: Madre mía, te he soltado una charla emocional que no tenías por qué oír.

–Puedo soportarlo –dijo él y, señalando al coche, añadió–: ¿Vamos?

Fueron hacia su BMW. Vestirse para esa cita había resultado mucho más sencillo que vestirse para la cena con Kyle. Ella también llevaba vaqueros y además una blusa de seda. Se había maquillado un poco y se había puesto pendientes.

Se sentó en el asiento del copiloto y recordó la última vez que había estado en ese coche.

–¿Algún daño permanente al cuero? –preguntó cuando él se sentó a su lado.

–Ninguno.

–Vale. Bueno, ¿adónde vamos?

–Es una sorpresa.

–¿Una sorpresa buena o mala?

Él sonrió.

–Buena, espero.

–Ahora me he puesto nerviosa.

–No lo estés.

Dylan arrancó el motor y salió del camino de entrada.

Porque cuidaría de ella, pensó Nina. Ese era el estilo de Dylan. Era un hombre agradable y de fiar. Cuando habían empezado a salir, ya era lo bastante madura para valorar esas cualidades. Mientras que el resto de chicas ansiaban con salir con los malotes, ella había querido sentirse segura.

Recordó la primera vez que la había llevado a navegar. El océano era enorme y las fuertes olas la habían inquietado. Pero él había tenido cuidado y, desde luego, había sabido lo que hacía.

Nunca había conducido borracho ni había salido de juerga salvaje. Siempre la había llevado a casa a su hora y la había llamado cuando le decía que llamaría. Con Dylan había podido relajarse, ser una adolescente. Y había estado muy bien, pensó con melancolía.

Pero entonces la había abandonado.

«Mejor no ir por ahí», se dijo volviendo a centrar la atención en la carretera. Se fijó en cómo atravesaba el pueblo y empezó a reírse cuando accedió a un pequeño aparcamiento de grava.

–Anda ya.

–No vamos a cenar aquí, si es lo que crees. Conozco un lugar genial con vistas, pero se me ha ocurrido comprar unos sándwiches primero.

Estaban en Arnie's, un sitio de comida barato con los mejores sándwiches de cerdo desmigado en tres condados. La gente iba desde Seattle para comer allí. Era comida de batalla pero deliciosa.

Se acercaron a hacer el pedido. Cuando lo tenían todo metido en las bolsas de papel, volvieron al coche y Dylan puso rumbo al puerto deportivo.

Por un instante Nina pensó que saldrían a navegar, tal vez en el barco de su padre. Pero en lugar de eso Dylan se dirigió a los nuevos pisos de lujo y accedió al aparcamiento subterráneo.

–Es tu casa –dijo ella.

–He pensado que podríamos ver la puesta de sol y charlar sin interrupciones. Tengo que advertirte que ahora mismo no tengo muchos muebles, aunque me he agenciado una manta para poner en el suelo.

–Tú sí que sabes hacerle pasar un buen rato a una chica.

Al entrar al ascensor se preguntó si él tendría algo más en mente, pero a medida que ese pensamiento tomaba forma, lo desechó. Era Dylan. Él jamás daría por hecho que iban a acostarse. Además, hacía años que no se veían. Apenas eran amigos. Habían estado enamorados en el pasado, pero de eso hacía mucho tiempo.

Por un segundo se permitió pensar cómo sería todo si las cosas hubieran sido distintas, si hubieran seguido juntos. Ahora serían el

doctor y la doctora Harrington y a lo mejor tendrían un par de niños. La idea desentonaba tanto con su vida que era como estar visualizando la vida en Marte.

Salieron del ascensor y se dirigieron hacia una gran puerta de madera. Dylan la abrió y le indicó que pasara.

Un pequeño recibidor la obligó a girar la izquierda y desde ahí accedió a un piso abierto con ventanas que iban de suelo a techo y vistas al estrecho de Puget y al de Juan de Fuca.

Era última hora de la tarde y había bastantes nubes como para tapar el sol. Parches de cielo azul asomaban entre ellas. Podía ver la península y los barcos. El agua estaba calmada y reflejaba la luz con un brillo que parecía titilar.

–Increíble –murmuró–. Lo de ser médico te está funcionando bien.

Él soltó una risita.

–Tiene sus ventajas.

Dylan dejó la cena sobre la encimera de granito y agarró una manta que había en un rincón. Tal como le había advertido, no tenía muebles. Solo un par de sillas plegables, una mesita de café y una televisión gigante montada encima de la chimenea.

–¿Te has asegurado de tener tele y no tienes sofá? –preguntó Nina mientras lo ayudaba a extender la manta.

–Tengo mis prioridades. La verdad es que la tele ya venía con el piso. Los muebles los tengo encargados y deberían llegar en los próximos días.

Fue a la nevera y sacó un par de cervezas. Ella llevó la comida a la manta y se sentó. «El segundo pícnic en una semana», pensó sabiendo que no sería de buena educación comparar a los dos hombres o las dos citas.

–¿Qué tal te estás adaptando a la vuelta? –le preguntó mientras repartía la comida.

Él abrió las cervezas y se sentó.

–Me llevará un tiempo. La consulta es la típica de barrio residencial. Todos las casos graves se derivan al hospital del continente.

Dylan se había licenciado en Medicina hacía varios años y había hecho la residencia habitual, pero luego, para su trabajo de investigación, había estado dos años trabajando con familias pobres en la región de los Apalaches.

–¿No estás acostumbrado a tener un hospital al que recurrir?

–Durante un tiempo yo era lo único que había –respondió él mientras desenvolvía el sándwich–. Mantenerse sano es complicado si eres pobre. Muchas casas carecían de servicios básicos como agua corriente potable y saneamientos. No es como aquí.

–¿Te estás replanteando tu decisión de volver?

–Ya está hecho –dijo levantando la cerveza–. Le dije a mi padre que

volvería y lo he hecho.

–Pero ¿y si no lo hubieras hecho?

Él esbozó una sonrisa irónica.

–No me importaría probar algo distinto como la Salud Mental, por ejemplo.

–Es verdad, eso sí que es distinto.

–¿Y tú? ¿Contenta con tu trabajo?

–La mayoría de los días sí. Es gratificante. Me gusta trabajar con niños y Andi es genial. La has conocido, ¿verdad?

Él asintió.

–Mis padres los invitaron a cenar a su marido y a ella. Me acuerdo de Wade y de su hermano. Zeke estaba en último curso cuando yo estaba en primero. Era un dios del fútbol.

Nina se rio.

–¿Te causó mucha impresión?

–Claro. Yo era flacucho y se metían conmigo. Quería ser un dios del fútbol.

–Tus padres no lo habrían permitido jamás. ¿Y si te hubieras lesionado tu preciado cerebro? –dijo sonriendo–. «Mi hijo el médico». Son las palabras favoritas de tu padre.

La mirada verde de Dylan se posó en ella.

–Espero que no hablara demasiado de mí.

–No pasa nada. Cuando empecé a trabajar para él, ya había superado lo nuestro –dijo Nina al levantar el sándwich–. No eras para tanto.

En realidad sí lo fue y le había roto el corazón, pero ¿por qué hablar de eso?

–Yo llevé mal nuestra ruptura –admitió Dylan–. Lo siento.

En ese momento Nina tuvo que masticar y eso la salvó de tener que responder al instante. Cuando tragó, dijo:

–Pasó hace años, Dylan. No te agobies.

–Quiero disculparme. Llevábamos mucho tiempo juntos. Habíamos hablado de casarnos y luego acabó todo.

«Cierto», pensó ella preparándose para mostrarse magnánima con el asunto. Pero entonces él añadió:

–Que tú cambiaras las reglas no fue razón para que yo no me portara mejor.

Ella soltó el sándwich.

–¿Cómo dices? ¿Qué es eso de que cambié las reglas?

Dylan frunció el ceño.

–Íbamos a estar juntos, Nina. Dijiste que vendrías a Seattle a estudiar en la universidad.

–No pude. No pude hasta que no pasaron cuatro años. No teníamos dinero –por no hablar de las responsabilidades que había tenido en

casa–. No todos tenemos unos padres ricos que nos pagaban las facturas.

–No fue solo eso. Teníamos planes y cambiaste de opinión.

–No es verdad. Yo quería estar contigo. Quería que esperases.

–Estuve esperando y cambiaste de planes sin decírmelo. Por eso rompí la relación.

Dylan estaba dándole la vuelta a lo sucedido, pensó furiosa. ¿Cómo podía culparla a ella de todo? Había estado trabajando como una mula, ahorrando para la universidad, ocupándose de su hermana, trabajando en la tienda y yendo a clase.

Él arrugó la boca.

–No quiero discutir por lo que pasó. Tienes razón. Yo acabé la relación. Lo siento.

Una oferta de paz.

Ella levantó el sándwich y volvió a soltarlo.

–Te habías ido a la universidad. Estaba destinado a pasar. Y tampoco ayudó que tus padres te presionaran para que encontraras a otra.

La expresión de Dylan se suavizó.

–Nunca pensaron que estaríamos juntos tanto tiempo como creíamos nosotros.

Porque durante sus dos primeros años de universidad, Dylan le había sido fiel. Había vuelto a casa los fines de semana y Nina había ido a visitarlo. Aún estaban locamente enamorados. Pero el verano después de que ella se graduara, todo cambió.

–Tuvieron que intensificar su campaña –dijo Nina pinchando ensalada de patata– porque no sabían que era imposible que yo pudiera ir contigo a la Universidad de Washington.

Empezó a repetir que lo había pasado mal lidiando con muchas cosas en casa, pero se refrenó. Aún intentaba entenderlo todo. ¿En serio Dylan pensaba que había sido ella la que había cambiado las reglas?

–Lo siento –repitió él.

–Disculpas aceptadas. No se puede decir que los dos no siguiéramos adelante con nuestra vida, ¿no? –dijo Nina levantando el sándwich.

–A mí me llevó tiempo. Volví a buscarte.

Ella soltó el sándwich en la bolsa de papel y lo miró.

–¿Qué dices?

–Habían pasado dos años y seguía echándote de menos.

–Nunca viniste a verme.

Él levantó la cerveza.

–Ibas a casarte. Con Serge.

Nina gruñó.

–No. No puede ser.

–Estuve aquí aquel fin de semana –Dylan dio un trago y enarcó las cejas–. ¿Serge?

–No tengo excusa.

–Te casaste con él.

–Es algo que sigo sin poder explicar.

Pensó en el único acto impulsivo que había cometido. Había conocido a un motero tatuado un miércoles, se había acostado con él el jueves y se había fugado para casarse el viernes. Al martes siguiente estaba solicitando la anulación.

–Buscaba algo –admitió ella.

–Un tío llamado Serge.

–¿Puedes dejar eso ya?

–No. Te lo voy a estar recordando eternamente.

Ella se rio.

–Vale, vale, mientras seamos honestos… –lo observó–. ¿En serio volviste a buscarme?

–Sí, claro.

Ella sintió un silbido de pesar rozándole el corazón.

–Y luego te marchaste a la facultad y te olvidaste por completo de mí.

–Tú te olvidaste de mí en los brazos de Serge.

Nina suspiró.

–Si sirve de algo, no he vuelto a ser impulsiva después de aquello.

–Bueno, mientras hayas aprendido la lección…

–Sí.

Nina dio otro mordisco al sándwich. A la vez que masticaba se preguntaba qué habría cambiado si no hubiera existido Serge; si Dylan y ella hubieran hecho lo que siempre habían hablado; si se hubieran convertido en médicos juntos.

A veces, como cuando había hecho los exámenes de acceso a Medicina, se decía que no era demasiado tarde. Que podía alejarse de la vida que tenía y perseguir su sueño. Pero entonces pasaba algo; algo mundano y estúpido que la distraía de su propósito. Y todo ello la hacía preguntarse si de verdad su sueño le importaba tanto. ¿En serio quería ser doctora o solo quería hablar del tema? Si lo decía en serio, ¿por qué no había hecho nada al respecto?

Levantó la botella de cerveza hacia él.

–Un brindis. Por ti. Porque hiciste lo que dijiste que harías.

–No es tan complicado.

–A veces sí. Bienvenido a casa, Dylan.

–Gracias.

Brindaron con las botellas.

–¿Cómo están tus padres?

Él soltó un gruñido.

–Mi madre ya está hablando de nietos.

–¿En general o quiere que te cases primero?

–Quiere un bodorrio.

–¿Alguna novia potencial en el horizonte?

–No, pero parece que a mi madre eso le da igual. Me ha comprado toallas. Son verdes con flores.

–¿Para hacer juego con tus ojos? –preguntó ella con dulzura.

–Oye, ¿de qué lado estás?

Nina se rio. Mientras daba otro mordisco, recordó que había estado temiendo que llegara la cita con Dylan, pero ahora que estaba ahí con él, no sabía por qué. Independientemente de lo que hubiera ocurrido entre ellos, siempre habían sido amigos. Era un buen tipo. No había actuado bien con ella en el pasado, pero seguía siendo divertido estar a su lado.

–Gracias por invitarme –le dijo de forma impulsiva–. Me alegro de que hayamos quedado.

–Yo también.

Averil entró en la cocina. No sabía qué hora era, pero estaba claro que eran más de las siete y media porque Nina ya se había ido. Aún había café en la cafetera y cajas de cereales en la encimera. Penny estaba tumbada en el suelo aprovechando el sol de la mañana. Estaba relajada y eso indicaba que había salido a hacer sus cosas y había desayunado.

–No me necesitas, ¿verdad?

Penny sacudió la cola contra el suelo.

Averil se sirvió café y se sentó a la mesa. No había dormido bien y no sabía por qué. No podía decirse que estuviera cansadísima, porque no estaba haciendo mucho. Había escrito todos los artículos que debía entregar durante las próximas tres semanas, aunque no era capaz de ponerse con la novela, lo que, por desgracia, la dejaba ociosa durante el día.

Decirse que necesitaba tiempo para pensar, para descubrir su yo interior, la hizo sentirse como una cría autocomplaciente. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Se llevó el café al baño y se duchó. Después de vestirse y desayunar, miró el reloj. Eran casi las nueve. El resto del día parecía interminable.

–Bueno –murmuró mientras agarraba las llaves del coche y la correa de Penny. Llamó a la perrita y juntas fueron hacia el coche. Cinco minutos después entraba en el aparcamiento de grava de Blackberry Preserves.

Cindy, que estaba junto a la caja registradora, sonrió al verla.

–Hola. ¿Qué te trae por aquí esta mañana?

Averil respiró hondo.

–Me preguntaba si necesitarías ayuda para limpiar, meter datos en el ordenador o lo que sea.

Se preparó para las posibles preguntas: ¿Por qué sentía la necesidad de preguntar en la tienda de su propia familia? ¿Es que no tenía nada mejor que hacer? ¿En serio se había alejado de su vida conduciendo miles de kilómetros para acabar ahí?

Sin embargo, lo único que dijo Cindy fue:

–Claro. Me encantaría algo de ayuda. ¿Por dónde te gustaría empezar?

Capítulo 10

Nina apenas podía respirar. Sentía un cosquilleo y estaba nerviosa, alterada, como la sensación que se queda después de llevarte un buen susto. «Locura», murmuró mientras se ponía unos zapatos planos antes de salir corriendo del dormitorio.

Había llegado la tarde, eran las seis menos cinco y no sabía cómo iba a sobrevivir a los próximos trescientos segundos.

¿Y si él llegaba tarde? ¿Y si tenía que cancelar la cita? Sacudió la cabeza negándose a contemplar esa posibilidad. A Kyle le habían dado permiso o lo que fuera que le permitía salir de la base. Había llamado y estaba de camino. Iba a verlo en unos minutos. Pasarían una noche informal juntos. Solos. Mientras tanto ella podía…

Sonó el timbre.

–¡Abro yo! –gritó corriendo hacia la puerta.

La abrió y lo encontró de pie en el porche. Tenía una sonrisa relajada y amable, y la miraba con admiración. Tuvo que contenerse para no lanzarse a sus brazos.

–Hola –dijo, de pronto nerviosa y sin saber qué hacer con las manos.

–Hola. No me puedo creer que haya tenido que esperar tanto para volver a verte.

Kyle no podía haber dicho nada mejor, pensó Nina mientras guardaba las llaves en el bolso y salía.

–Yo tampoco –admitió ella.

Él esbozó una sonrisa triunfante.

–Así que me has echado de menos.

–Sí.

–¿Un poco o mucho?

Nina se rio.

–Más de lo que me habría gustado.

–Me vale –respondió él rodeándola con el brazo y llevándola hacia sí–. ¿Lista? –preguntó antes de besarle la cabeza.

–Sí.

Fueron hasta su ridículo coche. Kyle le abrió la puerta, pero antes de que Nina entrara, la giró hacia él, se acercó y la besó.

Su boca resultó cálida y acogedora; su lengua, insistente. Separó los

labios para recibirlo y al instante sintió un calor que le encendió el cuerpo. Era como si se estuviera derritiendo por dentro. No tuvo más opción que rodearlo por el cuello y agarrarse bien para el viaje.

Él le puso las manos en la cintura como para sujetarla. Con las vueltas que le estaba dando todo ahora mismo, necesitaba un ancla, pensó Nina mientras saboreaba el deseo que la recorría a la vez que se le aceleraba el corazón.

Kyle se apartó un poco. Dejó de sonreír. Ahora resultaba oscuro y peligroso; un hombre al borde de la tentación sexual. Maldijo para sí.

–No deberías ponerme tanto.

Esas palabras la dejaron sin aliento.

–Creía que era la chica de tus sueños.

–Y lo eres, pero pensé que podría controlarme.

Ella sonrió.

–Qué tonto.

–Supongo –Kyle respiró hondo–. Bueno, venga. A cenar. Hay un lugar en la costa donde sirven…

Ella le puso una mano en la boca para callarlo. Kyle dejó de hablar y la miró enarcando una ceja.

Nina sabía el curso lógico de la situación, sabía lo que iba a pasar. Esas cosas seguían un orden. Las reglas existían por una razón, sobre todo para hacer… lo sensato. Lo apropiado. Pero eso le daba igual. Le daba igual lo que debiera hacer. Ni quería decir que no ni quería esperar.

No iba a engañarse. Sabía que Kyle quería una aventura, si es que podía usar ese término. No buscaba una relación de verdad. Ella solo era alguien con quien quería acostarse. Era encantador y sincero, y se le daba genial hacerla sentirse como una princesa, algo que últimamente era de lo más insólito.

–No tengo tanta hambre –le dijo ella.

A Kyle se le tensó el gesto. Ella sintió los músculos moviéndose bajo sus dedos. Bajó un brazo y lo miró.

–Y me encantaría ver tu casa.

Hubo un cambio en la mirada de Kyle. Algo ardiente y masculino se encendió antes de aplacarse sin llegar a extinguirse del todo.

–La cena puede esperar –respondió él con voz baja y cargada de expectación.

Ella empezó a meterse en el coche, pero se detuvo.

–Tienes preservativos, ¿verdad?

Kyle esbozó media sonrisa.

–Tengo preservativos.

El trayecto fue más rápido de lo que Nina había imaginado.

Cruzaron el puente que conectaba Blackberry Island con el continente y se dirigieron al sur, hacia Everett. Suponía que tendría un pequeño apartamento junto a la base.

Y, efectivamente, él aparcó junto a un edificio de cuatro plantas. Tenía un jardín delantero bonito y ventanas grandes, pero nada de especial por lo demás.

No fue hasta entrar en el ascensor que Nina empezó a notar los primeros nervios. Tenía un nudo en el pecho y sentía como si le temblaran las manos. Pensó en la última clase de pilates, cuando se había visto obligada a admitir que estaba en una forma lamentable. Tenía los muslos fofos y la tripa demasiado gorda, y hacía al menos tres años que no tenía los pechos altos.

De todos modos, tampoco podía decirse exactamente que estuviera arrepintiéndose, porque lo cierto era que quería acostarse con Kyle. Quería sus besos en la boca y sus manos por el cuerpo. Quería sentirlo dentro y, sobre todo, quería ese momento de despeje, de liberación.

Ojalá tuviera un cuerpo mejor con el que llevarlo a cabo.

Él fue hacia la puerta del apartamento y abrió con la llave. Nina entró medio esperándose un piso de soltero horripilante lleno de fotos de modelos de lencería y latas de cerveza. Pero en lugar de eso se vio en un salón grande lleno de luz y dominado por un sofá de piel negro. Había una televisión encima de la chimenea y una mesa de café de cristal. Nada más. La moqueta estaba aspirada y las superficies ordenadas y despejadas de trastos.

Kyle soltó las llaves y el móvil en una mesita que había junto a la puerta. Sus actos parecían automáticos y Nina se preguntó si sería algo típico de un piloto de combate. Tendría que estar listo para marcharse sin previo aviso y no podía perder un tiempo valioso buscando las llaves.

Podía ver parte de la cocina y parecía tan limpia como el salón. Imaginaba que Kyle no pasaba mucho tiempo en el apartamento y que, cuando estaba allí, no lo desordenaba todo.

–Tu madre te ha enseñado bien –murmuró ella.

Él sonrió.

–Le diré que has dado tu aprobación.

–No creo que sea buena idea.

La miró.

–¿Nerviosa?

–Mucho.

–Yo también.

Nina sacudió la cabeza.

–¡Anda ya! Eres el joven de los dos y, además, guapísimo. Ganas solo con hacer acto de presencia.

Él se puso serio.

–No busco ganar, Nina. Lo único que quiero es hacer el amor contigo. Para mí no es un juego. Te deseo. Quiero tocarte y complacerte, pero también quiero que te sientas cómoda conmigo. Quiero que hables y que te rías. No busco solo echar un polvo. Espero que me creas.

A Nina le daba igual si estaba mintiendo. De pronto tener la tripa fofa le parecía mucho menos importante que estar en los brazos de ese hombre. Se acercó y lo besó. Iba a aceptar todo lo que él le ofreciera.

Tres horas y dos orgasmos después, Nina sabía que nunca había experimentado con tanta intensidad la sensación de estar flotando. Estaba sin fuerzas, saciada, feliz y todas esas otras palabras que se usaban para describir la satisfacción de un encuentro sexual que te despejaba la mente.

Estaba tumbada de lado, acurrucada a Kyle y con los dedos sobre sus abdominales duros como una roca. Ese hombre hacía ejercicio, pensó cerrando los ojos. Luego se plantearía hacerlo ella también. Y lo haría. Cuando recuperara las fuerzas.

Él le acariciaba el costado pasando por su cadera y volviendo al hombro. Tenía unas manos bonitas. Unas manos que sabían dónde tocarla. Unas manos habilidosas que entendían para qué servía un clítoris.

–¿Quieres que pidamos *pizza*? –preguntó Kyle acurrucándosele al cuello–. Voy a tener que comer antes del tercer asalto.

Ella abrió los ojos.

–¿Tercer asalto?

Kyle le lanzó una sonrisa sensual.

–¿Lo ves? Ya sabía que empezaría a gustarte lo de estar con un chico más joven –se incorporó–. Tengo una carta de la pizzería. Voy a por ella para que veamos qué nos apetece.

Se levantó y cruzó la habitación. Desnudo. Nina bajó la mirada hacia su impresionante trasero cuando se marchó y disfrutó de una panorámica frontal cuando volvió.

Kyle se detuvo junto a la cama.

–¿Te quedas? –le preguntó con un tono vacilante que desentonaba con su habitual actitud arrogante.

Ella lo miró.

–¿A pasar la noche?

Kyle asintió sin hablar.

La pregunta la sorprendió porque habría dado por hecho que él preferiría dormir solo.

–¿Quieres que me quede?

Kyle la miró y algo llenó su mirada azul; algo muy parecido a la

sinceridad.

–Sí, me encantaría.

En ese instante Nina supo que no había buscado un simple revolcón. Que, a pesar de la actitud y el físico, era como todos los demás y buscaba conectar con alguien, pertenecer a un lugar, que lo aceptaran. A lo mejor no para siempre. A lo mejor, tal como había dicho él, durante los meses que estuviera allí. Pero ahora mismo a ella le bastaba con eso.

–Pero solo si la próxima vez puedo estar encima.

Él sonrió.

–No haces más que mejorar.

El sábado por la mañana Averil trabajó en la tienda. Cindy atendía a los clientes mientras ella clasificaba la caja de joyas que habían descubierto.

No sabía prácticamente nada sobre cómo distinguir joyas auténticas de falsas. Cindy había encontrado una vieja lupa y se la había dado para que pudiera buscar un sello que indicara al artista o diseñador o si el metal era oro o plata. Había gente muy maja que marcaba una pieza cuando era de plata de ley o de oro de catorce o dieciocho quilates.

Penny daba vueltas por allí, explorando. Se había acomodado con facilidad a su nueva vida. Averil no entendía cómo podían haberla abandonado. Estaba domesticada, era sociable y cariñosa. Pero bueno, suponía que en todas partes había gente horrible y debería alegrarse de haber podido salvar a Penny.

Abrió otra caja de zapatos llena de joyas y empezó a clasificarlas por tipo. Las que tenían las piedras o los engastes descascarillados no eran auténticas, lógicamente, pero había algunas piezas con pinta chabacana que, en cambio, sí podrían serlo.

La puerta principal se abrió. Averil levantó la mirada y vio a Nina entrar. Su hermana parecía un poco aturdida, como si aún no se hubiera dado cuenta de que era por la mañana, aunque tampoco le sorprendía teniendo en cuenta que no había dormido en casa la noche anterior.

Nina miró a su alrededor, la vio y se acercó. Penny corrió hacia ella sacudiendo el rabo. Nina se detuvo a acariciarla.

–No sabía que estabas saliendo con alguien –dijo Averil levantando un par de pendientes. La piedra azul podía ser o cristal o un zafiro. Los puso en el montón de «A lo mejor».

Nina sacó una banqueta y se sentó. Se había peinado, pero no llevaba maquillaje y tenía aspecto de no haberse duchado aún.

–No estoy saliendo con nadie –respondió, y sacudió la cabeza al

añadir–: Vale. Supongo que sí.

–¿Puedo dar por hecho que es un tío? A menos que ahora hayas salido a mamá. No has venido a casa. Ni has llamado.

Esperó a que su hermana le soltara que no era asunto suyo, pero, en lugar de eso, Nina se sonrojó.

–Ya, ya, debería haber llamado. Lo siento.

La cosa se ponía cada vez más interesante, pensó Averil.

–¿Y dónde estuviste?

–Por ahí. Con alguien con quien tengo amistad –se detuvo antes de añadir–: Un chico.

–Gracias por la aclaración. ¿Lo conozco?

–Creo que no. Bueno, ¿tú…? –carraspeó–. No, no lo conoces.

–Vale. Aún tienes la mirada vidriosa. Ha tenido que ser una noche de las buenas.

Nina arrugó la boca.

–Pues sí –respondió levantando un broche con forma de rosa grande–. Es horrible.

–Ya, pero creo que las piedras pueden ser zafiros rosas y rubíes. Estoy clasificando todo esto lo mejor que puedo. He pensado que podríamos llevarlo a un joyero y que nos dé precio por tasarlo todo.

–Si crees que merece la pena…

–Algunas de las piezas de oro tienen sello, así que sabemos que son auténticas. Por aquí hay artículos de valor. Mamá nunca ha querido cobrar nada por encima de veinte pavos, pero Cindy ha estado investigando. No puede decirse que todo lo que hay aquí vaya a ser el objeto estrella de *Antiques Roadshow*, pero sí hay cosas que valen más del precio que tienen.

Nina puso los ojos en blanco.

–¿Seguro que estás haciéndote demasiadas ilusiones?

Justo en ese momento Cindy pasó por delante de ellas con una caja por la que asomaban tres muñecas.

–Entonces trescientos dólares por las tres, ¿verdad? –decía la clienta.

–Sí. Le haré la factura. ¿Va a pagar en metálico o con tarjeta? No aceptamos cheques.

Nina se giró hacia Averil y preguntó en voz baja:

–¿Trescientos dólares por unas muñecas?

–Ya. Qué locura. Algunas de las fiambreras también valen cientos de dólares. Hay unas colchas preciosas y hemos encontrado varias cajas de mantelerías. He llamado a Boston y le he dicho que se pase para darnos su opinión y…

–¿Qué quieres decir con que has llamado a Boston? ¿A Boston King? –preguntó Nina estrechando la mirada.

–Es la única Boston que conozco.

–No puedes llamarla.

–¿Pero por qué no? Es artista textil. No espero que conozca el valor de todo, pero seguro que sí sabe decirnos con cuáles debemos tener cuidado y darnos nombres de expertos locales.

Nina se levantó y se puso las manos en las caderas.

–No puedes abusar así de la gente.

–Se lo estoy pidiendo a una amiga.

–¿Desde cuándo sois amigas Boston y tú?

–La conozco desde hace años. He dado clases de Arte con ella y nos escribimos *emails* de vez en cuando. No me creo que no lo sepas.

–¿Te escribes *emails* con ella?

Averil no entendía dónde estaba el problema.

–¿Por qué estás tan molesta?

–¡Es *mi* amiga! ¡Estás hablando con mis amigas!

–¿Eres consciente de que es la tercera frase seguida en la que has alzado la voz? Te estás poniendo muy chillona y además estás actuando como una loca. Supongo que debería decirte que también le he pedido a Deanna que venga a echar un vistazo a algunas antigüedades. A lo mejor vienen juntas en el mismo coche y hablaré con las dos a la vez. ¿Podrás soportarlo?

–¡Vete a la mierda! –gritó Nina. Se dio la vuelta y salió de la tienda.

Averil se quedó mirándola mientras se marchaba hasta que la puerta se cerró. Luego sacudió la cabeza despacio.

–En mi vida he visto una cosa más rara –le dijo a la perrita–. Tu tía Nina se está convirtiendo en una lunática. Se supone que el sexo te sosiega. Debe de estar haciéndolo mal.

Penny sacudió la cola.

Averil se giró de nuevo hacia la caja de joyas, pero en lugar de analizar la siguiente pieza, se sacó el móvil del bolsillo y escribió a Kevin.

Averil: *Acabo de tener un encontronazo con la malvada reina. Me tiene harta.*

Kevin: *¿Por qué habéis discutido?*

«Buena pregunta», pensó.

Averil: *Ni idea. Está de mal humor. Ya sabes cómo se pone.*

Kevin: *También sé cómo te pones TÚ.*

Averil decidió no tomarse a mal el comentario porque estaba segura de que Kevin no lo había dicho con mala intención.

Averil: *Estás diciendo que puedo resultar complicada.*

Kevin: *Es una forma de llamarlo. Tengo cosas que hacer.*
Averil: *Vale. Te quiero.*

Esperó, pero no hubo respuesta. «Porque está ocupado», se dijo. No podía haber otra razón.

Nina salió de la ducha aún furiosa consigo misma por haber dejado que lo de Averil la afectase. No debería sorprenderse, se dijo mientras se secaba y agarraba la loción corporal. Estaba claro que su hermana empezaría a invadir cada ámbito de su vida, porque eso era lo que hacía Averil. Pronto estaría trabajando a tiempo parcial en la consulta de Andi y haciéndose pasar por enfermera.

Averil siempre había logrado entrometerse en todo lo que hacía Nina, ya fuera consiguiendo un uniforme diminuto y unos banderines para el equipo de animadoras o yendo de visita prácticamente cada fin de semana mientras Nina estuvo en la UW los dos últimos años de universidad. Todos adoraban a su hermana. Todos preguntaban por ella. Averil siempre acababa siendo la favorita.

Se recordó que su hermana y ella tenían una extraña relación fraterno-maternal y que, por supuesto, tenía que haber roces; que lo único que había pretendido Averil esos años atrás había sido encajar y ser importante para ella. No había pretendido gustarles más a los demás.

Se recordó que debería relajarse. Que ahora era adulta y podía manejar la situación. Debía evitar esas reacciones viscerales. Sus amigas seguirían siendo sus amigas tuvieran o no relación con Averil.

Mientras se vestía, pensaba en la ambivalencia de su infancia. Había sido responsable de su hermana y, por lo tanto, había querido lo mejor para ella. Pero a veces Averil se lo ponía difícil… o imposible. «Complicaciones», pensó mientras agarraba el secador. Y justo por ese enfado había consumido los cosquilleos de bienestar que le habían quedado tras la noche con Kyle.

«Qué injusto», pensó agarrando el cepillo. La noche anterior había sido increíble. E inesperada. Kyle había sido un amante atento y que sabía lo que hacía. Se había sentido apreciada y satisfecha. Él se había mostrado divertido y agradable. En un principio a Nina le había preocupado su cuerpo menos que perfecto, pero al final había decidido que le daba igual porque Kyle había parecido bastante contento con ella.

Terminó de peinarse, recogió el cuarto de baño y fue a la cocina. Cómo no, Averil se había dejado los platos del desayuno en el fregadero junto con unos cuencos y unas sartenes. Al parecer, que llevara las cosas al lavavajillas, situado a unos cinco centímetros, era

pedir demasiado. Había…

Vio el plato en la mesa de la cocina. Encima había una pila de *brownies* de chocolate tapados con film adherente y también había una nota:

Espero que pases toda la noche fuera con un hombre, hermana. Esto es para que repongas fuerzas. XOXO.

Nina cerró los ojos y maldijo antes de servirse uno. Estaba blandito y prácticamente se le derritió en la lengua. ¿Ahora cómo iba a seguir enfadada?, se preguntó mientras se comía uno y se planteaba tomarse otro más.

Pero antes de poder entender la complejidad de la relación que tenía con su hermana y sus ansias de azúcar, sonó el timbre.

Cruzó el salón, consciente de que tenía el corazón acelerado y no podía dejar de sonreír. Kyle, pensó feliz. Le había dicho que ese fin de semana estaría ocupado, pero a lo mejor…

Abrió la puerta y se quedó sorprendida con la visita.

–Dylan –dijo afirmando lo obvio.

–Hola. Hay una cata de vinos en el puerto deportivo. ¿Quieres acompañarme?

Nina pensó en los platos del fregadero y en que, aparte de limpiar la casa, no tenía ningún plan divertido para el fin de semana más allá de comerse una bandeja de *brownies* que sus caderas y sus muslos no necesitaban. Después miró a su antiguo amante y recordó cómo se había sentido en sus brazos tantos años atrás.

La inesperada imagen resultó casi tan potente como recordar la noche con Kyle. ¡Genial! Unos cuantos orgasmos y se había convertido en un zorrón.

–Me encantaría. Voy a por las llaves.

Agarró el bolso, las llaves y una chaqueta de capucha, y salió por la puerta tras él.

Era última hora de la mañana y hacía sol pero también fresco. El verano tardaba en llegar al Pacífico Noroeste. El clima se iba despejando y llovía menos cada mes, pero las temperaturas cálidas de verdad no solían aparecer hasta finales de julio o incluso agosto.

Aunque refrescaba, Dylan llevaba bajada la capota del descapotable. Ella se rio.

–¿En serio? No tenemos ni quince grados.

–Pero hace sol –respondió él encogiéndose de hombros–. Tengo que aprovechar.

–Hombre tenías que ser –dijo ella poniéndose la chaqueta de capucha y subiéndose la cremallera.

–¿Vas a quejarte si te despeinas? Porque puedo poner la capota.

–¿Preferirías renunciar a la razón de ser de tu coche antes que escuchar las quejas de una mujer por despeinarse?

–Pues sí.

–No sé si es generosidad o muy muy triste.

Él sonrió mientras sujetaba la puerta del copiloto. Ella subió, se enroscó su larga melena y se la metió debajo de la capucha.

–Deja la capota bajada. Odio que los hombres mayores de treinta se pongan a lloriquear.

–¿Pero no pasa nada si lloriquean los de veintinueve?

–Aún están madurando.

Dylan se rio mientras subía al coche y arrancaba el motor.

–Bueno, jovencita. Vamos a emborracharte.

–En las catas de vino damos sorbitos, no nos emborrachamos.

–No pasa nada por llorar si tienes menos de treinta, pero uno no se puede emborrachar en una cata de vinos. ¿Tienes más reglas?

–Montones. Luego te mando un PDF si quieres.

Condujeron hasta el edificio donde vivía y aparcaron en su plaza de garaje. Subieron en el ascensor hasta la planta principal y de ahí salieron al deslumbrante sol.

La zona de césped entre el puerto y los barcos turísticos estaba acordonada y había puestos y mesas. Contó al menos una docena de bodegas de Washington, algunas tan lejanas como las de Walla Walla.

Dylan fue el primero en llegar a la entrada y pagó por los dos. Les dieron unas pulseras de colores y una copa de vino decorada con el logotipo del evento.

–Ya nunca me piden el carné de identidad –dijo Nina mientras se dirigían al primer puesto–. Desde hace años. Qué triste, ¿verdad?

–¿Quieres aparentar veinte?

Ella lo miró.

–Todas las mujeres queremos parecer más jóvenes.

–¿Por qué? ¿Cuántos tienes? ¿Treinta? Ya me contarás cuando rondes los cincuenta.

–Oye, ¿qué ha pasado con el chico comprensivo que se preocupaba por mi pelo?

–No entiendo eso de la edad. Eres lo que eres. ¿Qué más da el número?

–Eso lo dice un hombre que nunca ha leído una revista de moda.

Los ojos verdes de Dylan se arrugaron cuando él se rio.

–Y aun así me siento completamente satisfecho con mi vida. Estás estupenda. ¿Por qué te agobias?

–Deja de hablar o te pego.

–Violencia. Resulta inesperado y un poco excitante.

–¡Ay, por favor!

Nina seguía riéndose cuando llegaron al primer puesto.

–Hola –dijo la mujer situada detrás del mostrador improvisado–. Hoy vamos a servir nuestro merlot y nuestro malbec. Las uvas se cultivan en el estado. El clima en el valle de Columbia es perfecto, con días soleados largos y noches frías.

Cinco minutos después Nina sabía que se había hecho fan del malbec.

–Sé más sobre cultivar uvas de lo que debería –admitió mientras pasaban al siguiente puesto–. Odio que sea ciencia. La elaboración de vinos debería ser un misterio con un toque de magia. Es como descubrir lo que lleva una salsa secreta.

–Añádelo a tu libro de reglas. En mi ordenador tengo un montón de memoria sobrante. Puedo guardártelo.

Visitaron un par de puestos más antes de pararse en un carrito de comida y comprar un plato de fruta y queso. Había mesas de pícnic montadas junto al agua. Se sentaron el uno frente al otro y abrieron las cajas del picoteo.

–¿Cómo va el trabajo? –le preguntó ella una vez que estaban acomodados.

–Bien. Mis padres ya están planeando un viaje a Australia y Nueva Zelanda para el año que viene.

–¿Te dejan al mando? –preguntó Nina con tono de broma.

–Seguro que alguien me supervisará. Hay personal administrativo para mantenerme a raya.

Ella lo observó.

–Aún echas de menos tu trabajo de investigación.

Él asintió.

–Un poco. He estado hablando con un par de médicos que conozco del hospital universitario. A lo mejor puedo participar en algunos estudios que van a llevar a cabo.

–¿Son interesantes?

–Y con muchas opciones. ¿Sabías que el Pacífico Noroeste tiene la incidencia más alta de esclerosis múltiple del país?

Ella asintió.

–He oído que una de las teorías es nuestra deficiencia de vitamina D por tantos días sombríos.

Se puso un poco de queso sobre una galleta salada y añadió:

–¿Estás diciendo que no serás feliz poniendo vacunas de la gripe y haciendo chequeos anuales?

–La medicina de familia tiene su uso práctico. La gente necesita ayuda con las cosas pequeñas y yo estoy en la primera línea de defensa contra los problemas mayores.

Ella esperó.

Él asintió despacio al añadir:

–Me gustaría tener más retos. En mi casa siempre hablamos de que

volvería a trabajar con mi padre, pero ahora que ha llegado el momento, no es lo que me imaginaba.

–Pero él está encantado.

–Sí que lo está –le sonrió–. Bueno, ahora toca torturarte a ti. ¿Cómo está tu madre?

–Bien. Bertie y ella están volviendo de uno de sus viajes de compras. A saber qué tesoros traen.

–Tu madre tiene un gusto ecléctico. ¿Aún se aferra a los objetos más preciados para que no salgan de la familia?

–Sí. Tienes muy buenos modales y esa ha sido una forma muy educada de decir que tenemos un montón de mierdas en casa.

–Aprecio a tu madre. Siempre estuvo de mi lado.

Hasta que le rompió el corazón, pero ¿por qué sacar el tema?

–Tienes que pasar por la tienda y ver sus últimos hallazgos. Aunque he de admitir que con Bertie la calidad está mejorando. He contratado a una empleada nueva para ayudar en la tienda. Cindy ha encontrado mucha mercancía con valor potencial en nuestro inventario y vamos a llevar a tasar algunas piezas.

Pensó en Averil, que les había pedido ayuda a Boston y a Deanna. Tenía sentido. Eran mujeres inteligentes y triunfadoras que sabían mucho. Ahora, viéndolo desde la distancia y con un poco de vino para aplacarla, no entendía por qué se había puesto así con Averil. Las dos ya eran adultas. Su hermana no iba a ocupar su lugar ni iba a convertirse de pronto en la *amiga divertida*.

–¿Adónde has ido?

–Perdona. Esta mañana he tenido una discusión con Averil. Ha sido una tontería. Es una de las cosas malas de tenerla en casa. Retrocedo en el tiempo. Bueno, las dos lo hacemos. Yo me vuelvo una mandona y ella se comporta como si tuviera doce años. Debería decírselo. Podría aprovecharlo para escribir un artículo para su revista.

–Es una forma de abordarlo. Recuerdo que siempre estaba a tu alrededor. Quería ser como tú.

–No, no quería. Siempre se estaba quejando de las reglas.

Bonnie siempre le había dejado hacer todo lo que quería y había sido Nina la que le había dado unas bases a su hermana.

Dylan sacudió la cabeza.

–Te observaba y vestía como tú.

–No recuerdo nada de eso.

La mayoría de sus recuerdos eran sobre intentar ser una madre cuando seguía siendo una niña. Por otro lado, ella también había pensado lo mismo esa mañana. En un principio había creído que su hermana intentaba robarle su vida, pero tal vez Dylan tenía razón y lo único que había pretendido era estar más cerca de ella.

–Estabas demasiado ocupada criándola como para verlo. Tu madre

me cae muy bien, pero no te lo puso fácil –dijo Dylan levantando la copa–. Vamos, deberíamos estar divirtiéndonos y no hablando de asuntos que te hacen sentir incómoda. Vamos a ver si encontramos la diferencia entre un syrah y un cabernet.

Capítulo 11

Eran casi las tres cuando Dylan la llevó a casa. Nina se recostó en el asiento y disfrutó de la sensación del viento en el pelo y el sol en la cara. Sí, vale, probablemente lo que estaba disfrutando era todo el vino que había catado, pero, bueno, qué más daba.

–Lo he pasado bien –le dijo cuando él giró en su calle–. Deberíamos… –se detuvo al ver la gran furgoneta blanca aparcada en la entrada y empezó a reírse–. Han vuelto, así que si quieres dejarme en la esquina, por mí bien.

–¿Estás de coña? Estoy deseando ver los tesoros que han encontrado.

–Estás usando la palabra *tesoros* en el sentido más amplio, ¿verdad?

–Ten un poco de fe. ¿Y si han encontrado algo estupendo?

–Está claro que nunca has descargado la furgoneta después de uno de sus viajes.

Él aparcó delante de la casa. Bonnie, Bertie y Averil se giraron hacia ellos. Nina se detuvo un instante a observar el parecido de las mujeres Wentworth. Todas eran altas y rubias. Averil tenía el pelo rizado mientras que Bonnie lo tenía liso y por la cintura. Tenían los ojos del mismo color azul. Bertie era la única con el pelo oscuro y además era menuda y con unos rasgos muy finos.

Las tres vestían vaquero y sudadera. Bertie llevaba un pañuelo rojo atado al cuello.

Nina sonreía mientras bajaba corriendo del coche.

–¡Habéis vuelto!

–¡Sí, aquí estamos! –dijo su madre corriendo hacia ella con los brazos extendidos. Se abrazaron y Bertie se unió a ellas.

–Te hemos echado de menos –le dijo Bertie mientras la besaba en la mejilla–. Lo hemos pasado de maravilla, pero es genial estar en casa.

–Tenemos muchas maravillas que enseñaros –dijo Bonnie mirando por encima del hombro de Nina–. Pero primero, ¿quién es tu hombre?

–Mamá, ya conoces a Dylan.

–¿Ah, sí? –dijo Bonnie con un tono casi de flirteo–. Recuerdo a un chico larguirucho, pero este es un hombre muy guapo.

Se acercó a Dylan, que sorprendió a Nina al abrazar a su madre.

Bertie observaba sorprendida.

–¿El famoso médico que te rompió el corazón? –preguntó en voz baja.

–El mismo –dijo Nina–. Ha vuelto para trabajar con su padre.

–¿Estáis saliendo?

–No, somos amigos. Hemos estado quedando, pero no hay nada romántico –respondió, y entonces pensó en Kyle–. Aunque sí que tengo noticias divertidas en cuestión de hombres. Luego te cuento –añadió mirando a Dylan y a su hermana.

Bertie la achuchó.

–Bien. Lo estoy deseando.

Averil estaba hablando con Dylan.

–No sabía que habías vuelto –dijo lanzándole a Nina una mirada acusatoria–. Qué alegría verte.

–Igualmente. Has crecido mucho.

Nina apretó los labios. Si Averil fuera una adulta de verdad, volvería con su marido y a su trabajo en lugar de estar escondiéndose ahí. Pero no lo dijo porque entonces luego habría discusión y no quería problemas.

Dylan fue hacia la furgoneta.

–¿Puedo? –preguntó agarrando el tirador.

–Adelante –dijo Bonnie–, si estás preparado para alucinar.

–Lo estoy.

Abrió la puerta y la aseguró antes de levantar el pestillo de la segunda. Nina y Averil se situaron detrás de él. Nina miró todos los objetos agolpados entre sí y, como siempre que volvían de viaje, se preguntó en qué narices habían estado pensando Bertie y su madre.

Había cajas, unas cuantas sillas, un par de mesas pequeñas, montones de ropa y varios cuadros. El extremo de lo que podía ser un perchero estaba apoyado sobre una pila de platos viejos. Un sombrero colgaba del borde de un marco. Era como si la tienda hubiera parido una versión de sí misma más pequeña y menos organizada.

–Impresionante –dijo Dylan–. ¿Hay algún método concreto para manejar todo esto?

–Todo debería ir a la tienda –dijo Nina con firmeza, consciente de que estaba librando una batalla perdida. Pero al menos tenía que intentarlo.

Bonnie y Bertie se miraron. Nina no sabía qué significaba esa comunicación no verbal, pero estaba segura de que lo que fuera la perjudicaría en algo. Suspiró.

–En casa no tenemos mucho espacio. No queda hueco ni en las estanterías ni encima de las mesas –dijo y, dirigiéndose a Bertie, añadió–: Eres tú la que siempre dice que un ambiente cargado no es saludable.

–Pues el consejo llega un poco tarde –señaló Averil.

–Ya, pero tenemos que empezar por alguna parte –murmuró Nina.

Bonnie, con gesto melancólico, dijo:

–Me gustaría quedarme algunas cosas aquí –sacudió la cabeza–. No, Nina tiene razón. Ay, pero tienes que ver el cuadro feo que hemos comprado, Dylan.

Dylan le guiñó un ojo a Nina.

–¿Habéis comprado un cuadro feo a propósito?

–Claro que no –dijo Bonnie dándole una palmadita en la mejilla–. Hemos comprado un contenedor y venía dentro. En serio, es espectacularmente espantoso, pero adoro el marco. Está ahí –añadió señalando.

Él agarró el cuadro. Nina se acercó para ayudar y sujetó el extremo del perchero mientras él tiraba del marco. Se cayeron unas cuantas cajas junto con una pila de libros.

–¿No sabéis que existen los lectores de libros electrónicos? –preguntó Averil agarrando varios libros antes de que cayeran al suelo.

–A algunas personas les gusta oler y sentir el papel –respondió Bonnie como indignada.

Bertie agarró el sombrero.

–Este es mío –dijo plantándose en la cabeza el sombrero de paja y encaje.

–Me encanta –dijo Nina.

Bertie era guapa. Tenía una belleza graciosa y cautivadora. El sombrero anticuado la hacía parecer la protagonista de una novela de E.M. Forster.

Dylan seguía tirando del marco y al final logró sacarlo de la furgoneta. Lo giró hacia ellas. Nina miró lo que parecía el retrato de una persona rarísima procedente de un planeta que no pertenecía a este sistema solar.

Estaba pintado básicamente en tonos rojos y negros, y el sujeto tenía toda la pinta de ser una mujer. Su cara la componían unos cubos con demasiadas orejas y ojos. Tenía manos en forma de garra y el fondo era un remolino de colores. El cuerpo tenía un aspecto bastante normal, aunque costaba no mirar solo la cara de cubos. No podía leer el nombre del pintor, aunque sí que distinguió algunas letras. La primera palabra empezaba por *E* y en la segunda ponía *St*… algo.

Averil se echó a reír.

–Mamá, ¿en qué estabas pensando?

–Tiene un marco precioso. Es de madera y el tallado es una delicia. Tenéis que admitir que es impresionante.

Nina dejó de mirar el cuadro para centrarse en el marco. Era elegante y, desde luego, parecía caro. Madera y además tallada a mano. Tenía lustre, como si lo hubieran pulido durante horas.

–Te doy el visto bueno al marco –dijo Averil–, pero el cuadro…

Su madre se rio.

–Ya, ya.

–¿Dónde lo quieres poner? –preguntó Dylan.

–Al fondo de la furgoneta –dijo Bonnie soltando la caja que había rescatado–. Voy a sacar el cuadro del marco. No tengo ni idea de qué hacer con el lienzo. No me gusta nada la idea de tirarlo, pero a ver, ¿quién va a comprarlo?

–Vosotras –murmuró Nina.

Bertie sonrió.

–Lo que nosotras compramos fue un lote numerado con contenido indeterminado. Fue en una de esas subastas de lotes de trasteros.

En las que la gente que no había pagado las cuotas y con las que no habían podido contactar perdían sus propiedades. El contenido se vendía en lotes y por lo general se compraban sin verlos antes.

–¿Qué más tenéis? –preguntó Nina.

–Nada bueno. Había un par de espejos, pero se los vendimos a un comerciante del pueblo. Vuestra madre se quedó unos libros y algunas otras cosas. Con esas subastas nunca se sabe. A veces salimos ganando, pero esta vez ha sido un poco desastre.

Dylan miró la furgoneta.

–¿Vais a la tienda ahora? Puedo acompañaros y ayudaros a descargarlo todo.

–Eres un encanto –dijo Bonnie abrazándolo–. Te he echado muchísimo de menos. ¿Por qué dejamos de vernos?

–Dejó plantada a Nina, mamá –señaló Averil.

Dylan esbozó una mueca.

–Yo no lo expresaría así –dijo y, extendiendo las manos con las palmas hacia arriba, añadió–: Era joven e idiota.

–Si al menos te arrepientes de lo que hiciste… –le dijo Bonnie.

–Me arrepiento –dijo él guiñándole un ojo a Nina.

Nina se dijo que, además de alegrías, cada familia traía un infierno particular, y ese era el suyo.

Por otro lado, tenía que reconocerle el mérito a Dylan. Por ser buena gente. Sobre todo teniendo en cuenta que había dejado claro que la consideraba la gran culpable de la ruptura.

–Bueno –dijo moviéndose hacia él–, ya es hora de que Dylan se vaya.

–¿Y qué pasa con todo esto? –preguntó él.

–Ya nos ocuparemos nosotras. Si las dos pudieron cargar la furgoneta, entre las cuatro podremos descargarla –bajó la voz–. En serio, es mi madre. Imagínate qué más cosas puede decir.

–Es verdad –él se agachó y la besó en la mejilla–. Nos vemos.

Nina asintió y lo vio marcharse. Cuando él se hubo metido en el

coche y se alejó, se giró y se encontró a las tres mirándola.

–¿Qué?

–Te ha besado –dijo Bonnie con un suspiro.

–En la mejilla. Somos amigos. Nada más.

Con quien había chispa de verdad era, sin duda, con Kyle, pensó deseando poder salir corriendo y pasar una hora o siete en su cama. Esa era la magia curativa que necesitaba.

Bonnie se acercó y rodeó a Averil y a Nina con los brazos.

–Mis chicas –dijo suspirando–. Qué bien estar en casa y veros.

Nina le tendió la mano a Bertie, que se unió a ellas. Juntas, entraron en casa.

La tarde fue un no parar de ayudar a Bonnie y a Bertie a instalarse. Luego las tres se llevaron la furgoneta a la tienda y Bertie se quedó en casa preparando la cena.

Nina tenía curiosidad por ver qué pensaría Cindy de su madre, e igual de importante le parecía que a Bonnie le cayera bien Cindy. Esa mujer había obrado milagros en la tienda.

Cuando aparcaron, Cindy salió y corrió hacia la furgoneta.

–Hola –dijo juntando las manos con una palmada–. Nina me ha contado lo de vuestros viajes por todo el país. Es alucinante. Soy Cindy, por cierto –se detuvo y sonrió–. Bonnie, te pareces a tus preciosas hijas. Podrías ser su hermana mayor.

Averil se acercó a Nina.

–Nunca había visto esta faceta de Cindy.

Nina asintió.

–Ya. Era asistente jurídica. Supongo que está acostumbrada a tratar con clientes locos.

–Entonces mamá le va a encantar.

Averil no se equivocó. En cuestión de minutos Cindy y Bonnie se habían agarrado del brazo y la nueva dependienta le estaba enseñando los cambios que había hecho en la tienda. Resultado: a Averil y a Nina les tocó descargar la furgoneta.

Metieron las cajas y las mesas pequeñas y tuvieron una pequeña discusión sobre quién cargaría con el cuadro feo. Al final Averil accedió a hacerlo y Nina fue a buscar un caballete viejo que tenían por allí para ponerlo encima.

–¿Qué opinas? –le preguntó Bonnie a Cindy antes de contarle la historia de cómo lo había conseguido. Señaló las diminutas palabras escritas en el marco–. *Estrellas al atardecer*. Es el título del cuadro, que, por cierto, es ridículo porque no hay ninguna estrella.

Cindy frunció el ceño.

–Es verdad que no es de mi estilo, pero me suena de algo. Voy a

investigar un poco –miró la firma–. Mmm, ¿quién lo pintaría?

–Estaría bien que hubiera sido alguien famoso –dijo Averil–. Por favor, investiga y dinos que vale más de un dólar.

Cindy sonrió.

–Haré lo que pueda.

Terminaron de descargar la furgoneta y, justo antes de que se subieran para volver a casa, Nina agarró a Averil del brazo.

–Siento lo de antes. Perdona por haberte hablado mal. A veces con mis amigas… –notó cómo se sonrojaba–. Es que tú eres tan divertida y yo tengo tantas reglas…

Averil la miró fijamente.

–Son *tus* amigas. No les voy a caer mejor yo.

–Eso no lo sabes.

–Estás pirada.

–Ya. Ah, y gracias por los *brownies*.

Averil sonrió.

–Ya me darás luego los detalles de tu noche de sexo desenfrenado.

Cuando volvieron la casa olía a asado con patatas: la tradicional cena de celebración de las Wentworth. También habría zanahorias glaseadas, panecillos caseros y, desde que Bertie se había unido a la familia, tarta de chocolate alemana.

–Mañana por la mañana voy a pesar dos kilos más –dijo Averil suspirando–, pero merecerá la pena.

Nina no podía estar más de acuerdo. Corriendo, se puso unos vaqueros limpios y una camiseta de manga corta y fue a la cocina.

Bertie y Bonnie estaban de pie la una junto a la otra y Bonnie tenía la mano en el hombro de su amada. Parecían lo que eran: una pareja feliz disfrutando de una noche juntas. Nina suponía que habría quien se sentiría incómodo con una madre lesbiana, pero ella estaba encantada con la elección de Bonnie. Bertie le daba a la familia la estabilidad que le había faltado. Lo único que lamentaba era que no hubiera aparecido antes en sus vidas.

–Hemos comprado vino –dijo Bonnie sosteniendo una botella–. Esta noche todas nos vamos a poner un poco piripis.

–Me gusta cuando nos montamos una fiesta –dijo Averil al entrar en la cocina–. Yo lo sirvo.

Una vez que todas tuvieron copa, brindaron.

–Falta una media hora hasta que esté todo listo –dijo Bertie–. Vamos al salón a charlar un poco.

Hicieron lo que Bertie propuso y cada una ocupó su lugar habitual: Bertie y Bonnie juntas en el sofá, Nina en el sillón mullido y Averil en la butaca otomana. Esos eran sus sitios desde hacía años. Como la mayoría de las tradiciones familiares, estaban trilladas y costaba escapar de ellas.

Bonnie se sentó sobre sus pies y Nina observó a su madre. Bonnie era joven; tenía cuarenta y seis años. Se había quedado embarazada en el instituto. «Bebés teniendo bebés», pensó Nina. Suponía que no tenía culpa de no haber estado preparada para ser madre, pero tampoco podía decirse que se hubiese molestado nunca por madurar y ejercer ese rol.

Nina reconocía que ella estaba en el extremo totalmente opuesto. Tenía treinta y aún no se había casado. Ni siquiera había encontrado a nadie. Porque, aunque Kyle era la respuesta a todos los sueños de una solterona, no era una propuesta a largo plazo. Su estancia allí era temporal y, cuando se marchara, ella no se iría con él, aunque tampoco es que Kyle se lo hubiera sugerido. Pero, de cualquier forma, su vida estaba allí. Y aunque no lo estuviera… Bueno, no era algo para pensar esa noche.

Pero si no era Kyle, ¿entonces quién? ¿Dylan? A su modo, era arrebatador. Un hombre de éxito y formal. De todos modos, no parecía estar desesperado por hacerla caer rendida a sus pies. No, un hombre no era la solución. Tenía que encontrar su propia felicidad.

Dio un trago de vino mientras pensaba qué había hecho mal. Si diez años atrás le hubieran preguntado, habría dicho que a esas alturas sin duda tendría el trabajo de sus sueños, se habría casado y tendría hijos. Jamás habría creído que fuera a seguir exactamente en el mismo sitio. ¿Cómo había podido pasar?

–¿Cuándo has llegado? –preguntó Bonnie y, dando una palmadita en el asiento a su lado para que Penny se subiera, añadió–: ¿Y de dónde ha salido esta preciosidad?

Penny miró a Bonnie con cariño.

Averil contó que la había encontrado en el área de servicio y la había rescatado.

–Pobrecita –le dijo Bonnie a la perra–. ¿Quién fue esa persona tan horrible que te hizo eso? Bertie, ¿conocemos a alguien que eche maldiciones? Al que la abandonó debería caerle una maldición.

–Veré lo que puedo hacer –dijo Bertie con tono calmado–. No has dicho por qué has venido –añadió dirigiéndose a Averil–. ¿Va todo bien?

–Preguntadle a Kevin –murmuró Nina, ganándose una mirada fulminante de su hermana.

–Necesitaba tiempo para pensar.

Bonnie seguía acariciando a Penny.

–¿Sin tu marido? ¿Tienes problemas en casa?

Averil le dio la espalda a Nina a propósito.

–Va todo bien –dijo con tono animado–. A él le parece bien que esté aquí. Solo necesitaba pensar en unas cosas.

–¿En qué? –preguntó Nina. No sabía si estaría fastidiando a su

hermana, pero lo estaba disfrutando.

Averil soltó un fuerte suspiro.

–En cosas nada más, Nina. Ni estás casada ni tienes una relación con nadie, así que no lo entenderías.

–Al menos yo no huyo.

Averil se giró hacia ella.

–No, no huyes porque eso supondría salir de la isla, y es algo que pareces incapaz de hacer.

Bonnie miró a Bertie.

–Socorro. Están discutiendo.

Bertie dio un trago de vino.

–Chicas, ¿esto es necesario justo la noche que volvemos a casa?

–Claro que no –dijo Nina deseando haber tenido la boca cerrada.

No sabía por qué sentía la necesidad de pinchar a Averil si nunca lograba nada. Aun así, la necesidad solía ser imperiosa.

–Ha empezado Nina –dijo Averil.

–Qué madura eres –contestó Nina.

–Ya estamos como siempre. Empiezas tú y siempre tienes que decir la última palabra. ¿Es que no tienes bastante con lo que tienes? Creía que ya estarías bastante ocupada criticando a todo el mundo y diciéndoles lo que tienen que hacer. Pero, ya que tienes tanto tiempo libre, deberías plantearte hacer voluntariado.

–¿Tiempo libre? Tengo un trabajo con responsabilidades. Muchas personas no podemos desaparecer sin más cuando nos da el bajón. ¿En qué pensabas al largarte así? Kevin es un tipo estupendo.

Averil se giró para mirarla.

–Más de lo que me merezco, ¿verdad? Es lo que piensas.

–Desde luego, tiene mucha paciencia. Ya llevas fuera una semana. ¿Cuánto vas a quedarte?

–No tienes derecho a preguntarme eso. Esta casa es tan mía como tuya.

–No estoy diciendo que te vayas. Te estoy preguntando cuánto crees que va a esperar él a que te descubras, porque todo esto gira en torno a ti. A ti y a tus necesidades. ¿Cuándo giran las cosas en torno a Kevin?

–No te metas en mi matrimonio. No eres experta en la materia.

Nina vio a Bonnie y Bertie levantarse y salir del salón. Penny las siguió.

–Genial. Las has espantado a todas.

Averil se giró y se quedó mirando al sofá vacío. Volvió a dirigirse a Nina.

–Claro, es culpa mía. Para estar tan obsesionada con que los demás seamos responsables, desde luego no ves lo que te falta a ti.

–Y tú corriendo a echarme la culpa de todo, como siempre. ¿Que no

sabes si deberías tener un hijo? Culpa mía. ¿Que no sabes qué hacer con tu matrimonio? La mala de Nina es la que lo ha liado todo. A ver si lo adivino: yo también tengo la culpa de que no estés escribiendo tu novela porque entro en tu habitación cada noche y te chupo toda la energía creativa. Debe de ser genial no tener que responsabilizarse nunca de nada.

Averil se levantó como un resorte. Unas lágrimas llenaban sus ojos azules.

–No me puedo creer que me estés echando en cara lo de tener un bebé. Eso es caer demasiado bajo incluso tratándose de ti.

Salió del salón dando pisotones.

Nina se quedó en el sillón, consciente de que, mientras que lo único que quería era sentirse conectada, lo que había hecho había sido alejar a todo el mundo.

–La odio –dijo Averil por el móvil mientras se secaba las lágrimas–. ¡La muy santurrona!

Kevin se quedó callado un instante.

–¿Qué ha pasado?

–Es mala y me echa la culpa de todo. No lo entiendo. ¿Qué le pasa? ¿Crees que es porque no tiene una vida? Se entromete y te lo maneja todo. Y no estaría tan mal si no hubiera que pagar un precio. O lo haces a su manera o no hay más que hablar.

–A lo mejor esa es una solución más sencilla. Así haces lo que quieres y luego tienes un chivo expiatorio.

Ella se sorbió la nariz.

–¿Lo dices en general o te refieres a mí?

–No te gusta asumir responsabilidades.

Averil se puso tensa.

–Eso no es justo. ¿Qué responsabilidades no asumo?

–Me dijiste que estabas lista para tener hijos y luego me acusaste de presionarte. No dejas de hablar de tu novela, pero dudo que la hayas empezado siquiera. Estás huyendo de nuestra relación y no sé por qué.

Ella respiró hondo mientras volvían a caerle las lágrimas por las mejillas.

–¿Qué pasa? ¿Llevas una lista de mis defectos en el bolsillo?

–Solo respondía a tu pregunta. Averil, piénsalo. Te gusta culpar a los demás de tus errores.

–Vale. Pues si tan horrible soy, ¿por qué quieres tener un bebé conmigo?

–Y ahora intentas desviar el tema.

–Tengo que colgar.

Colgó el móvil y lo tiró en la cama. Ya había acercado la caja de

pañuelos. Sacó dos y se sonó la nariz.

¿Qué les pasaba a todos? ¿Acaso era el día de «Vamos a ser unos retorcidos»? Miró el teléfono esperando a que sonara. Pasaron varios segundos. Lo agarró, pulsó el botón de llamar y esperó a que Kevin respondiera.

–Dime –dijo él con voz hastiada.

–¿A qué viene todo esto? ¿Qué está pasando? Si no quieres estar conmigo, dilo y ya está. No me gustan estos jueguecitos.

Se preparó para oírle decir que a ella le encantaban los juegos, y podría ser verdad, pero esa no era la cuestión. En lugar de decir nada, Kevin suspiró.

Algo frío se le enroscó en el vientre como una serpiente. La sensación hizo que le entraran ganas de salir corriendo y, solo cuando se levantó para hacerlo, fue consciente de que ese frío era fruto del miedo.

Porque hasta ese segundo en ningún momento se le había pasado por la cabeza que podía perder a su marido; que a lo mejor Kevin no la esperaría para siempre; que tal vez estuviera harto de tanto drama y en realidad se alegrara de que ella se hubiera ido.

–¿Kevin?

–Te gusta poner excusas y ya estoy harto. Eres una buena persona, Averil. No hay más que ver que te quedaste con Penny. Pero quiero que conmigo seas una adulta. Quiero que seamos una pareja. Quiero saber que puedo contar contigo. Te quiero y quiero seguir contigo, pero no sé si tú quieres lo mismo o si me quedaré solo en esto. Tienes que pensar en lo que es importante. Sé que necesitas tiempo y estoy dispuesto a dártelo, pero no voy a esperar eternamente. Buenas noches.

Y con eso, colgó. Ella soltó el teléfono en la cama y se tumbó al lado. Aún había lágrimas, pero también confusión y la persistente sensación de que se le había escapado algo muy importante.

Capítulo 12

–Lo siento –dijo Nina esa noche una vez que los platos estaban fregados y Averil se había ido a su habitación.

Estaba otra vez hecha un ovillo en el sillón. Bonnie y Bertie estaban en el sofá y Penny tumbada al lado de su madre, que era su nueva mejor amiga.

–Dejo que me afecte y no sé por qué –continuó.

–Te frustra –dijo Bertie–. Estás acostumbrada a cuidar de ella y cuesta soltar ese hábito. Ahora que las dos sois mayores, queréis ser hermanas nada más, pero la antigua dinámica se cuela en vuestras conversaciones. Tú te pones en plan madre, ella se rebela y ahí empieza la discusión.

–Es culpa mía –dijo Bonnie acariciando a Penny–. Pero, como sabéis, no soy estable del todo.

«Reconocimiento seguido de excusas», pensó Nina, que se veía incapaz de reunir energía para tratar ese asunto. Tenía la sensación de que su madre no cambiaría nunca. Todo el mundo quería a Bonnie; era divertida y siempre se apuntaba a todo lo que supusiera emoción o una novedad. Era un rasgo fantástico en una amiga, pero uno pésimo en una madre.

Nina sabía que reaccionaba a eso siendo todo lo contrario. Ni era divertida ni le interesaba lo espontáneo. Vaya, vista así, resultaba la pareja ideal, pensó apesadumbrada.

–Bueno, a pesar de todo, me alegro de teneros de vuelta –añadió esperando que cambiar de tema le sacara esos pensamientos de la cabeza.

–Es genial estar en casa –le dijo su madre–. Me ha encantado Cindy. Ha hecho maravillas en la tienda. Tiene buen ojo –y dándole un codazo a Bertie añadió–: Ya te dije que esas muñecas valían algo.

–Sí que me lo dijiste.

Bonnie se colocó el pelo detrás de la oreja.

–En este viaje hemos visto muñecas, pero a mí me daban demasiado miedo. Esas manitas de porcelana… Seguro que cobrarían vida por la noche y nos sacarían el cerebro.

–Imagino que te refieres a la muñeca entera y no solo a las manos.

Bonnie arrugó la nariz.

–Me da igual una cosa que otra –y dirigiéndose a Nina añadió–: ¿Te he dicho que tenías razón con lo de los neumáticos? En cuanto empezó a nevar, le dije a Bertie: «Nina tenía razón. Tendríamos que haberlos cambiado».

Bertie asintió.

–Intentaba no salirme de la carretera, pero cuando la carretera está resbaladiza, conducir esa vieja furgoneta es como conducir una bañera.

Bonnie le sonrió.

–Evitaste que nos pasara algo. Como siempre.

–Gracias –Bertie miró a Nina–. ¿Cómo estás? Ha habido muchos cambios.

–Solo Averil y Penny. Y Penny no da ningún problema.

Bertie se rio.

–¿Eso quiere decir que Averil sí? Es verdad que puede ser muy intensa, pero no me refería a eso. ¿Cómo llevas que haya vuelto Dylan?

Nina pensó en él.

–Sabía que iba a volver, pero no cuándo –le contó a Bertie lo que le había pasado con el coche y el rescate de Dylan–. Me sentí humillada, pero él fue muy amable.

–¿Hay algo de química? –preguntó Bonnie–. La química es importante.

–Y la estabilidad –señaló Bertie con delicadeza–. Encontrar a alguien con quien puedas contar.

Bonnie suspiró.

–Sí, eso también es importante.

–Ninguna química. Dylan y yo somos amigos. Lo que tuvimos pasó hace mucho tiempo.

Bertie la observó.

–Me prometiste que me hablarías del nuevo hombre que hay en tu vida. Si no es Dylan, ¿entonces quién es?

Nina se moría de vergüenza, pero hizo lo posible por disimularlo.

–Se llama Kyle –empezó a sonreír sin poder evitarlo–. Es una locura. Es cuatro años más joven que yo y piloto de combate. Yo era la canguro de su hermana y él tendría doce años. Se pasó todo un verano siguiéndome y diciéndole a todo el que podía que estaba enamorado de mí. Fue una pesadez. Apenas me acordaba de él.

Bonnie se puso recta.

–Me acuerdo de ese chico. Estaba coladito por ti. Era una ricura. ¿Cómo está ahora?

–Buenísimo. Irresistible. Se presentó aquí diciendo que yo era su fantasía.

–Pues estar a la altura de una fantasía es complicado –dijo Bertie sonriendo–. ¿Te pidió salir?

–Sí. Lo he visto un par de veces.

–Bien hecho –dijo Bonnie–. ¿Y qué tal fue?

Nina se rio.

–Es guapísimo y atractivo, y me ha dejado claro que quiere acostarse conmigo. Es todo superemocionante. Sé que no es algo serio, pero me da igual. Ahora mismo me parece genial la idea de sexo apasionado que no signifique nada.

–Has pasado mucho tiempo en dique seco –admitió Bertie–. ¿Seguro que no significa nada?

–Es demasiado joven y tiene ambiciones. Quiere ser un Ángel Azul.

–Seguro que los Ángeles Azules pueden casarse.

Nina puso los ojos en blanco.

–Sí. Y me sorprende que seas tan tradicional. Quieres que me case. ¿Y qué pasa contigo, mamá?

Bonnie pensó en la pregunta.

–Quiero que seas feliz. Con eso me basta.

–¿Y lo de tener niños? –preguntó Bertie–. Nunca he querido presionar, pero tengo cincuenta años. Ya es hora de que me convierta en abuela. Nunca pude tener hijos, así que tengo esas necesidades sin satisfacer. Ojalá Averil y tú las cubráis por mí.

Bonnie le agarró la mano a su pareja.

–Haré lo que pueda, pero no con Kyle.

¿La mujer de un marine? Ella no encajaba en ese perfil.

–Tendrá que ser con alguien –dijo Bonnie–. Es algo que quieres de verdad.

–Sí. Justo antes estaba pensando que suponía que a estas alturas ya lo tendría todo. No sé en qué momento todo se torció. Supongo que vivir en la isla influye. Aquí no hay muchos solteros.

–Y ahora hay dos –dijo Bonnie sonriendo–. Qué orgullosa estoy de ti. ¿Quién se ganará tu amor?

Nina sacudió la cabeza.

–Esto no es *Crepúsculo*. No tengo que elegir a uno.

–Es verdad –dijo Bertie asintiendo–. Quiero que seas feliz, aunque no puedo darte ningún consejo. Las relaciones con los hombres siempre me han resultado complicadas y desconcertantes, que es justo por lo que las he evitado. Bueno, por eso y porque soy lesbiana.

Nina se rio.

–Puede que lo último sea la razón principal –se detuvo–. ¿Nunca has estado con un chico?

–No. Siempre lo supe. Salí con alguno, pero la primera vez que uno me besó me quedé horrorizada. Fue asqueroso –dijo con un escalofrío–. Luego dejé de intentar fingir. Tuve mi primera novia en la

universidad y fue una revelación. Después de aquello, todo fue genial. Y cuando conocí a tu madre, supe que había encontrado a la mujer de mi vida.

Bonnie y ella se miraron y Nina supo que esa mirada no tenía nada que ver con ella.

Recordaba cuando Bonnie les había presentado a Bertie como una amiga. No había dado ninguna explicación sobre su relación y entonces una noche Bertie no se había ido a su casa a dormir. Nina no había dicho nada, pero Averil había preguntado a la mañana siguiente.

–¿Mamá, eres lesbiana?

Bonnie había levantado la mirada de su tazón de cereales. Eso era lo que Nina recordaba mejor; que tuvieron tal vez una de sus conversaciones más importantes mientras tomaban cereales y zumo de naranja.

–Sí. Ahora Bertie va a estar conmigo.

Y lo había estado.

–Fuiste una grata adición a la familia –dijo Nina sacándose aquellos recuerdos de la cabeza–. Ha sido genial tenerte aquí. Te ocupas de las cosas.

Bonnie frunció el ceño.

–¿Qué significa eso? Nina, no todos podemos ser como tú.

–No os estoy pidiendo que lo seáis, pero a veces… –se detuvo–. Como con el tejado. Llamaste una vez, pero solo dejaste un mensaje. No le devolviste la llamada a Tim, así que nadie arregló el tejado. Tuve que ocuparme yo. Dijiste que te habías ocupado, pero no lo hiciste.

Bonnie hizo un mohín.

–No es culpa mía que no contestara al teléfono cuando llamé.

–Pero seguíamos teniendo una gotera en el tejado. Fastidia que prometas ocuparte de algo y luego no lo hagas.

Estaba empezando a enfadarse. «Esta noche no», se dijo. Ya había hecho que Averil se apartara de ella. ¿Quería lo mismo con su madre?

No era justo. Al final todo dependía de ella. Si se quejaba, era una cabrona. Si no, acababa pringada ocupándose de todo mientras los demás se divertían. Siempre había sido así. Tal como había comprendido hacía un par de semanas, estaba atrapada en una situación en la que siempre salía perdiendo.

–Esperas demasiado –le dijo su madre–. Ese ha sido siempre tu problema.

Bertie le tocó el brazo a su pareja y dijo:

–Ya sabes que me pareces maravillosa, pero tomar decisiones y cumplir no es tu fuerte. No deberías ofrecerte a hacer algo y luego no ocuparte.

–Pero… –Bonnie asintió despacio–. Tienes razón. Sé que tenéis razón. Pero es que estoy acostumbrada a que Nina se ocupe de todo.

«Claro», pensó Nina con amargura. Y mientras tanto su madre no tenía que molestarse en responsabilizarse de nada.

Bonnie se levantó.

–Me voy a la cama.

–Yo no tardo –dijo Bertie.

Bonnie se acercó a Nina, se agachó y la abrazó.

–Te quiero de verdad, hija mía.

–Yo también te quiero, mamá.

Pero el amor no era el problema, pensó Nina.

Cuando Bonnie se marchó con Penny trotando a su lado, Bertie se dirigió a ella.

–Me alegro de que hayas encontrado a alguien para la tienda.

Nina aceptó el cambio de tema del mismo modo que aceptó que su madre se marchara. Así actuaban en esa familia. Las cosas se desmadraban un poco y luego se producía una retirada estratégica. Ninguna estaba dispuesta a presionar para aclarar la situación. Por miedo, suponía. Por miedo a lo que la otra persona pudiera decir.

–Cindy está resultando muy buena. Es organizada y se la ve con disposición para aprender de antigüedades. Y encima no tiene antecedentes criminales.

Bertie suspiró.

–Tanya resultó no ser la mejor elección.

–Por desgracia tampoco fue la peor.

Bertie la miró.

–Estoy dispuesta a ayudar más de lo que lo he hecho hasta ahora –dijo despacio–. Llevo un tiempo dispuesta a hacerlo, pero no quería presionar.

–Por favor, presiona. No me gusta tener que preocuparme de todo lo que pasa en la tienda además de preocuparme de mi trabajo y la casa.

–Si estás segura…

–Estoy segura.

Bertie asintió.

–Entonces empezaré a intervenir. Y también podrías esperar más de tu madre. Es más fuerte de lo que os pensáis.

–No dudo de su fortaleza, sino de su compromiso. Como con lo del tejado.

–Está trabajando en ello.

Nina sonrió.

–La quieres y eso me encanta. Me alegro de que te tenga. Mi madre es un puñetero desastre. Todas tenemos la culpa porque cuidamos de ella y por eso no ha tenido la necesidad de crecer. Ahora creo que es demasiado tarde.

–No estoy tan segura. Estoy viendo señales de progreso.

Nina esperaba que tuviera razón, pero tenía la sensación de que el amor cegaba a Bertie. Algo que, por cierto, sería agradable experimentar.

Bertie estiró los brazos hacia el techo y se levantó.

–Estoy cansada y no entiendo por qué. Lo único que he hecho hoy ha sido conducir.

–Conducir tanto estresa. Tienes que estar muy concentrada.

Bertie sonrió y se acercó a ella.

–Me alegro de que hayamos vuelto. Te echábamos de menos.

Se abrazaron.

Nina fue a su habitación. Ella también se alegraba de que hubieran vuelto. Con su madre cerca, la vida nunca era aburrida.

Miró al teléfono y vio que había recibido un mensaje.

Solo quería saludarte.

Era de Kyle. Unas mariposas le eclosionaron en el estómago.

Respondió preguntándole si aún estaba ocupado con esa cosa del gobierno.

No. He vuelto a dormir a casa. Estoy pensando en ti. ¿Crees que podrías escaparte?

Aquello se parecía mucho a una cita para tener sexo, pensó mirando la pantalla. Estaba segura de que la respuesta apropiada era hacer que él le pidiera una cita. O que le suplicara un poco, que se esforzara algo más. No tenía ningún interés en ser su pareja sexual cada vez que le conviniera.

Pero solo pensar en estar en sus brazos bastó para que se le acelerara el corazón. Si se sumía demasiado en los recuerdos de lo que Kyle le había hecho a su cuerpo, acabaría dándole igual lo dañado que pudiera resultar su lado feminista. Un buen orgasmo o dos sanaban muchos males.

–¿Ropa feliz? –preguntó Cindy dudosa.

Averil abrió la segunda caja y empezó a sacar chaquetas y vestidos antiguos.

–No puedo explicarlo de un modo más científico. En parte es por el olor. La ropa vieja tiene un olor especial y no pasa nada, pero a veces tiene un olor asqueroso.

–¿Como olor corporal?

Averil se rio.

–No, es otra cosa. Te lo diré si encuentro ropa triste. No podemos venderla. Hay que destruirla o, al menos, tirarla.

–Claro, porque los microbios tristes pasarían al nuevo dueño.

–Oye, que no me lo estoy inventando.

Averil sacó un vestido corto de estilo años veinte y lo sacudió.

–Es fabuloso. Mira la pedrería. Seguro que lo hicieron todo a mano.

Cindy tocó los flecos.

–Es caro. Mira a ver si tiene etiqueta. Seguro que era de alta costura.

Estaban vaciando las cajas que habían descargado de la furgoneta de Bonnie y Bertie. Cindy ya había apartado los libros para buscar primeras ediciones. Las sillas también estaban clasificadas y etiquetadas, de modo que solo faltaban la ropa y los accesorios.

–Voy a decirle a tu madre que busque más bolsos de pedrería antiguos en los viajes –dijo Cindy sujetando un vestido de novia de encaje que parecía, como mucho, de la talla treinta y dos–. Se venderían muchísimo. Sobre todo en eBay. Este es precioso.

Averil agarró una percha.

–No tengo ni idea de cuántos años tiene –dijo colgándolo en una percha y olfateándolo mientras tanto–. Pero es un vestido feliz.

–Me alegro. Para la novia a la que le guste, esto es todo un descubrimiento –dijo Cindy colgándolo en el perchero–. Ahora que tu madre ha vuelto, ¿la jefa es ella o sigue siendo Nina?

–Buena pregunta. No estoy segura. Nina es la mandona. Bertie a veces se ocupa de las cosas.

Cindy la miró.

–Bertie es la… ¿compañera de tu madre?

–Compañera en el sentido romántico.

Cindy sacó otro vestido de la caja y lo alzó, pero seguía mirando a Averil.

–¿Te sientes cómoda con que tu madre sea lesbiana?

–Ajá. Eso explica que mi padre la dejara hace tantos años –bromeó.

–Te sientes cómoda con la situación.

–No se puede decir que mi familia haya sido normal nunca. Yo estaba en el instituto cuando mi madre nos lo contó. Bertie me caía genial y tenerla en casa hacía que todo fuera más sencillo. Siempre ha sido un amortiguador entre Nina y yo –y eso era algo que había olvidado al querer volver a casa.

Quería a su hermana, pero se llevaban mejor en la distancia, lo que hacía incomprensible que necesitara tanto la aprobación de Nina. Kevin siempre se quejaba de que Nina era la voz de su cabeza. Averil no estaba segura de poder negarlo, pero ¿para qué iba a querer la voz de una persona que la volvía loca?

Siguieron desembalando ropa. Había varios minivestidos de los

sesenta que le dieron la idea de escribir un artículo divertido sobre la ropa atrevida y fresca que se podía encontrar en los armarios de las abuelas. Se detuvo para tomar unas notas.

Cindy la observaba.

–Claro. Eres escritora, ¿verdad?

–De artículos sobre todo. Escribo para la revista *California Girl*.

–Debes de tener mucho talento –dijo Cindy riéndose–. En mi antigua vida todo lo que escribía tenía que ver con leyes. Me robaba la energía. Ahora apenas soy capaz de redactar un *email*. ¿Alguna vez has escrito ficción?

Averil pensó en la novela sin empezar, que ni llegaba a inacabada.

–A veces me lo planteo –admitió–, pero resulta que planteárselo no es lo mismo que hacerlo.

Le sonó el teléfono y lo sacó del bolsillo.

–Es mi marido –dijo complacida al ver la imagen de Kevin en la pantalla–. Dame un momento.

–Claro. Tómate todo el tiempo que necesites.

Averil salió por la puerta de la trastienda.

–Hola. ¿Qué tal?

–Necesito hablar contigo. ¿Tienes tiempo?

–Claro. ¿Qué pasa?

Notó a Kevin tenso y eso la tensó. ¿Habría tenido un accidente? ¿Habría llegado a la conclusión de que no merecía la pena molestarse en esperarla?

–Es James.

–James, ¿tu amigo del trabajo?

–Sí. Me acaba de decir… –Kevin suspiró–. Está teniendo una aventura con su secretaria.

Averil se acercó al pequeño muro que había junto al aparcamiento y se sentó. Conocía a James, pensó asombrada. Y a su mujer. Habían estado en su casa haciendo barbacoas y habían salido a cenar con ellos.

–¿Lo sabe Melissa?

–Creo que no. ¿En qué cojones está pensando? Me lo acaba de decir –Kevin maldijo para sí–. No quiero saber nada. Aprecio a Melissa. Me gusta que mis amigos tengan unos matrimonios felices. Todo esto es culpa de Don.

–¿De tu jefe? ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

–Engaña a su mujer todo el tiempo.

–¿Qué? ¡Anda ya! Lo conozco. Y a Jan.

Su esposa era una mujer preciosa de cincuenta y tantos años que sin duda lo adoraba. Hacía galletas, trabajaba como voluntaria y siempre tenía algo gracioso que decir.

–Tienen cuatro hijos –añadió Averil.

–Don siempre tiene algo por ahí. Así son las cosas aquí. Los chicos hablan del tema como si no fuera nada.

Averil dio gracias por estar sentada en ese momento. Se llevó la mano al estómago.

–¿Intentas decirme algo con esto?

–¿Qué? ¡No! Yo no soy de esos. Te quiero, Averil. No quiero estar con nadie más. Esa no es la cuestión.

«Qué alivio», pensó ella preguntándose si podía creerlo.

–El problema es James, que se ha convertido en uno de ellos y ninguno entiende las consecuencias. Si Melissa se entera, dejará a James. No es tonta. Se asegurará de convertir su vida en un infierno y luego lo abandonará. Y entonces él se despertará una mañana preguntándose cómo lo ha perdido todo. Se lo he dicho, pero dice que no puede evitarlo.

–¿Qué vas a hacer?

–Nada. No logro hacerle ver lo que está haciendo, así que tendrá que vivir con las consecuencias. Solo quería oír tu voz. Estas cosas siempre las hablo contigo.

Averil se relajó un poco. Se lo había contado porque Kevin y ella eran el mejor amigo del otro; porque él no se sentía cómodo con los sentimientos de los demás y ella era su barómetro emocional. Ahora tenía claro el motivo de su llamada. No la estaba amenazando. La necesitaba. Igual que ella lo necesitaba a él.

Suspiró.

–Pobrecito. Siento que tengas que aguantar todo eso.

–Ya. Los hombres somos idiotas.

–Tú no.

–Intento no serlo –hubo una pausa–. Tengo que volver a una reunión. Solo quería oír tu voz.

–A mí también me gusta oír la tuya.

–Te quiero, Averil.

–Yo también te quiero, Kevin. Mucho.

–Creía que estabas saliendo con Dylan –dijo Bonnie al sentarse en la cama de su hija mientras ella se arreglaba.

Nina se quitó los rulos de calor. La noche anterior no se había quedado mucho rato en casa de Kyle, sobre todo porque no había querido que la pillaran entrando en casa a hurtadillas a las cinco de la mañana. Pero él había dicho que su «necesidad de Nina» no había quedado cubierta con el fugaz encuentro y le había pedido volver a verla la siguiente noche. La diferencia era que esta vez tendría una cita formal y él iría a recogerla, algo que habría estado bien si no implicara que Kyle conocería a su madre.

–Dylan y yo somos amigos –dijo pensando en el cordial mensaje que él le había enviado esa mañana–. Es agradable que podamos seguir hablando después de tanto tiempo.

–Estabas enamorada de él.

–Eso pasó hace siglos.

–Sé que te rompió el corazón, pero eso precisamente hace que sea más importante. Nunca he entendido lo de que los ex se hagan amigos. Si Bertie me dejara… –se detuvo y sacudió la cabeza–. No quiero ni pensarlo.

–Bertie te quiere. No te preocupes.

–Lo sé. Tengo mucha suerte de tenerla. Me ha contado lo de tu nuevo jovencito –dijo su madre sonriendo–. Te oí llegar anoche.

Nina se peinaba el pelo con los dedos.

–Lo siento. Intenté no hacer ruido.

–No lo hiciste. Estaba despierta de casualidad. Nunca duermo bien la primera noche cuando volvemos de viaje. Me encuentro demasiado feliz como para malgastar ocho horas inconsciente –dijo mientras veía a Nina ponerse un jersey fino y unos tacones–. Muy guapa. Sexi pero discreta. Tu hermana se pondría cuero negro.

–Mi hermana tiene cuerpo para ponerse cuero negro.

Averil siempre había sido delgada, pensó Nina algo resignada. Delgada y atrevida. Aunque ahora que pensaba en las ganas con las que la tocaba Kyle, se planteó usar ella también un poco de cuero negro.

Iba a pasar la noche con Kyle. Disfrutaría de la cena y de la poscena. Por la mañana se enorgullecería de sí misma y tendría la piel resplandeciente. Si ese no era el final de un fin de semana perfecto, entonces no sabía qué podía serlo.

Sonó el timbre.

Nina miró la hora y gruñó.

–No lo has advertido de lo nuestro, ¿no? –preguntó Bonnie.

–Le he dicho quiénes sois Bertie y tú. No hay nada de qué advertirlo.

Su madre sonrió.

–¿Entonces sabe que somos brujas?

–Muy graciosa. Vamos. Te dejo que conozcas a mi jovencito.

Porque «joven» era la palabra clave.

Cuando entraron en el salón, Bertie ya había dejado pasar a Kyle. Nina fue hacia él y le agarró la mano.

–Hola.

–Hola. Estás increíble –dijo Kevin y, mirando a Bonnie, añadió–: Ya veo de dónde ha sacado Nina sus mejores cualidades.

Bonnie se rio.

–Sí, esas son todas mías. Lo demás le viene del padre.

–Bueno, venga –dijo Nina–. Nos vamos.

–¿Tenéis que iros? –preguntó Bonnie–. Nos gustaría conocerte más.

–No le metas miedo –le dijo Bertie–. Cuesta acostumbrarse a unas lesbianas de mediana edad.

–¡No somos de mediana edad! –dijo Bonnie horrorizada–. Eso es ser muy mayor.

–A menos que tengas pensado pasar de los cien, me parece que ya es demasiado tarde para eso.

Nina sacudió la cabeza.

–Bueno, y por segunda vez, nos vamos de aquí.

–Que lo paséis bien –dijo Bonnie–. Puedes estar fuera todo el tiempo que quieras. Sabemos que vais a acostaros. No hay por qué ocultarlo. Podéis volver si queréis. La habitación de Nina está al fondo. No os oiría nadie.

Kyle parecía alucinado.

–Sois muy consideradas –dijo como pudo.

Nina lo llevó hacia la puerta.

–Huye mientras puedas. Si no tienes cuidado, te absorberán y te atraparán.

Cuando salieron, él se giró para mirar a la puerta.

–Me caen bien –admitió.

–Claro. De lejos resultan muy graciosas, pero en el día a día suponen todo un reto.

–Te gusta que hayan vuelto a casa.

–Sí. Eso me convierte en una persona tan peculiar como ellas, pero puedo sobrellevarlo.

Él abrió la puerta del copiloto.

–¿Entonces cena y después sexo?

Nina se rio.

–Un hombre planificado. Me gusta.

Capítulo 13

Cuando Nina llegó a casa el martes después del trabajo, se encontró música caribeña sonando por todas partes y la batidora funcionando en la cocina. Averil se topó con ella en el salón.

–Vamos a ver *Prácticamente magia* –dijo su hermana riéndose al pasarle una copa de margarita con el borde mojado en sal y rebosante de una mezcla granizada verde clara.

Nina se fijó en su camisa hawaiana abierta. La camiseta de tirantes blanca que llevaba debajo le hacía juego con los pantalones cortos y tenía un collar de conchas diminutas.

Dio un trago y emitió un grito ahogado cuando el tequila se le posó en la lengua.

–Los ha hecho Bertie, ¿a que sí?

–Cómo lo sabes.

Bertie hacía los mejores margaritas de la isla, pero se le iba un poco la mano con el alcohol.

–Por la mañana todas vamos a tener resaca –murmuró Nina mientras bailaba al ritmo de la música–. Voy a cambiarme y ahora mismo vuelvo.

–Nos emborracharemos mientras esperamos.

Nina recorrió el pasillo. Una vez en su habitación, se quitó el uniforme y se puso unos vaqueros. En el fondo del armario tenía una camiseta rosa chillona decorada con chanclas de lentejuelas. Se recogió el pelo en una trenza y se plantó unos pendientes de plástico con forma de palmera. Porque en las noches de *Prácticamente magia* se requerían disfraces.

Era una de las películas favoritas de su madre. Algunas familias veían películas navideñas en diciembre. En la casa Wentworth las mujeres veían *Prácticamente magia* las dos noches de solsticio. Cuando tenía doce años, mientras sus amigas jugaban a ser modelos, Averil había intentado convencer a todo el mundo de que era una bruja. Su absoluta carencia de poderes mágicos le había complicado la tarea, pero aun así se había esforzado al máximo.

Nina, que se había llevado la copa, entró en la cocina a tiempo de ver a Bertie y a Bonnie bailar la canción *Coconut* de Harry Nilsson.

Bertie llevaba un pareo a modo de falda y la parte de arriba de un biquini. Nina brindó por su forma de moverse y por su esbelto cuerpo.

–Todas deberíamos estar así de bien cuando tengamos cincuenta –le dijo Averil a Nina al oído.

–Ojalá yo estuviera así ahora –contestó Nina.

Bonnie llevaba camiseta y una falda hawaiana encima de unos pantalones cortos. Las dos llevaban collares de flores de seda. Estaban agarradas de una mano y en la otra tenían un margarita. Mientras, las hermanas movían las caderas y cantaban la letra que tan bien conocían.

El olor a limas y a la mezcla de los margaritas se entremezclaba con el delicioso aroma fuerte y picante del pollo *teriyaki* que ya se estaba haciendo fuera en la parrilla. Bertie había perfeccionado una receta a baja temperatura que hacía que todas le suplicaran más.

Nina se giró hacia su hermana para hacerle un comentario sobre el pollo, pero encontró a Averil pensando en algo que no era la fiesta. Instintivamente, la agarró del brazo y la llevó al salón.

–¿Qué pasa?

–Nada. Estoy bien –respondió Averil soltándose.

–Te pasa algo. Estás disgustada.

–Entonces tú deberías estar contenta. Nada te hace más feliz que decirle a la gente lo que ha hecho mal.

Nina sintió la frustración y la rabia ya habituales acumulándosele dentro. Era una discusión tan trillada que ninguna tenía que pensar mucho antes de llegar al desacuerdo.

Dio un trago rápido a la copa y respiró hondo. Esta vez no saltaría, se dijo. Esta vez escucharía y apoyaría a Averil por muy insoportable que se pusiera.

–Siento que pienses eso –dijo con sinceridad–. De verdad me interesa lo que te esté agobiando. ¿Es por Kevin?

Averil vaciló y luego asintió.

–Me llamó hace unos días por algo que estaba pasando en el trabajo. Se enteró de que uno de sus amigos está teniendo una aventura y estaba muy disgustado. Conocemos a James y a su mujer, y la cosa no va a acabar bien para ninguno de los dos.

Nina no entendía que eso entristeciera tanto a Averil.

–¿Estás preocupada por la otra pareja?

–Un poco. A lo mejor. Pero sobre todo me hace pensar en Kevin. No porque piense que vaya a engañarme con otra, porque creo que me quiere. Pero es que estoy aquí y lo echo de menos –levantó la mano–. Por favor, no me digas que vuelva a casa. Eso ya lo sé. Pero antes de volver, tengo que saber qué hacer con mi vida.

Nina bebió más y se dijo que seguiría sacando paciencia y mostrándole apoyo a su hermana. Porque lo que de verdad quería

decir era: «¿Qué necesidad tienes de buscarte problemas?».

–Cada vez que estoy con Kevin veo lo mucho que te quiere –dijo en su lugar–. Se nota por lo que dice y por cómo actúa. Eres con quien quiere estar. A lo mejor pensar en eso te ayuda.

Averil suspiró.

–Sí. Es genial y estamos hablando más. Pero es que…

Sonó el timbre.

Averil miró hacia la puerta.

–¿Esperamos a alguien?

Bonnie salió de la cocina y se rio.

–¡Ay, qué bien! Es tu jovencito. Lo he llamado para invitarlo.

–¿Tienes un jovencito? –preguntó Averil mientras Nina iba hacia la puerta.

–¡Es el chico con el que se acuesta! –dijo Bonnie en voz alta–. Kyle. Es adorable. ¿Te acuerdas de cómo la perseguía por todas partes hace años? Casi no me acordaba de él. Parece que aún adora a tu hermana.

Nina se sonrojó.

–Así que es el tío que te tiene fuera toda la noche –dijo Averil sonriendo–. Lo recuerdo del colegio. No estaba mal, pero su familia y él se mudaron antes de que me diera cuenta de que los chicos no solo eran un fastidio. ¡Madre mía! Un hombre más joven.

–No mucho más joven –dijo Nina apretando los dientes.

Averil sonrió.

–Vaya con Nina la asaltacunas.

–Vais a estar calladitas y a comportaros –les dijo Nina antes de correr a la puerta. La abrió y encontró a Kyle de pie en el porche.

Estaba guapo en vaqueros y camisa hawaiana. Él le mostró una bolsa de langostinos al coco congelados.

–Por la invitación.

Nina suspiró.

–¿Mi madre te ha invitado a cenar y te ha pedido que pares a comprar de camino aquí?

–No me importa. Habría traído vino, pero me ha dicho que sería malgastar dinero.

–Así es mi madre.

Él entró en casa y se dirigió a Averil.

–Hola. Soy Kyle.

–Averil. La hermana pequeña. Ya nos conocemos. Te equivocaste y te pusiste en la ventana de mi habitación aquel verano cuando recreaste la escena de *Un gran amor*.

–Perdona –dijo él con una sonrisa sincera.

–No pasa nada.

Se dieron la mano.

Nina le quitó la bolsa de langostinos congelados y fue a la cocina.

–Nos estamos emborrachando. Espero que puedas soportarlo.

–Haré lo que pueda.

En lugar de optar por la freidora, Bertie decidió que era mejor cocinar los langostinos en el horno. Cuando se sentaron a cenar, ya iban por la segunda jarra de margarita y con poco le entraba la risa histérica al menos a una de ellas. Nina hizo lo posible por tomárselo con calma. Tenía que estar preparada para saltar a interponerse entre Kyle y alguna de las mujeres de su familia, y eso significaba tener algo de control sobre sus facultades.

Además de langostinos, había una bandeja enorme de pollo *teriyaki* y ensaladas. Las ventanas del comedor estaban abiertas para dejar entrar la suave brisa.

Kyle estaba sentado al lado de Nina. Estaban en el mismo lado de la vieja mesa. De vez en cuando él le ponía una mano en el muslo y se lo apretaba con delicadeza. A Nina le gustaba tenerlo cerca y le gustaba cómo la tocaba. Era un hombre que sabía tratar el cuerpo de una mujer. Parecía disfrutar del proceso tanto como del objetivo… o al menos lo fingía muy bien. Fuera así o no, ella estaba satisfecha.

–Habladme de vuestro viaje –dijo él mientras la comida pasaba de unos a otros–. Nina me ha dicho que vais a ventas de bienes y encontráis inventario para la tienda.

–Buscamos tesoros allá donde hay –respondió Bonnie. Estaba colorada y gesticulaba mucho, pero todavía construía frases completas–. La belleza me llama. Esta vez hemos comprado el contenido de varios trasteros en una subasta. Ha sido emocionante. Un hombre compró uno que tenía una caja fuerte para armas y todos estábamos deseando ver qué había dentro.

–¿Armas tal vez? –preguntó Averil.

–Si hubiera sido solo eso… –murmuró Bertie.

–¿Qué había? –preguntó Kyle–. ¿Joyas?

Bonnie lo miró.

–Huesos.

Nina se sirvió una pechuga de pollo y le pasó la bandeja a Kyle.

–¿Qué?

–Huesos. Huesos de animal. Cientos.

–Qué asco –dijo Averil–. ¿Para qué guardar huesos de animales en una caja fuerte para armas?

–¿Seguro que eran huesos de animal? –preguntó Kyle–. A lo mejor era un asesino en serie.

Nina sacudió la cabeza.

–Por favor, no las animes. Venga, contadle lo del cuadro feo.

Bonnie parecía confusa, como si no entendiera el cambio de tema.

Pero entonces asintió y dijo:

–Es el cuadro más feo que he visto en mi vida, pero el marco es precioso.

–Es de los buenos –dijo Averil solo moviendo los labios.

Bertie les sonrió.

–Sírvete ensalada de patata –le dijo a Kyle–. Nos han dicho que eres piloto de combate.

Él logró servirse la ensalada y responder a la pregunta disimulando su desconcierto por la extraña yuxtaposición de frases.

–Sí. Piloto aviones para la Marina.

–Qué varonil –exclamó Bonnie agarrando la jarra de margarita–. Un hombre varonil.

–Tienes que comer –le dijo Bertie–. Prueba el pollo. Es tu plato favorito.

–¿Ah, sí? –preguntó Bonnie mirando su plato–. Vale –agarró un muslo y le dio un mordisco–. Está delicioso –masculló.

–¿Los pilotos de la Marina no tienen despliegues de larga duración? –preguntó Bertie–. ¿Tienes asignado un grupo de ataque con portaviones?

–Por lo general sí –respondió Kyle–. Ahora mismo estoy destinado en un destacamento de fuerzas especiales aquí en Everett.

–¿Sabes de grupos de portaviones? –preguntó Nina impresionada.

Bertie se encogió de hombros.

–Sé cosas.

–Normal –dijo Averil–. Bertie es la culta de la familia. ¿Te gusta servir en el ejército?

–Claro. Nací para volar.

Nina se preguntó si él mencionaría su objetivo final. Sin embargo, Kyle no dijo nada de los Ángeles Azules y volvió a centrar la conversación en Bertie y Bonnie.

«Qué raro». A lo mejor eso significaba que él se lo había contado durante su cita para que lo conociera mejor y no para fanfarronear. De todos modos, no necesitaba ver más cualidades buenas suyas. Tal como era ya resultaba bastante atractivo.

–Debe de ser genial saber lo que quieres ser en la vida –dijo Averil con tono anhelante–. Yo nunca lo he tenido claro.

Nina la miró. No sabía si esas palabras serían efecto del tequila o si su hermana estaba a punto de soltar una verdad inesperada.

Averil agarró el tenedor y lo volvió a dejar.

–Ya que estoy, os lo voy a decir. No hay novela.

Kyle parecía no entender nada. Nina se acercó y le susurró:

–Averil lleva años escribiendo una novela.

–No estoy escribiendo –la corrigió su hermana–. He ido a clases y estoy en un grupo de crítica en Internet, aunque casi nunca envío

nada. La he empezado montones de veces y finjo escribir, pero no hay nada.

Bertie y Bonnie se miraron y luego Bonnie suspiró.

–¿Lo que te impide escribir tiene que ver con algo que yo haya hecho mal?

Averil juntó las cejas con gesto de extrañeza.

–No, mamá. Es todo cosa mía. Siempre estoy empezando proyectos, pero no estoy contenta con ninguno. Recibo opiniones y aportes de distintas personas, y luego leo sus comentarios y me cuestiono a mí misma. A lo mejor estoy aspirando a algo imposible.

–No digas eso –le dijo Bertie–. Algún día escribirás un libro maravilloso.

–Esperaba hacerlo un poco antes.

Bonnie le dio una palmadita en la mano.

–Encontrarás tu camino. Escribes unos artículos geniales. Me encanta leerlos.

–No es lo mismo. Le dije a todo el mundo que iba a escribir una novela. ¿Mentí? ¿No soy capaz de hacer el trabajo complicado? ¿Y lo del bebé qué?

Ahora fue Nina la que le puso una mano en la pierna a Kyle.

¡Menuda descarga emocional!

–¿Estás embarazada? –preguntó Bonnie claramente emocionada.

–No –respondió Averil con un suspiro–. Kevin quiere y yo no estoy lista. ¿Por qué no?

–Los hijos dan mucho trabajo –dijo Bonnie suspirando–. Aunque, claro, yo adoro a las mías.

–Te cambian la vida –añadió Bertie–. Tienes que pensártelo muy bien.

–Quiero sentir que lo tengo todo controlado, pero a este paso nunca voy a llegar a ese punto.

–No te preocupes –le dijo Bertie con tono tranquilizador–. Nadie lo tiene todo controlado. Según te haces mayor, vas mejorando a la hora de disimularlo. Es la única diferencia.

Kyle levantó su copa.

–O te das cuenta de lo que querías desde el principio. Como cuando yo estaba loco por Nina. No me equivocaba cuando la perseguía. Era un bombón entonces y lo sigue siendo ahora.

–Un amor no correspondido –dijo Bonnie suspirando–. Qué bonito.

–Sobre todo porque ahora es bastante correspondido –murmuró Averil.

–¿Tengo que ponerme a darte patadas por debajo de la mesa? –preguntó Nina con tono dulce.

Averil sonrió.

–Cuántos hombres de tu pasado –dijo Bonnie–. Qué curioso.

–¿Hombres? –preguntó Kyle enarcando las cejas–. ¿Es que tengo competencia?

No era una pregunta que Nina quisiera responder porque decir que sí implicaría más explicaciones. Además, Dylan no era competencia. No del todo. Eran amigos con un pasado en común. Lo había amado una vez y perderlo era lo más duro que había vivido en la vida. Pero eso no lo diría.

Averil solucionó el problema diciendo:

–El primer novio formal de Nina ha vuelto al pueblo. Dylan. Es médico.

–El otro hombre, ¿eh? –dijo Kyle sonriéndole–. Debería conocerlo.

–Preferiría que no –respondió Nina–. Somos amigos, nada más.

Él se quedó mirándola un segundo antes de asentir.

–Vale.

–Seguro que tú tienes montones de exnovias –señaló Bertie–. Sería interesante que alguna viviera en la isla. ¿Hay alguna aquí?

Kyle estaba bebiendo cuando ella le hizo la pregunta.

–No –empezó a decir y después se atragantó.

Averil se rio.

–¿Intentabas ayudar, Bertie? Porque me parece que no lo has conseguido.

Bertie arrugó la nariz.

–¡Ay, madre! Creo que he bebido demasiados margaritas.

Bonnie levantó la copa.

–¿Se pueden beber demasiados, amor mío? Por nosotros, por la familia y por los amigos.

Todos repitieron las palabras y dieron un trago. Kyle se inclinó hacia Nina.

–Tienes una familia estupenda.

–¿No estás muerto de miedo?

Kyle le dio un beso rápido, uno que prometía más por venir.

–Eso nunca.

A Nina siempre le habían encantado los bebés. Le gustaba cómo olían y sentir sus cuerpecitos cuando los acunaba. Pero después de pasarse la mañana oyendo a bebés llorar, estaba empezando a replantearse la profesión que había elegido.

Mientras más chillidos recorrían la consulta, entró corriendo en la sala de descanso y abrió un armario. El bote de Ibuprofeno parecía menos lleno que hacía unos días. Estaba claro que no era la única con dolor de cabeza.

Se tomó dos pastillas y salió al pasillo. Andi salía de una sala de exploración.

–Nunca más. Sé que fue idea mía, pero la próxima vez dime que no.

–Tranquila, te lo diré –respondió Nina.

Andi había pensado que estaría bien juntar todas las consultas de los bebés el mismo día. Vacunas, revisiones periódicas y cosas así. La teoría era que las visitas serían más llevaderas porque cada una estaría ocupándose de un grupo de edad específico. La realidad era que un bebé empezaba a llorar y eso hacía que los demás arrancaran también.

Holly, la recepcionista, salió al pasillo.

–¿Puedes venir a ayudarme? –le preguntó a Nina–. Ha venido Boston y dice que su niña no para de llorar.

–Puedo verla yo –dijo Andi.

–Tienes tres citas más –dijo Nina señalando hacia la primera sala de exploraciones–. Si no puedo ocuparme, vendré a buscarte.

Andi vaciló y Nina lo entendió. Andi y Boston eran amigas, pero estaban hasta arriba de citas y ya llevaban un retraso de veinte minutos.

–Confía en mí.

Andi asintió y fue a ver a su siguiente paciente. Nina siguió a Holly a la sala de espera.

Allí había otras dos madres sentadas con sus bebés en brazos. Los pequeños estaban llorando también. El sonido resonaba por las paredes y el mobiliario. Nina no creía mucho en rollos de auras y energías, pero empezaba a preguntarse si el día del bebé estaría maldito por alguna razón.

–No sé qué hacer –dijo Boston, pálida–. No deja de llorar. No tiene fiebre y está comiendo bien, pero me estoy asustando.

Nina entendía su reacción. Boston y su marido habían perdido a un bebé hacía un par de años. El niño tenía una enfermedad cardíaca no diagnosticada y había muerto en sus brazos. Cuando la niña había nacido, le habían hecho todo tipo de pruebas imaginables, pero dadas las circunstancias, Boston era más sensible que la mayoría a cualquier síntoma que se saliera de lo normal.

Nina agarró a la bebé en brazos. Con delicadeza, le metió el dedo en la boca y le frotó las encías. El llanto cesó.

–¿Qué has hecho? –preguntó Boston desesperada.

–Le están saliendo los dientes y siento decirte que es un proceso largo y desagradable. Voy a darte información sobre lo que le está pasando y cómo calmarla.

Le entregó a la niña, que al instante empezó a llorar con más fuerza.

Boston esbozó una mueca.

–Me odia.

La jaqueca de Nina subió un nivel. El día pintaba muy largo.

–No te odia –le respondió.

Se ahorró tener que pensar qué más decir cuando la puerta se abrió

y Dylan entró. Él sonrió al verla, pero enseguida se dirigió a Boston.

–Parece que alguien no está muy contento por aquí.

–Me odia –repitió Boston con lágrimas en los ojos.

–No, lo más seguro es que esté echando los dientes –se acercó a ella y le cambió la posición de las manos sobre la bebé–. Sujétala así. Hay puntos de presión que ayudan a los niños a relajarse.

Mientras hablaba, Dylan iba moviendo las manos de Boston unos milímetros y después hizo presión sobre algunos de sus dedos.

–Así –dijo y el llanto se aplacó.

–¡Hala! Mirad. Se encuentra mejor –dijo Boston sollozando–. Gracias.

Dylan asintió y fue hacia otra madre. Le mostró el mismo movimiento. El tercer bebé dejó de llorar solo.

–¿Dónde has aprendido eso? –le preguntó Nina.

Él sonrió.

–Donde aprendí todo lo que sé sobre bebés y partos. De una matrona. Debía de tener por lo menos noventa años. Estuve con ella cerca de tres meses. Era muy arisca, pero, por lo que sea, le caí bien y me enseñó más de lo que aprendí en la facultad.

–Estás contratadísimo –dijo Andi desde la entrada a la sala de espera–. Y luego vas a pasar por aquí a enseñarme cómo se hace.

–Claro, si me puedo llevar a Nina un par de minutos ahora.

Andi asintió a la vez que enarcaba las cejas y Nina supo que luego tendría que dar explicaciones.

–¿Qué pasa? –preguntó mientras llevaba a Dylan a la sala de descanso.

Él la sorprendió al cerrar la puerta. Nina estaba a punto de volver a preguntarle qué pasaba cuando Dylan le puso las manos en la cintura y la llevó hacia sí.

Nina se dejó porque se había quedado demasiado sorprendida como para apartarse y, sin querer, se vio poniéndole las manos en el pecho, que era más ancho y más musculoso de lo que recordaba.

Se había rellenado, pensó confusa. Había terminado de crecer en el tiempo que habían estado separados. Qué gusto tocarlo y…

Dylan le plantó la boca en la suya sin previo aviso. Una vez que Nina se dio cuenta de que la estaba besando, no supo si le importaba o no.

Era Dylan. Su primer amor, su primera vez, su primer desamor. Alguien que le resultaba familiar y distinto al mismo tiempo. Le exploró la boca con una concienzuda naturalidad que la hizo relajarse. Ella le puso una mano en la nuca e inclinó el cuerpo hacia el suyo a la vez que relajaba los labios y aceptaba la cálida presión de los de él.

Dylan ladeó la cabeza y Nina notó el primer roce de su lengua contra la suya sin saber muy bien cómo habían llegado tan lejos. No

estaban saliendo, así que, ¿por qué se estaban besando?

Pero mientras él le exploraba la boca, ella sintió un intenso calor recorriéndola. De nuevo, tal como recordaba y a la vez de una forma distinta por completo. Ese Dylan había cambiado lo bastante como para desequilibrarla.

Él se apartó y tomó aire.

–No he venido por esto.

Nina quiso preguntarle «¿Y por qué no?». Incomprensible, ¿verdad? Bajó los brazos y se apartó a la seguridad de la encimera. Se apoyó en ella en un intento de recuperar el equilibrio. No sabía qué era más sorprendente; que Dylan la hubiera besado o que le diera vueltas la cabeza.

Estaba con Kyle. Ellos eran los que estaban saliendo. Dylan y ella eran amigos. Solo amigos. Y los amigos no se besaban así. Al menos, ella no.

–Bueno –dijo despacio–. Supongo que tampoco habrás venido para presumir de tus habilidades como susurrador de bebés.

Eso le arrancó una sonrisa a Dylan.

–No. He venido por el cuadro.

–¿El cuadro?

–El cuadro feo del marco fabuloso. No dejo de pensar en él.

–¿Por qué? ¿Te asusta lo espantoso que es?

–No –respondió Dylan sacándose el teléfono del bolsillo de los vaqueros. Tocó la pantalla–. Vi algo que me resultaba familiar y me ha costado encontrar qué era.

Giró el teléfono hacia ella y le mostró una foto de otro cuadro; uno con un inquietante parecido al que había adquirido Bonnie en el viaje. Los colores eran de la misma gama, pero lo que de verdad le llamó la atención fue la cara hecha de cubos.

–¿Hay más? ¿Por qué iba a hacer alguien algo así? Es rarísimo. ¿Y hay seis orejas?

Entonces cayó en la cuenta.

–¿Dónde lo has encontrado? –preguntó con los ojos muy abiertos–. No estarás diciendo que es de alguien famoso, ¿no? No puede ser, ¿no?

Él se encogió de hombros.

–Creo que sí.

Nina respiró hondo y se preparó emocionalmente.

–¿Quién pintó este? –preguntó señalando al teléfono.

–Emilion Stoicasescu.

–¿Quién? –preguntó aunque, en el fondo, el nombre le sonaba de algo. Levantó una mano–. Está muerto y fue un artista famoso. ¿Tiene una hija o una nieta que se dedica a la escultura? ¿Puede ser?

–Caterina es su nieta. Emilion era discípulo de Picasso.

–Vale, está bien saberlo.

Dylan le tocó un brazo.

–No lo entiendes, Nina. Emilion Stoicasescu no tiene la categoría de Picasso, pero es muy conocido y sus cuadros valen una fortuna.

Nina tragó saliva para intentar bajar el nudo que se le había hecho en la garganta.

–¿Cuánto es una fortuna?

–Por lo que he visto en Internet, el último cuadro suyo que salió a subasta se vendió por diez millones de dólares.

Capítulo 14

Averil vio a Nina cerrar con llave la puerta de la tienda. Su hermana la había llamado para decirle que tenían que hablar. En privado. Y eso significaba que no podía ser en casa, donde Bonnie podía irrumpir dando saltitos en sus habitaciones en cualquier momento.

No sabía qué le resultaba más inquietante, si la insistencia de Nina en hablar en la más absoluta intimidad o el hecho de que hubiera descrito a su madre como si fuera por ahí «dando saltitos». Bonnie se movía con entusiasmo, pero tampoco es que fuera espástica.

Por supuesto, también podía extrañar el hecho de haber contado con que Bonnie no estaría en la tienda ya que, siendo la propietaria, cualquiera pensaría que se pasaría los días allí. Pero nunca estaba allí, y en parte era uno de los motivos por los que Blackberry Preserves no había prosperado mucho. Nadie se había preocupado lo bastante de la tienda como para darle continuidad al negocio.

Averil tenía el portátil en el mostrador. Había decidido probar a escribir allí por si alguno de los objetos antiguos la inspiraba. Hasta ahora había logrado escribir cinco páginas que podrían haber sido el comienzo de una novela de no ser porque las había borrado todas. El problema era que no sabía sobre qué quería escribir. Ese viejo consejo de «Escribe sobre lo que sabes» le parecía ridículo. ¿Qué iba a escribir ella que pudiera interesarle a alguien? No sabía nada que pudiera resultar original. Su vida era como la de los demás. ¿Qué tenía eso de especial?

Nina cruzó la tienda, ahora cerrada, y se puso delante del mostrador.

–Tengo que contarte una cosa.

–Me lo imaginaba. Te fugas para casarte con Kyle.

Su hermana, rubia, curvilínea y con un atractivo que Averil siempre había envidiado, la miraba como si de pronto se hubiera puesto a hablar en alemán.

–¿Qué? No. ¿Kyle? Yo no me fugaría para casarme con nadie y menos con él.

–¿Por qué no? Es adorable y menuda energía tiene. Además, está loco por ti y compartís un pasado.

–Estaba por mí cuando tenía doce años. No se puede decir que eso sea una base para una relación sólida.

Averil sonrió, consciente de que estaba descentrando a su hermana y desviándola del tema que quería tratar. Aunque no era un logro alucinante, resultaba satisfactorio igualmente. Joder, Nina siempre era tan cabal que esas pequeñitas victorias ayudaban mucho.

–No te ha olvidado nunca –señaló. ¿Eso no es señal de tu poder de permanencia emocional? No puedo hablar del resto de sus atributos, aunque viendo cómo te brilla la piel, supongo que también están bastante bien.

Nina se sonrojó.

–No hablo de sexo con Kyle.

–No, lo practicas.

Nina gruñó.

–Quería decir que no pienso hablar contigo de mis relaciones sexuales con Kyle.

–Pero es bueno, ¿no?

–Es… –Nina apretó los labios–. Quería hablar contigo por un motivo concreto.

–Ya lo sé. No solemos tener encuentros clandestinos, aunque tengo que reconocer que cuesta tomarte en serio cuando vas vestida con personajes de Disney.

Nina se miró la casaca del uniforme.

–He venido directa del trabajo.

–Debe de estar bien no tener que preocuparte de qué ponerte todos los días. Con tanto trajín que tienes, debes ser práctica y ponerte ropa que se lave bien. De todas formas, tus uniformes son muy monos. Siempre tienes una pinta muy simpática.

–Es importante con nuestros pacientes. A veces vienen muy enfermos o muy asustados.

–O las dos cosas a la vez.

Averil mantuvo la sonrisa mientras por dentro se daba otro punto por haberla distraído una segunda vez. Estaba en racha. Ojalá pudiera usar sus poderes para bien.

Nina empezó a decir algo y sacudió la cabeza.

–Bueno, te voy a decir ya por lo que te he llamado –abrió el bolso y sacó unos papeles doblados–. Dylan ha venido a verme hoy.

Averil empezó a hacer un comentario sobre él con la idea de ir a por el tercer asalto, pero algo en la mirada de Nina la frenó. No era que su hermana pareciera asustada, sino que parecía… nerviosa y dudosa.

–¿Qué pasa? –preguntó sin querer oír nada horrible. No, nadie podía estar muriéndose, se dijo con decisión. Ni siquiera podía haber nadie enfermo. Ahora no.

–En realidad no pasa nada. Es más bien una situación.

Averil se relajó. Una situación implicaba logística y en eso su hermana era una máquina.

–Vale, ¿y qué es?

Nina desdobló los papeles y los puso en el mostrador. Averil los miró.

Eran copias en color del cuadro feo que habían comprado Bonnie y Bertie. Pero era distinto. Temática y colores parecidos aunque no iguales. Había caras y poses distintas.

–¿Forma parte de una serie? ¿Parte de la colección «Soy el pintor más rarito de mi generación»?

–He estado mirando la firma –dijo Nina tocando la última página, donde estaba aumentada esa parte del cuadro–, sobre todo por lo que me ha dicho Dylan.

Averil tocó la hoja y observó las letras.

–Esto ya lo hemos visto. Em… no sé qué.

–Emilion Stoicasescu.

–¿De qué me suena ese nombre? –preguntó Averil estrechando los ojos mientras intentaba ubicarlo.

–Estudió con Picasso. Lo ha descubierto Dylan. Me ha dicho que vio algo en el cuadro que le resultaba familiar. Empezó a investigar en Internet y ha encontrado esto.

–Vale, ¿entonces mamá ha comprado un cuadro de un tío que Picasso conocía? ¡Hurra!

Nina sacó otro artículo. Averil leyó el titular y volvió a leerlo más despacio mientras lo asimilaba.

«Original de Emilion Stoicasescu vendido por diez millones en una subasta».

–¡Ay, Dios mío!

–Ya –dijo Nina rodeándose la cintura con los brazos–. Qué locura, ¿eh? Mamá encontró este cuadro y ha estado a punto de tirarlo porque era feo, pero, oye, le gustaba el marco.

–Imposible. No me lo creo. Es una copia o una reproducción o como sea que llaman a las imitaciones en el mundo del arte.

–A lo mejor. Y a lo mejor no. Faltan cuadros. Algunos llevan décadas sin verse –asintió hacia el portátil–. Míralo tú misma. Ni mucho menos fue tan prolífico como Picasso y nadie sabe con seguridad cuántos cuadros suyos habrá por ahí, pero se cree que no hay muchos, lo que aumenta el valor.

Averil tecleaba de forma automática mientras su cerebro le ofrecía decenas de explicaciones al asunto del cuadro feo. Era imposible que Bonnie hubiera comprado un cuadro importante. Aun así, aunque le costaba relacionar esa posibilidad con el cuadro enmarcado que tenían

aparcado en el salón, se preguntaba si podría ser verdad.

Si había alguien que podía toparse con un hallazgo artístico esa era su madre. Bonnie se enfrentaba al mundo con el corazón abierto. Era como un cachorrito que daba por hecho que iba a gustarle a todo el mundo y que todos querrían lo mejor para ella. No le preocupaban detallitos como la puntualidad o pagar las facturas. Esas actividades mundanas eran para otros, sobre todo para Nina. Ella estaba destinada a ser libre y a encontrar cosas hermosas que compartir con el mundo.

Y por eso no solía sufrir por nada. Los demás cuidaban de ella y miraban por ella. Durante la última década esa tarea había recaído en Bertie, que la protegía con amor y devoción.

Las imágenes aparecieron en filas. Varios cuadros de Emilion Stoicasescu, todos ellos extraños y poco convencionales. Algunos se parecían al de Bonnie lo bastante como para pensar si tal vez todo estaría a punto de cambiar.

–Ya –dijo Nina sacudiendo la cabeza–. Es alucinante y aterrador a la vez.

–¿Y si es auténtico? ¿Tienes idea de lo que vale? ¿Tanto como el que se vendió por diez millones?

–Ni idea, pero supongo que podría ser tanto. O no podría ser nada. Necesitamos un plan.

–Lo primero que hay que hacer es descubrir si es auténtico –dijo Averil.

–Claro. Pero si es lo que creemos que es… –Nina tomó aire–. Eso es lo que me abruma.

Millones, pensó Averil. Eso les cambiaría la vida. Bonnie y Bertie podrían comprar la tienda de antigüedades más grande que pudieran imaginar. O recorrer el mundo. O salvar al búho moteado. Imaginaba que les dejaría algo a sus hijas.

Y de ser así, ¿qué cambiaría? Un millón o dos supondrían no tener que preocuparse por la hipoteca. Aunque Kevin no dejaría su trabajo, le encantaba. Y ella… Ella no tenía ni idea de qué cambiaría de su vida, si es que cambiaba algo. En cuanto a Nina, no tenía claro que su hermana tuviese sueños.

–Tenemos que hacer una lista –dijo devolviéndose al presente–. Es lo que me has enseñado siempre. Descomponer el problema en fragmentos manejables. Primer paso: ¿es auténtico? ¿Cómo lo averiguamos?

Deanna Phillips vivía en una casa restaurada estilo Reina Ana situada al lado de la casa y consulta médica de Andi. La planta baja era una mezcla de mobiliario y piezas de época que reflejaba el estilo de vida ajetreado de una familia ocupada con cinco hijas en edad de

crecimiento.

Nina estaba sentada en el borde de un sillón de capitoné. No había querido té, sobre todo para poder tener las manos libres y sujetarse con ellas la rodilla que le temblaba. En los dos últimos días había notado como si siempre le vibrara alguna parte del cuerpo. Inquietud, se dijo. O una crisis nerviosa.

No tenía tiempo para ninguna de las dos cosas. Además de lo que suponía su vida normal, teniendo que vivir con su madre y preocupándose por su hermana, ahora tenía el quebradero de cabeza de un cuadro valioso. Un Emilion Stoicasescu perdido o desconocido era la definición de bendición y maldición. Y es que, con Bonnie por medio, la cosa no sería sencilla. Había decidido acudir a lo más parecido a un experto que conocía: Boston y Deanna.

–Pareces nerviosa –dijo Deanna sonriendo–. Estás estresada.

–Un poco –admitió Nina–. Mi madre ha vuelto y puede ser muy intensa.

Boston se rio.

–Ya sabes que adoro a tu madre.

–Todo el mundo la adora. Bonnie es el alma de la fiesta.

–Y todo un reto para sus hijas –añadió Deanna estrechando la mirada–. ¿En qué podemos ayudarte?

Nina y Averil habían pensado la mejor forma de explicar el problema sin entrar en detalles.

–Creemos que Bonnie podría haber comprado un cuadro original en el viaje y me preguntaba si alguna conocéis a un experto en arte de fiar en la zona de Seattle que pudiera decirnos algo.

–Ese es tu campo de especialización, no el mío –le dijo Deanna a Boston.

Boston señaló a su alrededor, al salón decorado con tanto gusto.

–Tú eres la reina de las antigüedades. Tienes contactos.

Nina quería darles un guantazo a las dos. Sí, eran buenas amigas y las quería mucho y todo eso, pero ¡necesitaba una respuesta a su pregunta!

Sin embargo, en lugar de decir eso, forzó una sonrisa y respiró.

–A ver, es un cuadro –dijo Deanna–. ¿Tenéis a alguien en mente?

Boston se recostó en el sofá y mordisqueó un *brownie*.

–¿Tenéis un siglo?

–El veinte –respondió Nina. Basándose en su limitada investigación, si el cuadro era un Emilion, tendría que haberse pintado en la década de mil novecientos treinta o en los cuarenta.

–Arte del siglo veinte –dijo Boston, que se quedó pensativa un segundo antes de asentir y añadir–: Ambrose Priestly. Es el mejor. Es caro, pero lo vale. Tengo su tarjeta en mi estudio. Viaja, pero vive en Seattle. Seguro que vendría encantado siempre que le paguéis por su

tiempo.

–Gracias –dijo Nina.

Boston no hizo intención de levantarse, lo que significaba que iban a socializar un poco antes de que Nina consiguiera lo que había ido a buscar. Por norma general disfrutaba de una visita a la casa de una amiga, pero hoy no era el día.

Ambrose Priestly parecía un cruce entre un mayordomo de una novela de Jane Austen y un presentador inglés de la PBS. Era alto, delgado y llevaba un traje tres piezas. Según lo que les había cobrado por ir a la isla, sería hecho a medida, pensó Nina mientras acompañaba al hombre al interior de la casa.

Se dijo que el saber y la paz mental bien valían que le hubiera dejado limpia la cuenta de ahorros. Cuanto antes supiera qué tenían entre manos, mejor. Y si resultaba que el cuadro era una imitación o una falsificación o una obra sin valor, todo volvería a la normalidad mucho más deprisa. Tendría cinco mil dólares menos, pero, oye, solo era dinero, ¿no?

–Nunca había estado en la isla –dijo Ambrose al entrar en el salón–. Tiene mucho encanto.

–Nos gusta. En verano vienen muchos turistas, pero no nos quejamos porque pagan las facturas de muchos de los habitantes.

Averil se había llevado a Bertie y a Bonnie a almorzar. Se habían marchado hacía media hora y no volverían hasta después de la una. Nina esperaba que eso le dejara tiempo suficiente con Ambrose y su pericia.

Él se acercó a una vitrina pequeña y observó las figuras diminutas que contenía. Nina lo vio estremecerse, no tuvo duda.

–Sabrás que no tienen ningún valor –murmuró Ambrose girándose hacia ella.

–Sí, pero a mi madre le gustan.

–Ya.

Su mirada oscura recorrió el sofá lleno de bultos y una alfombra antigua. No sabía qué estaría pensando, pero imaginaba que el hombre estaría rezando por que el cheque tuviera fondos y deseando haber pedido cobrar en metálico.

–El cuadro está aquí –dijo ella señalando al caballete y al cuadro que Averil había llevado de la tienda.

Ambrose se acercó al cuadro. Nina lo había colocado junto a la ventana para que le entrara mucha luz, pero lejos de la puerta. Él tuvo que dar un rodeo para verlo.

–Mi madre recorre el país buscando antigüedades, aunque no muchas tienen valor. Tiene un gusto extraño. Tenemos una tiendecita

aquí y vendemos objetos a los turistas. De vez en cuando encuentra auténticos tesoros. Imagino que este cuadro no será nada, pero me pareció prudente comprobarlo y…

Vio al tasador de arte quedarse completamente quieto. Dudaba que estuviera respirando siquiera. Tenía los ojos marrones clavados en el lienzo. Nina vio cómo se le dilataron las pupilas y le temblaron los dedos ligeramente.

–Mi querida joven, ¿tienes idea de lo que tienes aquí?

–No. Por eso quería que usted lo viera.

Él esbozó una ligera sonrisa.

–Lo he dicho de forma retórica.

–Ah.

Ambrose levantó el cuadro.

–Necesito más luz.

–Claro. La cocina está por aquí.

Lo condujo hasta allí y encendió la luz del techo. Ambrose sostenía el marco con firmeza mientras analizaba la pieza.

–Es asombroso. Fíjate en la maestría, en la luminosidad. Hay complejidad en cada pincelada.

Nina miró la cara hecha de cubos y las manos con garras. A lo mejor debería haber ido a clases de comprensión artística o algo así.

–Y… –dijo despacio–. ¿Es…?

–¿Auténtico? Estoy seguro. Aunque, por supuesto, habría que hacer algunas pruebas. Necesitaréis un tasador oficial. Un Emilion Stoicasescu aquí en Blackberry Island. Jamás lo habría imaginado.

Ambrose devolvió el cuadro al caballete.

–Precioso –murmuró–. Bueno, pongámonos con el papeleo.

–Vale –dijo ella sacándose el cheque del bolsillo trasero.

–Sí, mi tarifa, por supuesto, pero hay que rellenar algunos impresos y tengo que darte información.

Volvieron a la cocina y se sentaron en la mesa. Ambrose sacó varios papeles de su maletín.

–Habrá que investigar. Como te he dicho, hay que hacer pruebas para confirmar que es auténtico. ¿Tu madre tiene recibo de la compra?

–Creo que sí. Lo compró en una de esas subastas de lotes de trasteros.

El hombre se estremeció.

–No quiero ni imaginarme este tesoro metido en un trastero –dijo mientras levantaba un bolígrafo–. Hay que documentar la compra y hacer copias de todo. Y ahora vayamos al cuadro en sí. Tendréis que guardarlo en un sitio seguro con control de temperatura y de humedad. En Seattle hay algunos sitios. Entiendo que aquí tendréis una caja fuerte que podáis usar hasta que le busquemos un lugar

seguro, ¿verdad?

–Ah, claro.

En la tienda tenían una antigua caja fuerte, pero hacía años que no la usaban. Ella no sabía dónde estaba la llave, pero a lo mejor Averil sí.

–¿Tiene calculado algún valor provisional? –tanteó Nina.

Ambrose daba golpecitos con el bolígrafo en la mesa.

–Es complicado saberlo. Las obras más importantes se han vendido por sumas muy altas. Dado el estilo, los años y el tamaño… –apretó los labios–. Lo que voy a decir es una suposición.

–De acuerdo.

–No te garantizo que sea esa cantidad.

Nina asintió y se dijo que pegar al amable tasador de arte no sería de ninguna ayuda.

–Lo entiendo.

–Diría que diez millones.

La habitación se movió un poco.

–¿De dólares?

–Sí. Tendréis que asegurarlo por al menos esa cantidad.

Nina estuvo a punto de atragantarse. ¿Asegurarlo? ¿Por diez millones de dólares? ¿Cuánto costaría eso? El seguro del coche le costaba unos cuatrocientos al año y podía cambiar de coche por unos diez mil dólares. No estaba segura de cómo comparar las cifras, pero sí que sabía que sería imposible permitirse la suma que fuera.

¿Es que no bastaba ya con tener que preocuparse por la tienda, el tejado, su madre y su trabajo, por no hablar de su triste e insignificante vida? Ahora además tenía que preocuparse del cuadro. Un Emilion Stoicasescu original de diez millones de dólares que ahora mismo estaba plantado en el salón de su madre.

Notó algo pesado en el hombro y supo que era la presión de saber que jamás escaparía. Jamás podría marcharse. Y tampoco es que tuviera un destino pensado, pero no había tenido intención de pasarse toda la vida en esa isla. No así.

–Mi hoja de tarifas –dijo Ambrose pasándole un papel–. Por si queréis mi ayuda durante el tortuoso proceso de la venta del cuadro. ¿Vais a vender?

–Tengo que hablar con mi madre. Con Bonnie nunca se sabe.

–¿No será una decisión familiar?

–El cuadro es suyo. Suyo y de Bertie.

Miró la lista de servicios. Ambrose se ocuparía de todo, desde autentificarlo hasta trabajar con la casa de subastas. Cada servicio tenía un coste y la mayoría en el rango de las cinco cifras, que no incluían los centavos.

Ambrose tocó el papel con el bolígrafo.

–Si firmáis conmigo, cobraré cuando se venda el cuadro. Por supuesto, si ejerzo como vuestro agente, la autentificación y la tasación se harán de forma independiente.

Sacó otro papel, lo firmó con una floritura y se lo entregó.

–Mi contrato de confidencialidad. Lo habitual. No le hablaré a nadie de vuestro hallazgo.

¿Confidencialidad?

–Quiere decir que no deberíamos contarle esto a nadie.

–Desde luego. No querréis tener a un puñado de ladrones y oportunistas fisgoneando por aquí. No solo os amargarán la vida, sino que correréis el riesgo de perder el cuadro. Es mejor mantenerlo todo en secreto hasta que se tomen todas las decisiones –le dio su tarjeta–. Ese es mi número de móvil. Llámame a cualquier hora.

La expresión del hombre se suavizó.

–Habéis hecho un hallazgo maravilloso, querida mía. Pero poseer algo tan especial nunca es fácil, y tampoco lo es el proceso de venta. Estaré encantado de ayudaros en todo lo que pueda. Es mejor que lo tengáis todo bien pensado y organizado antes de hacer ningún movimiento.

Ella asintió y él se levantó.

–Gracias por todo –dijo Nina al acompañarlo a la puerta.

–Daos unos días para digerirlo todo –le sugirió– y luego llámame. Tu familia y tú estáis a punto de formar parte de la historia.

–Qué suerte tenemos –murmuró Nina.

Una vez que el hombre se hubo marchado, cerró la puerta y se apoyó en ella.

La había aconsejado bien. Debía tenerlo todo bien pensado y en orden. Ojalá hacerlo fuera tan fácil como decirlo.

Capítulo 15

–¿Te lo puedes creer? –preguntó Averil tumbada en la cama y con el teléfono en la oreja–. Un Emilion Stoicasescu. Estas cosas no pasan en nuestra familia. Ojalá estuvieras aquí para verlo. La foto que te he enviado no le hace justicia. El cuadro es rarísimo. ¿Cómo puede alguien así ser famoso? Supongo que no entiendo el arte.

Se detuvo y esperó una respuesta, pero solo hubo silencio.

–¿Kevin? ¿Sigues ahí?

–Estoy aquí.

No parecía ni feliz ni emocionado. Ni siquiera interesado.

–¿Qué pasa? ¿No te parece que es una cosa por lo menos chula?

–Me da igual el cuadro, Averil. ¿Por qué no lo entiendes? No es importante. Hay cosas más importantes de las que hablar.

Ella se incorporó y agarró el teléfono con más fuerza.

–¿A qué te refieres?

–A nosotros. A nuestra relación. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte allí? ¿Y por qué te fuiste? ¿Estás dedicando tiempo a pensar en nosotros o en nuestra vida juntos? ¿O estás tan ensimismada con tu familia y el puñetero cuadro que te has olvidado de que estás casada y que me has abandonado?

Ella se quedó sin respiración.

–Yo no te he abandonado. ¿Cómo puedes decir eso? Los dos acordamos que necesitaba estar un tiempo fuera para pensar.

–No, eso no fue así. Tú dijiste que necesitabas tiempo y que te marchabas, y yo no te lo impedí.

–Eso no fue lo que pasó –dijo Averil aun sabiendo que él decía la verdad.

–¿Me echas un poco en falta por lo menos? –le preguntó Kevin en voz baja.

–Claro. Todo el tiempo.

–Cuesta saber si es verdad o no porque nunca hablas de volver a casa. Ni siquiera sé a qué esperas. ¿Estás haciendo algún progreso?

–No lo sé –admitió Averil notando que le empezaban a escocer los ojos. Sin querer, oyó la voz de su madre. El delicado pero insistente quejido que decía «No quiero tener que decidir. No puedo tomar una

decisión».

Era genético, pensó con tristeza. Pero a Kevin no le valdría de excusa.

–Es complicado –empezó a decir y se detuvo. ¿Qué era complicado? ¿Decidir si quería o no estar con su marido?–. Te quiero, Kevin. Quiero que seamos felices.

–Te creo. Lo que no sé es si crees que seremos felices estando juntos. No dejo de pensar que voy a perderte y no puedo hacer nada por impedirlo. ¿Debería plantarme allí y luchar por ti o dejarte espacio? ¿Qué quieres de mí? ¿Cómo puedo hacer que todo vaya mejor?

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

–No lo sé. No es por ti. Soy yo la que lo ha estropeado todo. Lo siento. Intento averiguar qué me pasa. ¿Puedes darme un poco más de tiempo?

–¿Tengo elección?

–¿Me estás diciendo que vuelva?

–Sabes que jamás haría eso. Por eso lo estás preguntando. Para poder decir que querías asegurarte de que me parece bien lo que estás haciendo y así, pase lo que pase, no será culpa tuya. Una jugada muy astuta.

Y con eso, Kevin colgó.

* * *

Nina se había planteado cuál sería la mejor forma de manejar el asunto del cuadro. ¿Quién iba a esperarse que su madre y Bertie encontraran una obra de arte que valía diez millones de dólares? Porque sabía que era imposible, que, si no, pensaría que había cámaras secretas de un programa de televisión grabando la crisis nerviosa que tendría a no mucho tardar.

Había optado por un enfoque directo con ciertas medidas de seguridad previas. Entre Averil y ella habían encontrado la llave de la caja fuerte de la tienda y habían metido el cuadro. Ahora la llave estaba en su caja de seguridad del banco.

–¿Estás de acuerdo? –le preguntó a su hermana.

Averil asintió y bajó de la cama.

–Claro. Tenemos que convencer a Bertie de que actúe con normalidad, aunque no va a costarle mucho. Luego será ella la que controle a mamá.

Todo eso ya lo habían hablado antes, pero Averil no parecía muy entusiasmada.

–¿Estás enfadada? –preguntó Nina–. ¿Querías proponer algún otro plan?

Lo último que necesitaba era que su hermana se pasara al lado

oscuro en plena conversación. El mejor modo de acorralar a Bonnie era formar un frente unido.

–Me parece bien. Te lo juro. Es que tengo otras cosas en la cabeza.

Nina dudaba que pudiera manejar otra crisis más, pero sabía cuál era su rol en la familia.

–¿Qué pasa? ¿Cómo puedo ayudarte?

–No puedes. Tengo que ocuparme de esto sola.

«Ojalá fuera verdad». Al final todos los problemas le caían a ella. Pero de momento se tomaría esas palabras en sentido literal y daría gracias por ello.

–Bueno, pues entonces vamos –fue hacia la puerta y se detuvo–. Estás de acuerdo en que no podemos decir que sea una decisión entre cuatro, ¿no? No es nuestro cuadro.

Averil negó con la cabeza.

–Este dinero caído del cielo les pertenece a Bertie y a mamá. No es nuestro. Pero tampoco voy a decir que no a un buen dinero –dijo sonriendo aunque su mirada seguía triste.

Nina asintió. Opinaba lo mismo. No se trataba de una herencia familiar o del legado de su abuela. Eran partes interesadas pero no las principales.

Las hermanas entraron en el salón, donde Bertie y Bonnie ya esperaban en el sofá. Nina sonrió al verlas. Qué distintas eran en todo. Bonnie era alta y curvilínea; Nina había heredado su cuerpo, pero no su personalidad. Con el pelo largo rubio y los ojos azules, Bonnie parecía más una surfista californiana que una oriunda de Blackberry Island. Aunque sin el bronceado, claro.

Bonnie era impulsiva y generosa, pero no una persona de detalles. Odiaba planificar y para ella las responsabilidades eran como toallas sucias: mejor que otros se ocuparan de ellas. Amaba al mundo entero y daba por hecho que con eso bastaba para que los demás pasaron por alto los defectos que tenía.

Amaba a sus hijas, pero no le había importado cargar a la mayor con unas responsabilidades que una niña no debería tener nunca.

Las dos levantaron la mirada cuando Averil y ella entraron en el salón. Bonnie se rio.

–Una reunión familiar. Tengo mucha curiosidad. Nina, ¿te vas a fugar con tu chico?

–Dylan y yo somos amigos.

Bonnie enarcó las cejas.

–Me refería a Kyle.

–Ah. No, no nos vamos a fugar.

–Sigue usándolo para el sexo –dijo Bertie sonriendo–. Te lo mereces.

Bonnie se dirigió a su pareja:

–No creo que tú debas dar consejos sobre hombres, amor mío.

–¿Por qué no? Todas las relaciones tienen aspectos en común, aunque reconozco mi falta absoluta de conocimiento sobre los hombres.

Averil se sentó en un sillón y Nina en el otro. Nina entrelazó los dedos mientras intentaba averiguar cómo empezar.

–Estáis muy serias –dijo su madre, que ya no sonreía–. ¿Pasa algo malo? No quiero oír nada malo.

–Estamos todos bien –respondió Nina apresuradamente–. No hay nadie enfermo ni nada de eso. Se trata del cuadro.

–¿Del feo? –preguntó Bonnie–. No podemos venderlo. Estaría mal. Nadie debería pagar dinero por algo tan feo –se estremeció–. Vulnera todo lo que creo sobre la belleza de la vida.

Bertie estrechó la mirada mientras observaba a Nina y le agarró la mano a Bonnie.

–Vamos a escucharlas.

Nina sonrió agradecida y respiró hondo.

–Dylan vino a verme la semana pasada. Me dijo que algo del cuadro le había resultado familiar, pero que había tardado en ubicarlo. Me enseñó unas fotos en el móvil y me dijo que podría ser de un artista que fue discípulo de Picasso. Emilion Stoicasescu.

Las dos mujeres se miraron como si no entendieran nada.

–A Picasso claro que lo conozco –dijo Bertie–, pero nunca había oído nada de su amigo. Aunque el apellido me suena…

Bonnie asintió.

–Catherine o algo así. ¿Son familia?

–Caterina es su nieta, pero esa no es la cuestión –dijo Nina haciendo lo posible por aparentar tranquilidad–. Busqué a un experto en arte para que viniera a verlo. Se llama Ambrose y coincide en que el cuadro es de Emilion y que probablemente sea un original. Ambrose es un entendido y ha sido de gran ayuda. Siguiendo su recomendación, de momento he metido el cuadro en la caja fuerte de la tienda hasta que vosotras dos decidáis qué queréis hacer.

–Ah –murmuró Bertie–. ¿Quieres decir que podríamos venderlo?

–Sí. Podríais. Mientras tanto, Ambrose sugiere que lo aseguremos por diez millones de dólares.

Bonnie se recostó en el sofá de golpe, le empezaron a temblar los hombros y al momento estaba riéndose a carcajadas. El alegre sonido llenó el salón.

–¿Se le ha ido la cabeza? –preguntó Averil en voz baja.

Nina se encogió de hombros.

Al cabo de unos segundos, Bonnie se puso derecha y se secó los ojos.

–¡Qué maravilla! Nina, siempre que empiezas a preocuparme, vas y me sorprendes con algo así. Qué divertido. Gracias, cariño. Era justo lo que necesitaba esta mañana. Un chiste fabuloso.

Bonnie empezó a levantarse. Bertie la sentó en el sofá.

–No está bromeando.

–¡Claro que sí! No seáis ridículas. Es imposible que hayamos encontrado un cuadro que vale… –perdió la sonrisa, al igual que el color de la piel–. No. Es imposible. Eso no pasa en la vida real. Era una subasta de un trastero. ¿Quién iba a guardar algo así de valioso en un trastero?

–Pues alguien lo hizo, mamá –dijo Nina–. Como os he dicho, ahora está en un sitio seguro. Quería que supierais lo que he hecho y pediros permiso para…

–¿Pedirnos permiso? –dijo Bonnie sacudiendo la cabeza–. ¿A Bertie y a mí? No. Esto es cosa de familia.

–Vosotras fuisteis las que lo comprasteis. Es vuestro.

Bertie volvió a agarrarle la mano a Bonnie.

–¿Cuál es el siguiente paso?

–Ambrose me dio el nombre de unos bancos de Seattle donde podemos guardar el cuadro mientras llevamos a cabo el proceso. Hay que autentificar el cuadro y confirmar que no se lo robaran a un gobierno o a un museo que puedan reclamarlo. Después, básicamente podréis hacer lo que queráis con él.

–¡Podríamos donárselo a los huérfanos! –dijo Bonnie feliz–. Aunque es feo y los asustaría. No, ya sé. Podemos abrir un pequeño museo aquí en el pueblo y cobrar dos dólares para que la gente pase a verlo.

–O podríamos venderlo –señaló Bertie con tono irónico.

–Eso no ha tenido mucha gracia.

–No podemos permitirnos quedárnoslo –añadió Bertie–. Ninguna podemos permitirnos el seguro y, mucho menos, todo lo que supondría mantenerlo expuesto. Un cuadro de tanto valor no encaja en nuestras vidas.

–Y tampoco encajan diez millones de dólares –dijo Bonnie estremeciéndose–. Es demasiado dinero.

–No si lo dividimos en cuatro después de haber pagado los impuestos. Las chicas tendrían la vida solucionada y nosotras también.

–Yo no diría que no al cheque –dijo Averil–, pero las dos tenéis que hacer con el cuadro lo que os parezca mejor.

–Estoy de acuerdo –dijo Nina–. De cualquier forma, decidáis lo que decidáis, de momento hay que mantener esto en secreto.

Bertie asintió, pero Bonnie dijo con terquedad:

–¿Por qué?

–Tenemos el cuadro guardado, pero no podemos arriesgarnos a que lo roben o lo dañen de algún modo.

–Tiene razón –dijo Bertie mirando a Bonnie–. Sabes cuánto te quiero.

Bonnie suspiró.

–Siempre dices eso justo antes de decirme algo que no quiero oír.

–Sí, porque no te gusta oír la verdad. Tenemos que ser responsables con esto. Nina se ha tomado muchas molestias por nosotras y tenemos que honrar todo su esfuerzo. Tiene razón en lo del cuadro. Debemos guardar el secreto de momento. Me preocupa que se lo digas a alguien y se aprovechen de ti.

Bonnie hizo un puchero.

–Me estás tratando como si fuera una niña pequeña.

–Sí –dijo Bertie–. ¿Por qué será?

–Vale –respondió Bonnie resoplando–. No se lo diré a nadie.

Y con eso se levantó y salió del salón dando pisotones. Bertie la vio marcharse y luego se dirigió a Nina.

–Le has dedicado mucho tiempo y esfuerzo a esto. Gracias. Tienes razón en lo de llevar el cuadro a Seattle. No creo que haya una prisa enorme, pero sí que deberíamos hacerlo en las próximas semanas.

–La semana que viene iba a pedirme un día libre, pero puedo hablar con Andi si crees que deberíamos hacerlo antes.

Bertie sonrió.

–Creo que tu madre podrá contenerse hasta la semana que viene. Voy a hablar con ella –se levantó y se acercó a Nina. Le tocó el hombro–. Siempre te cae todo a ti, ¿eh?

–Estoy acostumbrada.

–Ya me lo imagino –dijo Bertie antes de salir.

Nina se giró hacia su hermana.

–¿Te parece bien?

Averil asintió.

–No tengo ni idea de qué van a hacer. Espero que lo vendan, pero no descarto que mamá se lo done a los huérfanos, como ha dicho.

–Tendría unas desgravaciones fiscales de las que podría vivir el resto de su vida.

Después de la charla del cuadro, Averil volvió a su habitación. Encendió el portátil, pero en lugar de abrir el archivo del artículo que había estado escribiendo, entró en la carpeta de fotos y activó una presentación de diapositivas.

Eran fotos que había escaneado de cuando era pequeña. En ellas aparecía disfrazada, con el perro de un vecino, en funciones del colegio y en otros eventos. Nina salía con ella en algunas, pero en la mayoría su hermana estaba detrás de la cámara.

Nina siempre se había ocupado de todo, igual que había hecho hoy. Se había ocupado de los detalles. Pasara lo que pasara, Averil sabía que podía contar con su hermana.

En ese momento Bonnie abrió la puerta y entró.

–Hola –dijo su madre acercándose al escritorio y mirando al ordenador–. ¡Ay, mira, eras adorable!

Averil miró la pantalla. Tendría siete u ocho años y estaba vestida de calabaza por Halloween. Bonnie le había hecho el disfraz. Había tardado días.

Su madre fue hacia la cama y se tumbó en la colcha.

–Me acuerdo de que intenté convencerte de que fueras de otra cosa, pero querías ir de calabaza.

Averil sonrió.

–Podía ser muy cabezota.

–Sí que podías, sí. Siempre has tenido una personalidad muy fuerte.

«No como Nina». Bonnie no lo dijo, y tampoco hizo falta. Quería a su primogénita, pero a veces Averil se preguntaba si su madre no habría llevado mal tenerla.

Se había quedado embarazada con dieciséis años y se había negado a casarse con el chico a pesar de las presiones por parte de los padres de cada uno. Habían roto y cada uno se había ido por su lado.

Cuatro años después, el amor, o al menos el sexo, había vuelto a estallar entre los dos y Bonnie se había quedado embarazada por segunda vez. Con veinte años y madre soltera de una niña de cuatro, esa vez sí había aceptado la proposición de matrimonio de su novio. Averil había nacido unos meses después.

Pero al año él se había ido y Bonnie se había quedado viviendo con su madre. Averil hizo las cuentas y vio que cuando Bonnie tenía la edad que ella tenía ahora, Nina ya había cumplido los nueve y llevaba la casa.

Su madre se giró hacia ella en la cama.

–¿Te acuerdas de cuando eras pequeña y jugábamos a que éramos princesas encerradas en una torre? –preguntó riéndose–. Trazábamos nuestro plan de huida y luego viajábamos por todo el mundo. ¿Recuerdas que siempre buscábamos los países más exóticos y las ciudades con los nombres más raros?

Averil asintió. Mientras Nina se había ocupado de cosas como cocinar e insistirle a su madre que fuera a comprar al supermercado, Bonnie se había limitado a jugar y disfrazarse con su hija pequeña. Durante todos esos años, su madre había insistido en que las dos eran princesas. Y cuando Averil había intentado decirle que la madre tenía que ser la reina, Bonnie se había enfadado. No quería ser la reina.

Ahora Averil entendía que aquella protesta había contenido un mensaje: ser la reina significaba ser la adulta que jugaba en la habitación. Y lo peor de todo era que de quien habían planeado huir en esos juegos era de Nina, una niña que tan solo intentaba sobrevivir.

Su abuela había ayudado, pero, cuando murió, todo había recaído en Nina. Bonnie se había opuesto a las normas que había impuesto su

hija mayor a la vez que había recurrido a ella para que se ocupara de todo. Había sido una situación imposible para todas. Averil había sobrevivido con una infancia relativamente normal, pero había acabado teniendo una relación confusa tanto con su madre como con su hermana.

Bonnie suspiró.

–¿Qué opinas de lo del cuadro?

–Que habéis tenido suerte.

–Supongo que es una forma de verlo. Si lo vendiéramos, sería mucho dinero. O podríamos quedárnoslo. O regalarlo. Bertie lo decidirá –se incorporó–. Podrían darnos un *reality show*. Sería divertido.

–No me veo preparada para un *reality* –dijo Averil. Tenía la sensación de que, si tenía una cámara apuntándola cada hora de cada día, no saldría muy bien parada.

–¿Y para qué te ves preparada? –le preguntó Bonnie sonriendo–. ¿Por qué estás aquí, Averil?

–No lo sé. Necesitaba pensar, pero no estoy dedicando mucho tiempo a pensar. Estoy o en la tienda o escribiendo artículos.

–¿Es por Kevin? ¿Estás huyendo de él?

–No. Lo quiero.

–¿En la distancia? ¿Es más fácil quererlo desde aquí?

Qué pregunta tan sorprendente y profunda, pensó Averil con ironía.

–Puede. Es buenísimo conmigo y no estoy segura de merecerlo.

–Claro que lo mereces. Todos merecemos que nos quieran. ¿El problema es que quiere tener hijos?

–En parte. Pensé que estaba preparada, pero estoy asustada. No quiero meter la pata. Ser madre lo cambiará todo.

Bonnie seguía sonriendo sin decir nada y Averil se preguntó si sería porque a ella tener hijos apenas le había cambiado nada. Siempre había habido alguien para ocuparse de todo. Ella no quería ser como su madre, pero tampoco estaba preparada para sacrificarse como lo hacía Nina. De las dos, Nina había sido la que había querido escapar de la isla y, en cambio, ahí estaba. Estancada.

–¿Antes de casaros hablasteis de tener hijos?

–Claro. Y sí que quiero tenerlos. Lo que no sé es cómo van a encajar en mi vida. O cómo voy a cambiar.

–El amor nos hace más fuertes. Eres un alma buena y dulce. Tus hijos serán una maravilla –se rio–. Además, yo seré una abuela estupenda.

–Te adorarán, eso seguro.

Bonnie dio una palmada.

–¡Pueden pasar los veranos con Bertie y conmigo! Nos encantará.

Averil se imaginó a Bonnie dejando a sus nietos hacer lo que

quisieran, y eso era bueno y malo.

Bonnie dejó de sonreír.

–¿Qué quieres, Averil? ¿Qué te pide el corazón en lo más profundo?

Averil reflexionó sobre la pregunta.

–Quiero estar con Kevin. Lo amo y es un buen hombre. Quiero hacerlo feliz.

–La felicidad viene de dentro. No puedes hacer feliz a nadie. Eso es elección del otro.

–Vale, entonces quiero ser mejor esposa. Quiero que esté orgulloso de mí.

–¿No lo está ahora?

–No lo sé. No dejo de hablar de escribir un libro y al final nunca lo hago. Es como si no pudiera empezarlo. Cada vez que creo que tengo una gran idea, se desvanece.

–Escribe sobre una familia que encuentra un cuadro famoso y cómo eso los cambia.

–¿Crees que va a cambiarnos?

–No –respondió su madre–. Porque somos fuertes. Pero a otros sí podría cambiarlos.

Un comentario arrogante envuelto de encanto, pensó Averil. El cuadro ya había cambiado las cosas.

Su madre se levantó y fue hacia ella. Después de abrazarla, se puso recta y dijo:

–Encuentra tu camino y síguelo hacia donde te lleve. Ahí serás feliz.

No estaba segura de qué quería decir su madre, pero asintió. Bonnie se marchó.

Abrió el procesador de textos y se quedó mirando al parpadeante cursor. Con su incesante apremio, la línea vertical le recordó a Nina, que tanto le había insistido en que se marchara de la isla y estudiara fuera. Averil había elegido UCLA principalmente por la ubicación y porque había oído hablar del periódico. Licenciarse en Periodismo le había parecido la mejor opción.

Sin embargo, en realidad no había querido ir. Había querido quedarse en la isla al menos un poco más. De pronto vio la conexión entre eso y que su madre no quisiera ser la reina. Porque quedarse en la isla significaba no tener que crecer tan rápido. Pero la vida no era así y al final todas las chicas tenían que crecer. Llegaba un momento en el que había que dejar de jugar a las princesas y aceptar el papel de reina. Al menos, la reina de tu propia vida.

La imagen de una princesa se le alojó en el cerebro. Llevó las manos al teclado.

No, una princesa no. Una adolescente rica en una casa llena de empleados. Un cliché, tal vez, pero uno con el que podría hacer algo. Y no, no sería una adolescente. Quizá mejor una chica de veintitrés

años. Ya licenciada. Eso suponiendo que hubiera ido a la universidad. Y siempre que de eso tratara el argumento.

–Te vamos a desheredar.

Averil se detuvo. ¿De verdad quería empezar ahí la historia? Bueno, daba igual. Llegados a ese punto, la cuestión era llenar páginas. O en su caso, la página.

Tracy Galloway puso los ojos en blanco. Era una amenaza que ya había oído miles de veces.

–Ya sé que no os hace gracia Bruce –le dijo a su padre–. Pero, en serio, papi, no podéis desheredarme. ¿Qué van a decir vuestros amigos?

Paró a leer lo que había escrito y, despacio, lo borró todo después de la primera línea. Por un segundo se planteó lanzar el ordenador contra la pared, pero se contuvo. Había dicho que escribiría una novela y por Dios que lo haría. Palabra a palabra. Puñetera palabra a puñetera palabra.

Capítulo 16

Andi miraba el cuadrante de las vacaciones.

–Me siento mal por obligar a todo el mundo a tomarse días libres mientras yo tengo a mi bebé.

–Tiene sentido –dijo Nina pasando a la segunda página–. Solo vas a estar en casa un mes. Nos tomaremos libres las dos primeras semanas y luego vendremos para ponerlo todo en marcha.

Había suficiente trabajo para mantener ocupado a todo el mundo incluso sin atender a tantos pacientes como de costumbre.

Andi se había asegurado de informar a todos de su embarazo y de cuándo dejaría de trabajar. La mayoría de los padres estaban haciendo las revisiones periódicas con antelación. Mientras la consulta estuviera cerrada, el doctor Harrington atendería a los pacientes. Luego contratarían a un médico durante un mes; para las dos semanas que Andi seguiría en casa y sus dos primeras semanas de vuelta.

–Me has ayudado a organizarlo todo –dijo Andi suspirando–. Creo que no podría haberlo hecho sin ti.

–Te habrías apañado bien –le dijo Nina.

–Me gusta pensar que sí, pero no lo tengo tan claro. ¿Cómo estás? Pareces cansada.

Nina intentó no tomarse a mal el comentario porque estaba segura de que Andi lo había hecho con buena intención.

–Han pasado muchas cosas. Bertie y mi madre han vuelto y, aunque son divertidas, resultan agotadoras. Averil también está aquí.

Y luego estaba el asunto del cuadro, pero eso no iba a mencionarlo. Incluso aunque Boston y Deanna hubieran hablado de su reunión, ella no les había dado muchos detalles más allá de que necesitaba un experto en arte.

–Tratar con mi familia es como intentar controlar a un grupo de gatos –continuó mientras pensaba que Kyle era un punto positivo.

Le ofrecía buena conversación y un sexo aún mejor. Había estado fuera unos días por una de sus operaciones con el destacamento especial, pero volvería en cualquier momento. Tenía que admitir que tanto sus partes femeninas como ella estaban deseando pasar un poco de tiempo con él.

Andi sonrió.

–La familia es complicada. La mía me vuelve loca, así que te entiendo. Hacemos lo que tenemos que hacer y los queremos de todos modos.

–Básicamente porque no sabemos hacer otra cosa.

Su jefa se rio.

–Pero Bertie ayuda –admitió Nina–. Es estupenda. Ojalá tomara el mando, pero no quiere pisar a nadie. Yo no dejo de decirle que dé el paso, que a mí no me va a importar.

–Tienes demasiado encima –dijo Andi–. Bien sabe Dios que yo te dejo dirigirme la vida, pero no es saludable. ¿A ti quién te cuida entonces?

–Soy como los gatos. Muy autosuficiente.

Andi enarcó las cejas.

–¿Vamos a seguir viendo a Dylan?

–Ni idea.

–¿No estás saliendo con él?

–Somos amigos. El otro día pasó a hablarme de unas cosas.

–Es muy guapo.

Sí que lo era. Y de fiar. A veces eso último resultaba mucho más atractivo.

Andi asintió despacio.

–Vale, tu silencio lo deja todo muy claro. No me voy a entrometer. Solo estoy diciendo que es un tío estupendo.

–Gracias por la información.

Nina se tiró sobre un sofá y tosió cuando la pieza de capitoné soltó nubes de polvo.

–¿Un mal día? –preguntó Averil.

Aunque Nina pasaba por la tienda de vez en cuando, no era habitual que lo hiciera a las tres de la tarde.

–No peor que cualquier otro. Mamá ha llamado.

Averil se sentó en un taburete y esperó. Tenía la sensación de saber lo que iba a decir su hermana.

–Quiere esperar a trasladar el cuadro a Seattle. No está lista para cortar el vínculo –y con los ojos cerrados y retorciendo los labios añadió–: Es un cuadro, no un cordón umbilical. ¿Cortar el vínculo? ¿Por qué no puedo tener una madre normal? Imagino que existirán, ¿no?

Averil había hablado antes con Bonnie y habían tenido la misma conversación. Bonnie decía que había soñado con el cuadro y que tenía un vínculo espiritual con la obra. No podía permitir que lo trasladaran hasta que no entendiera qué quería el cuadro de ellas.

–¿Has hablado con Bertie? –preguntó Averil–. Puede razonar con mamá.

–Puede, pero no suele hacerlo –Nina abrió los ojos–. Y no la culpo. No quiere tener que estar discutiendo siempre, así que escoge sus batallas. En fin. No tengo ni idea de qué mensaje va a salir de ese cuadro. Lo único que sé es que me va a dar mucha lata.

Averil estaba segurísima de que Nina tenía razón. Si había algún follón que solucionar, solía recaer en Nina.

De ella, en cambio, nadie había esperado mucho nunca. Nina se había ocupado de todo, incluida su hermana pequeña, así que Averil había aprovechado. Había podido salir con sus amigas y tener tiempo libre, y no había tenido que preocuparse de cosas como llevar comida a casa o evitar que les cortaran la luz.

–¿Te acuerdas de cuando jugábamos a disfrazarnos? Siempre era divertido.

Nina miró a su alrededor.

–Algunos de mis mejores recuerdos están en esta tienda. Sí que lo pasábamos bien.

–Tú me decías qué hacer, qué ponerme y qué decir.

Nina, aún con el uniforme de trabajo, se estremeció.

–Vale, lo admito, pero hoy no es día para echarme en cara todo lo que hice mal entonces.

Averil la miró y se apresuró a decir:

–No, no. No lo decía en ese sentido. Tú siempre te ocupabas de todo, así que yo solo tenía que divertirme. Estaba bien.

Nina no parecía convencida.

–Sí, ya. Hermanas mayores mandonas. Todo el mundo quiere una.

–Cuidaste de mí, Nina. Cuando mamá estaba fuera haciendo lo que fuera, desapareciendo para comprar cosas para la tienda, tú estabas aquí. Sabía que no me abandonarías. Dependía de ti.

Nina se relajó.

–Vale, gracias. Siento estar tan susceptible. No me ha sentado muy bien la llamada. Acababa de salir de una reunión con Andi cuando mamá me ha llamado para explicarme por qué teníamos que mantener el cuadro aquí –se tocó un lado de la cabeza–. Aún me duele. Al parecer, me he puesto a chillar y me he quedado pálida. Andi me ha dicho que me tomara la tarde libre.

Averil estaba sorprendida. Nina no solía dejarse manejar por los demás.

–Estás cansada –dijo fijándose en las ojeras que tenía.

–Eso me ha dicho mi jefa. Tengo que empezar a usar corrector o algún tipo de maquillaje –sonrió con pesar–. Tú, en cambio, estás tan preciosa como siempre.

Averil negó con la cabeza.

–Qué va, pero gracias.

Se levantó y fue hasta una caja pequeña que había en la encimera.

–Cindy y yo los encontramos ayer.

–¿Dónde está Cindy? –preguntó Nina agarrando la caja.

–Ha ido a llevar a su suegra al médico. Al ginecólogo. Al parecer, no es un lugar al que pueda llevarla su hijo.

Nina sacudió la cabeza.

–Cindy se merece una medalla por aguantar a esa mujer.

–Creo que han llegado a un entendimiento. O, al menos, eso espero.

Nina abrió la caja y miró los broches.

–¿Dónde los habéis encontrado?

–Al fondo de una estantería. Pensé que los querrías.

La colección estaba compuesta de insectos de colores vivos. Mariposas, mariquitas, libélulas y abejas. Su abuela se los había puesto con todo.

–Cuando murió intenté encontrarlos –dijo Nina girando una mariposa en la mano–, pero no pude. Temía que mamá los hubiera tirado, pero se lo pregunté y me juró que no –se le llenaron los ojos de lágrimas–. La abuela me decía que cuando ella no estuviera podría quedármelos. Qué tontería. No valen nada, pero quería tenerlos a toda costa.

Averil le sonrió.

–Pues ya los tienes.

Averil no recordaba mucho de la mujer porque solo tenía siete años cuando su abuela murió. En cambio, había sido una presencia mucho más importante en la vida de Nina. Una fuerza estable que había mantenido a raya la rebeldía de Bonnie.

Lo que sí que recordaba muy bien eran sus últimos días. Había estado rondando por el pasillo sin saber bien qué pasaba pero sospechando que no era bueno. Nina no había tenido miedo. Ella había entrado en la habitación directamente.

–Sabes que me estoy muriendo, ¿verdad? –le había preguntado su abuela.

Averil no había oído la respuesta de Nina.

–Ahora todo va a depender de ti. Cuida de tu madre y de tu hermana.

De nuevo, Nina había hablado demasiado bajo como para que Averil pudiera oír sus palabras. En aquel momento se había sentido aliviada de saber que su vida cambiaría poco. Nina era la que se ocupaba de todo y seguiría así. Ahora, echando la vista atrás, comprendía el peso tan grande que debió de suponer para una niña de once años. Bonnie debería haber sido la que se enfrentara a la muerte de su madre, pero no lo había hecho.

–Hiciste un buen trabajo criándome –dijo de forma impulsiva.

Nina la miró.

–No puedo llevarme el mérito por eso, la verdad. Nos criamos a nosotras mismas. Yo diría que las dos hicimos un trabajo decente –respondió. Acarició a Penny, que pasó por su lado–. Ojalá mamá hubiera conocido a Bertie diez años antes. Habría ayudado mucho.

Averil se agachó para acariciarle las orejas a Penny.

–Habríamos sido la única familia del colegio con dos mamás.

–Habría valido la pena.

Estaba segura de que a Nina le habría venido muy bien esa ayuda.

–¿Te acuerdas de cuando mamá decidió que había demasiado inventario y lo puso todo a cinco centavos?

Nina cerró la caja de los broches y gruñó.

–Fue horrible. No me podía creer todo el dinero que perdimos. La gente no dejaba de darnos más dinero porque se sentían mal, pero pasar de cinco centavos a veinticinco en una cosa que vale veinte dólares tampoco ayuda mucho –miró a su alrededor–. No me creo que saliéramos adelante. Había días en los que daba por hecho que los Servicios Sociales vendrían a por nosotras.

–¿En serio? –preguntó Averil sorprendida de que eso hubiera supuesto una preocupación.

–Claro. Mamá desaparecía semanas seguidas por sus viajes.

–Siempre volvía.

Nina no dejaba de toquetear la caja.

–Teníamos doce y ocho años. No puedes abandonar a tus hijas mientras vas por ahí recorriendo el país para comprar chatarra.

Averil vio que ella tenía una perspectiva diferente. Para ella la vida había sido prácticamente igual estuviera Bonnie o no en el pueblo. Sin embargo, no había sido así para su hermana.

–Cuando estaba fuera, ¿era más sencillo o más duro?

–Las dos cosas. Tenía menos de lo que preocuparme y más que hacer. No sé. Ahora ya no importa.

Averil no estaba de acuerdo. Debería importar mucho. Nina había sido la que había querido salir de Blackberry Island, la que había tenido sueños.

–¿Soy la razón de que no te fueras? ¿Te quedaste para poder cuidar de mí?

Nina se levantó.

–No puedes pensar en eso –dijo con firmeza–. Tomé mis decisiones por muchas razones –se acercó a Averil y la abrazó–. Te estás preocupando por nada.

Averil asintió porque no sabía qué decir. ¿Que sentía que su hermana hubiera tenido que cuidar de ella? Lo sentía por Nina, pero no por ella. Siempre había sabido que la quería y que estaría a su lado. Pero ¿qué precio había tenido que pagar Nina?

Nina salió de la tienda y condujo hasta el puerto deportivo. Aparcó y empezó a andar por el paseo marítimo. Era un día precioso y soleado. No hacía demasiado calor, pero sí suficiente para no necesitar cazadora. Tal vez debería haber ido a casa a cambiarse. Su uniforme la hacía destacar de entre los pocos turistas que había en la isla un día laborable a mediados de mayo. Aunque tampoco le importaba. Tenía que pensar.

«O a lo mejor no», se dijo mientras paseaba. ¿Qué tenía que pensar? Había tomado decisiones hacía mucho tiempo y había vivido con las consecuencias. Ahora ya no podía hacer nada con el pasado.

–¡Nina!

Se giró y vio a Dylan acercándose. Se detuvo, le sonrió y dijo:

–¿No deberías estar en el trabajo? ¿Ya estás haciendo novillos? Muy mal.

–Hoy me han llegado unos muebles y he venido a abrir a los transportistas. Luego han cancelado mis dos últimas citas, así que aquí estoy. ¿Y tú qué?

–Una tarde libre, algo excepcional. He venido a dar un paseo cerca del agua.

–Vamos –dijo él señalando un pequeño restaurante que había enfrente–. Tienen el bar abierto. Te invito a una copa.

Cinco minutos después estaban sentados en la terraza, en un sitio cálido y soleado. Nina dio un trago de chardonnay.

–Podría acostumbrarme a esto. A pasarme la tarde por ahí sentada sin tener nada que hacer.

Él sonrió por encima de su cerveza.

–Mentirosa. Odias estar aburrida.

–Ya, pero está bien fingir.

–Seguro que no te vas de vacaciones sin planificarlo todo.

–Oye, no seas tan criticón.

–No lo soy. Solo digo una obviedad. No hay nada malo en planificar.

Nina pensó en su madre.

–Hay personas a las que les va muy bien siendo espontáneas.

–Pues que lo sean. Tú disfruta de tus reglas.

Dylan tenía razón, pero…

–Me hace parecer aburrida. Y vieja.

–No eres ninguna de las dos cosas. Eres responsable y de fiar.

–Sí, como un perro fiel. Un perro grande tipo labrador o San Bernardo.

Él se inclinó hacia ella y puso los antebrazos en la mesa.

–Estás decidida a dejarme mal diga lo que diga.

–No, no es verdad. Perdona. Estoy de mal humor. Se suponía que mañana iría a Seattle a llevar el cuadro. He encontrado un banco donde pueden guardarlo mientras mi madre y Bertie deciden el siguiente paso.

–¿Y?

–Y mi madre está pasando por un momento espiritual y siente que deberíamos dejar el cuadro cerca mientras comprende qué debe hacer con él.

Los ojos verdes de Dylan se iluminaron con expresión de sorpresa.

–¿El cuadro le habla?

–Eso parece.

–Hay medicación para eso. Dile que venga y le hago una receta.

–Muy gracioso.

Nina dio un sorbo de vino.

–Es que soy un tío gracioso –ahora se puso serio–. Estás preocupada.

–No tengo ni idea de qué va a hacer, pero las probabilidades de que haga algo sensato parecen escasas. Me aterra que vaya a contárselo a quien no debe.

Él le rozó el brazo.

–Sabes que yo no voy a decir nada.

–Lo sé. Gracias. La verdad es que en ningún momento se me ha ocurrido llamarte para que no digas nada. Sabía que no lo harías.

Y eso resultaba inesperado. Cuando las cosas se complicaban, siempre había podido confiar en Dylan. Había podido confiarle todo excepto su corazón.

–Gracias. ¿Alguna idea de qué dirección va a tomar su conexión espiritual?

–No. Ha dicho de todo, desde abrir un museo para exponer el cuadro a quemarlo para que regrese con el pintor.

Él esbozó una mueca.

–Espero que al final descarte lo de quemarlo.

–Yo también. Estoy segura de que Bertie controlará que al menos haga algo un poco normal –dijo mientras se preguntaba si golpearse la cabeza contra la mesa la haría sentirse mejor–. Estaba deseando tener un verano tranquilo.

–Podrías tenerlo.

Nina sonrió.

–Lo dudo. Bueno, vamos a hablar de otra cosa. ¿Qué tal? ¿Disfrutas trabajando con tu padre o sigue siendo aburrido?

–Oye, yo nunca he dicho que fuera aburrido.

–Insinuaste que no era nada satisfactorio –ladeó la cabeza mientras lo observaba–. ¿Te arrepientes de haber vuelto?

–Adaptarme me está costando más de lo que pensaba. Todo el mundo merece tener acceso a asistencia médica. Tanto aquí como allí.

Lo conocía lo bastante bien como para poder terminar por él:

–Pero lo que haces allí marca la diferencia de un modo más tangible. Aquí pueden conducir hasta el continente y ver a otro médico.

–Gracias por hacerme sentir especial.

–Lo siento. Ya sabes lo que quiero decir.

–Sí –respondió Dylan mirándola fijamente a la cara.

Había algo en su mirada que le recordó al beso; ese beso del que casi se había olvidado por todo lo del cuadro. Ahí tenía una cosa más de la que culpar a su madre, pensó riéndose por dentro. De todos modos, tampoco era su intención ir por ahí besando a Dylan. Había estado bien y todo eso, pero eran amigos.

–¿Contemplas la posibilidad de marcharte?

–No lo sé. Se lo prometí a mi padre.

–Él querrá que seas feliz.

–Estoy segurísimo de que cree que puedo ser feliz aquí.

–A lo mejor si fueras a echar raíces, a casarte y todo eso…

–¿Me estás pidiendo matrimonio? –le preguntó el con tono de broma.

–A tus padres les daría algo. Se esforzaron mucho en hacer que rompiéramos.

–Se equivocaron.

Nina se quedó mirándolo un segundo. Y cuando él no dijo nada, cuando no añadió el esperado «Yo también», ella respiró hondo.

–En el fondo piensas que rompimos por mi culpa.

–No –dijo Dylan con tono relajado–. Fue culpa de los dos. Tú tenías tu familia y yo lo sabía. No dejaba de decirme que acabarías alejándote de ellas, pero ¿cómo ibas a hacerlo? Eras tú la que lo mantenía todo a flote. Me enfadé porque creía que habías cambiado de planes sin consultarlo conmigo y tú te enfadaste porque yo, desde tu punto de vista, no lo entendía.

«Visto así…».

–¿Estábamos condenados al fracaso?

–Puede ser.

–Pensé que nos casaríamos –admitió ella–. Pensé que siempre estaríamos juntos.

–Yo también.

Entonces, ¿qué significaba esa confesión conjunta? ¿Tal vez que podrían seguir siendo amigos mucho tiempo?

Debía admitir que Dylan tenía razón. Ella había cambiado las reglas de su relación.

Nina le rozó una mano.

–Pasó hace una década literalmente. ¿Qué tal si dejamos el tema y que se sumerja en el cosmos? A lo mejor se encuentra con Emilion

Stoicasescu y le dice que tenemos su cuadro.

Él giró la muñeca para entrelazar los dedos con los de ella.

–Ojalá hubieras podido salir.

Nina estaba tan ensimismada con el inesperado roce de su piel que apenas oyó las palabras.

–¿De la isla?

Dylan asintió.

–Y no es que no me guste quedar contigo, pero…

Su vida podría haber sido mucho mejor.

Le ardían las mejillas. Empezó a apartarse, pero él le agarraba la mano.

–Marcharme era demasiado complicado –dijo evitando mirarlo.

–No me vale.

–Tenía responsabilidades. Mi madre, Averil…

–Averil se mudó a California cuando tenía dieciocho años, y Bonnie conoció a Bertie.

Nina se soltó y se puso las manos en el regazo.

–Tenía miedo –admitió–. Sabía lo que era estar aquí. No dejaba de decirme que cuando todo se asentara, podría irme. Lo digo en serio. Pero entonces el tiempo fue pasando y, sin darme apenas cuenta, aquí estamos ahora.

–Podrías irte, sobre todo si tu madre vende el cuadro.

No tenía adónde ir. No le quedaban sueños. Uno de ellos había sido estudiar Medicina, pero de eso hacía mucho tiempo. ¿Sería posible ahora?

–¿Has cambiado de opinión? ¿Sobre lo de ser médico?

–He elegido lo que quiero hacer.

–No me lo creo. Elegiste lo más oportuno. ¿Eres feliz?

Dylan le hablaba con un tono lo bastante delicado como para no sentirse amenazada. Además, le agradecía las preguntas.

–Supongo que llevo estancada tanto tiempo que he olvidado lo que es avanzar. Esto es fácil.

–Como trabajar con mi padre. En su momento me pareció buena idea. Pero si tú saltas, yo salto.

–No estamos juntos en esto –le recordó–. Además, ya lo pasé bastante mal con tu familia. No quiero volver a pasar por aquello.

–Hicisteis las paces. Joder, si hasta has trabajado para mi padre durante años.

–Sí, y a veces era muy incómodo.

Él se quedó mirándola un segundo.

–¿Entonces te quedas?

Nina asintió.

–Pues yo también.

Esa información no debería haberle importado y, aun así, por

extraño que pareciera, la hizo sentirse mejor. Como si no fuera a tener que enfrentarse sola a todo lo que estaba pasando ahora.

Capítulo 17

Averil estaba sentada en la cama leyendo los comentarios del grupo de crítica *online*. Todos decían lo mismo, pensó con un nudo en el estómago. A nadie le gustaba el comienzo. Dos personas pensaban que el personaje principal era egoísta y al resto les resultaba poco interesante.

«Yo jamás pasaría de la primera página», había escrito alguien. «¿Esta novela no va a empezar nunca? Llevas semanas sin publicar nada ¿y esto es lo que nos das?».

Las duras críticas la sorprendieron. En ningún momento había creído que la suya fuera la mejor historia jamás escrita, pero se había quedado escribiendo hasta tarde y se había ilusionado poniendo palabras en el papel, por así decirlo.

Bajó la página para ver más comentarios.

«¿Qué ha pasado con la adolescente a la que violaron en grupo?», había escrito otra persona. «Esa sí que era una buena historia. Me gustó mucho la parte en la que le echaron la culpa a ella cuando todo el pueblo fue a por los chicos».

Averil miraba la pantalla frunciendo el ceño.

–Yo nunca he escrito eso –murmuró. ¿Quién iba a escribir algo así? Sonaba espantoso. Qué deprimente.

Levantó el teléfono y marcó a Kevin.

–Hola –dijo él al instante–. ¿Qué tal?

–No sé. Acabo de leer los comentarios de mi grupo *online*.

–¿Y?

–Lo odian. En general les parece aburrido y carente de intención. Uno pregunta por qué no retomo la historia de la violación en grupo.

–¿La qué? Esa no la recuerdo.

–No la he escrito nunca –suspiró–. No sé. A lo mejor tienen razón. A lo mejor esta es aburrida.

–¿A ti te lo parece?

–Antes no. Pero tampoco logro encontrar una historia que me emocione. Me siento como si escribiera por inercia. A lo mejor no soy escritora. ¿Tú qué piensas?

–Ya vale de hablar de mí.

Kevin lo dijo con un tono bastante distendido, pero Averil captó su intención.

–Perdona –dijo sonrojándose–. Tienes razón. Solo hablo de mí. ¿Cómo van las cosas en el trabajo?

–Bien. Estoy evitando juntarme con James.

–¿Sigue con la aventura?

–Ajá. Y le va a estallar en toda la cara.

Pensó en el tiempo que Kevin llevaba solo. En cómo se había ido ella.

–Siento estar lejos de ti. Te echo de menos.

–Me alegra oírlo. Yo también te echo de menos.

–Sé que quieres que vuelva a casa y yo también quiero volver.

–Pero aún no estás preparada.

Kevin no estaba preguntando. Aun así, el sentimiento de culpa la invadió. Culpa por haberse marchado. Culpa por no poder escribir la novela sobre la que había hablado a todos. Culpa por no poder comprometerse a tener un bebé.

–¿Por qué no puedo ser madura como los demás? ¿Me he perdido alguna parte vital de mi desarrollo?

Él estaba en silencio.

–¿No quieres decir nada?

–Ya sabes lo que pienso.

Y lo sabía. Kevin opinaba que escuchaba demasiado a Nina; que, en lugar de tener su propio criterio, lo sustituía con su hermana.

–Te equivocas. Ni siquiera me cae bien la mitad de las veces.

–Eso no cambia que siempre estés intentando demostrarle tu valía. Lo que no entiendo es por qué. ¿Intentas mostrarle para qué sirvió el sacrificio que hizo o es que te ves incapaz de romper el vínculo siendo una adulta en todos los sentidos? ¿Es que deja de existir si no la necesitas?

Averil estiró las piernas y se pasó el teléfono a la otra oreja.

–Eres muy duro.

–Pero es la realidad. Nina es la voz de tu cabeza.

–¿Me estás diciendo que oigo voces? –preguntó con tono de broma. Lo que fuera con tal de alejarlo del tema.

–Digo que puedes confiar en ti misma. No vas a despertarte un día pareciéndote a tu madre.

¡Auch! Apretó los labios; se sentía incómoda viéndose expuesta a tantos niveles.

–Bueno, vale, gracias por darme tu punto de vista.

En parte se esperaba que Kevin se disculpara o le preguntara si estaba bien, pero él se limitó a tomar aire y decir:

–Luego hablamos.

–Claro. Luego hablamos. Adiós.

Y con eso, él colgó. Averil se tiró en la cama y cerró los ojos. Se le saltaron las lágrimas, pero las ignoró. Kevin se equivocaba en todo. Igual que su grupo de crítica. Tal vez esa historia no fuera su mejor trabajo, pero tampoco era tan mierda como decían. Además, ¿quién quería leer un libro sobre una violación en grupo? Ella no. Ella quería perderse en algo que sirviera de escape.

Se incorporó sin saber si debía ir a la tienda, salirse del grupo de crítica o empezar otro proyecto. La indecisión hacía que le pesaran las extremidades.

Penny levantó la cabeza desde su sitio, en los pies de la cama. Su mirada marrón era cálida y afectuosa. Averil alargó la mano y le acarició el lomo.

–Tú sí que sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad? En el mundo perruno no hay muchas preguntas.

Volvió a estirarse en la cama y cerró los ojos. Penny se tumbó a su lado.

Los comentarios de Kevin la carcomían y la hacían sentirse incómoda. Quería decir que estaba equivocado, pero no lo tenía tan claro. No tenía nada claro. Y suponía que esa era la cuestión: ¿cuánto de su vida lo elegía ella y cuánto lo elegían para ella? Por supuesto, alguien podría decirle que, en el fondo, nadie lograba elegir nada. En un mundo perfecto…

Abrió los ojos. ¡Claro! No sabía cómo era un mundo perfecto. No tenía ni idea de lo que quería. Ni a la hora de escribir, ni en su trabajo y, ni siquiera, en su matrimonio. Y, desde luego, no sabía si debían tener un hijo o no.

«Qué ridículo». ¿No era hora ya de descubrirlo?

–La dirección del viento es clave –decía Kyle.

Otra vez estaba hablando de aviones. No solía adentrarse en los aspectos técnicos de su trabajo, aunque de vez en cuando no podía evitarlo. Nina hacía lo que podía por seguirlo, pero cuando empezaba a usar términos como *la fuerza de la gravedad*, desconectaba del todo.

De todos modos, su falta de atención no era culpa de Kyle. Con todo lo que estaba pasando últimamente, le costaba centrarse. No dejaba de pensar en el cuadro, en que tenerlo lo cambiaría todo. A veces le preocupaba que fuera a ser un problemón, pero de vez en cuando se permitía pensar en las posibilidades. En que pudiera salir bien.

Costaba asimilar lo del dinero, semejante cantidad. ¿A quién le caían diez millones? Desde luego, a ella no. Pero, aunque el dinero fuera de su madre y de Bertie, no era descabellado pensar que pudieran compartirlo.

Con cien mil podría pagarse la carrera de Medicina, pensó con

anhelo. Con ciento treinta cubriría las matrículas y los gastos diarios si no derrochaba. Eso contando con que aún pudiera entrar. Ya no tenía veintidós años. ¿De verdad quería ser doctora o eran un deseo que le quedaba de…?

–Tierra llamando a Nina.

Miró a Kyle y lo encontró mirándola.

–Perdona –murmuró–. Estaba pensando en unas cosas.

–Ya me lo he imaginado. O eso o tengo que trabajar mi explicación sobre el ratio elevación-empuje.

Ella sonrió.

–Está perfecta. No le cambies nada.

Kyle le agarró la mano por encima de la mesa.

–¿Qué pasa? Llevas distraída toda la noche.

–Cosas de familia –admitió–. Tener a mi madre en casa a veces me estresa mucho y con Averil aquí es más complicado de lo habitual.

El auténtico problema era el cuadro, pero si les había pedido a los demás que no dijeran nada, ella tampoco iba a hacerlo.

Observó los dedos de Kyle acariciándole la mano. Por primera vez el roce de su piel no hizo que la recorrieran oleadas de deseo. La verdad, lo que más le apetecía era irse a casa y pasar la noche viendo chorradas en la tele.

–Te he echado de menos –le dijo él mirándola a los ojos–. Han sido seis días muy largos.

–Sí –respondió Nina aun siendo consciente de que había estado demasiado ocupada con el drama del cuadro como para echarlo en falta–. Tienes muchas responsabilidades en el trabajo.

Él se encogió de hombros.

–Solo la seguridad nacional.

Ella sonrió.

–¿Recae toda sobre ti? Impresionante.

–Puedo con todo –bajó la voz–. ¿Quieres que te lo demuestre?

«Una invitación a su cama», pensó Nina suspirando. Porque quería acostarse con ella. Siempre se acostaban después de quedar para cenar. Y a veces lo hacían antes de la cena. Eso era lo que hacían juntos. Comían y tenían sexo.

Y si bien esa situación nunca le había resultado insatisfactoria, esa noche no le apetecía. Pero habían pasado seis días y decirle que no le parecía poco cordial o, al menos, no muy propio de una novia.

Pero no era su novia. Lo suyo era una aventura. Sexo desenfrenado con un chico mono. Era perfecto… hasta que ella no estaba de humor para tener relaciones. Porque, en realidad, ¿de qué hablaban?

Por suerte, Kyle no oyó la enrevesada conversación que estaba teniendo dentro de su cabeza e interpretó su silencio como un sí. Llamó al camarero, pagó la cuenta, se levantó y la llevó hasta su

coche.

Treinta minutos después estaban en su casa. Nina lo siguió hasta su piso. Él cerró la puerta, se giró y la llevó hacia sí.

Ella se acercó con ganas, quería sentir su boca en la suya. Los labios de Kyle eran delicados pero insistentes. El deseo que irradiaba se coló en ella, como siempre, y Nina se descalzó sabiendo que pronto empezaría a derretirse.

Lo rodeó con los brazos y le rozó la lengua con la suya. Todo muy sensual. Pero en lugar de perderse en las sensaciones que iban en aumento, captó el ligero sabor a café y menta y el sonido de la caldera al encenderse. Fuera, en alguna parte, oyó la bocina de un coche.

Cerró los ojos con más fuerza y se rozó el vientre contra la erección de Kyle. Estaba excitado, pensó imaginándolo desnudo. Qué apasionante. Un tío bueno desnudo. ¡Ñam!

Pero la situación no le resultaba ni apetecible ni atrayente. Y cuando él le puso una mano en el trasero, se apartó.

–No tengo muchas… –se detuvo al ver la pasión en su mirada.

Era adorable. Apasionado y muy muy dulce con ella. Ese hombre la había salvado cuando se había caído del tejado.

–Tengo muchas cosas encima ahora mismo. Vamos a centrarnos solo en ti.

Él juntó las cejas.

–¿Qué quieres decir?

¿Tan difícil era de entender?

–No creo que pueda centrarme mucho esta noche.

Kyle se le acercó.

–Claro que puedes. Lo haré bien –dijo poniéndole las manos en los pechos y bajando la cabeza a su cuello–. Sé lo que te gusta.

La besó desde el cuello hasta la oreja. Después de mordisquearle el lóbulo, lamió ese punto tan sensible que había justo debajo a la vez que le rozaba los pezones con los pulgares.

Pero lo que debería haber sido excitante solo la hizo sentirse incómoda. Era como si alguien hubiera cortado la conexión entre su cabeza y su cuerpo. Sabía lo que estaba haciendo Kyle, pero no lo sentía en realidad. No de una forma sensual.

Él bajó la mano a sus caderas y las llevó hasta la cinturilla de sus vaqueros. Nina dio otro paso atrás.

–Kyle, no puedo.

Lo que quería decir era «No quiero», pero le parecía brusco. Le puso una mano en la erección y lo acarició a través de los vaqueros.

–Te la puedo chupar.

El sexo oral era parte habitual de sus juegos, aunque solía ser mutuo. Sin embargo esa noche no le apetecía nada.

Kyle le agarró la muñeca deteniéndola.

–Tú primero.

Ahora enfadada además de agotada, dijo:

–Kyle, intento dejarlo todo lo claro que puedo. Esta noche no tengo ningún interés en tener un orgasmo. En serio. A lo mejor son las hormonas o a lo mejor es el estrés. Sea cual se la razón, no quiero correrme.

–Deberíamos intentarlo –dijo él rodeándola por la cintura y llevándola hacia sí–. Puedo hacerlo bien.

–¡No! –le contestó con brusquedad y apartándose–. No.

Contuvo la furia, pero vio que él estaba confuso. Joder, era como discutir con un cachorro.

–Lo siento –murmuró–. Quiero complacerte.

–Pues entonces vamos a la cama. Una vez empecemos, te gustará.

Estaban discutiendo en círculo.

–¿Qué parte de «no tengo ningún interés» no entiendes?

–No lo estás intentando.

–¿Así que sabes mejor que yo lo que estoy sintiendo?

Kyle parecía más dolido que molesto.

–No, pero necesito que te sientas bien.

–¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

–Porque sí.

–Porque el sexo es una cuestión de ganar y no ganas si no te suplico más, ¿verdad?

Él esbozó esa sonrisa lenta y atractiva que ella por norma adoraba.

–Algo así.

Por primera vez desde que Kyle había irrumpido en su vida, Nina notó la diferencia de edad. Lo que antes le había parecido peculiar y divertido ahora le parecía un egocentrismo exagerado.

–Tengo que irme –le dijo yendo hacia la puerta.

–Nina, espera –le rozó un brazo–. ¿Qué pasa?

Ella respiró hondo y se recordó que, en gran parte, no era culpa de él. Hasta hacía unos minutos ella había estado igual de interesada que Kyle en una relación centrada en el sexo.

–Estaré mejor dentro de unos días. Tengo que ocuparme de unos asuntos familiares. Cuando todo se calme, volveré a la normalidad.

Sabía que estaba siendo una pringada al responsabilizarse de todo. Si contaba con tener una relación con Kyle, debía ser sincera con él. Tenían que comunicarse. Pero estaba agotadísima por todo y, además, lo que tenían no era más que una aventura, ¿no? No requería una comunicación seria. ¿No consistía en eso una aventura?

Él se acercó y le dio un suave beso en la frente.

–Sabes que me tienes aquí, ¿verdad?

Nina asintió y se inclinó hacia él.

–Lo sé. Gracias.

Y entonces, antes de que él volviera a intentar seducirla, agarró el bolso y se marchó.

Ya dentro del coche, arrancó el motor y se recostó en el asiento. Estaba inquieta, física y anímicamente. Le molestaba la piel. No le tiraba ni le picaba, pero era una sensación incómoda, como ese medio segundo previo a que se te pusiera la piel de gallina.

Miró hacia el bloque de apartamentos batallando con la culpa. Se dijo que no había hecho nada malo y luego deseó poder creerse.

El teléfono sonó, avisándola de un mensaje entrante. «No es Kyle», pensó al sacarlo y ver la pantalla.

No era él, sino Dylan.

Ven a la tienda ahora mismo. Es urgente.

Embragó y salió del aparcamiento. Desde el apartamento de Kyle estaba a unos tres minutos de la autopista, y desde ahí había un breve trayecto hasta el puente para volver a Blackberry Island.

En el semáforo junto a la vía de acceso intentó llamar a Dylan, pero le saltó el buzón de voz. Luego probó con Averil, pero su hermana tampoco respondió. Entonces el semáforo se puso en verde y tuvo que incorporarse.

Eran casi las ocho de la noche. Llovía, aunque no lo bastante como para necesitar luces. Cruzó el puente y se dirigió hacia el lado oeste de la isla. Al girar hacia la carretera general, miró en busca de cualquier señal de humo o accidente. Tenía el pecho encogido de pánico y las manos se le resbalaban del volante. Estaba a punto de volver a llamar a su hermana cuando lo vio.

Luces potentes y unidades móviles. Había tres a un lado de la carretera. Una multitud se había congregado para ver qué pasaba.

Nina aparcó todo lo cerca que pudo, bajó del coche y corrió hacia el gentío situado alrededor de las luces. Se abrió paso hasta que vio a su madre plantada delante de Blackberry Preserves. El cuadro estaba en un caballete a plena vista de todos. Al parecer, la llave de la caja fuerte que tenían Averil y ella no era la única.

–¡Ay, no!

Se giró y vio a Bertie a su lado. Parecía tan impactada como ella. Averil apareció también.

–No me lo puedo creer –dijo Averil con la voz entrecortada–. ¿Cómo ha podido hacerlo?

Bertie sacudía la cabeza.

–Hablamos de esto justo ayer. Me dijo que quería compartir el cuadro con el mundo, pero le dije que debíamos esperar. Que necesitábamos un plan. Que sería una irresponsabilidad… –se calló

antes de añadir–: Lo siento, Nina.

–Yo también.

Porque había tres periodistas, uno en cada furgoneta. Todos de Seattle, lo que significaba que en cuanto la historia saliera en las noticias locales, saltaría a la televisión nacional. ¿Cuánto tiempo tenían hasta que llegara la CNN? Por no hablar de cuándo empezarían a llegar locos y estafadores.

Una cálida mano se le posó en la parte baja de la espalda. Se puso hecha una furia. ¿En serio? ¿No podía darle ni quince minutos para procesar lo que estaba pasando?

Se giró, preparada para cargar contra Kyle, pero se topó con la mirada de preocupación de Dylan.

–Hola. He oído un avance mientras veía el partido, algo sobre el descubrimiento de un cuadro, y me lo he imaginado. He venido corriendo.

«Cómo no», pensó Nina, aliviada de tenerlo allí. Seguro que, cuando había intentado llamarlo, él estaba en el garaje y no tenía cobertura.

–¿Y ahora qué?

A Bertie se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¿Cómo ha podido hacernos esto?

Averil respiró hondo.

–¿A alguna os extraña de verdad?

–No –admitió Bertie.

Nina se giró hacia su madre. Bonnie sonreía, sin duda disfrutando de tanta atención. Los periodistas gritaban preguntas; unas sobre el cuadro, otras sobre cómo lo había encontrado.

–Ya no podemos tenerlo en la tienda –dijo Nina–. La caja fuerte es vieja. Seguro que será relativamente fácil forzarla. Esta noche tendremos que llevárnoslo a casa.

–Y mañana a Seattle –añadió Bertie con firmeza–. ¿Tienes los sitios que pueden guardarlo?

Nina asintió. Aún tenía la lista que le había dado Ambrose.

–En Seattle hay unos cuantos.

–Yo conduzco –dijo Dylan–. Este sábado tengo guardia, así que mañana libro.

–No tienes por qué hacerlo –le dijo Nina.

–Ya lo sé.

–Gracias.

Él subió la mano hasta su hombro y le doy un apretón.

–No hay de qué. Mañana a las ocho estoy en vuestra casa. A las diez estaremos en la ciudad y de vuelta en el día.

–Yo a las nueve ya habré llamado a los bancos –dijo Bertie con firmeza– y os diré dónde he acordado que lo guarden –miró a Bonnie–. Bueno, ya está. Esto ha durado demasiado.

Pasó por delante de los periodistas y se puso al lado de Bonnie, situándose justo delante del cuadro.

–¡Es todo por hoy! –dijo con rotundidad–. Muchas gracias por venir.

Bonnie la miró como si fuera a decir algo. Luego dejó de sonreír y un gesto de preocupación le cubrió los ojos.

–Oh –dijo solo moviendo los labios, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que eso no era lo que habían acordado. Parecía una niña pequeña que acababa de ver que había hecho algo malo, muy malo, y habría un castigo. Pero lo que podía ser adorable en una niña de tres años no lo era tanto en una mujer que rondaba los cincuenta.

–Bonnie va a tener que dar algunas explicaciones –dijo Dylan mientras se alejaban.

–No te preocupes por ella. Bertie no es rencorosa.

En unos días todo quedaría olvidado, pensó Nina. Por parte de todas.

–Hasta mañana –dijo Dylan antes de marcharse.

Cuando se fue, Nina se acercó a su hermana.

–Qué desastre.

–Y bien grande, incluso viniendo de mamá –Averil arrugó la boca y añadió–: Me ofrecería a llevar el cuadro yo, pero imagino que te sientes más cómoda haciéndolo tú.

–Sí. No puedo evitar controlarlo todo.

–En este caso tiene sentido.

Las luces de las cámaras de televisión fueron apagándose una a una. Según anochecía, la multitud se iba dispersando.

–Y yo que quería tener tiempo para pensar… –dijo Averil–. Ahora tenemos que pensar qué hacer con el cuadro y pensarlo rápido.

–Qué suerte tenemos –murmuró Nina suponiendo que sería una noche muy larga.

Capítulo 18

Dylan llegó puntual. Nina no recordaba cuándo había sido la última vez que se había alegrado tanto de ver a un hombre, y eso incluyendo la expectación de los momentos previos a las citas nocturnas con Kyle. Además de su reconfortante presencia, Dylan había llevado el Suburban de su padre. El cuadro entraba de sobra en el gigantesco SUV y además el vehículo podía usarse como tanque ante un ataque repentino de Canadá.

–¿Puedes subir? –le preguntó él mientras le sujetaba la puerta del copiloto–. ¿O quieres que traiga una escalera?

–Muy gracioso. No soy baja y, además, hago pilates.

–Impresionante.

Ella se sentó y él cerró la puerta y fue a su asiento. Nina no se molestó en mirar a la casa. Aunque Averil se había levantado temprano para tomar café con ella, a su madre no la había visto desde la noche anterior. Bertie había pasado un momento a ofrecerle su apoyo, aunque no había dicho nada de Bonnie. «Lealtad», pensó mientras Dylan cruzaba el puente en dirección a la I-5, desde donde irían por el sur hacia Seattle.

Pero en lugar de incorporarse, paró en un Starbucks.

–Nos vendrá bien un café –dijo Dylan al situarse a la cola de coches.

–¿Tanto se nota que no he dormido?

–Claro que no.

Nina pensó en las ojeras que se había visto esa mañana.

–Te agradezco la mentira tan caballerosa –apoyó la cabeza en el asiento–. Me quedé levantada hasta la una y luego Averil se levantó y me turnó, aunque no tengo muy claro qué esperábamos o cómo pensábamos protegernos de un intruso.

–¿Llamasteis al *sheriff*?

Ella asintió.

–Mandó unas patrullas. Me gustaría decir que no me puedo creer lo que ha hecho mi madre, pero la verdad es que es muy propio de ella. Le encanta compartir la belleza con el mundo –dijo, aunque, en este caso, todos coincidían en que el cuadro era feo–. O a lo mejor solo quería llamar la atención.

Intentó no pensar en los periodistas apostados frente a la tienda ni en que ahora todo el mundo sabía lo del cuadro.

Dylan se situó delante del intercomunicador y la miró. Ella le dijo lo que quería y él lo repitió. Luego se pidió un *latte*.

–Ambrose nos esperará en el banco –dijo Nina mientras avanzaban un puesto en la cola–. He traído toda la documentación firmada para que se ocupe del cuadro. Se encargará de que le hagan una tasación oficial y luego ya iremos viendo.

Le daba miedo pensar cómo iban a pagar al hombre si no vendían y no recibían ganancias, así que mejor dejar ese problema para otro día. Ahora mismo lo único que quería era alejar al cuadro de su madre todo lo posible.

Les sirvieron los cafés y Dylan se incorporó a la autopista. Nina dio un sorbo y esperó a que la cafeína le pasara al torrente sanguíneo y le subiera los niveles de energía.

Miró a Dylan observando su perfil.

–¿Te he dado las gracias por llevarme a Seattle?

–Sí.

–Bueno, pues lo diré otra vez.

–Estoy encantado de ayudar.

Ella sonrió.

–Solo querías librarte de poner vacunas y tratar hemorroides.

–He de admitir que las hemorroides no son lo que más me gusta mirar –dijo sin apartar la mirada de la carretera–. Pasar el día contigo tiene sus ventajas.

–¿Como mi chispeante conversación?

–Me gusta que compartamos un pasado.

–A mí también.

Jamás habría imaginado que pudieran hacerse amigos, pero había ocurrido. Los dos habían madurado y con la madurez había llegado el cambio. Sin embargo, la esencia de su relación no se había desviado tanto de su lugar. Independientemente de haber querido mucho a Dylan, siempre le había gustado como persona y parecía que una década no había podido cambiar eso.

Era amable y decente y tomaba el control de las cosas de un modo que ella valoraba mucho. Podía contar con él. Y últimamente tener a alguien que la ayudara a tomar decisiones era genial.

No sabía qué había significado aquel beso. Dylan nunca le había pedido una cita, no como Kyle al menos. Aunque, claro, Kyle había dejado claras sus intenciones desde el instante en que ella había aterrizado en sus brazos.

Suspiró. Ese chico estaba empezando a ser una complicación. La noche anterior había sido un desastre. Por un momento se planteó escribirle para preguntarle si estaba bien, pero tampoco quería dar

explicaciones de lo que estaba haciendo con Dylan.

Su problema nunca había sido tener demasiados hombres, pero parecía que ahora sí lo era… además de su hermana, su madre, el cuadro, la tienda y su vida, que aún no tenía encauzada.

Se dirigió a Dylan:

–Qué vida tan ordenada tienes. ¿Por qué?

–No es para tanto.

–¿Ah, no? –dio un sorbo de café–. Vale, rescatacuadros, ahí voy. ¿Por qué no estás casado?

–¿Lo preguntas en serio?

Ella se quedó pensativa un momento.

–Sí, claro.

–Vale. Estuve a punto un par de veces. ¿Eso cuenta?

¿Sería ella una de esas veces?

–¿Con quién?

–Una vez en la facultad. Con una compañera. Ella decidió que quería ser neurocirujana y, cuando nos fuimos a hacer nuestras respectivas residencias, cada uno siguió su camino y perdimos el contacto.

Pues esa no era ella.

–¿Alguien más?

Él vaciló y se encogió de hombros.

–Una mujer que conocí el año pasado. Una madre soltera. Pero no quería marcharse y yo sabía que no iba a quedarme.

–¿Estuviste dispuesto a ejercer de padrastro?

–Claro. Me gustan los niños. Siempre he querido tenerlos.

–Yo también –murmuró ella.

–¿Serge no te parecía bueno como futuro padre? –preguntó él con tono de broma.

Nina le dio un golpecito en el brazo.

–No hables de mi ex.

–¿Aún suspiras por él?

Nina agarró el café.

–Fue un romance muy breve con consecuencias lamentables. Me arrepiento de todo lo que tiene que ver con Serge, sobre todo de casarme con él.

–Yo me arrepiento de no haber vuelto un mes antes.

Nina se puso tensa e inmediatamente intentó relajarse para que él no lo notara. Aunque había entendido con claridad las palabras de Dylan, su significado no tanto. Él ya le había dicho que había vuelto para decirle que no la había olvidado, pero ella se había fugado para casarse. Si Dylan hubiera ido un mes antes, habría estado soltera. ¿Y entonces qué? ¿Él le habría dicho que seguía pensando en ella? ¿Que seguía queriéndola? ¿Y habrían…?

No sabía qué habría pasado, pero tenía la sensación de que todo habría sido distinto.

Antes de poder saber qué decir, le sonó el teléfono. Lo sacó del bolso y miró la pantalla.

–Es Bertie. Imagino que tiene información del banco.

Dylan asintió sin decir nada. Ella contestó y anotó la información. Cuando terminó, estaban en los alrededores de Seattle y empezaba a haber tráfico. Él dijo algo sobre la lluvia, ella mencionó que Ambrose le recordaba a un personaje de la BBC y ahí quedó el momento: perdido.

Pero no el recuerdo. ¿Dylan lamentaba haberla perdido en plan «¡Ups!» o estaba planteándose intentar arreglar las cosas entre los dos? Si era lo último, ¿qué supondría para ella? Ahora estaban en lugares distintos y no sabía si volver atrás sería lo adecuado.

Además, tenía que pensar en Kyle y en cómo hacerlo encajar en todo eso.

Demasiadas preguntas y ninguna respuesta.

–A tu aseguradora no le va a hacer ninguna gracia si nos dan un golpe por detrás con un cuadro de diez millones de dólares en el maletero –dijo para dar un poco de conversación.

Dylan sonrió.

–Seguro que mi padre no se lo planteó cuando me ofreció el Suburban.

Según lo prometido, Ambrose estaba esperando en el banco. Intercambiaron documentación y metieron el cuadro en la cámara acorazada especial. Hicieron falta más firmas y luego fueron a la agradable oficina de Ambrose, donde les explicó en qué consistía el proceso de tasación y los informó de los pasos que habría que dar para subastar el cuadro.

Nina agradeció que en ningún momento comentara la que había liado su madre al compartir su descubrimiento con el mundo. Dylan y ella pararon a comer algo antes de dirigirse al norte. A las tres ya estaban de vuelta en la isla. Él la llevó a casa, apagó el motor y fue a abrirle la puerta.

–No sabes cuánto te lo agradezco –le dijo con sinceridad al bajar del coche. Agarró el bolso–. En serio, no creo que pudiera haberlo hecho sola.

–Por no hablar de que el cuadro no habría cabido en tu coche.

–Eso desde luego –miró a la casa–. Todo esto es un desastre. Sí, podría darles mucho dinero a Bertie y a mi madre, pero es una complicación al fin y al cabo –le sonrió–. Bueno, piensa que ya has cumplido tu buen acto del mes. Ahora puedes relajarte.

En lugar de devolverle la sonrisa, él le rodeó la cara con las manos, se acercó y la besó.

El contacto resultó cálido y firme. Familiar, pensó Nina cuando dejó caer el bolso al suelo y rodeó a Dylan por la cintura.

Se acercaron más hasta adoptar una pose familiar. Ella ladeó la cabeza y esperó a que la lengua de él le rozara la suya, con delicadeza. La chispa del deseo saltó y se entremezcló con recuerdos formando un poderoso cóctel que se le subiría a la cabeza. Pero antes de que Nina pudiera saber qué quería, él se apartó y sonrió.

–Cuídate –le dijo y fue hacia la puerta del conductor.

Ella recogió el bolso y se dirigió al porche. Mientras Dylan se alejaba, no sabía si estaba excitada o furiosa. A lo mejor un poco de las dos cosas. ¿A qué había venido besarla así y luego marcharse? ¿Y qué hacía ella devolviéndole el beso? Estaba saliendo con Kyle. Más bien semisaliendo, pero se estaba acostando con él. No solo no era su estilo, sino que tenía la sensación de que no se le iba a dar muy bien compaginar a dos hombres. ¿Sería una habilidad adquirida y tendría que plantearse aprenderla?

Averil estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas. Introdujo la clave de acceso con tanta fuerza como pudo y en la pantalla apareció un mensaje que decía «¿Seguro?».

–Y tanto que estoy segura, panda de gilipollas –murmuró al clicar «Sí».

A cambio la pantalla le mostró un mensaje diciendo que quedaba dada de baja de forma permanente del grupo de crítica.

Se tiró en la cama y miró al techo. Después de las últimas críticas, se había dado unos días para recuperarse de los comentarios hostiles y luego había entrado en sus archivos para ver qué había pasado las muchas otras veces que había enviado un trabajo.

Todos los comentarios habían sido negativos y muchos habían rozado la malicia o peor. No solo parecía que odiaran su forma de escribir, sino que era como si la cuestionaran como persona. Se ganaba la vida escribiendo; artículos, sí, pero estaba acostumbrada al proceso y no tenía ningún problema con que revisaran y corrigieran su trabajo. A lo mejor sí que era una escritora de ficción espantosa o a lo mejor ellos eran un grupo de crítica malísimo. Había vuelto a echar un ojo y había visto que casi todos los comentarios dirigidos a todos los escritorios eran negativos. Con eso había llegado a la conclusión de que, cada vez que había enviado algún trabajo, se había expuesto a dejarse desanimar. ¿Era otra formar de sabotear eso que decía que era su sueño? Tendría que pensar en ello en algún momento.

Por otro lado, y esto era algo más urgente, sin el grupo de crítica no

recibía información sobre sus avances. Y resultó ser muy liberador. Se incorporó otra vez y agarró un bloc que tenía junto a la cama para anotar ideas sobre los próximos artículos. Ojeó la lista y vio: tres artículos sobre enamorarse y/o lidiar con una relación, las notas sobre el asalto al armario de la abuela y un par de frases sobre cómo sobrevivir a unas vacaciones familiares cuando solo estabais tus padres, tus hermanos y tú.

De todos, los artículos que más ganas tenía de escribir eran los que trataban de amor. De enamorarse, afrontar una ruptura, preguntarse si él sabía que seguías viva. Sabía que conectaba con sus lectoras; los mensajes y las cartas de las admiradores estaban ahí para probarlo. Así que a lo mejor la solución a su crisis de escritora era ver qué artículos habían generado más comentarios y averiguar por qué. Después podría combinar eso con lo que más le gustaba escribir y… *voilà*. Éxito. Y si no tenía éxito, al menos sí tendría un propósito.

Entró en el correo del trabajo y buscó los informes de fin de mes que siempre le enviaba algún técnico. Eran los informes que mostraban con cuáles recibía más visitas y respuestas.

Dos horas después vio que a sus lectoras también les encantaban los artículos sobre enamorarse. La mayoría de los mensajes de sus admiradoras incluían preguntas sobre relaciones en general con chicos, pero a veces también con la familia. Las chicas de ahora estaban tan confusas como lo había estado ella a su edad. Lo único que cambiaba era que ellas vestían mejor.

Volvió a tirarse en la cama preguntándose qué hacer con esa información. Le encantaba leer ficción adolescente, pero había dado por hecho que tenía que escribir una novela de verdad sobre adultos. Su último intento había sido sobre una veinteañera, pero su público principal era más joven. El grupo demográfico de la revista estaba entre los trece y los veinticinco años, aunque la mayoría de sus lectoras seguían en el instituto.

Pensó en las dudas que había tenido cuando era adolescente; en que Nina había sido su mundo y la quería, pero también la sacaba de sus casillas; en que no había querido irse a estudiar a la universidad, pero le había parecido que no tenía elección; en que, si se hubiera negado, le habría tirado a Nina su regalo en las narices y su hermana podría haber dejado de quererla. Así como Bonnie había sido la madre divertida, Nina había sido la que había mantenido su mundo en orden. Jamás podría haberse arriesgado a perder eso. Y seguía sin poder hacerlo.

–¡Ay, Dios mío!

Se levantó dando un traspié. Penny levantó la cabeza de la cama como preguntándole si se iba.

–No pasa nada, bebé –murmuró con todo distraído y reconfortando

a la perrita mientras no dejaba de darle vueltas a la cabeza.

¿Qué pasaba? ¿Cuál era su principal problema? ¿Que no se había separado emocionalmente de Nina lo suficiente como para sentirse cómoda tomando sus propias decisiones por miedo a que su hermana no las aprobara? ¿Kevin tenía razón? Si Nina era la voz de su cabeza, entonces todo tenía que pasar por su filtro. Cualquier decisión que pudiera molestar a Nina la hacía sentirse abandonada emocionalmente.

De pequeña había estado segura de que se habría muerto sin el amor de su hermana. ¿Se había olvidado de desaprender esa lección? Porque lo cierto era que Nina no solía mostrarle su desaprobación. De hecho, siempre la apoyaba. Sí, claro que discutían y se sacaban de quicio, pero si tenía un sueño, sabía que su hermana estaría ahí para apoyarla. ¿Acaso eso era peor que oír a Nina en su cabeza? ¿Lo que oía sería una versión abusiva de Nina que ella misma había creado como resultado de sus inseguridades personales?

Estaba estancada, siempre esperando la aprobación de alguien que en realidad no existía. Alguien que ella misma había creado para evitar tener que intentar hacer algo y fracasar.

Nina se preocupaba por ella todo lo que podía preocuparse una hermana, pero ella no era el problema. Averil no sabía ponerle nombre, pero sí sabía que el problema tenía mucho que ver con la dinámica de su familia. Con el hecho de que Bonnie se negara a madurar, que Nina nunca hubiera podido ser una niña y que ella se hubiera encontrado en la extraña posición de ver a Nina cuidarla mientras sospechaba que, a cambio, su hermana estaba pagando un precio muy alto.

Volvió a sentarse en la cama y se acercó el portátil. Abrió un documento de Word nuevo y empezó a teclear. Escribió sobre una adolescente a la que le gustaba un chico y que tenía una familia loca que había encontrado una singular moneda que valía mucho más de lo que pudieran imaginar.

* * *

Nina salió de casa de Andi agradecida de que la jornada hubiera terminado. Estaba agotada. El viaje a Seattle del día anterior había resuelto algunos problemas, pero llevaba dos noches sin dormir bien. La primera había estado vigilando el cuadro y la segunda no había podido dejar de pensar en Dylan y en el puñetero beso.

¿Cómo se le había ocurrido hacerle eso? No podías acercarte a alguien, darle un beso y largarte como si nada. Bueno, al parecer, sí se podía. Sobre todo cuando el que recibía el beso, ella en este caso, lo devolvía.

No sabía qué quería Dylan ni qué esperaba. Tampoco sabía qué quería ella. Dylan era muy distinto a Kyle. No solo era más maduro, sino que estar con él resultaba más cómodo. Compartían un pasado. Por otro lado, tampoco es que tuviera interés en salir con Dylan ni que él se lo hubiera pedido, lo que la devolvía a ese lugar confuso en el que había pasado gran parte de la noche.

Dobló la esquina y vio a un hombre apoyado en su coche. Era alto y rubio y, al verla, le lanzó una sonrisa lenta y sexi.

–Hola, preciosa.

Aunque su cabeza estaba ocupada procesando lo guapo que estaba y lo dulces que habían sonado esas palabras, su cuerpo estaba pendiente de otras cosas. Sus partes femeninas anhelaban un encuentro próximo, sus manos ansiaban tocarlo por todas partes y los pies la llevaban hacia él como si estuviera decidida a echársele encima.

La confusión la hizo detenerse a unos metros.

¿Qué le pasaba? Dos días antes no había querido acostarse con Kyle y prácticamente había decidido que jamás volvería a verlo. El día anterior había besado a Dylan, y ¿ahora la recorría un cosquilleo por haber visto a Kyle y se estaba preguntando si resultaría muy vulgar tener sexo con él en el coche?

¿Necesitaría tratamiento psicológico?

–Hola –dijo manteniendo las distancias aunque la mayor parte de su ser no quería.

Él se apartó del coche y se acercó, pero no la tocó.

–Ayer te eché de menos.

–Tuve que ir a Seattle.

Nina pensó en mencionar lo del cuadro, pero Kyle no parecía ser la clase de hombre que veía las noticias locales.

Él se metió las manos en los bolsillos.

–Siento lo de la otra noche. Me estabas lanzando un mensaje muy claro y no te escuché. Quería… –miró a otro lado y volvió a mirarla–. Los dos sabemos lo que quería –respiró hondo–. Lo que pasa es que me gustas. Me gusta estar contigo. Tenías razón. Esto para mí empezó como una especie de misión: encontrarte y hacerte mía.

Y lo había hecho muy bien, pensó Nina.

–Una aventura. Me lo dejaste claro. No puedo quejarme.

Él le clavó su mirada azul.

–Pero me he dado cuenta de que ya no me basta con eso.

A Nina se le encogió el estómago. ¿Qué? ¿Estaba rompiendo con ella justo ahora que había asimilado su forma de pensar?

–Quiero más. Quiero pasar más tiempo contigo. Quiero conocerte mejor. Quiero que lo nuestro sea algo más que sexo. Me importas.

Nina no tenía ni idea de qué decir.

–Hablas de una relación –dijo esperándose que él la señalara con el

dedo y empezara a reírse. Porque no podía decirlo en serio. Los pilotos de caza de veintiséis años no se plantaban delante de ella pidiéndole una conexión emocional. Claro que hasta que había aparecido Kyle, no había tenido a ningún hombre yendo detrás de ella en busca de sexo, pero ese era asunto para otro día.

–Sí –dijo él sin más–. Quiero que tengamos una relación. ¿Te supone algún problema?

Pensó en que, exceptuando un par de noches antes, se había sentido libre y satisfecha en sus brazos. Pensó en cómo la hacía reír y en lo guapísimo que era. Luego pensó en Dylan y en sus besos y, por un segundo, se sintió confundida de verdad.

–Yo… eh…

La sonrisa lenta y sexi volvió a aparecer.

–No te preocupes, Nina. Me lo voy a currar con mucho gusto.

Nina apenas había procesado las palabras, y mucho menos el significado, cuando él se giró y se dirigió a su coche. Antes de que tuviera tiempo de volver a pestañear, Kyle se había marchado. Treinta segundos después, recibió un mensaje en el móvil.

Te convenceré.

Eso fue todo lo que decía.

Capítulo 19

Averil observaba la disposición de la mesa. Hasta hacía poco habían usado el conjunto de comedor poco más que a modo de baldas, con objetos amontonados en las sillas y en la mesa. A Cindy se le había ocurrido devolverle a la mesa su uso original y poner platos encima como si alguien fuera a sentarse a comer. Averil le había propuesto llevar la idea más allá y exponer cuatro estilos de servicios de mesa.

Le habían puesto las alas a la mesa para alcanzar su longitud máxima y luego, con mucho arte, habían colocado cuatro manteles distintos. Un lado exhibía la vajilla de cristal de la época de la Gran Depresión con sus tonos suaves y acompañada de una cubertería antigua de plata de ley. Enfrente, un conjunto más formal con unas preciosa piezas de Lennox y Waterford, y así…

El primer fin de semana después del cambio, Cindy había vendido tres juegos de platos y Averil tenía muchas esperanzas puestas en que se vendieran más.

La puerta principal se abrió y Nina entró. Miró a su alrededor como si buscara algo y entonces preguntó:

–¿Dónde está Cindy?

–Detrás, pintando con espray un tendedero de madera que hemos encontrado. Vamos a usarlo para exponer las mantelerías.

Nina aún llevaba el uniforme del trabajo. Estaba despeinada y parecía cansada, como si hubiera tenido un día duro. Se quitó el coletero de la trenza y se peinó con los dedos.

–Tenemos que hablar –dijo con tono fatigoso.

Averil se puso tensa e inmediatamente empezó a pensar de qué se quejaría ahora su hermana y cómo podría explicarle que se equivocaba. Pero entonces pensó que estaba dando por hecho que se había metido en líos. Tras su reciente revelación, quería intentar mantenerse en el presente todo lo posible. Si podía evitar caer en los patrones habituales, a lo mejor podría averiguar qué había hecho mal en la vida y solucionarlo.

Nina se sentó en un sillón mullido y se cubrió la cara con las manos.

–Bueno, mejor dicho, necesito hablar contigo y espero que me escuches –miró hacia la puerta–. Cindy tardará un poco, ¿no?

–Creo que sí.

Nina bajó las manos al regazo.

–Vale, porque no me apetece entretenerla con mi desastrosa vida personal.

–Lo entiendo. ¿Qué pasa?

–Me estoy acostando con Kyle.

Averil asintió despacio.

–Vale. El piloto de combate. Vino a cenar y no salió gritando al conocer a Bertie y a mamá. Parece simpático.

Era joven y no era el tipo de Nina, pero su nueva madurez le dijo que podía guardarse esos detalles.

–Es simpático. Muy dulce y un dios en la cama.

Averil sonrió.

–Y te parecerá poco.

Nina sonrió como pudo.

–Ojalá fuera eso, pero no. Bueno, más o menos –se detuvo–. Estoy hecha un lío. Él quiere más.

Averil no entendía nada.

–¿Más en qué sentido? ¿Que lo ates? Porque si queréis hacer esas cosas, necesitáis una palabra de seguridad.

Nina se quedó mirándola.

–Pero ¿qué dices? No, no queremos atarnos. ¿Una palabra de seguridad? ¿Cómo sabes esas cosas?

–Vivo en California. En Los Ángeles todo el mundo practica el *bondage* –dijo Averil conteniendo la risa–. Bueno, ¿entonces qué quieres decir con que quiere más? ¿Una relación seria?

Nina asintió.

–Dice que, cuando todo empezó, solo quería una aventura, pero que ahora quiere más. Creo que me ha pedido que sea su novia.

«Vaya sorpresa». Y no porque Nina no tuviera muchos encantos, sino porque resultaba sorprendente que se hubiera permitido acercarse a Kyle lo bastante como para que él viera posibilidades. Tener una relación implicaba ser vulnerable y Nina no se rendía emocionalmente a nadie.

–¿Y te parece algo malo?

–No lo sé –admitió Nina–. No me lo esperaba. Estamos teniendo una aventura y estaba conforme con eso. A ver, ¿lo has visto? Ese cuerpo, esa sonrisa. Cuando una chica recibe todas esas atenciones, cuesta decir que no.

–¿A ti te gusta?

–Claro. Vamos a ver, ¿cómo no me va a gustar? Es el equivalente a un cachorrito pero en humano. Adorable y divertido. Trabaja mucho, juega mucho y luego se queda dormido.

–Pero con eso no basta –insistió Averil–. Tiene que tener

profundidad emocional.

–Supongo –dijo Nina despacio y confusa–, aunque no hablamos mucho. Sí que habla de su familia un poco y sé que quiere ser un Ángel Azul.

Averil frunció el ceño.

–¿Los que hacen espectáculos aéreos?

–Los mismos. Tiene un plan. Pero no hablamos de mucho más. Me cuenta cómo le ha ido el día, así que habla mucho de aviones. Luego hablamos de mi trabajo y terminamos cenando y acostándonos.

–A mí eso me suena a relación. ¿Qué problema le ves?

–No lo sé. Es que es una situación muy rara. Se marcha dentro de unos meses, así que hay un límite de tiempo. Aunque, por otro lado, tampoco es que vayamos a casarnos –se frotó las sienes–. Me está entrando dolor de cabeza solo de pensarlo.

–Tienes que averiguar lo que quieres –dijo Averil con firmeza–. ¿Quieres pasar al siguiente nivel o quieres seguir con algo que no sea serio?

Nina asintió.

–Tienes razón.

Averil se sintió envuelta por una aureola de satisfacción. Su hermana nunca le había dicho esas palabras. Ser la sensata que daba consejos era una puñetera maravilla.

–Pero, claro, si vas a probar a pasar al siguiente nivel con Kyle, vas a tener que saber qué vas a hacer con Dylan.

Averil estaba bromeando, pero entonces Nina la miró con los ojos como platos y llenos de culpa.

–¿Te estás acostando con Dylan? –le preguntó alzando la voz con cada palabra.

Nina miró atrás y le indicó que se callara.

–No grites, y no. No me acuesto con él. Somos amigos. Buenos amigos con un pasado en común. No nos estamos acostando.

–No sé si creerte. Algo estáis haciendo.

Nina cambió de postura en el sillón.

–Nos hemos besado. No es nada.

–¿Con lengua? Porque la lengua sí es algo.

Nina apretó los labios.

–No creo que tenga que hablar de eso contigo –dijo con tono remilgado.

Averil se recostó en la silla.

–Has sido tú la que ha sacado la conversación. Si te sirve de algo, a mí me parece bien que te acuestes con los dos. Al menos hasta que te comprometas con Kyle.

Nina se quedó boquiabierta.

–No, no está bien.

–¿Por qué no? Si no tienes una relación seria, eres libre de hacer lo que quieras. No estoy diciendo que sea buena idea, porque no sé si podrías sobrellevarlo emocionalmente, pero no creo que esté mal. Mientras no habléis de tener una relación exclusiva, eres libre de hacer la salvaje.

Nina volvió a cubrirse la cara con las manos.

–Esto no es nada propio de mí. Hace una eternidad que no tengo una cita y ahora esto –se puso recta y bajó las manos al regazo–. Bueno, pero esa tampoco es la realidad porque Dylan y yo no estamos haciendo nada. Lo del beso fue una cosa sin más, un accidente prácticamente.

–Nunca te había visto engañarte a ti misma –murmuró Averil–, pero, oye, si así duermes tranquila por las noches, adelante.

Su hermana la miró fijamente, pero a Averil le daba igual. Nunca había visto a Nina tan alterada y verla así ahora resultaba muy satisfactorio. Si eso la convertía en una persona trivial, pues qué le iba a hacer.

Nina se sirvió una copa de vino. No había comido mucho ese día. Tenía el estómago revuelto y aún le dolía la cabeza. Aunque la charla con Averil la había ayudado a sentirse mejor anímicamente, no le había mejorado nada sus síntomas físicos.

Y todo era porque no sabía qué hacer. Ni con Kyle ni con Dylan ni con su vida; no sabía dónde estaba. Lo único positivo había sido poder apoyarse en su hermana. Por una vez no sentía que todo recaía por completo en ella.

Hacía menos de media hora que había llegado a casa. Después de ducharse y vestirse, había entrado en la cocina para servirse el vino. Ahora se sentaría tranquilamente y se lo tomaría hasta que llegara el momento de preparar la cena. No sabía qué planes tenían todas para esa noche, pero esperaba que fueran a salir y la dejaran tranquila. Nada le apetecía más que…

Su madre irrumpió en la cocina y la miró.

–¡No tenías ningún derecho! –empezó a decir Bonnie, colorada y con mirada hostil–. Te has llevado mi cuadro. ¡Tenía un vínculo con *Estrellas al atardecer*!

Nina sintió una bofetada en el corazón.

–Mamá, ya lo habíamos hablado. Era imposible dejar el cuadro aquí, sobre todo después de que se enterara todo el mundo.

–No es tu cuadro –le recordó su madre–. No te correspondía a ti tomar la decisión. Es muy típico de ti, Nina. Todo se tiene que hacer siempre como tú quieras.

Nina buscó una salida, pero no la había. Era injusto y tuvo que

contener las ganas de llorar. ¿Llorar? ¿En serio? ¿Es que no estaba ya acostumbrada a todo eso?

Agarró con fuerza la copa de vino y se puso recta.

–No –dijo con voz clara. Le gustó tanto cómo sonó, que lo volvió a decir–: No, mamá. No me he llevado el cuadro en contra de tu voluntad. Resolví el lío que habías organizado, como llevo haciendo toda la vida. Lo hablamos en familia y tomamos una decisión. Me ocupé de la logística. No sé si te avergüenzas de tu comportamiento o si estás aburrida o qué, pero a mí no me eches la culpa de esto.

Bertie entró en la cocina y se situó al lado de Nina.

–Bonnie, ¿qué estás haciendo? Ya lo hemos hablado y todas estábamos de acuerdo en qué era lo mejor. Dijiste que te parecía bien. No deberías pagarlo con Nina. No se lo merece y lo sabes.

Bonnie se cruzó de brazos.

–No le importan mis sentimientos.

–Y tú estás actuando como si tuvieras cinco años –dijo Bertie con tono de desaprobación–. Madura. Fuiste tú la que quiso decírselo a todo el mundo y aquí tienes las consecuencias. Si estás disgustada porque el cuadro ya no está aquí, la única culpable eres tú, y lo sabes. Deja de echarle la culpa a Nina. Ya lleva demasiados años siendo tu chivo expiatorio.

Bonnie se giró hacia su pareja con los ojos como platos.

–Bertie, no.

–¡Sí! –dijo la otra mujer con rotundidad–. Te quiero, pero eso no significa que no vea tus defectos. Querías salir en televisión con el cuadro porque te hacía sentir especial, pero tu necesidad de llamar la atención ha puesto en peligro a esta familia. Es un cuadro de diez millones de dólares, ¡por el amor de Dios! No se puede ir haciendo el tonto con algo así.

Nina ya había visto a Bertie enfadada con Bonnie, pero no de esa forma. Contuvo el aliento temiendo que su madre echara a Bertie de casa o pusiera fin a la relación. Pero, en lugar de eso, Bonnie asintió y susurró:

–Tienes razón.

–Esto tiene que parar –continuó Bertie–, principalmente porque Nina es tu hija y tú eres la madre. Actúa como tal y deja de ponerme en la situación de tener que tomar el mando. Yo tampoco quiero ser tu madre. Quiero ser tu pareja.

Y con eso Bertie se giró y salió de la cocina.

Bonnie apoyó una mano en la encimera como si fuera lo único que la estuviera manteniendo en pie. Con la respiración entrecortada, tomó aire varias veces antes de mirar a Nina.

–Ha sido espantoso. No soporto que Bertie se enfade conmigo.

Nina respiró hondo también.

–Y yo no soporto que me culpes por hacer lo correcto, y menos cuando hace dos días estabas de acuerdo con la decisión.

–Ya lo sé.

Bonnie se acercó a la botella de vino y quitó el corcho. Bajó una copa, se sirvió una cantidad generosa y dio un trago.

–Me va a obligar a actuar con responsabilidad –dijo su madre–. He intentado explicarle que no quiero ser la responsable de las dos.

–Tranquila, no hay peligro de que pase eso. Mamá, a veces me lo pones muy difícil. Estoy cansada de ocuparme de todo por aquí. Bertie se ha ofrecido a ayudarme y la voy a dejar. Ya no quiero seguir haciéndolo todo.

Su madre se apoyó en la encimera de nuevo.

–Creo que te resultará más divertido dejar que otros se ocupen de las mierdas de la vida.

–No sé.

Se esperaba que su madre se marchara, pero Bonnie asintió.

–Siento haberte gritado. Tienes razón. Accedí a sacar el cuadro de casa, pero ahora estoy triste de que ya no esté aquí.

En cualquier otro momento Nina, con mucho gusto, habría sacado la conversación sobre su enrevesado pasado, pero no esa noche. Le dolía la cabeza y estaba cansada.

–Mamá, Bertie y tú tenéis que decidir qué hacer con el cuadro. Ambrose se puede ocupar de venderlo si eso es lo que quieres hacer. Tiene buenas credenciales y referencias y unas tarifas razonables. Podemos encontrar un contable honesto que nos ayude con las inversiones. Pero el cuadro no puede quedarse para siempre en la cámara acorazada. No nos lo podemos permitir.

Su madre la miraba.

–Qué tristeza. Para ti el cuadro solo es una responsabilidad más. Si no lo vendemos, vas a tener que ocuparte de él el resto de tu vida.

–Algo así.

–Solo quería que fueses feliz –dijo su madre con un suspiro.

–No soy infeliz.

–Pero no es lo mismo. Te quiero de verdad, Nina. Y sé que a veces con eso no basta.

Por segunda vez en minutos, Nina contuvo las ganas de llorar.

–Sé que lo intentas.

–Intentarlo no es lo mismo que lograrlo, ¿no? Tomaremos una decisión –su madre sonrió y la besó en la mejilla–. Y pronto. Te lo prometo.

Nina la vio marcharse deseando poder creerse la promesa. Ojalá bastara con desearlo… Pero conocía a su madre y entendía que los clichés tenían un porqué.

* * *

–El problema de la fuerza de la gravedad es que no la ves venir –estaba diciendo Kyle la noche siguiente mientras se dirigían al puente–. Crees que vas bien y de pronto, ¡bum!, estás luchando por no perder la consciencia. Y eso en un avión no es nada bueno.

La había llamado la noche anterior para salir a cenar. Nina había aceptado pensando que se sentiría mejor después de dormir bien. Había pasado bien el día, pero en las últimas horas había empezado a encontrarse cada vez peor. Tenía náuseas y estaba segura de que la cabeza le palpitaba todavía más.

–Kyle –dijo cuando pararon en un semáforo–. No me encuentro bien. ¿Puedes llevarme a casa?

Se preparó para una discusión o, como poco, una explicación interminable, pero él la miró y dio media vuelta.

–¿Qué te pasa? –preguntó de vuelta a la isla.

–No lo sé. Llevo un día con un dolor de cabeza que viene y va y tengo el estómago revuelto.

Pensó en los pacientes que habían pasado por la consulta y gruñó.

–Mierda. Seguro que he pillado la gripe.

Él se apartó y el gesto fue evidente.

–¿No te has puesto la vacuna de la gripe?

–Sí, pero no es efectiva al cien por cien.

Kyle masculló algo sobre que le iba a tocar quedarse en tierra y condujo algo más deprisa hasta entrar a su vecindario. Cuando llegaron a la casa, paró en la entrada y bajó del coche.

La ayudó a salir y la acompañó a la puerta.

–¿Puedo ayudarte? ¿Te traigo algo?

Aunque agradecía la oferta, Nina se fijó en que estaba teniendo cuidado de no tocarla mucho. Le daba la sensación de que estaba arrepintiéndose del beso que le había dado al llegar a recogerla.

–Vete. Bebe mucho líquido y acuéstate pronto. Seguro que estarás bien.

–¿Y tú qué?

–Voy a meterme en la cama a esperar que pase. Te llamaré cuando esté mejor.

Él vaciló un segundo y la besó en la mejilla antes de volver corriendo al coche. Nina entró en casa y cerró la puerta.

Bertie estaba tumbada en el sofá leyendo. Levantó la mirada.

–¿Ya has vuelto?

–No me encuentro muy bien. A lo mejor he pillado la gripe. Voy a meterme en la cama a ver si se me pasa un poco durmiendo.

Bertie se levantó y se acercó. Le tocó la frente.

–Estás muy caliente. ¿Te has tomado la temperatura?

Nina pensó en la fiebre y los vómitos que acompañaban a la gripe;

en los escalofríos, en la flojera y en que se iba a encontrar fatal. Gruñó.

–No quiero saberlo. Ignoradme durante los próximos tres días.

–Sí, claro –dijo Bertie dirigiéndose al pasillo–. Ve a ponerte el pijama. En un momento voy con un poco de zumo.

Nina hizo lo que le dijo. Al echar a andar notó que el pasillo parecía larguísimo y un poco empinado. El estómago le dio dos vuelcos y agradeció no haber comido nada desde el almuerzo.

Llegó a la habitación y, como pudo, se puso el pijama. Se lavó la cara y los dientes y se metió en la cama. Algo después, no sabía si minutos u horas, estaba caliente y temblando. Le dolía todo el cuerpo, pero lo peor era el revoltijo de estómago.

Se puso de lado con la esperanza de que la postura ayudara y por poco no vomitó. Se incorporó con cierta dificultad y se obligó a respirar a un ritmo constante, pero tampoco sirvió de nada.

La puerta de la habitación se abrió. Nina miró la alta figura y tardó un segundo en reconocerla. Era Dylan.

–¿Qué haces aquí? –preguntó impactada por lo patética que le sonó la voz.

–Me ha llamado Bertie –respondió él dirigiéndose a la cama. Le tocó la frente, puso el maletín a un lado de la cama y sacó un termómetro.

–Vete. Tengo la gripe.

Miró el instrumento y gruñó.

–Si me metes eso en la boca, voy a vomitar.

–No pasa nada. Te lo voy a meter en el oído.

Ella se recostó sobre las almohadas y cerró los ojos.

–¿No me has oído? Tengo la gripe. ¿Y si te contagio? Vete.

Él le sonrió.

–¿Por qué me imaginaba que serías una paciente pésima? –se levantó y agarró el maletín–. No vayas a ninguna parte. Ahora vuelvo.

Nina intentó decirle que no se molestara, pero en lugar de eso tuvo que ir arrastrándose hasta el baño. Llegó al retrete justo a tiempo de vomitar.

Después de la segunda tanda de vómitos, volvió a la cama tambaleándose y diciéndose que ahora mismo morir no le parecía tan mala idea. Tenía frío y calor al mismo tiempo, estaba temblando y sin fuerzas y, en general, se sentía como una mierda de gato. Aunque pensar en mierda de gato tal vez no fuera buena idea. Acababa de subirse a la cama como pudo cuando Dylan volvió a aparecer.

–Vete –dijo con dificultad y preguntándose si tendría fuerzas para girarse hacia el otro lado.

–Lo siento –respondió Dylan con un tono que sonó asquerosamente

animado–. Me voy a quedar aquí mientras dure.

–Ni siquiera sé qué quieres decir.

Dylan tenía varias bolsas de la compra. Las dejó en el suelo y empezó a sacar cosas.

–Sopa, galletas saladas, antivirales, refrescos, zumo.

Ella intentaba centrarse en lo que estaba diciendo.

–No puedes comprar antivirales así, sin más.

–Soy médico. Te he hecho una receta y he ido a la farmacia. ¿Cuándo ha sido la última vez que has vomitado?

Nina hizo lo posible por mostrarse intensa y furiosa, pero le dio la sensación de que más bien resultó penosa.

–Hace unos veinte minutos.

–Vamos a esperar a ver si toleras el refresco antes de darte la medicina. No te va a servir de nada si la vomitas. ¿Te apetece sopa?

Solo de imaginarse algo parecido a comida tuvo que salir arrastrándose al baño, situado al otro lado del pasillo. Se abalanzó sobre el retrete y empezaron las arcadas. Dylan fue con ella y le sujetó el pelo con delicadeza. La humillación se entremezcló con la bilis y le quemó la garganta, pero no podía protestar. No hasta que cesaran las contracciones de estómago.

–Vete –logró decir cuando se tiró en el suelo del baño–. Lárgate.

–Lo siento, pero no.

Dylan la ayudó a levantarse y la llevó medio a cuestas hasta la habitación. Luego desapareció unos minutos. Nina esperaba que se hubiera marchado del todo, pero no tuvo tanta suerte. Volvió con un vaso y un par de manoplas. Estaban húmedas y frías. Se las pasó por la cara y por el cuello. Le subió las mangas del pijama y le frotó los brazos. Después le puso la otra manopla en la frente.

–Intenta dormir. Probaremos con los líquidos cuando te despiertes.

–No voy a dormir –dijo Nina con terquedad–. No deberías estar aquí.

–Deja de decir eso. Te toca aguantarme. Asúmelo. Y ahora cierra los ojos.

Nina hizo lo que le dijo, principalmente porque estaba cansadísima y hecha mierda. Cuando volvió a abrirlos, supo que había pasado tiempo porque no entraba luz por las ventanas. La única iluminación provenía de una lamparita en el escritorio. Desde la radio reloj sonaba música suave y Dylan estaba leyendo en la tumbona del rincón.

–Hola –le dijo al ver que había abierto los ojos–. ¿Cómo estás?

–Fatal.

–¿Y el estómago?

–Menos revuelto.

–Bien.

Dylan se levantó y fue hacia la cama. Le puso la mano en la frente.

–Sigues caliente.

Se sentó en el borde de la cama y le acercó un vaso.

–¿Puedes bebértelo?

Ella se incorporó y dio un sorbo. El dulce refresco le calmó la garganta y sintió frescor al tragar. Después de unos cuantos sorbos, le devolvió el vaso.

–Me ha sentado bien –murmuró.

–Entonces ya puedes tomarte el antiviral.

Él calculó la dosis y ella se la tomó. Después volvió a tumbarse y Dylan le besó la frente.

–Vuelve a dormir.

La próxima vez que despertó, él volvió a darle un poco más de refresco y unas cucharadas de sopa de pollo. Unas horas después fue Bertie la que le cambió las manoplas de la frente.

–Dylan se ha ido a trabajar.

–Debe de estar cansado –susurró Nina–. ¿Ha dormido algo?

–Me ha dicho que sí. Ahora descansa y no te preocupes por nada.

El día pasó deprisa y a trompicones. Cuando volvió a oscurecer, sintió a Dylan acariciándole la mejilla. Abrió los ojos.

–Tienes que descansar –le dijo ella–. Yo estoy bien.

–¿Quién es el profesional de la medicina aquí?

–Los dos.

–Una noche más y luego te librarás de mí.

Ella asintió, incapaz de quejarse por tenerlo cerca. Volvió a cerrar los ojos.

–Cuéntame algo –murmuró cambiando de postura para hacerle sitio en la cama.

–Claro –él la sorprendió al tumbarse a su lado y rodearla con el brazo.

«Qué gusto», pensó relajándose en su calidez.

–Mi madre odia mi sofá nuevo.

–¿Es de cuero negro?

–Pues claro.

–Hombre tenías que ser.

–Algo así me dijo ella, aunque el tono de mi madre era de más exasperación. Ahora está insistiendo en acompañarme a elegir los muebles del dormitorio, pero, la verdad, no me siento cómodo yendo a comprar una cama con mi madre.

Nina sonrió como pudo.

–Recuérdale que ya has terminado la universidad.

–No creo que sirva de nada. Dice que necesito color en mi vida.

–¿Y te dijo cuál?

Él se rio y ella sintió la vibración de su torso.

–No, pero se lo preguntaré.

Dylan siguió hablando. Le fue costando cada vez más escucharlo hasta que ya no oyó nada.

Capítulo 20

Al día siguiente Nina sabía que estaba mejorando. Pudo aguantar sentada, comer una tostada y una sopa, y solo durmió un par de horas por la tarde.

Alrededor de las cuatro, entró en la cocina y se encontró a Bertie metiendo un asado de cerdo en el horno. La mujer se quedó mirándola unos segundos y luego sonrió.

–Sí, muchísimo mejor –dijo antes de señalar uno de los taburetes de la barra–. Siéntate. No quiero que te marees. Has pillado una buena gripe, ¿eh? –añadió mientras se lavaba las manos. Luego se apoyó en la encimera–. Kyle ha estado llamando para preguntar por ti. Tu madre ha tenido algunas conversaciones bastante largas con él.

Nina gruñó.

–Eso no puede traer nada bueno.

–Probablemente no.

–No hace falta que lo digas con tanta alegría.

Bertie se limitó a sonreír.

–¿Té?

Nina asintió.

–Gracias. No sabrás qué le dijo, ¿no?

Bertie llenó la tetera de agua y la puso al fuego.

–Lo siento, pero no. Si te sirve de algo, Dylan ha estado aquí dos noches y durante el día ha estado llamando para ver cómo ibas. Un médico que llama a casa. Eso ya no se ve mucho.

Nina apoyó los codos en la encimera.

–Sigo demasiado débil para lidiar con la culpa.

–¿Por qué ibas a sentirte culpable?

–Por Dylan y Kyle. No deberían estar preocupados por mí los dos.

–¿Y por qué no?

–Porque está mal.

–¿Y eso quién lo dice?

Nina aún tenía la cabeza un poco atolondrada.

–Kyle quiere dar un paso más en nuestra relación, aunque ni siquiera sé qué significa. Dylan es… No sé lo que es. Mi amigo, supongo.

Solo se habían besado. Suponía que preguntarle al menos qué pensaba al respecto sería un signo de madurez, pero aún no estaba preparada.

–Seguro que Kyle se habría quedado si se lo hubiera pedido.

Bertie puso una tetera en la encimera y le metió un infusor con Earl Grey de lavanda.

–¿No crees que le preocupaba ponerse malo y tener que quedarse en tierra?

Nina recordó lo ansioso que había estado por apartarse de ella.

–Puede, pero parte de su trabajo consiste en mantenerse sano. Tiene que poder pilotar. Además, no quería que me viera así.

Bertie le sonrió.

–¿Entonces Dylan es distinto?

–Sí, pero no lo interpretes como no es. Somos amigos. Lo conozco de toda la vida.

–No tienes que elegir ahora mismo. Puedes tenerlos a los dos.

–No estoy preparada para eso –murmuró mientras recordaba que Averil le había dicho prácticamente lo mismo–. Voy a tumbarme un rato antes de cenar.

Bertie asintió.

–Te llevaré una taza de té cuando esté listo.

–Gracias.

Cuando dieron las seis y media Nina había estado durmiendo otro rato y se sentía mucho más normal. Sabía que Bertie diría que era por los poderes sanadores del Earl Grey y tal vez tuviera razón.

Se puso unos pantalones de chándal y una camiseta limpios antes de bajar a cenar con las demás y solo se estremeció un poco al oír a Barry Manilow por el equipo de sonido.

Averil puso los ojos en blanco.

–Ya, ya.

Bonnie, que estaba sentada a la mesa, puso mala cara al oírlas.

–Me da igual. Lo adoro y siempre adoraré su música –y dirigiéndose a Nina añadió–: Me alegro de que estés mejor. Kyle ha estado muy preocupado.

–Me han dicho que habéis estado hablando. ¿Debería preocuparme?

–Solo un poco.

Averil soltó una risita.

–Tú solo recuerda que la verdad te hará libre.

–Tengo mis dudas.

La cena era asado de cerdo con patatas gratinadas y judías verdes. Nina no sabía cuánto podría comer, así que se sirvió porciones diminutas de todo. Tenía el estómago asentado desde hacía un par de

días, pero no quería alterar demasiado a su organismo. Había una botella de pinot noir, pero se saltó el vino y se limitó al té.

–Tengo una lista –dijo Bonnie–. Creo que podemos convertirnos en una cadena.

–¿De anticuarios? –preguntó Averil.

–Sí. Podríamos extendernos. Imaginaos lo bien que nos iría en Sedona o Nueva Orleans. Estoy emocionadísima.

Nina tuvo la sensación de que el tema generaría un debate interminable.

–¿Lo dices por las ganancias del cuadro? ¿Por lo que vas a hacer con ellas?

–Eso si vendemos –aclaró su madre–. No es seguro.

A Nina empezó a dolerle la cabeza, pero esa jaqueca no tenía nada que ver con la gripe.

–¿Aún te planteas quedártelo?

¿Cómo iban a quedárselo? Un cuadro tan caro suponía una responsabilidad enorme. No tenían dinero para pagar el seguro, y mucho menos un sitio donde guardarlo. Solo las cuotas de la cámara acorazada del banco valían más que un coche de gama media. ¿Y qué pasaba con Ambrose? No podía esperar eternamente a que le pagaran sus honorarios.

Pero ahora no podía preocuparse por eso, se dijo soltando el tenedor y apartando el plato que no había tocado.

–Tienes que confiar en nosotras –le dijo su madre–. No somos tontas.

Bertie miró a su pareja y miró a Nina.

–Lo que quiere decir es que estamos estudiando todas las opciones que tenemos y vamos a tomar una decisión sensata juntas. Como familia.

Averil se encogió de hombros.

–Yo me mantengo al margen –le dijo a Nina.

Bonnie levantó la copa de vino.

–No. Aquí todas tenemos un voto igualitario –frunció el ceño–. Y nadie puede decirle que no a nadie –dijo antes de añadir con cara de alegría–: ¡Estaba pensando que podríamos comprar un caballo de carreras!

Nina apartó la silla y agarró la taza.

–No tengo mucha hambre. Disculpadme.

Nina comprobó el correo en el portátil. Estaba harta de estar en la habitación, pero no se sentía cómoda saliendo. Oía a las demás conversar y sabía que era mejor no saber de qué hablaban. La inquietud se apoderó de ella. Todo lo que estaba pasando la hacía

sentirse mal. Lo del cuadro, lidiar con su madre o estar atrapada en esa casa.

Pero nada de eso era el verdadero problema, se recordó. El problema era ella.

Alguien llamó a la puerta.

–Adelante –gritó mientras cerraba el correo y giraba la silla.

Averil entró.

–¿Cómo estás?

–Físicamente bien. Anímicamente, machacada.

–Mamá está siendo una cabrona aunque con esa sutileza suya –dijo su hermana al sentarse en la cama y cruzarse de piernas–. Un pinchacito por aquí, una pullita por allá… Nada directo, pero el mensaje se capta igualmente.

Nina no sabía si su hermana la estaba reconfortando o provocando. Y era injusto pensar así porque Averil estaba diciendo la verdad.

–A veces creo que me odia –admitió Nina.

–No le gusta que te ocupes de todo, pero luego ella no hace nada. Te atrapa y luego se queja cuando tomas las riendas. No es justo.

Nina miró a su hermana.

–Aun a riesgo de empezar a discutir contigo también, diré que estás siendo muy imparcial en todo esto.

–Me mantengo al margen de la refriega. Creo que ahora la cosa está peor porque no vas a dejar que mamá la cague. Hay demasiado en juego y sabes que tienes que presionarla. No quiere que nadie le diga lo que tiene que hacer, pero estamos hablando de millones de dólares. Podrían estafarlas o timarlas y acabarían sin nada pero con un montón de gastos.

Nina suspiró aliviada.

–Sí, y no quiero que pase eso.

–Yo tampoco. La verdad, no sé qué hacer con ella.

Volvieron a llamar. La puerta se abrió y apareció Bertie.

–¿Me puedo sumar a la conversación?

–Hablábamos de mamá –dijo Averil haciéndole sitio en la cama.

–Me lo imaginaba. Nos lo está poniendo complicado.

Nina se preguntó si Bertie también habría ido a intentar hacerla sentirse mejor y si sería una visita espontánea o planeada. De todos modos, aún estaba demasiado cansada como para que eso le importara. Mientras se resolviera el problema, le daba igual.

–Mamá me considera una aguafiestas. Quiero que haya diversión, pero también quiero que la cosa termine bien. Todo esto es como un desastre descomunal esperando a estallar. Podríais tener la vida solucionada. No tendríais que preocuparos por el dinero nunca más.

Averil arrugó la boca.

–A mamá ahora no le preocupa el dinero.

–Ganamos suficiente –añadió Bertie.

Nina empezaba a alterarse.

–Eso no es verdad. Hay que cambiar el tejado. ¿Alguna tenéis dinero para hacerlo? Porque yo no. Mi cuenta de ahorros se quedó limpia el año pasado cuando estalló el calentador de agua y hubo que hacer tantos arreglos de fontanería. Apenas ganáis en la tienda para cubrir gastos. Con lo que está encontrando Cindy, puede que por fin podáis sacar un pequeño sueldo. Y estaría muy bien, por cierto, porque llevo diez años manteniendo esta casa.

Se detuvo para tomar aire y lo soltó.

–No lo digo por ti, Bertie. Tú pagas tu parte.

Bertie tenía una pequeña herencia y usaba sus cheques mensuales para pagar su parte de la hipoteca, los servicios básicos y la comida.

A Bertie se le oscurecieron los ojos.

–No lo sabía –admitió–. Bonnie me ha ofrecido ser socia de la tienda, pero siempre me he negado porque daba por hecho que todas vivíais de ese dinero. Pensé que os generaba ingresos.

–¡Pues no! –contestó Nina con rotundidad.

Averil cambió de postura.

–Nina fue la que me pagó la universidad –dijo en voz baja–. Mamá no contribuyó en nada –añadió y se dirigió a su hermana–: ¿Por qué no me habías dicho nada de la casa? Te habría ayudado.

–No es responsabilidad tuya.

–¿Y tuya sí? –Averil torció el gesto–. ¿Así que solo tú puedes contribuir? También es mi familia y ayudaría encantada.

Nina se frotó la frente.

–No. No quería decir eso. No estabas aquí y no quería disgustarte.

–No. Lo que pasa es que quieres ser una mártir tú sola –dijo Averil, que añadió dirigiéndose a Bertie–: No lo hace por ayudar, sino por tener el control de todo.

Nina se puso tensa. No se había esperado ese ataque.

–No es justo. Yo estoy aquí pasándolo mal y no quería que tuvieras que preocuparte por nada. ¿Por eso soy la mala de la película?

–Yo merecía saber lo que estaba pasando y tú no me diste esa información.

–¡No querías saber nada! –contestó Nina con brusquedad sabiendo que no encontrarse al cien por cien la tenía agobiada. Sin embargo, no podía quedarse callada–. Solo te preocupas de ti misma. Mira lo que pasó cuando viniste. Ni siquiera preguntaste si era buen momento. Te limitaste a decir que venías a quedarte durante un tiempo inespecífico y te plantaste aquí. Has visto que esta casa es una mierda, pero ¿en algún momento te has planteado averiguar por qué?

Averil se puso de pie.

–No es justo.

–¿Ah, no? Soy la mala por querer asegurarme de que a Bertie y a mamá no les arruine la vida un cuadro de diez millones de dólares, ¿y luego es injusto pedirte que abras los ojos y veas lo que está pasando aquí?

–¡No sabía que tú lo pagabas todo! Deberías habérmelo dicho.

–Chicas –dijo Bertie levantándose también–. Esto no ayuda en nada.

–Y a Nina lo único que le importa es ayudar –dijo Averil con retranca–. ¿Sabes lo que de verdad odia de todo esto del cuadro? No que os engañen a mamá y a ti; eso la haría feliz porque podría decir que ella tenía razón y seguir controlándolo todo. Lo que no soportaría sería que tuvierais todo ese dinero y no la necesitarais, porque entonces no tendría nada –se dirigió a Nina–: ¡Por Dios! ¡Pero si sigues viviendo en esta casa! ¿Por qué no tienes vida? Eres tú la que le ha permitido a mamá que no crezca. Si la hubieses dejado, habría encontrado el modo de hacerlo, pero no soportabas no ser indispensable.

Nina se levantó y la miró.

–Claro, la que tiene problemas soy yo. ¿Quieres mirarte al espejo, Averil? ¿Qué haces aquí? ¿Es que no tienes un marido que se estará preguntando dónde cojones estás? No me digas lo que hago mal hasta que no soluciones tu propia vida.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe y Bertie apareció.

–¡Parad ya! ¡Dejad de discutir! Somos una familia. Actuad como tal.

Averil salió pasando por delante de su madre.

–Déjalo, mamá. Ya es demasiado tarde para intentar estar al mando de esta familia.

–¿Qué pasa? –le preguntó Dylan a Nina al darle una bolsa de comida para llevar.

Era el segundo día tras haberse reincorporado al trabajo y él había aparecido justo a tiempo del almuerzo. Nina estaba dejándole un mensaje a Kyle justo cuando lo había visto llegar y había colgado corriendo, consciente de que no manejaba bien eso de tener dos hombres.

Se sentaron en el banco del jardín de Andi. Nina sabía que había muchas ventanas que daban a esa zona, pero suponía que su almuerzo no ofrecería mucho entretenimiento a nadie. Dylan y ella comerían y charlarían, nada más.

–Mejor que no lo sepas –respondió mientras desenvolvía el sándwich de ensalada de pollo del Blackberry Island Inn–. Cosas de familia, básicamente.

Él le dio un refresco, pero no dijo nada.

Nina suspiró.

–Tuvimos una pelea grande hace un par de días y ahora no nos hablamos ninguna. Averil la tomó conmigo, yo la tomé con ella, apareció mi madre para intentar poner paz, pero todo se desmadró.

–Lo siento.

–Yo también –dijo Nina metiendo una pajita en el vaso–. Es el puñetero cuadro. Lo ha cambiado todo. Lo único que quiero es que Bertie y mamá tomen una decisión sensata y que no acaben jodidas con todo esto.

Pensó en lo que había dicho su hermana, en eso de que en el fondo quería que fracasaran para luego poder decirles que ella tenía razón. Averil se equivocaba. Lo que quería era ser libre y estar sola. Quería descubrir qué sueños tenía y por qué le costaba tanto perseguirlos.

Sacudió la cabeza.

–¿Podemos dejar de hablar de mí, por favor? Y, por cierto, gracias por toda tu ayuda mientras estaba enferma.

–De nada.

–Siento lo de los vómitos. Fue asqueroso para los dos.

Él sonrió.

–He visto cosas peores. Además, fuiste una paciente de perfil bajo. Básicamente dormías.

–Te quedaste conmigo las dos primeras noches, pero habría estado bien de todos modos.

–Quería asegurarme.

Ella observó su rostro, la forma de su boca, y volvió a preguntarse qué habría pasado si hubiera estado en casa el fin de semana que Dylan había ido a buscarla. ¡Y pensar que su destino había dependido de la decisión de ir a un bar un miércoles por la noche! Qué injusto.

Claro que también podría decirse que le estaba otorgando demasiado poder a Dylan. Ella podría haber tomado sus propias decisiones y cambiar su vida si hubiera querido. Pero, tal como había señalado Averil con tanta elocuencia hacía un par de días, seguía viviendo en casa.

–¿Qué has decidido sobre los muebles del dormitorio? ¿Has logrado convencer a tu madre de que no te acompañe a comprarlos?

–Le dije se estaba pasando un poco. Que mis muebles son cosa mía.

–Impresionante. ¿Y cómo se lo tomó?

–Se puso a llorar y me sentí el peor hijo del mundo.

Nina le tocó el dorso de la mano por encima de la mesa.

–Lo siento.

–Pero, bueno, lo hemos arreglado. Ella no va a entrometerse y yo voy a ir a cenar a casa mañana –dijo girando la mano. Ahora los dedos de Nina estaban posados en su palma y él se los apretó con cariño–. Mis padres son buena gente, pero de vez en cuando no va mal un poco de distanciamiento por una discusión.

–A mí me lo vas a decir.

–¿Tu madre sigue disgustada por lo del cuadro?

–¿Cómo lo sabías?

Él se encogió de hombros y Nina recordó que había estado en su casa un par de días mientras estaba enferma.

–Te dijo algo –murmuró avergonzada y frustrada. Aunque asumía que su madre era incontrolable, estaría bien que al menos se pudiera razonar con ella.

–Se quejó de que te hubieras llevado el cuadro. Cuando le dije que yo te había llevado en coche, se calló. Luego entró Bertie y cambiamos de tema. En algún momento entenderá por qué lo hiciste.

–Ya, pero eso implica sensatez, y la sensatez no es lo suyo. En momentos como este es cuando pienso que tendría que haberme largado mientras pude.

No tenía que haberlo dicho, porque decirlo le hizo pensar en la discusión con Averil. Ellas también seguían sin hablarse. Así que, claro, las noches eran muy silenciosas.

–Aún podrías irte.

–¿Intentas librarte de mí?

–Intento averiguar si eres feliz.

No era una conversación que le apeteciera tener en ese momento. Señaló al árbol que tenían detrás.

–Anda, mira. ¿Es un tucán?

Dylan sonrió sin girarse.

–Vale, ya cambio de tema. A lo mejor algún fin de semana podríamos ir a Seattle a ver un partido de los Mariners. Podríamos ir un sábado, ver la exposición de Chihuly, salir a cenar y luego ir al partido el domingo.

Si Nina hubiera estado comiendo en ese momento, se habría atragantado. Dylan estaba hablando tan tranquilo, como si nada, como si fuera una propuesta de lo más normal. Pero un fin de semana en Seattle durmiendo una noche fuera no era normal. Y tampoco era algo sencillo. ¿Le estaba pidiendo que la acompañara y que compartieran habitación? ¿Irían como amigos y cada uno se responsabilizaría de su alojamiento? ¿Le estaba pidiendo una cita de fin de semana?

Los pensamientos se le amontonaban en la cabeza empujándose los unos a los otros. Sí, Dylan la había besado y ella le había devuelto el beso, pero dormir juntos era otra cosa muy distinta. ¿No deberían ir más despacio y empezar, por ejemplo, por ir de la mano o algo así? ¿O acaso estaría malinterpretando la invitación?

Antes de saber qué decir, la puerta trasera de la casa se abrió y Andi salió a la calidez de la tarde con un cuenco en las manos.

–Hola, me han dicho que estabas comiendo aquí fuera y he pensado que… –se detuvo al ver a Dylan–. Ay, perdona. No me habían dicho

que tenías compañía.

–No huyas –dijo Dylan haciéndole sitio en el banco–. Siéntate con nosotros.

Andi miró a Nina, que asintió disimuladamente dándole su aprobación. Con una tercera persona en la mesa no tendría que responder a la propuesta del fin de semana, y ahora mismo eso le parecía genial.

Averil miró la gran mesa de comedor del Blackberry Preserves y supo que algo fallaba. Los manteles, se dijo. No, la forma en la que estaban apilados los platos. Había demasiados y daba sensación de agobio. «Menos es más», pensó mientras agarraba un par de cuencos. Era una filosofía que su madre jamás adoptaría.

La campanilla de la puerta tintineó y, al mirar, vio a una mujer asiática diminuta entrar en la tienda. Debía de medir bastante menos de metro y medio y tenía unos rasgos delicados. Llevaba ropa sin forma definida: una camisola sobre unos pantalones sueltos oscuros.

–¿Puedo ayudarla? –le preguntó Averil sonriendo.

La mujer se giró hacia ella y negó con la cabeza. Apretaba los labios como si acabara de probar algo desagradable.

–¿Trabaja aquí Cindy? –preguntó con un acento marcado.

Averil hizo lo posible por no abrir los ojos como platos. ¿En serio era la malvada suegra? ¿La que le hacía la vida imposible a Cindy?

–Sí, señora… señora Yoo. No está aquí ahora mismo. Ha ido al banco.

Ahora que estaban vendiendo género, tenían recibos de verdad que había que contar e ingresar. Era superemocionante.

La mujer asintió.

–Bien. Me alegro de que no esté aquí –sacó una pequeña bolsa de papel marrón–. Se ha olvidado el almuerzo. Le entrará hambre. Dáselo y no le digas que he estado aquí.

Averil ladeó la cabeza.

–¿No quiere que Cindy sepa que le ha traído el almuerzo?

–No.

–Pero es muy amable por su parte. ¿No quiere que Cindy sepa que…? –Averil se detuvo a observar a la diminuta mujer, que estaba mirándolo todo como intentando memorizar lo que veía.

–¿Cindy trabaja bien?

–Sí. Es maravillosa.

A la señora Yoo se le elevó una comisura de los labios como si fuera a sonreír, pero entonces la expresión de dureza volvió.

–Ten cuidado. Cindy es una vaga.

–No puede decirlo en serio.

–Claro que sí.

Era una conversación de lo más rara. ¿Para qué iba a ir ahí la mujer si tanto odiaba a Cindy? ¿Por qué molestarse en llevarle el almuerzo? A menos que se tratara de algún juego extraño que ella no llegaba a entender…

–Cindy siempre habla muy bien de usted –mintió Averil–. Debe de estar muy orgullosa del éxito de su hijo y de sus nietos.

–Sí. Mi hijo es un buen chico.

–¿Sabe? No me lo trago. Creo que Cindy le importa, pero por alguna razón no quiere que ella lo sepa.

La mujer tomó aire y se puso recta.

–Ella no me importa. Es una esposa terrible.

–¿En serio? ¿Después de tantos años y de dos nietos? ¿Entonces por qué se ha molestado en traerle el almuerzo? Debería alegrarse de que le entre hambre y no tenga comida.

–Está demasiado delgada. Dile que se lo coma todo –dijo la señora Yoo antes de ir hacia la puerta. Pero entonces se giró y añadió–: ¿Es feliz aquí?

Averil asintió.

–Eso espero. Parece que sí. Estaríamos perdidas sin ella.

La señora Yoo asintió muy despacio.

–Yo también.

–He decidido no seguir enfadada contigo –dijo Bonnie.

Nina levantó la mirada del libro que estaba leyendo. Su madre estaba en la puerta de su dormitorio.

–Vale –respondió Nina despacio–. Supongo que eso es bueno.

Bonnie entró y se sentó en la silla junto al escritorio.

–Sé que has estado disgustada –sonrió–, pero ya no tienes por qué estarlo.

Nina reconocía esa trampa.

–Estás diciendo que me perdonas.

Su madre esbozó una amplia sonrisa.

–Exacto.

–Ya, pero es que no he hecho nada malo.

La sonrisa empezó a desvanecerse.

–No tenemos que hablar más de esto, Nina.

–Creo que sí. Teníamos un acuerdo sobre el cuadro. A todas nos pareció buena idea no decir nada hasta que Bertie y tú decidierais qué hacer. Pero tú cambiaste las reglas y, cuando eso trajo consecuencias, te enfadaste. ¿Qué querías que hiciéramos? ¿Dejar el cuadro en casa para que alguien pudiera robarlo?

–No le habría pasado nada.

Nina soltó el libro y suspiró.

–¿En serio? ¿Habrías estado tan tranquila dejando una obra de arte tan cara aquí, sin alarma y sin nada?

–Tienes que creer en la bondad de la gente.

Nina puso los ojos en blanco.

–Si vas a actuar como si no entendieras lo que hiciste, mamá, entonces no quiero hablar de esto. Si quieres decir que me perdonas, pues vale, pero yo no voy a pedir disculpas. Tuve que ocuparme de la situación porque no me dejaste elección.

Su madre apretó la boca.

–No sé por qué eres tan complicada.

–Soy sincera.

–Eso es solo una excusa para ser cruel.

–Ya estamos otra vez –dijo inclinándose–. ¿Por qué no podemos hablar? Si crees en la bondad de las personas, ¿por qué te parezco cruel?

Bonnie movió las manos nerviosa y luego se las colocó a ambos lados del cuerpo.

–Te lo tomas todo demasiado literal.

–Eres mi madre. Escucho lo que dices y, cuando hablas así, me haces daño. Quieres tener la libertad de decir lo que se te pase por la cabeza y que luego no importe. Pero ahí volvemos al tema de las consecuencias. Ojalá…

Nina se dejó caer sobre las almohadas. No servía de nada, se dijo. Bonnie jamás vería las cosas como una adulta normal. Quería ser una niña eternamente porque así todo era más fácil. ¡Que los demás asumieran las responsabilidades!

Era parte de su ser, como ser alta y ser mujer. A algunas personas se les daban bien las matemáticas y a otras no. A Bonnie le gustaba que cuidaran de ella y se le daba muy bien asegurarse de que así fuera.

Su madre fue hacia la cama y se sentó en el borde.

–¿Ojalá qué? –preguntó con delicadeza.

–Ojalá te parecieras más a las otras madres. Ojalá reconocieras que actué bien con lo del cuadro. Ojalá me vieras como alguien que se preocupa por ti en lugar de como la persona que te impide tener lo que quieres.

Bonnie apretó los labios y unas lágrimas en absoluto esperadas le llenaron los ojos.

–Sé que te preocupas por mí, Nina –alargó las manos–. Te quiero tanto. Pero es que…

–Lo que quiero yo no importa tanto como lo que quieres tú –dijo Nina–. Jamás escogerás lo que es mejor para mí antes de lo que es mejor para ti.

–No puedo.

–No quieres. Hay una diferencia. No vas a cambiar.

Nina se detuvo mientras esa última frase no dejaba de darle vueltas por la cabeza. Bonnie no cambiaría jamás. Y si ella esperaba a que esa gran revelación alterara el comportamiento de su madre, antes acabaría llegando el fin de la eternidad.

Sabía que en esas palabras había información más importante, pero necesitaba tiempo para pensar en ello.

–No pasa nada –dijo fingiendo una sonrisa.

A Bonnie pareció bastarle con eso. Le dio una palmadita en la rodilla.

–¿Sigues peleada con tu hermana?

–No estamos peleadas, pero si estás preguntando por la conversación seria que hemos tenido… ahora no es el momento.

–Tienes que aprender a perdonar, Nina. No todos somos como tú.

–Entendido, mamá.

Bonnie le sonrió.

–Siempre has cuidado muy bien de nosotras.

Y eso explicaba en parte la sensación de atrapamiento con la que llevaba viviendo tantos años.

Su madre se inclinó y la besó en la cabeza.

–Te dejo con tu libro.

Se levantó y se marchó.

Nina volvió a tumbarse e intentó averiguar dónde habían estado los fallos. Sabía que de pequeña no había tenido mucho control sobre lo que había pasado, pero ¿y después? ¿Sus actos no eran culpa suya?

Le sonó el teléfono. Miró la pantalla y vio un mensaje de Kyle.

Ya en Everett. Te echo de menos. ¿Puedo verte?

Nina se levantó y agarró el bolso grande. En cuestión de minutos se había cambiado de ropa, se había lavado los dientes, había comido lo suficiente para aguantar la noche y estaba saliendo por la puerta.

No sabía qué quería Kyle de ella, pero ahora mismo le daba igual. Le bastaba con poder olvidarse de todo en su cama.

Capítulo 21

El sábado a última hora de la mañana Nina decidió desherbar el jardín. Se puso unos vaqueros raídos, una camiseta y un sombrero grande que la protegería de cualquier rayo de sol que se filtrara por las altas nubes. A las dos había avanzando bastante y estaba agarrotada pero más relajada mentalmente. Aunque su familia siguiera volviéndola loca, al menos el jardín tenía mejor aspecto.

Se levantó y se estiró. Tenía calor, estaba pegajosa y tenía arañazos por los brazos. Pero todo ello era prueba de un trabajo duro, pensó feliz.

Bertie salió al porche trasero.

–Has hecho un trabajo maravilloso.

–Podrías haber ayudado.

La mujer sonrió.

–¿Y estropearte la diversión?

–Hay diversión de sobra para todas.

Bertie se rio.

–Pues la cosa va a ponerse más divertida todavía porque tu madre y yo queremos hacer una barbacoa esta noche.

–¿Solo la familia? –preguntó Nina pensando cuánto trabajo supondría.

–Básicamente. Tu hermana y tú seguís sin hablaros.

–No estamos sin hablarnos. Es solo que hace días que no la veo.

–Os habéis estado evitando.

«Y con razón», pensó Nina. Parecía imposible tener una conversación sin discutir.

Bertie levantó el cubo lleno de hierbajos y lo llevó al contenedor de basura que tenían en el jardín. Nina la siguió.

–Supongo que quejarme de que no quiero hablar con ella no me hace parecer la hermana madura.

–No mucho –dijo Bertie sonriendo–. ¿Sabes? Voy a invitar a tu chico esta noche. ¿Qué te parece?

–Bien. Gracias.

–Vale. Bueno, voy a guardar las herramientas. Tú ve a ducharte. Tenemos mucho que preparar.

Nina fue hacia la casa. Y solo una vez que hubo entrado en la ducha le surgió una repentina pregunta: ¿a qué chico se había referido Bertie?

Averil echó las patatas hervidas en un colador y abrió el agua fría. Ya había troceado los huevos y el apio para la ensalada de patata. La tarta de chocolate que había horneado antes estaba enfriándose en una rejilla y su madre y ella ya habían cubierto los trozos de pollo con el adobo.

Eran casi las cuatro de la tarde. No recordaba la última vez que había pasado horas cocinando. Por la razón que fuera, Kevin y ella se habían acostumbrado a pedir comida. O eso o ella preparaba algo rápido. Cuando se casaron, habían planificado menús y habían ido a la compra juntos, e incluso habían probado a hacer recetas nuevas los fines de semana. Como a la mayoría de los hombres, a Kevin le encantaba cocinar en la barbacoa, aunque también hacía cosas bastante decentes con un horno normal.

Echó el apio en el cuenco e intentó recordar cuándo habían terminado aquellas tardes de cocina. ¿Sería por alguna entrega de trabajo que hubiera tenido ella? ¿O él? ¿Así era como habían ido dejando esa costumbre?

Por la razón que fuera, habían pasado de estar felices a estar alejados, y no sabía cómo habían llegado ahí. Le gustaba la compañía de Kevin. Le gustaba pasar tiempo a su lado, así que, ¿dónde estaba el problema? ¿Por qué se había resistido a conectar con él?

Bonnie entró en la cocina. Vestía una camisola sobre unos pantalones cortos blancos y llevaba su larga melena rubia y ondulada suelta y unos pendientes de aro grandes.

–Me hace mucha ilusión la fiesta de esta noche –dijo con una botella de vino debajo de cada brazo–. He decidido hacer mi famosa sangría.

–Bien. Así no tendremos una resaca como la que tuvimos con los margaritas.

Su madre sonrió y soltó las botellas antes de ir a abrazarla.

–Cuánto me alegro de que estés en casa. Echaba de menos verte.

–Yo también te he echado de menos, mamá.

–Tú eres mucho más divertida y no tenemos que hablar de todas esas reglas.

Averil se sintió un poco incómoda con la crítica hacia Nina. Esos comentarios estaban bien cuando su hermana y ella discutían, pero Bonnie era la madre. ¿Debería hablar así, con ese tono ofensivo, de la hija a la que prácticamente había abandonado pensando que se cuidaría sola?

Ahora, aún enfadada por la reciente discusión, Averil se vio en la

molesta posición de tener que defender a su hermana.

–Nina se ocupa muy bien de todo por aquí. Si no fuera por ella, tú tendrías que tener muchas más responsabilidades.

Bonnie suspiró. Sacó el sacacorchos y se puso con las botellas.

–Supongo. Tampoco es que esté enfadada con ella. Es solo que me gustaría que no fuese tan estirada –sonrió y añadió–: Y para demostrarlo, he invitado a Kyle a cenar con nosotras.

–¿A Kyle? Creía que Bertie se lo había dicho a Dylan. Me lo ha comentado cuando me ha dicho lo de la fiesta y me ha pedido que hiciera la tarta.

Bonnie soltó el sacacorchos.

–Dylan no. Kyle es el piloto de combate. ¡Es tan guapo, con esos ojazos azules! –suspiró–. Si tuviera quince años menos… y aún me acostara con hombres…

«Qué dato tan fascinante», pensó Averil intentando procesarlo todo.

–¿Has llamado a Kyle?

–Sí. He usado el móvil de Nina mientras ella estaba en el jardín.

Averil sintió ganas de reír y a la vez horror acumulándosele en el estómago. Salió al pasillo.

–¿Bertie?

Bertie salió al pasillo desde el salón.

–¿Qué?

–¿Has invitado a Dylan a cenar?

Bertie frunció el ceño, extrañada.

–Sí. Ya te lo he dicho antes. ¿Ha llamado? ¿No puede venir?

Bonnie se cubrió la boca con una mano como conteniendo la risa. Los ojos le brillaban de diversión.

–Esto es una maravilla –logró decir.

Averil no lo tenía tan claro.

–¿Qué pasa? –preguntó Bertie.

–He invitado a Kyle –dijo Bonnie.

Bertie arrugó la boca.

–Pero Dylan ha estado con Nina cuando ha estado enferma. Se ha quedado aquí dos noches. La ha cuidado.

–Kyle es más sexi. Es intrépido. Lo último que necesita Nina es un hombre tan responsable como ella. Ya es bastante mojigata tal cual es.

–¡Bonnie! –gritó Bertie con tono agudo.

Bonnie dejó de reírse.

–Perdón.

Bertie se dirigió a Averil.

–Tenemos un problema. ¿Debería llamar a Dylan y decirle que hemos cancelado la fiesta?

–Querrá saber por qué –señaló Averil sin poder creerse lo que había pasado. Nina iba a ponerse hecha una furia–. Y Kyle también. No

podemos decir que ha vuelto a ponerse enferma. Kyle no se lo creerá y Dylan vendrá a verla de todos modos.

–Necesitamos una distracción –dijo Bonnie.

–No vamos a incendiar la casa.

–No. No me refiero a algo así, sino a más gente. Deberíamos empezar a llamar a todos los que conocemos. Si hay mucha gente por aquí, Dylan y Kyle ni siquiera se percatarán el uno del otro.

Averil suponía que las probabilidades de que eso pasara eran escasas, pero no sabía qué otra cosa hacer.

–Tengo que decírselo a Nina –dijo limpiándose las manos con un paño.

Bonnie levantó las manos y dio un paso atrás como temerosa de la reacción de su hija. Bertie sacudió la cabeza.

–Esto no va a acabar bien. ¿Por qué has invitado a Kyle?

–Porque se está acostando con él. Dylan y ella solo son amigos.

–Es más que su amigo –dijo Bertie con firmeza.

Seguían discutiendo mientras Averil se dirigía al dormitorio de su hermana.

Nina se había duchado y puesto unos pantalones capri y una camiseta. Se había alisado el pelo y estaba poniéndose unos pendientes dorados largos.

–Hola –dijo al ver a Averil–. Estoy limpia y lista para ayudar con lo de esta noche. ¿Necesitáis que vaya a la tienda o tenemos de todo?

Averil había estado haciendo lo posible por evitar a Nina y tenía la sensación de que su hermana había estado haciendo lo mismo. Su última discusión había sido más fea de lo habitual y se habían lanzado muchas acusaciones, aunque también se habían dicho muchas verdades. Nina era demasiado orgullosa para pedir ayuda y le gustaba hacerse la mártir. Averil no quería tener que preocupase por su familia, así que no se molestaba en preguntar cómo iban las cosas.

Aunque las dos tenían culpa, suponía que debería haberse interesado por lo que estaba pasando. Estaba claro que Nina mantenía a su madre. Siempre lo había hecho. Bertie ayudaba en lo que podía, pero no era rica. Kevin habría estado encantado de que ella les enviara dinero todos los meses, pensó invadida por la culpa.

Abrió la boca para decirlo, pero se recordó que tenían un problema mayor.

–Puede que necesitemos más cosas de la tienda. La fiesta es cada vez más grande.

Nina se puso unas sandalias.

–Vale. Lo de invitar a mucha gente es un poco precipitado, ¿no?

–Ya, bueno, es que necesitamos una distracción. Sabes que esta noche tienes una cita, ¿no?

–Bertie me ha dicho que ha invitado… –se detuvo–. Bertie ha

invitado a Dylan, ¿verdad?

–Sí, sí, ha invitado a Dylan. Y mamá ha invitado a Kyle.

A Nina le daba vueltas la habitación. No era como cuando había tenido la gripe y no podía centrarse. No tenía la cabeza abotargada ni mucho menos. Veía todo lo que estaba pasando con perfecta claridad. O todo lo que pasaría. Se le encogió el pecho hasta impedirle respirar.

–¿Dylan y Kyle?

Averil se mordió el labio inferior.

–Ya. Qué locura, ¿eh? Supongo que cuando Bertie y mamá hablaron de lo de esta noche, comentaron lo de invitar a tu chico, pero cada una tenía una idea distinta de quién era. Pensé que solo te estabas acostando con Kyle.

–Y es verdad. Dylan y yo somos…

No sabía bien qué eran, pero sí sabía que la situación iba a volverse muy incómoda en varios frentes. Y eso no podía pasar. Tenía que impedirlo.

–Tengo que asegurarme de que Kyle no venga. Voy a llamarlo para decirle que ha habido un cambio de planes.

–¿No quieres probar a decírselo a Dylan?

–Es más probable que Kyle haga lo que le digo.

Se lanzó a por el teléfono y marcó el número. Se oyeron varios tonos y luego saltó el buzón de voz.

Maldijo en voz baja, respiró hondo y llamó a Dylan.

–Hola –dijo él al responder después del primer tono–. Voy a pasarme por la bodega ahora. Tu madre acaba de llamarme para decirme que necesita un par de botellas más para hacer sangría. Luego iré directo.

Nina se sentó en la cama.

–¿Te acaba de llamar mi madre?

–Sí. ¿No te lo ha dicho?

–No. No me ha dicho nada.

Él soltó una risita.

–Bueno, imagino que tampoco es ninguna sorpresa. Hasta ahora.

Nina colgó, tiró el teléfono en la cama y se cubrió la cara con las manos.

–Lo está haciendo a propósito.

–¿Qué te ha dicho?

Miró a su hermana.

–Que mamá acaba de llamarlo para decirle que traiga más vino para la sangría. Está de camino. Y no puedo contactar con Kyle.

No podía estar pasando. ¡No podía! ¿Los dos allí? No tenía ni idea de cómo iba a acabar la noche. Kyle sería tan majo como de

costumbre, pero…

–No tengo ni idea de cómo va a reaccionar Dylan –admitió llevándose una mano al estómago. Tenía que haber una solución, pensó desesperada.

–¿Y te importa? –preguntó Averil–. No lo digo en plan borde. Solo digo que es Kyle con el que te estás acostando.

–Ya, pero Dylan se ha portado muy bien conmigo. Me ha cuidado –miró a Averil–. Y ha habido algún beso. No sabe lo de Kyle y seguro que no se imagina que me estoy acostando con alguien.

¿Por qué? Esa era la pregunta. ¿Por qué había pasado esto?

–Está dando por hecho que no hay nadie más –le dijo Averil–, pero tampoco es que te lo haya preguntado.

–Yo tampoco he preguntado.

–Pues entonces a lo mejor trae una novia y con eso resuelve el problema.

Nina ignoró el pinchazo que esas palabras le produjeron en el estómago.

–No tengo tan buena suerte –le dijo a su hermana.

Bertie entró en el dormitorio.

–Lo siento mucho –le dijo a Nina con mirada de arrepentimiento–. En ningún momento se me ocurrió que, mientras yo se lo decía a Dylan, tu madre se lo diría a Kyle. Es absurdo pero sin el toque de humor británico –se detuvo–. ¿Estás muy enfadada?

–Bertie, te quiero –dijo Nina–, pero, por favor, deja de invitar a mis amigos a casa.

–No volverá a pasar.

Antes de que ninguna pudiera decir más, alguien llamó a la puerta principal.

–¿Ya? –preguntó Nina gimoteando.

–Yo abro –dijo Bertie.

–Eso no nos da mucho tiempo –señaló Averil–. Voy a llamar a Cindy para ver si su marido y ella se pueden pasar. Si hay mucha gente, no debería pasar nada.

Nina miró a su hermana.

–¿De verdad lo crees?

–No, pero a lo mejor fingirlo ayuda.

«Lo dudo mucho», pensó Nina levantándose y saliendo de la habitación.

Al entrar en el salón vio a Kyle dándole a su madre lo que parecía una caja enorme de fresas. Detrás de él estaban Deanna, su marido y sus cinco hijas, además de Carrie, la mejor amiga de la mayor.

–¡Hola! –le dijo Kyle yendo hacia ella. La levantó en brazos y le dio vueltas–. Hacía mucho que no te veía –se acercó para besarla.

Estaban en público, así que no hubo ni lengua ni nada, pero fue un

beso entre un hombre y una mujer. Nina no se había sentido tan abochornada en toda su vida. Se apartó todo lo rápido que pudo, pero no lo suficiente. Al girarse, vio a Dylan en la puerta. Tenía una botella de vino en cada mano y la expresión de estupor de un hombre al que acababan de darle un buen mamporro.

A Averil nunca le había caído muy bien Dylan. Cuando su hermana había estado saliendo con él, no le había interesado mucho su relación porque había estado demasiado ocupada con su propia vida, aunque sí que recordaba el momento en que él había dejado a Nina. Su hermana mayor, su roca emocional, se había desmoronado y Averil se había sentido indignada y también aterrada de ver tantas emociones en estado puro. Ahora, muchos años después, consideraba que Dylan había perdido su oportunidad y que, pasara lo que pasara, se lo tenía merecido.

Pero eso cambió en el instante en el que él asimiló que Nina había estado besándose con otro. Averil vio distintas emociones cruzándole la mirada y sus manos aferradas con fuerza a las botellas de vino. Kyle era piloto de combate, el tío guay. De haber estado en igualdad de condiciones, tal vez Dylan lo habría vencido, pero por el modo en que Kyle agarraba a Nina de la cadera, era bastante obvio que eran más que amigos.

Bonnie salió corriendo.

–¡Dylan, has venido! –le dio un beso en la mejilla y agarró el vino–. ¿Conoces a todos?

Empezó a nombrar a la gente y así, como si nada, mencionó a «Kyle, el amigo de Nina».

Averil se acercó al exnovio de su hermana y lo agarró del brazo.

–Hola, Dylan –dijo sonriendo–. ¿Te adaptas a la vida en la isla?

–Sí.

Él miró a Nina una vez más antes de entrar en la cocina con Averil. Una vez allí, se apoyó en la encimera.

–¿Quién es el nuevo?

Averil pensó en fingir que no sabía de quién hablaba, pero era una estupidez. No podría engañarlo y cambiar de tema sin más.

Era la típica situación sobre la que podría escribirle alguna de sus lectoras, pensó mientras por un instante se preguntaba si podría usar una escena así en su libro. Solo llevaba sesenta páginas y aún no tenía pensado todo el…

–¡Averil!

Se puso tensa.

–¿Qué? Ay, lo siento. Es… Kyle. Nina lo conoce de toda la vida. Fue su canguro. Bueno, de él no, de su hermana pequeña. Es curioso, pero

él se acordaba de ella. Ahora es piloto de combate y está en Everett. Ha venido a visitarla. Qué pequeño es el mundo, ¿eh?

Dylan miró hacia el salón y Averil esperó que todos hubieran salido afuera. La tarde era cálida y Bertie ya había montado las mesas plegables en el césped.

Se acercó a su tarta, aún sin glasear.

–Lo de la fiesta ha surgido sin más. Esta mañana solo íbamos a ser las cuatro y ahora han venido todos a los que conocemos. Qué divertido.

Esperaba no haber sonado tan ridícula como se sentía. Dylan se cruzó de brazos.

–¿Se está acostando con ese chico?

Averil tragó saliva.

–Dylan, yo…

Él se apartó de la encimera y cruzó la cocina. Salió y se dirigió a la puerta principal. Unos segundos después Averil oyó un motor arrancando.

Esperó a que Dylan se hubiera marchado antes de salir a buscar a su hermana. Nina seguía al lado de Kyle. Estaba sonriendo, pero esa expresión de «qué contenta estoy» era toda fingida.

Bertie vio a Averil y corrió hacia ella.

–¿Va todo bien?

–Dylan ha tenido que marcharse.

Bertie suspiró.

–¿Ha dicho algo?

Averil negó con la cabeza.

–Imagino que suponías que, después de una década, tu madre y yo habríamos aprendido a comunicarnos mejor. Bueno, voy a decírselo a Nina. Espero que este sea el último desastre del día.

Capítulo 22

Nina pasó la mayor parte del lunes esperándose que apareciera Dylan. Siempre que tenía un momento, se metía en su pequeño despacho para evitar que la sorprendiera, porque sabía que iría. Tenía que ir. Y, como poco, gritaría.

Aún no sabía cómo iba a sobrellevar verlo dolido y furioso. Por un lado, ni siquiera estaban saliendo de forma oficial y él no tenía ningún derecho a molestarse porque estuviera viendo a alguien. Por el otro, últimamente habían pasado mucho tiempo juntos y ella le había devuelto un beso. ¿Habría estado fuera de lugar avisarlo?

Entendía a Dylan y, a la vez, se ponía a la defensiva. Incluso con una agenda llena de pacientes, tuvo demasiado tiempo para pensar. Finalmente, a las cuatro, le quedó claro que no se pasaría por allí.

Se planteó ir ella a su consulta y hablar del asunto. No quería dejar esa conversación pendiente. Sin embargo, tal vez no fuera lo mejor aclarar las cosas en el trabajo. Podría esperar a que él estuviera en casa. O podría llamarlo. O esperar a que fuera él.

Al salir de la clínica, pasó por Blackberry Preserves. Y no en un intento de esconderse, sino porque hacía mucho que no iba a la tienda. Averil había estado yendo con regularidad y siempre hablaba del trabajo tan increíble que estaba haciendo Cindy. Bertie también hablaba muy bien de su nueva empleada. Aun así, comprobar las cosas por sí misma era lo más inteligente, se dijo mientras conducía hacia el mar.

Al parar en un semáforo buscó el BMW de Dylan entre los coches que la rodeaban. Pero, bueno, tampoco es que fuera a plantarle cara en un cruce. Además, ella no había hecho nada malo. Mientras su cabeza volvía a recurrir al argumento de «Ni siquiera estamos saliendo», se preparó para darle vueltas al tema una vez más… y ya iban trescientas cuarenta y siete.

No había ningún coche en el aparcamiento de la tienda de antigüedades, aunque tampoco era tan sorprendente el lunes previo al Día de los Caídos. Después de la festividad los turistas plagaban la isla, pero hasta el comienzo extraoficial del verano, los días laborables eran tranquilos.

Aparcó y entró. Cindy estaba en la zona oeste de la tienda, de cuclillas junto a un aparador sacando pilas de platos. Se levantó al verla.

–¡Hola! –dijo sonriendo–. El sábado tuvimos mucha demanda de vajillas. Debía de haber algo en el ambiente. Vendimos cuatro juegos completos y un montón de piezas sueltas –esbozó una sonrisa más amplia–. Sin duda este mes vamos a poder pagar el alquiler. He estado sacando los distintos juegos que quedan e intentando decidir cómo colocarlos en la mesa.

–¿Tienen valor? –preguntó Nina aún sorprendida de que Blackberry Preserves hubiera dejado de ser una ruina.

¿Siempre había tenido potencial y el único problema había sido no encontrar a la persona adecuada? ¿O Bertie y Bonnie habían tenido un golpe de suerte al comprar inventario? Al fin y al cabo, habían encontrado un cuadro que valía diez millones de dólares.

–Algunos sí –Cindy vaciló antes de añadir–: Casi todo lo que hay en la tienda estaba marcado con precios inferiores a veinte dólares. Cuando la gente los ve, puede dar por hecho que todo es chatarra.

Nina asintió.

–Así que estás diciendo que subir el precio de veinte a cincuenta puede cambiar algo.

–Claro que sí –Cindy señaló los platos–. Incluso las vajillas más modernas pueden ser caras. Hace unos días vendí un modelo retirado de Lennox. No era tan viejo, pero estaba en estupendo estado y tenía algunas piezas de servir. Saqué unos dos mil quinientos.

Nina parpadeó atónita.

–¿Dólares?

–Ajá.

–No tenía ni idea –murmuró–. Voy a ver el ordenador.

–Claro.

Cindy volvió a agacharse para sacar más existencias del enorme aparador y Nina entró en el despacho de la trastienda. El ordenador, que aún funcionaba con el Windows XP, estaba encendido. Entró en el programa de contabilidad protegido con contraseña y esperó a que la conexión a Internet le diera acceso a los últimos informes del contable que tenían contratado.

Había intentado llevar las cuentas ella, pero no tenía ni tiempo ni conocimientos suficientes sobre contabilidad. Tres años atrás se lo había encargado a una persona de la isla. Por ochenta dólares al mes, los montones de facturas quedaban pagados, los recibos quedaban registrados y se tramitaba la nómina del empleado que tuvieran. Lo único que tenía que hacer ella era imprimir los informes e introducir información del inventario.

El saldo de la cuenta de la tienda solía ser de unos cientos de

dólares. Subía a lo largo del mes y bajaba cuando se pagaban las facturas a primeros del siguiente. La mayoría de los meses los ingresos cubrían los gastos del empleado a media jornada que tuvieran. El verano era la mejor época. Con suerte, Bonnie podía sacar al año unos pocos miles de dólares con la tienda.

Nina ojeó los informes. El saldo de la cuenta era… Se detuvo y miró la pantalla. El número parecía bailar y temblar.

¿Diecisiete *mil* dólares? ¿Diecisiete mil dólares?

Se quedó con la boca abierta al revisar el registro. Ahí estaba todo. Depósito tras depósito. Con anotaciones: Mantelerías. Fiambreras. Muñecas. Tres sillones y un sofá. Lámpara de araña.

Tenían las mismas facturas de siempre y Cindy estaba trabajando casi cuarenta horas semanales, así que estaba ganando más que cualquier empleado a media jornada que hubieran tenido.

Miró los otros informes. El inventario estaba actualizado. Había listas y precios aproximados que suponían un gran aumento por encima de los gastos. Bonnie se negaba a derrochar cuando hacía sus viajes.

Nina volvió al saldo de la cuenta y miró la cifra. Con eso podrían pagar un tejado nuevo. Podrían cambiar la moqueta. Y si la cosa seguía así, podrían liquidar la hipoteca de la casa… siempre que pudiera evitar que su madre la rehipotecara, claro, porque a Bonnie le gustaba hacerlo en cuanto saldaban la anterior.

Esos ingresos suponían que podría ahorrar un poco de su propio dinero. Guardar un poco para su futuro… fuera lo que fuera lo que significara.

Salió del programa de contabilidad y se levantó. Al mirar a su alrededor en la trastienda vio que lo que siempre había considerado chatarra era algo más. O podía serlo. Bonnie jamás dedicaría tiempo a averiguar qué tenía valor y qué no, pero estaba claro que Cindy sí.

Volvió a la zona de tienda. Cindy había apilado platos en otros muebles y sillas, y ahora estaba jugando con distintas disposiciones y manteles.

–A tu hermana esto se le da mucho mejor que a mí –le dijo al verla–. Combina muy bien los colores –añadió levantando un plato decorado con flores–. Seguro que están pintados a mano. No son de mi estilo, pero a alguien le gustarán.

Nina miró la lámpara de araña que colgaba del techo.

–Necesitamos que venga alguien a tasar las piezas que crees que valen más. Como esa. Te daré nombres de personas con las que podemos contactar.

Cindy sonrió.

–Sería genial. He hecho algunas estimaciones, pero aún estoy aprendiendo.

Nina se acercó a ver las joyas expuestas en un armario modificado.

–¿Esto se queda cerrado con llave por la noche? ¿No hay cosas valiosas?

–Puede que algunas sí. Pero, como te he dicho, no lo tengo claro con algunas piezas. No hemos cerrado el armario con llave. No tiene cerrojo.

–Pues busca a alguien que le ponga un candado –dijo Nina mirando a su alrededor–. A lo mejor deberíamos plantearnos poner una alarma y, desde luego, necesitamos cerrojos mejores en la puerta principal y en la trasera. Además, hay demasiado desorden.

Había más cosas que hacer, pensó sintiendo el peso de la responsabilidad en la cabeza. Había que organizar toda la tienda. A saber qué otras cosas había enterradas bajo los montones de mierdas. Antes todo había estado muy descuidado y ahora eso tenía que cambiar. Era como el problema del cuadro pero a escala pequeña.

–¿Cómo estás poniendo los precios? Estás comprobando los objetos en Internet, ¿verdad? No puedes fiarte de lo que te diga mi madre. Bertie es sensata, así que ella sí que puede tener algunas ideas. A lo mejor deberíamos empezar a usar un sistema de códigos de barras, aunque habría que instalarlo.

En cuanto su madre se enterase del dinero que había en la cuenta, iba a sacarlo y a cometer alguna estupidez. Lo veía venir. Y eso supondría que ni habría tejado nuevo ni liquidarían la hipoteca. Bonnie encontraría el modo de fundírselo todo en una tortuga en peligro de extinción o en invitar a cenar a seiscientas personas que no conocía de nada.

Cindy frunció el ceño.

–Nina, pareces disgustada. ¿No estás contenta con mi trabajo?

–No, no es eso, en absoluto. Es solo que no eres experta y aquí hay cosas de valor. Tenemos que cuidarlas.

–Lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

Nina asintió distraídamente.

–¿Dónde está Averil? Es muy típico de ella no estar cuando la necesito.

–Está en casa, trabajando en su libro. Hemos estado hablando y me ha dicho que está avanzando con la historia. Va a ser genial.

Nina sacudió la cabeza.

–Vale. ¿Y eso va a pasar antes o después de que mi madre aprenda a comportarse como una adulta?

Agarró el bolso y fue hacia la puerta.

–Gracias, Cindy. Tengo que pensar en todo esto –dijo al salir.

La tarde estaba avanzada y el sol seguía brillando. Se sorprendió. Parecía como si hubiera atravesado una especie de grieta espacio-tiempo y tuviera que ser, por lo menos, de noche. O diciembre. Se

detuvo junto al coche y miró hacia la tienda.

La buena noticia era que Bonnie y Bertie podían encontrar piezas de valor a precios de ganga. La mala era que había que administrarlo todo. Su lista de tareas pendientes había aumentado bastante de pronto. Tenía que encontrar a alguien que conociera el valor de las antigüedades y las ayudara a ponerles precio; asegurarse de que un ladrón con una palanca y unas cuantas horas libres no las desvalijara; ponerles a Bonnie y a Bertie unos sueldos fijos; pensar en la forma de proteger el resto del dinero; asegurarse de que el gobierno recibía su parte para así evitar multas y visitas de agentes del fisco demasiado entusiastas…

Ya le dolía la cabeza, pensó agobiada al entrar en el coche. Primero tenía que hablar con Bertie para trazar un plan. Al menos Bonnie nunca miraba las cuentas de la tienda. Decía que los números paralizaban su energía creativa y le chupaban la fuerza vital. Nina dudaba que su madre tuviera siquiera la contraseña para acceder al programa de contabilidad, y eso significaba que tenían tiempo. A diferencia de lo que había pasado con el cuadro, esto no iba a estallarle en la cara.

«Si pudiera establecer un sistema…», pensó mientras conducía de vuelta a casa. Algo sencillo que asegurara que la tienda estaba cubierta y Bertie y Bonnie tenían su dinero. Entonces a lo mejor así podría llevar a cabo su salida digna. Al menos económicamente.

Al llegar a la puerta, bajó. Kyle llegó justo detrás.

–Hola, preciosa –gritó al bajar de su deportivo de asiento bajo–. Esperaba encontrarte en casa.

¿Es que no podía llamar primero? Nina respiró hondo. «No», se dijo. Kyle no tenía la culpa de nada. Era un buen tío al que le gustaba y que quería estar con ella. No iba a castigarlo por eso.

Él se acercó y la besó.

–Quiero llevarte a volar.

–¿En un avión?

Kyle sonrió.

–Mis habilidades de autopropulsión no son muy buenas. Sí, en un avión. Uno pequeño. Hace una tarde preciosa. El sol tardará en ponerse unas tres o cuatro horas. Podrás ver el estrecho como se tiene que ver.

–¿Desde el cielo?

–Ajá.

Estaba cansada, confusa y aún intentando digerir lo que había descubierto en la tienda. Entrar en casa y tomar notas le parecía un uso más inteligente del tiempo.

Pero antes de poder decírselo, él la rodeó con los brazos y la acerco a sí.

–Ven a ver tu mundo desde una perspectiva distinta. Lo cambiará todo.

–No me vendría mal –admitió–. Espera que vaya a quitarme la ropa del trabajo.

Entraron juntos y Nina recorrió el pasillo hasta su dormitorio. Al pasar por delante de la habitación de Averil, encontró a su hermana sentada en la cama y escribiendo a ritmo constante en el portátil. Penny estaba tumbada a su lado. Las dos levantaron la vista cuando se paró en la puerta.

–Hola –dijo Averil–. ¿Qué pasa?

–Me voy a volar con Kyle.

–Qué divertido. ¿Has sabido algo de Dylan?

Nina negó con la cabeza. Ahora mismo no podía hablar de él. Señaló al ordenador.

–¿Trabajando en tu libro?

Averil asintió.

–Pues sí, y voy bien. No tengo ni idea de si es bueno o no, pero me gusta y he llegado más lejos que nunca.

–Buena suerte.

–Igualmente. Le diré a mamá que no vendrás a cenar.

–Gracias.

Quince minutos después, Nina se había puesto unos vaqueros y una camiseta. Se soltó la trenza, se cepilló el pelo y volvió a reunirse con Kyle en el salón.

Él se levantó al verla, se acercó y la besó. Sentir su boca resultó íntimo y excitante. Estar con Kyle no requería implicaciones emocionales. Solo diversión. Sin complicaciones. Y ahora mismo eso sonaba muy bien.

Se echó el bolso al hombro y fue hacia la puerta. De camino al coche oyó el teléfono. Lo sacó y miró la pantalla.

Era Dylan.

«Qué oportuno», se dijo rechazando la llamada y guardándose el móvil en el bolsillo.

Volar en un Cessna de cuatro asientos no tenía nada que ver con volar a Las Vegas en Alaska Airlines, pensó Nina mientras comprobaba el cinturón de seguridad y esperaba que de verdad Kyle supiera lo que hacía. Sí, ya, él le había dicho que era piloto de combate, pero ¿le había dado alguna prueba? Que ella supiera, podía ser mecánico o bedel.

La cabina del pequeño avión andaba justa de espacio. Tenía lo que parecían cientos de esferas, indicadores, palancas y una cosa con forma rara que suponía que era el volante.

–¿Sabes lo que haces, verdad? –le preguntó esperando disimular lo nerviosa que estaba. Porque por muy mierda que fuera su vida ahora mismo, no estaba preparada para morir.

Kyle le sonrió.

–Confía en mí.

–No sé si quiero.

Él le cubrió una mano con la suya.

–Esto es sencillo. Ya pilotaba uno así antes de sacarme el carné de conducir. Si quieres sentir poder, entonces tendrías que subir a mi *jet*.

–No, gracias.

Kyle señaló los auriculares colgados junto a la puerta de ella.

–Va a haber mucho ruido. Póntelos y no tendremos que gritar. Y también así me oirás hablar con la torre.

–¿Yo tengo que hablar con la torre?

–Sería mejor que no. ¿Lista?

¡No! No estaba lista. Jamás estaría lista. Nunca se había parado a pensar en la sensación que le generaba volar porque tampoco es que lo hiciera mucho. Pero eso era distinto. Un avión diminuto del tamaño de una pulga era lo único que la separaba de una larga caída en picado sobre una tierra dura e implacable.

–¿Y si tengo que vomitar?

Kyle se rio y se puso los auriculares. Ella, a regañadientes, hizo lo mismo mientras pensaba que lo que había dicho no era ninguna broma.

Kyle comprobó ambos lados del avión y gritó:

–Despejado.

Luego arrancó el motor. Ruido y vibración llenaron la cabina. Nina miró a su alrededor desesperada y vio que sí, solo había un motor; de modo que, si fallaba, ahí habría acabado todo para ellos.

–¿Deberíamos llevar paracaídas puestos? –gritó al no saber si el micrófono incorporado bastaría con semejante ruido.

Kyle negó con la cabeza.

–No pasa nada. Estos avioncitos son seguros.

Avioncitos era la palabra clave.

Kyle movió un montón de mandos y diales, y el avión empezó a avanzar. Demasiado pronto estaban deslizándose por la pista y el avión iba tomando cada vez más velocidad. Nina intentó pensar que con eso bastaría. Que de algún modo, por arte de magia, alzarían el vuelo sin estallar en una bola de fuego…

El avión despegó. No sabía ni cómo ni por qué, pero de pronto el suelo se estaba alejando y estaban alzándose en el brillante cielo azul.

El aeropuerto privado estaba en el continente y al cabo de unos minutos empezaron a girar en dirección al agua. Vio el azul centelleante del estrecho de Puget abajo. El estrecho de Juan de Fuca

se extendía y más allá, el Pacífico. Era precioso, como un cuadro viviente. Eran libres y estaban volando, como pájaros.

–¿Quieres invadir el espacio aéreo canadiense? –oyó por los auriculares.

Nina asintió emocionada y miró por la ventanilla intentando ver el primer atisbo de la isla Victoria.

Se dirigieron al norte. Kyle señaló las distintas islas del estrecho y luego rodeó Victoria. Nina lo oyó hablar con alguien para cambiar el rumbo y salir del espacio aéreo del aeropuerto. Fueron al este y Kyle le mostró los aviones que formaban fila para aterrizar en Vancouver. Luego descendieron según giraban al sur.

El avioncito surcaba la tarde con suavidad. El motor era estable y Kyle pilotaba con una seguridad que la permitió relajarse. Pasaron rozando un par de las diminutas islas inhabitadas y luego sobrevolaron Friday Harbor.

–He dejado lo mejor para el final –dijo Kyle–. Vamos a ver Blackberry Island desde el cielo.

Nina miró al frente hasta que apareció el contorno de la isla. La forma curvada como de coma no era una novedad, pero lo que más la asombró del lugar donde había pasado la mayor parte de su vida fue el tamaño. Qué pequeña era Blackberry Island.

Kyle rodeó la isla, le mostró el puente que conducía al continente y sobrevolaron la bahía de Blackberry. Tardaron menos de un minuto. Desde ahí arriba, los pocos metros cuadrados parecían más un pañuelo que un lugar donde pudiera vivir alguien.

–¿Puedes ver tu casa?

Nina asintió porque era más sencillo que decir que no quería.

«Qué pequeña».

Esas palabras se repetían una y otra vez en su cabeza. Había vivido y reído, discutido y sufrido en un lugar del tamaño de un sello. Exceptuando un par de años en la universidad, nunca había vivido en otra parte ni había explorado más allá de las barreras naturales de olas y mar.

Kyle señaló hacia las Tres Hermanas, las casas de estilo Reina Ana de la colina, y luego le mostró el ferri dirigiéndose a Seattle desde la isla. Mientras, Nina se apretaba el estómago con la mano para contener todas las emociones que la invadían.

Fue como mirarse en un espejo por primera vez. Podías imaginarte tu aspecto, crearte una imagen en la cabeza, pero no sabías cómo eras hasta que no te veías de verdad.

Ella no lo había sabido. No había sido consciente de lo diminuto que había dejado que fuera su círculo. Debería haber salido y haber hecho algo con su vida, pero en lugar de eso se había quedado allí estancada. Y nadie la había atrapado. Se lo había hecho ella misma.

Aterrizaron con la misma suavidad con la que despegaron. Nina bajó de la cabina y miró a su alrededor. Estaban en el aeropuerto. Quería entrar y encontrar un avión que la llevara a cualquier sitio menos allí. Quería ir a casa para subirse al coche y conducir hasta llegar a la Costa Este, donde se subiría a un barco que la llevara a un puerto extranjero. El lugar no importaba. Tenía que moverse.

Pero según pensaba dónde tendría el pasaporte y cuánto podría meter en una sola maleta, el sentido común se apoderó de ella. ¿En serio iba a desaparecer sin decir nada? Tenía responsabilidades. Estaba disgustada y agobiada. No era momento de tomar una decisión importante.

–¿Qué te ha parecido? –le preguntó Kyle rodeándola con el brazo.

–Prometiste cambiarme la vida y lo has hecho.

Él le besó la frente.

–Ni siquiera has vomitado. Estoy orgulloso de ti.

Entraron en la oficina y Kyle le dio las llaves al encargado. Hablaron con él sobre el avión durante unos minutos y después volvieron al coche para ponerse rumbo a la isla.

El trayecto no sería largo, pensó Nina angustiada. No tenían que ir muy lejos.

Después de cenar Nina le pidió a Kyle que la llevara a casa. Había estado distraída toda la cena, así que no le había costado mucho convencerlo de que no se encontraba muy bien. Él la había dejado en casa poco antes de las ocho y había prometido llamarla por la mañana. Una vez que se hubo marchado, ella fue hacia la casa, pero entonces se giró y fue corriendo a su coche. Entró y salió marcha atrás.

Y al llegar al centro del pueblo, no supo adónde ir. El puente que conducía al continente estaba bien señalizado. Podía hacer lo que había pensado antes: conducir. Sin embargo, ella no era de esas personas que se marchaban sin previo aviso. Empezó a girar a la izquierda, luego fue recto y, sin saber cómo, acabó en el puerto deportivo. Después de aparcar, bajó y caminó hacia un edificio de pisos que le era muy familiar.

El conserje la reconoció y llamó a Dylan sin que ella tuviera que decir nada. Por un momento pensó que él se negaría a verla, y no podría culparlo. Pero en lugar de decirle que se marchara, el conserje señaló a los ascensores.

Nina subió al último piso y salió. Vio a Dylan en la puerta.

El sol seguía lo bastante alto en el cielo como para colarse en el piso. La luz recortaba la silueta de Dylan impidiéndole distinguir sus rasgos, pero en cuanto lo vio algo dentro de ella se rompió y los ojos

se le llenaron de lágrimas. Corrió hacia la puerta y entró cuando él se apartó.

Se detuvo en mitad del salón y lo miró. La expresión de Dylan era tensa y su mirada, dura.

–¿Estás llorando por él?

Nina negó con la cabeza y se dejó caer en el sofá de cuero negro. Se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar.

Los sollozos le salían de lo más profundo. Estaba temblando y sabía que debería intentar no perder el control, pero en el fondo le daba igual. ¿Cómo había pasado? ¿Cuándo había perdido de vista todo lo que era importante?

El tiempo pasó y las lágrimas fueron disminuyendo. Se sorbió la nariz, abrió los ojos y vio una caja de pañuelos de papel delante. Agarró un par, se secó la cara y se sonó la nariz.

Dylan volvía de la cocina. En una mano llevaba una botella de vino abierta y en la otra, dos copas. Las sirvió y le dio una.

Se sentó enfrente. Llevaba vaqueros y una camiseta. Estaba descalzo. El día estaba lo bastante avanzado como para que él tuviera una barbita incipiente que lo hacía sorprendentemente atractivo.

Volvió a sorberse la nariz e hizo una bolita con los pañuelos antes de levantar la copa de vino.

–Lo siento –dijo antes de dar un trago–. Soy un completo desastre.

–¿Qué ha pasado?

–Todo. Nada –se sorbió la nariz de nuevo–. No puedo controlarlo todo. Lo digo por mi madre y el cuadro. Sabes que va a ser un desastre. Lo más probable es que la estafen y acabe sin el cuadro y debiendo dinero a Ambrose por su trabajo y al banco por el servicio de almacenamiento.

–Bertie le frenará los pies. Además, independientemente de cómo se comporte, tu madre respeta tu opinión.

–No, me culpa por ser la madura de la relación –dio otro trago–. Hoy he estado en la tienda. Va superbién, mejor de lo que podríamos haber soñado nunca. Cindy ha organizado el inventario. Mamá y Bertie tienen buen ojo.

Se recostó en los mullidos cojines.

–En un principio he pensado que es genial. Podemos arreglar el tejado, ellas dos pueden tener un sueldo fijo y yo por fin puedo empezar a ahorrar dinero y pensar en…

Apretó los labios cuando los ojos se le llenaron de lágrimas.

–No es por nada de eso –dijo evitando mirarlo–. No es porque Averil esté siendo una idiota en lo que respecta a su matrimonio, ni por mi madre o por el tejado. Es por la isla.

Dylan frunció el ceño.

–¿Qué le pasa a la isla?

–Es pequeñísima. Jamás me había dado cuenta. O lo había olvidado. He estado atrapada en algo del tamaño de un sello. Pensé que aquí tenía una vida de verdad, pero no la tengo. Mírame. Tengo treinta años y sigo viviendo con mi madre. Intento controlar a todos los que me rodean y no funciona. Nadie me escucha. Renuncié a todo por nada y ahora estoy estancada.

Se levantó y fue hacia la puerta corredera. Estaba un poco abierta y cerró los ojos al sentir la delicada brisa. La verdad estaba ahí mismo, a su alcance. Ojalá estuviera dispuesta a admitirlo.

–No, no estoy estancada –susurró–. Estoy asustada. Siempre he tenido miedo. Miedo al cambio, a las posibilidades. Siempre me he dicho que no podía marcharme. Al principio era por el dinero, porque Averil tenía que ir a UCLA y alguien tenía que pagarlo. Luego era por mi madre, porque no estaba preparada para estar sola. ¿Y si Bertie y ella rompían? ¿Y si…?

Se arriesgó a mirarlo y vio que la estaba observando. ¿Qué estaría pensando Dylan? A lo mejor no importaba. A lo mejor la cuestión era hablar, no obtener una respuesta.

–Tú te fuiste –continuó–. Hiciste lo que dijiste. Te convertiste en médico y has vuelto porque prometiste que lo harías. Yo nunca he hecho nada de eso. He estado engañándome. Pensaba que no tenía elección, pero siempre la he tenido. Solo me daba demasiado miedo arriesgarme.

Volvió a la mesita de café y dejó la copa. Dylan seguía observándola sin decir nada.

–Siento lo de la fiesta. No voy a disculparme por estar viéndome con Kyle, porque no es nada malo, pero nunca fue mi intención hacerte sentir incómodo. Tú y yo no estamos saliendo ni tenemos nada romántico. Has estado a mi lado y te agradezco tu ayuda. Pensé que éramos amigos. Nunca has dicho que quisieras algo más.

Él se levantó.

–Tienes razón. No he dicho nada. ¿Quién es?

–Un piloto de combate de la Marina. Trabajé de canguro de su hermana pequeña. Se presentó aquí hace unas semanas.

Se guardó lo demás. No hacía falta que Dylan supiera que Kyle le había dicho que era su fantasía.

–¿Y ahora qué? –preguntó él.

–¿Te refieres a mi vida o a Kyle?

–A los dos.

–No tengo ni idea –admitió–. Acabo de darme cuenta de que llevo años engañándome, fingiendo una importancia que no tengo. He estado tan ocupada pensando que estaba ocupándome de todo el mundo que ni me fijé en que estaba atrapándome a mí misma para tener la excusa perfecta y no salir de mi zona de confort.

–¿Y qué vas a hacer al respecto?

–No lo sé. He pensado en irme sin más, pero no es la respuesta más madura. No quiero cambiar las cosas porque sí. Necesito asimilarlo y hacerme a la idea. Ahora mismo sigo conmocionada.

«Además de destrozada». No podía creerse lo estúpida que había sido, lo ciega que había estado. Lo ridícula que había sido.

–Oye.

Miró a Dylan y lo vio con los brazos abiertos, como invitándola a acercarse. Sin pensar en las consecuencias, aceptó. Lo rodeó con los brazos y se aferró a él con fuerza.

Capítulo 23

Averil salió de la ducha y agarró la toalla. Se había levantado más tarde de lo habitual porque se había quedado despierta hasta casi las dos de la madrugada trabajando en su libro.

Estaba haciendo progresos, pensó mientras se secaba. Agarró la crema corporal. Progresos de verdad. Le encantaba la historia, le encantaban los personajes y tenía una idea aproximada de la segunda mitad. Había escrito más en las últimas tres semanas que en toda su vida. Sin contar los artículos, claro.

Le encantaba la energía que sentía, la emoción. Kevin había ido leyendo las páginas cada noche y le había hecho unas críticas inteligentes y alentadoras.

Era lo que estaba destinada a escribir. Nada angustioso ni con un alto valor literario. Solo historias divertidas y coquetas para las adolescentes que leían la revista. Las entendía, las adoraba y conectaba con ellas.

Sabía que probablemente no vendería el primer libro. La mayoría de los autores no lo lograban. Pero no pasaba nada. Seguiría intentándolo hasta encontrar a un editor que los entendiera a ella y a su trabajo.

Se vistió y se enroscó el pelo en la toalla. Después de rebuscar en el neceser, sacó la hidratante facial, el protector solar y las píldoras anticonceptivas. Se echó una en la palma de la mano y se detuvo.

¿Qué estaba haciendo? Se miró en el espejo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué estaba trabajando en una tienda de antigüedades y no estaba en su trabajo de verdad? ¿Por qué estaba cocinando para Bertie, Nina y su madre en lugar de para Kevin? ¿Por qué estaba hablando por teléfono con él en lugar de en persona? ¿Por qué seguía en Blackberry Island? ¿Por qué no había vuelto a casa?

Había estado tomándose las píldoras anticonceptivas cada mañana sin falta, ¿y para qué? ¿Para no tener un hijo? ¡Pero si quería hijos! Quería tener hijos con Kevin. Un brutal anhelo la invadió al pensar en estar con él. Y no solo haciendo el amor, sino cenando juntos, viéndolo. Al pensar en estar presente en la vida que compartían.

Tiró las píldoras a la papelera y, corriendo, se aplicó la hidratante y la protección solar antes de peinarse. No se molestó en usar el secador.

Recogió sus artículos de baño y corrió a la habitación.

Penny estaba esperándola en la cama.

–Esto es una locura –le dijo a la perrita–. ¿A qué estoy esperando? ¿A que Kevin me deje? Ni siquiera sé por qué he venido aquí.

Penny sacudió la cola.

Averil sonrió.

–Sí, ya sé que en parte fue para poder encontrarte, y supongo que también necesitaba echarle un buen vistazo a mi pasado. Entender mi conexión con Nina. Resulta que mi hermana está tan jodida como lo estamos los demás.

Sabía que había más. Había necesitado demostrarse que podía escribir. A lo mejor había necesitado estar sola para terminar de madurar. Fueran cuales fueran las razones, ahora estaba preparada. Preparada para ser la clase de persona con la que un hombre como Kevin querría pasar el resto de su vida. Y no menos importante, necesitaba ser la clase de persona de la que ella pudiera sentirse orgullosa.

Puso una maleta en la cama y empezó a meter la ropa. Ni se paró a doblar las camisetas; corriendo hizo ovillos con ellas y las guardó. Sí que tuvo más cuidado con el portátil y sus notas.

Cuando lo tenía todo guardado, recogió las cosas de Penny. Encontró a Bertie en la cocina tomándose un café.

–¿Dónde está mamá? –le preguntó dirigiéndose a la cafetera para servirse uno.

–Ha salido a dar un paseo. Le apetecía estar en contacto con la naturaleza.

Y eso podría significar mil cosas distintas, pensó Averil.

–Me voy a casa. Echo de menos a Kevin y necesito volver a mi vida.

Bertie le sonrió.

–Me alegro. Es un buen chico y es un cielo contigo.

–Ya lo sé. Tuve suerte al encontrarlo –dijo con la taza en las manos–. ¿Pero qué pasa con la que hay liada aquí? Lo del cuadro, lo de Nina y todo lo demás.

–Estaremos bien. Si perdemos el cuadro, no estaremos peor que antes. Nina y yo tuvimos una charla bien larga anoche. Está teniendo una pequeña crisis, aunque no me dijo por qué. Lo que sí me dijo fue que la tienda va muy bien. Cindy ha sido todo un descubrimiento. Le prometí que me implicaría más. Evitaré que Bonnie se lo cargue todo. Al menos, económicamente.

Averil soltó el café y abrazó a la pareja de su madre.

–Me alegro de que seas parte de nuestra familia.

–Yo también. Y ahora vete a casa con tu marido.

Averil sonrió.

–Creo que es lo que voy a hacer.

Lo cargó todo en el maletero. Justo cuando estaba colocando la última maleta, Bonnie dobló la esquina. Averil le explicó que se marchaba y por qué.

–Es el momento –le dijo su madre abrazándola con fuerza–. Me ha encantado verte, pero tienes que estar con Kevin. Lo quieres.

–Sí, mamá –dio un paso atrás–. A ti también te quiero. Y Nina también te quiere.

La expresión de Bonnie se tensó.

–Tu hermana… –empezó a decir.

Averil sacudió la cabeza.

–No. No digas nada malo de ella. Ha hecho todo lo que ha podido con un trabajo muy complicado –le dio un apretón en el brazo–. Sabes que ya es hora.

Bonnie ignoró el comentario y la besó en la mejilla.

–Te quiero. Conduce con cuidado.

–Te lo prometo.

Averil le abrió la puerta trasera a Penny. Cuando la perrita estuvo acomodada, se sentó al volante y arrancó el motor. Tenía una parada que hacer antes de poner rumbo a casa, una última conversación.

El consultorio médico donde trabajaba Nina estaba en una casa estilo Reina Ana restaurada de un modo precioso y ubicada en una colina. Cuando Averil era pequeña, la casa había estado vacía y descuidada y había sido uno de los lugares favoritos de los jóvenes para darse el lote. Seguro que los adolescentes de ahora habían encontrado otro sitio para sus actividades nocturnas. Se alegraba de ver a la casa tan feliz.

–Dame cinco minutos –le dijo a Penny.

La perrita la observó un segundo antes de apoyar la cabeza en las patas y cerrar los ojos.

Averil subió las escaleras y abrió la puerta principal. En la sala de espera solo había una madre y su hijo pequeño.

–Soy la hermana de Nina. ¿Podría verla un momento?

Holly, la recepcionista, asintió.

–No está con ningún paciente. Ven.

Averil la siguió hasta el despacho de Nina. Su hermana estaba sentada detrás la mesa. Parecía cansada y casi perdida, algo imposible. Nina siempre lo tenía todo bajo control.

–Hola –dijo al entrar–. Quería pasar a despedirme.

Nina parpadeó un par de veces.

–¿Te marchas?

–Vuelvo a casa.

–A Mischief Bay –murmuró Nina–. Aquello es precioso.

Algo no iba bien.

–¿Te encuentras bien?

–Estoy bien. Solo pensando en cosas –la miró–. ¿Qué te ha hecho cambiar de idea? ¿Por qué de pronto estás preparada?

Averil se sentó en la silla libre y puso las manos en la mesa.

–No estoy segura. Esta mañana he salido de la ducha y he sabido que había llegado el momento. Aunque a lo mejor el momento ya ha pasado incluso. Vine aquí porque estaba confusa. Algo fallaba en mi vida. Me gusta escribir para la revista, pero quiero otra cosa. Creo que en el fondo siempre he sentido que no tuve elección, que había tomado decisiones forzada.

Nina arrugó la boca.

–Y seguro que ahora quieres echarme la culpa.

Averil pensó en todo lo que su hermana había hecho por ella. En todos los sacrificios, todas las preocupaciones.

–No –dijo en voz baja–. Tú lo mantuviste todo a flote. Te ocupaste de mí y me quisiste, y siempre te estaré agradecida. Sí, fue decisión tuya que fuera a UCLA, pero yo podría haber dicho que no y no lo hice. Tomé esa opción. Soy la responsable. Eso es lo que no había visto hasta ahora, que es cosa mía.

Podía decir más. Podía decir que les había dejado a los demás la tarea de decidir y luego se había molestado cuando habían elegido por ella. Aunque Kevin y ella habían hablado de tener un bebé, se había dicho que él había decidido por ella.

–No asumo muchas responsabilidades en mi vida –admitió– y eso tiene que acabar. Quiero estar casada con Kevin y tengo que comportarme como la esposa que merece tener. Quiero ser escritora, así que tengo que plantar el culo en una silla y escribir libros.

Sonrió.

–Creo que esto significa que por fin estoy preparada para madurar.

Nina asintió.

–Me alegro por ti. Conduce con cuidado. Y avísame cuando llegues.

–Eso haré.

Nina rodeó el escritorio. Se abrazaron.

–Siéntete orgullosa de ti misma –le susurró Nina–. Has hecho muchas cosas. Te quiero, hermanita.

–Yo también te quiero.

Averil contuvo las lágrimas.

–Ven a visitarnos –dijo sin pensarlo–. Sé que vas a decir que no puedes irte de aquí, pero, por favor, inténtalo.

–Lo haré. Lo digo en serio. Iré a veros.

De vuelta a casa, Nina pasó por Blackberry Preserves. Tenía que

limar asperezas con Cindy.

Aparcó delante de la tienda y entró. Cindy estaba atendiendo a un par de clientas. Parecían madre e hija y estaban hablando sobre unas sillas. Mientras Cindy les mostraba los detalles de la fabricación y el sello del fabricante debajo del asiento, Nina recorrió los pasillos abarrotados del establecimiento.

Cada vez que iba, la tienda estaba más organizada. El aire era fresco y entraba más luz sin esas cortinas espantosas. En el almacén encontró información sobre sistemas de alarma y el recibo de un cerrajero por unos pestillos nuevos y un candado para el armario. Se dejó caer en la silla y apoyó la cabeza en las manos.

–Tienes pinta de necesitar un té –dijo Cindy.

Al mirar, Nina vio a la otra mujer dirigiéndose al microondas.

–Tengo un poco de *oolong* que me ha comprado mi suegra –le dijo y añadió sonriendo–: Llevo bebiéndolo un par de semanas, así que estoy segura de que no está envenenado.

Nina esbozó una ligera sonrisa.

–Me alegra saberlo.

Cindy metió dos tazas en el microondas y lo puso en marcha. Nina levantó el recibo.

–Has puesto cerrojos nuevos.

–Te preocupaba la seguridad.

–Estaba teniendo una crisis –admitió Nina–. Las cosas han estado cambiando muy rápido. O a lo mejor he sido yo la que ha cambiado.

–Lo del cuadro no ayuda –dijo Cindy metiendo hojas de té en dos pequeños infusores que, a su vez, metió en las tazas–. Ojalá tu madre no se hubiera vuelto tan loca con los periodistas. Siguen llamando aquí. Les digo que el cuadro se ha trasladado a otra parte y que la familia no ha tomado ninguna decisión. La mayoría de las veces con eso basta para que cuelguen, pero no siempre.

–Has estado fantástica –le dijo Nina–. Siento lo de ayer. No tenía nada que ver contigo. Agradezco mucho poder estar tranquila en lo que respecta a la tienda. Quiero darte un aumento.

Cindy sacó los infusores y le dio una taza.

–Sería genial.

–Y, además, si quieres hacer algún curso sobre antigüedades, yo te lo pago.

–Sería divertido. Gracias –dio un sorbo–. ¿Quieres hablarlo?

–¿Hablar de qué?

–De lo que sea que te angustia. No intento fisgonear, pero está claro que te pasa algo.

Nina pensó en todo lo que había sucedido.

–He visto la isla.

–¿Cómo dices?

–La vi. Ayer. Desde el cielo. ¿Sabes lo pequeña que es?

Cindy negó con la cabeza.

–No del modo al que tú te refieres.

–He vivido aquí toda mi vida. Se suponía que iba a marcharme, pero no lo hice. Me quedé aquí estancada o me asusté… Es tan pequeña. Anoche apenas dormí porque estuve intentando averiguar en qué momento perdí el rumbo. ¿Fue cuando Dylan rompió conmigo? ¿Me daba miedo salir de aquí sola? ¿De verdad había circunstancias que me obligaban a quedarme o era solo una excusa? –se detuvo–. Lo siento. No tienes por qué aguantar todo este rollo.

–Te he preguntado yo. Aunque te echaría de menos si te marchases, no deberías quedarte si no quieres estar aquí.

–Pero esa es la cuestión, que no tengo adónde ir.

Cindy sacudió la cabeza.

–No me lo trago –suspiró–. A veces perdemos el rumbo o empezamos a creernos una historia que no es verdad. Como lo de mi suegra y yo. La verdad es que puede ser una mujer complicada, pero además de eso quiere a mi marido y a mis hijos, y el otro día la pillé poniendo flores frescas en mi escritorio de casa. Me hizo pararme a pensar en que ella también está intentando encajar. Igual que todos. La vida pasa muy deprisa.

Cindy sonrió.

–Me siento como si fuera ayer cuando aún tenía veinticinco años. Ten cuidado. Mañana te despertarás y habrás cumplido los sesenta. Si no eres feliz, ahora es el momento de hacer cambios.

Nina llegó a casa poco después de las seis. Al salir de la tienda había estado dando vueltas por la isla hasta que se había dado cuenta de que ir en círculos no serviría de nada. Necesitaba un plan, uno bien pensado. No quería dar el salto sin más solo por el hecho de moverse. Tenía que pensar cuáles eran sus objetivos e ir a por ellos. Tampoco podía decirse que la isla estuviera encogiéndose y ella tuviera que irse ya mismo.

Cuando entró se encontró a Bertie y a Bonnie acurrucadas en el sofá.

–Hola –les dijo al girar hacia su habitación.

–¡Ven con nosotras! –gritó su madre–. Estamos brindando por la decisión de Averil de volver con Kevin.

Nina entró en el salón y vio una tercera copa en la mesita de café. Se sirvió el vino y se sentó en uno de los sillones frente al sofá.

–Yo también me alegro de que haya vuelto a casa. Creo que ha encontrado lo que buscaba. Espero que les vaya bien.

–Les irá bien –dijo Bonnie con tono de seguridad.

Nina se contuvo para no poner los ojos en blanco. Por mucho que tuviera una conexión espiritual con los objetos inanimados, su madre, sin duda, carecía del don de la clarividencia. No podía saber si a Kevin y a Averil les iría bien. Por otro lado, era cierto que esperar lo mejor era una forma de vivir más agradable.

–He pasado por la tienda –dijo antes de dar un trago de vino. Qué de bebida; primero el té y ahora el vino. En algún momento tendría que comer. O no. A lo mejor estar tan confundida con la vida le permitiría librarse de los siete kilos que la amargaban–. Cindy ha hecho instalar cerrojos nuevos en las puertas y además ha puesto un candado para guardar las joyas. Está haciendo un trabajo excelente. Se merece una subida de sueldo.

–Buena idea –dijo Bertie.

Bonnie asintió.

–Me cae muy bien. Quiero que se quede –se puso recta en el asiento y añadió–: Tenemos un anuncio que hacer.

Automáticamente, Nina se puso tensa.

–Vale. Estoy preparada.

Su madre se rio.

–No son malas noticias ni mucho menos. Díselo tú –le dijo a Bertie.

Bertie asintió.

–Vamos a vender el Stoicasescu. Esta tarde a primera hora he llamado a Ambrose y he hablado con él. Va a ocuparse de que lo tasen. Ya ha estado investigando y, al parecer, ni es robado ni está desaparecido, lo que significa que la venta debería salir adelante.

Nina miró a su madre.

–¿Te parece bien?

Bonnie asintió.

–Bertie y yo iremos a Seattle mañana a firmar el resto de la documentación. Nos quedaremos allí un par de noches para disfrutar de la ciudad y luego volveremos.

Bertie carraspeó.

–Aunque está bien que sepas eso, lo que de verdad queremos hablar contigo es el asunto de los fideicomisos. Vamos a crear cuatro. Cada una tendremos la misma parte de las ganancias. Habrá que pagar honorarios, comisiones e impuestos, pero aun así quedará mucho dinero. Suficiente para que todas persigamos nuestros sueños.

Bertie pronunció esas últimas palabras con delicadeza, pero Nina captó el mensaje. Si bien los ingresos de la tienda mejorarían las cosas, la venta del cuadro les cambiaría la vida.

Nina soltó el vino por miedo a empezar a temblar y derramarlo.

–¿Estáis seguras?

Su madre se rio.

–¿De lo de vender o de lo del dinero? Ambrose nos ha asegurado

que sacaremos mucho dinero por el cuadro. Y si eso significa que todas vamos a ser ricas, pues que así sea.

Le agarró la mano a Bertie.

–Estamos pensando en comprar una furgoneta nueva. Una más grande para poder comprar más cosas. Quién sabe lo que podremos encontrar si nos ponemos a buscar en serio.

Nina quería creerlo, pero no se atrevía.

–Mamá, ¿estás segura? –volvió a preguntar.

–Sí, segurísima. Quiero vender el cuadro. Averil me ha dicho que ya es hora de crecer. No quiero, pero supongo que tiene razón.

Nina abrió la boca y volvió a cerrarla.

–No sé qué decir.

–Pues sí que es raro –murmuró su madre.

Nina sonrió.

–Sí, supongo que es verdad –se levantó–. Bueno, esto da mucho que pensar. Me alegro de que vayáis a vender, pero no tenéis que darme nada de dinero.

–Queremos hacerlo –dijo su madre, ahora seria–. ¿No crees que ya es hora de que actúe como la adulta de la relación? Deberías aprovechar el momento y disfrutarlo. Puede que no vuelva a pasar.

Y era verdad, pensó Nina aún aturdida.

–Tendréis que buscar un asesor financiero. Alguien con buena reputación y que sea honesto. Vais a necesitar ayuda para administrar el dinero.

Bertie se levantó y fue hacia ella. Le agarró las manos.

–Para –dijo en voz baja–. Ambrose nos ha dado algunos nombres, y también nuestro banquero de aquí. Vamos a hacerlo bien. Me aseguraré de ello. Si te cuesta aceptarlo, entonces créeme cuando te digo que voy a asegurarme de que tu madre tenga a quien la cuide el resto de su vida.

Nina le apretó los dedos con cariño.

–Estás diciendo que eche a volar.

–Sí. Eres libre, Nina. No seas uno de esos pájaros que no se dan cuenta de que la ventana está abierta y acaban golpeándose contra el cristal en lugar de salir.

–Yo no soy esa.

O, al menos, no quería serlo. Volvió a pensar en la isla; en que había entendido que ella era la única que se aferraba tanto. En que los demás habían echado a volar.

No tenía ni idea de qué hacer o adónde ir. Si no estaba atrapada, ¿entonces cuál era el siguiente paso?

A lo mejor, solo a lo mejor, había llegado el momento de averiguarlo.

Averil había pensado que le costaría aguantar la noche despierta, pero la expectación y la emoción la habían mantenido alerta al cruzar Sacramento y después Fresno. Paró en una cafetería veinticuatro horas en un área de servicio al norte de Bakersfield y pidió un café largo para llevar y unos huevos revueltos para Penny. Eran más de las tres de la madrugada.

Penny engulló la cena y luego dieron un paseo en el silencio de la noche. La zona estaba bien iluminada y el aire era lo bastante fresco para espabilarla. Penny hizo sus cosas y luego corrió al lado de Averil.

–Espero que te guste la casa –le dijo a la perrita–. Estamos cerca de la playa y podremos dar paseos largos. Hay un paseo marítimo estupendo que te va a gustar.

Le dio una palmadita.

–Espero que Kevin te quiera tanto como yo.

Penny la miró como preguntándole: «¿Cómo no va a quererme?». Averil la abrazó y volvieron al coche.

Dos horas después estaban en Mischief Bay. El pueblo costero, ubicado justo al sur del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles y junto a Hermosa Beach, era un batiburrillo del estilo chic californiano, el playero y la meca de la alta tecnología. Tenía bungalós diminutos de los años cincuenta junto a mansiones de mil metros cuadrados, algunos bloques de pisos de gran altura y, en el extremo este, un grupo de empresas informáticas.

El muelle, una versión más pequeña del de Santa Mónica, atraía a los turistas. La gente de la zona conocía restaurantes estupendos escondidos en esquinas y callejones. Artistas de distintos ámbitos moteaban el paseo turístico.

A esa hora las calles aún estaban tranquilas y el sol todavía solo amenazaba con salir.

Accedió al camino de entrada y aparcó. Llevó a Penny a dar otro breve paseo y sacó su cama y sus cuencos del maletero. Sin hacer ruido, entraron en casa.

Todo estaba tal como recordaba. Kevin era un hombre ordenado por lo general, así que solo había unas cuantas revistas tiradas en la mesita de café. Su iPad estaba al lado del mando de la tele.

Fue a la cocina a ponerle agua a Penny. Le dejó el tazón en un rincón y se dirigió al dormitorio principal, en la parte trasera de la casa.

Kevin ya se había levantado. La cama seguía deshecha, pero la puerta del baño estaba un poco abierta y oyó el sonido de la ducha. Colocó la cama de Penny, que se acurrucó encima enseguida. Después se quedó en medio de la habitación sin saber qué hacer.

Fue hacia el baño y se detuvo. Miró a Penny.

–Si se te ocurre alguna idea…

Penny sacudió el rabo brevemente antes de apoyar la cabeza en las patas y ponerse a dormir.

Averil volvió a centrar la atención en la puerta del baño y oyó el grifo de la ducha cerrarse.

–A la mierda –murmuró, y se quitó la camiseta.

En unos treinta segundos estaba desnuda y entró en el baño.

–Hola –dijo en voz baja al llamar–. Buenos días.

Kevin se giró al oír su voz. Tenía la toalla en una mano y cara de sorpresa. Entonces esbozó una sonrisa de bienvenida y la abrazó.

–Has vuelto.

Ella se dejó rodear por sus brazos mientras sentía la calidez de su desgarbado cuerpo contra ella. Distintas emociones la invadieron luchando por destacar las unas sobre las otras. Gratitud entremezclada con deseo. Deseo arremolinado alrededor de amor. Antes de poder decidirse por una, él la besó.

La reclamó con los labios. Ella separó los suyos y sintió cómo se derretía dentro de él. Kevin le acarició la espalda antes de estrujarle el trasero y luego pasar a sus pechos.

En cuestión de segundos tuvo una erección, y fue una suerte porque ella también estaba preparada. Más que preparada. Los besos se intensificaron mientras unas manos y otras tocaban.

–La cama –dijo él con tono grave y ronco.

–La encimera –susurró ella retrocediendo para acomodarse sobre las frías baldosas.

Kevin no lo dudó ni un segundo. Se situó entre sus piernas separadas y se adentró en ella con facilidad. Al mismo tiempo, le cubrió los pechos con las manos y acarició sus pezones tersos y anhelantes. Ella lo rodeó por la cintura con las piernas sujetándolo en su interior.

Hicieron el amor con desenfreno. Se entregó a él por completo y disfrutó de cómo la hacía sentir. Cuando un orgasmo se apoderó de ella, echó la cabeza atrás a la vez que gritaba de placer. No solo por lo bien que se sentía, sino porque a Kevin le gustaba que emitiese ese sonido.

Una vez se detuvieron, lo miró a los ojos.

–Hola –le dijo.

–Hola.

–Te quiero.

Kevin sonrió.

–Yo también te quiero.

–He vuelto para quedarme.

Averil se detuvo. Sabía que tenía que decir más, pero no sabía por dónde empezar.

Él se apartó y salió del baño. Asustada, bajó de la encimera y lo siguió.

–¿Kevin?

Su marido levantó el móvil.

–No pasa nada. Voy a llamar para decir que estoy enfermo. Quiero pasar el día contigo, Averil. Tenemos que ponernos al día.

Porque así era él, pensó Averil con los ojos llenos de unas lágrimas que no se había esperado.

–¿Qué? –preguntó Kevin acercándose–. ¿Por qué lloras? ¿He dicho algo malo?

–No –respondió ella corriendo hacia él para abrazarlo todo lo fuerte que pudo–. No te merezco. Siento todo por lo que te he hecho pasar. ¿Y si te hubiera perdido?

Él la besó y le secó las lágrimas.

–No me has perdido, Averil. No me has perdido.

La llevó a la cama y esperó a que ella se subiera. Luego llamó a la oficina y dijo que faltaría ese día y al siguiente. Al dirigirse a su lado de la cama, se paró junto a Penny, se agachó y le rascó las orejas.

–Hola, perrita. Bienvenida a la familia.

Penny sacudió el rabo y le lamió la mano.

Kevin se metió en la cama y se tumbó boca arriba. Averil se acurrucó a él. Apoyó la cabeza en su hombro y le echó una pierna por encima del muslo. Él entrelazó una mano con la suya y con la otra jugueteó con su pelo.

«Qué maravilla», pensó Averil feliz. Le habían dado una segunda oportunidad.

Pensó en las píldoras anticonceptivas que había tirado, pero decidió que dejaría esa conversación para después, cuando también le contara lo del fondo fiduciario y que había entendido que no pasaba nada por ser la princesa de vez en cuando, básicamente porque tenía que ser la reina de su propia vida. A Kevin le gustaría oírlo todo, pero no ahora. Era momento de centrarse en los dos. De centrarse en él.

–Dime, ¿qué tal en el trabajo?

–Estamos teniendo problemas con la programación.

Averil se acurrucó más y sonrió.

–Quiero que me lo cuentes todo.

Capítulo 24

Después de otra noche en vela, Nina se estaba planteando seriamente llamar al trabajo diciendo que estaba enferma. Le dolía la cabeza, estaba aturdida. Por otro lado, tenía la suerte de su lado porque a Kyle lo habían enviado a una de sus misiones. Le había escrito diciéndole que volvería a finales de semana y que quería llevarla a cenar el viernes por la noche.

Recibió ese respiro como una señal de que el universo cuidaba de ella. Después se dio una ducha extracaliente en un intento de espabilarse, pero al salir se dio cuenta de que una fría habría resultado más eficaz. Seguía grogui.

A lo mejor iba al trabajo un par de horas a encargarse del papeleo y luego volvía a casa. Si podía dormir algo, se encontraría mejor.

Se bebió una café saltándose el desayuno y se dirigió al coche. Estaba donde lo había dejado, pero al acercarse vio a Dylan apoyado en la puerta del conductor.

Se detuvo al verlo. Le ardían las mejillas. La última vez que lo había visto había estado en pleno colapso nervioso, tanto que aún estaba intentando centrarse.

Él se acercó.

–¿Estás bien? Pareces cansada –le tocó la cara–. ¿No estás durmiendo mucho?

–No estoy durmiendo nada. No sé por qué será, pero descubrir que tu vida es un absoluto fraude te altera el ritmo diario.

Los ojos verdes de Dylan la miraban con complicidad.

–Siempre te escondías detrás del humor.

–Se me da muy bien, aunque solo funciona si no lo dices.

–No diré nada.

–Gracias.

Él asintió.

–¿Has tomado alguna decisión?

–¿Sobre mi vida? –Nina soltó una carcajada esperando que sonara de diversión y no entrecortada–. No. Aún estoy recuperándome de todo lo que está pasando. Averil ha vuelto a casa, y eso está bien. Espero que Kevin y ella puedan solucionar las cosas. Mamá y Bertie

juran que podrán administrar el dinero. Van a contratar a un asesor financiero.

–¿Y tú qué? ¿Qué vas a hacer tú?

–Ni idea –admitió–. Estoy entre salir huyendo y hacerme agorafóbica. Aunque creo que me aburriría metida en casa todo el tiempo.

Pensó en el fondo fiduciario y en la libertad económica que, como poco, le brindaría. Ojalá tuviese algún sueño que perseguir.

Dylan la sorprendió al acercarse y besarla. Dejó los labios posados en ella un instante antes de ponerse derecho.

–¿A qué ha venido eso? –preguntó ella para disimular la sorpresa y la confusión. ¿Dylan besándola? ¿Es que no estaba enfadado por lo de Kyle?

–Es una demostración. Hace diez años aprendí la lección. Renuncié a ti. Dejé que el orgullo y las circunstancias nos separaran. Hay muchas otras razones y podría ponerte excusas, pero no lo haré. Lo que haré será decirte que fue un error. He vuelto a Blackberry Island en parte porque se lo había prometido a mi padre, pero también porque tú estás aquí. Quería volver a verte. Quería ver qué pasaría cuando estuviésemos juntos.

Ella notó cómo se le abrió la boca y volvió a cerrarla.

–Yo… –respiró hondo–. ¿Qué?

Él sonrió.

–Te dejé marchar una vez y no voy a volver a hacerlo. Voy a luchar por ti –se puso serio–. Voy a serte claro. No voy a acostarme contigo mientras te estés acostando con Kyle, pero tampoco voy a alejarme.

Vale, sin duda Nina se había sumido en la locura. ¿Que Dylan iba a luchar por ella? ¿Qué significaba eso? De pronto los imaginó a Kyle y a él pegándose, como en *El club de la lucha*. Y no fue una imagen muy agradable.

–No lo entiendo.

–A lo mejor esto te ayuda.

La agarró de los brazos y la sujetó mientras volvía a besarla. Nina notó su boca cálida y apasionada contra la suya y tuvo que admitir que, a pesar de la locura que la rodeaba, sintió un cosquilleo importante en el estómago. Justo cuando iba a rodearlo con los brazos, él la soltó.

–Nos vemos pronto –le prometió antes de ir hacia su coche y marcharse.

Nina lo vio alejarse y luego, despacio, se metió en el coche y apoyó la cabeza en el volante.

–Voy a necesitar más café para resistir a este día –murmuró.

–Gracias –dijo Nina al sentarse enfrente de Andi en el restaurante del Blackberry Island Inn. Después de que les hubieran cancelado dos citas que tenían justo después del almuerzo, Nina le había preguntado a su jefa si podían salir a charlar.

–¿Estás de coña? –contestó Andi al acomodarse en la silla suspirando de satisfacción–. Tenía un antojo enorme de comer el pollo de aquí. Pero como creo que últimamente solo hablo de comida, no quería decir nada –se detuvo y se rio–. Y con eso no quiero decir que no vaya a disfrutar también de tu compañía.

Nina sonrió.

–Me alegra saber que quedo segunda por detrás de un sándwich.

–A lo mejor no. Podría pedirlo en ensalada.

Su camarera llegó a tomarles nota de la bebida y les dijo los especiales del día. Cuando se marchó, Andi apoyó los codos en la mesa.

–Bueno, ¿qué pasa?

Nina se moría de la vergüenza.

–Nada. Y todo. Mi vida se está descontrolando y no sé qué hacer.

–Me cuesta creerlo. Siempre eres muy serena y lo tienes todo controlado.

–Casi todo es una fachada. Yo…

No sabía cuánto contarle. Aunque Andi era amiga, también era su jefa. No se veía muy dispuesta a hablar de lo confusa que estaba por lo que le había dicho Dylan esa mañana. Le parecía que era algo demasiado personal. Pero sí que había otros asuntos para los que le vendría bien algún consejo.

–No sé si alguna vez te he dicho esto, pero siempre había planeado ser médico.

Andi enarcó las cejas.

–¿En serio? ¿Y qué pasó? Serías una doctora estupenda. Eres la mejor enfermera que he tenido en mi vida. Se te da bien el trato con los pacientes y disfrutas resolviendo problemas.

La camarera volvió con la bebida y las dos pidieron sándwich de ensalada de pollo en pan de *focaccia*.

–Pasaron muchas cosas –admitió Nina cuando volvieron a quedarse solas–. Tenía responsabilidades, tenía miedo. Cuando Dylan y yo rompimos, no podía soportar la idea de ir a la Universidad de Washington y cruzarme con él todo el tiempo, así que estudié en el colegio comunitario durante dos años. Por entonces Averil ya era lo bastante mayor para pensar qué quería hacer. Y si yo estudiaba Medicina… –se calló. Para obtener respuestas a sus preguntas debía contar la verdad–. Creo que me asusté. Resultaba más conveniente hacerme enfermera. Suponía un reto menor. Me dije que lo hacía para que hubiera dinero para la universidad de Averil y, aunque era

verdad, no era la razón principal.

Se detuvo.

–¿Alguna vez has visto la isla desde el aire?

Andi se rio.

–No. ¿Y tú?

–Hace unos días. Es pequeña. Muy pequeña. Tú elegiste este lugar, pero yo lo acepté sin resistirme mucho. Nunca intenté marcharme. Nunca intenté probar otra cosa.

–¿Querías irte? –le preguntó su jefa con gesto de preocupación.

–No lo sé –se detuvo y decidió admitir la verdad–. Sí, quería, pero me daba miedo perseguir mis sueños y siempre encontraba motivos para quedarme aquí.

–Sé que has estado cuidando de tu madre mucho tiempo y pagando las facturas. No es porque haya querido fisgonear, pero, como has dicho, la isla es pequeña y he oído cosas. ¿No crees que lo del cuadro lo cambiará todo?

Nina agarró el té helado.

–No lo sé –admitió–. Eso espero. Siempre que mi madre logre ser responsable y no lo pierda todo. Siempre que Averil…

Se detuvo. Ahí estaba. Su posición emocional favorita: ocuparse de los demás. Preocuparse de todos menos de sí misma. La diferencia era que lo que siempre había visto como una virtud era en realidad una forma de esconderse y no arriesgar.

–Vender el cuadro nos dará libertad económica a todas.

–Lo cual está muy bien –dijo Andi con delicadeza–. ¿Qué quieres hacer con tu dinero?

Nina abrió la boca con la intención de decir que no lo sabía, pero lo que respondió fue:

–Quiero ir a la Facultad de Medicina.

Andi sonrió.

–Esperaba que dijeras eso.

–¿Sí? ¿Por qué?

–Porque serás una doctora estupenda y es lo que quieres –arrugó la nariz–. Aunque para mí será un asco porque serás difícil de reemplazar –le rozó el brazo con suavidad–. Por favor, no te lo tomes a mal, pero digo que será difícil, no imposible. Encontraré a alguien.

–Sé que lo dices con la mejor intención –dijo Nina un poco sorprendida por el entusiasmo de su jefa–. ¿Crees que podría entrar en Medicina? No tengo veintidós años.

–Esa ventaja que tienes. Tienes experiencia en el terreno médico. ¿Ya sabes qué especialidad quieres?

–Estaba pensando en Oncología.

–Es duro, pero lo harás genial. ¿Has hecho las pruebas de acceso?

–El año pasado. No quise decir nada.

–¿Y aprobaste?

Nina sonrió.

–Sí.

–Bien, perfecto. Estamos en junio y se te ha pasado la fecha para presentar las solicitudes para empezar en otoño…

Nina agachó los hombros.

–Ni siquiera lo había pensado. Es verdad. No puedo hacer nada hasta el año que viene.

–No necesariamente. Lo que iba a decir es que la mejor amiga de mi madre es decana de la Universidad de Tufts.

Andi puso los ojos en blanco y añadió:

–Tengo que reconocerlo, cuando mi madre empieza a darme sus charlas, dejo de escucharla. Ahora es más soportable, pero su necesidad innata de decirme lo que tengo que hacer con la vida no cesa nunca. Bueno, el caso es que estoy segura de que su amiga podría ayudarte. Esta noche voy a llamar a mi madre para preguntarle qué puede hacer. Mientras tanto, descárgate la solicitud y empieza a rellenarla. Seguro que hay una lista de espera, pero he aprendido a no dudar nunca del poder de los contactos familiares. Sobre todo cuando mi madre es una famosa cirujana cardiotorácica.

Nina plantó las manos en la mesa.

–Me da vueltas la cabeza. ¿En serio crees que podría tener oportunidad de entrar este otoño?

–Vamos a averiguarlo. Si no puedes, el año que viene presentarás la solicitud para un montón de universidades. Te he visto en acción, Nina. Si quieres esto, puedes conseguirlo.

* * *

Nina se pensó mucho qué ponerse para la cena con Dylan. A pesar de lo que él le había dicho, no había sabido cuándo volvería a verlo. Pero la había llamado para salir a cenar y le había dicho que la recogería a las seis.

Saber qué ponerse fue todo un reto. Dylan le había dicho que cenarían juntos, pero no dónde. Había elegido un vestido de tirantes sencillo con una chaquetilla a juego. El tono rosa oscuro de las dos prendas la favorecía con su tono de piel y era un conjunto que encajaría en muchos sitios.

No sabía por qué, pero estaba nerviosa. Aunque tal vez las mariposas en el estómago eran lógicas. Después de todo, ese hombre le había dicho que iba a luchar por ella. Y por muy alucinante y romántico que sonara, ¿qué narices significaba?

Por suerte, Bertie y Bonnie habían salido a tomar unas copas con Cindy. Iban a hablar de los planes para reformar la tienda. Solo de

pensarlo se ponía más nerviosa todavía, pero se recordó que tenía que aprender a soltar las riendas o jamás sería libre; que se había atrapado ella sola al creer que su madre no podría sobrevivir sin ella. Si no tenía cuidado, acabaría viéndose en el final de su vida sin haber llegado nunca a vivirla de verdad.

Entró en el salón justo cuando llamaron a la puerta. La abrió y se encontró a Dylan en el porche.

–Hola –le dijo él sonriendo.

–Hola.

Estaba guapo. Vaqueros y camisa de manga larga. Recién afeitado. Sin duda, un hombre con una cita, pensó llevándose una mano al estómago.

–Estoy lista –dijo al agarrar el bolso. Cerró la puerta al salir–. ¿Adónde vamos?

–Al Mansion on the Hill.

–Qué bien.

El Mansion on the Hill era exactamente eso, una mansión en la colina. Veinte años atrás habían reformado la casa, grande y vieja, para albergar distintos locales comerciales. Tenía un restaurante, una floristería y algunas tiendas turísticas.

–¿Qué tal el trabajo? –preguntó Dylan al abrirle la puerta del coche.

Ella se sentó en el asiento de cuero y esperó a que él entrara antes de responder.

–Bien. Durante unos días hemos creído que teníamos un caso de sarampión. Ya puedes imaginarte la pesadilla que habría sido, pero ha sido una falsa alarma.

–¿Urticaria?

–Sí. Alergias alimentarias. No va a ser divertido para la familia.

Charlaron sobre sus trabajos hasta que llegaron al restaurante y entraron. Nina alternaba entre hablar tranquilamente con un hombre al que conocía desde hacía más de una década y sentir unos nervios inexplicables.

Los llevaron a una mesa en un rincón con vistas a la isla. Desde ahí podrían ver la puesta de sol y además estaba un poco apartada del resto de clientes.

Nina tomó la carta que le ofrecieron, pero, en lugar de abrirla, se detuvo a pensar en el pasado, en cuando había estado enamorada de Dylan. Él lo había sido todo para ella. Con dieciocho años se había estado enfrentando a la graduación del instituto y a la preocupación por su hermana pequeña. Bonnie, aun sin la buena influencia de Bertie, era una persona voluble. Tenían facturas que pagar y Nina no dejaba de preocuparse y pensar en que todo se desmoronaría cuando se marchase a la universidad.

Dylan había sido su gran apoyo. Habían hablado todos los días y se

habían escrito por *email* más todavía. Cuando ella había empezado a pensar que no podría con todo, él le había dado fuerzas. Había vivido deseando que llegara el fin de semana, cuando pasaban cada segundo juntos, hablando, estudiando, haciendo el amor. Él había sido su primera vez, y había sido maravillosa.

Para cuando habían consumado la relación de verdad, llevaban un año tonteando. Sabían cómo complacerse el uno al otro de distintas maneras. Aquella noche él le había provocado un orgasmo con la boca y luego se había puesto un preservativo.

Ya habían hablado en detalle de lo que estaban a punto de hacer; habían esperado a que Bonnie y Averil se fueran a Seattle a pasar el fin de semana para no tener que andar con prisas. Aun así, a él le temblaban las manos y, cuando se había adentrado en ella por primera vez, había llegado al clímax en cinco segundos.

–¿Por qué sonríes? –le preguntó Dylan arrastrándola al presente.

Ella vaciló un segundo y luego dijo:

–Por nuestra primera vez.

Él gruñó.

–¿Qué tiene de gracioso? ¿Que me descontrolé al instante o que me miraste y me dijiste «Creía que duraría más»?

–Las dos cosas. Últimamente he estado pensando mucho en nosotros, y es culpa tuya –añadió. Se había planteado ser más sutil al preguntarle qué había querido decirle, pero vio que no serviría de nada–. Nuestra última conversación fue intensa.

–¿Por qué? Creía que había sido muy claro.

–Creo que no conozco tus intenciones.

En cuanto lo dijo, quiso retirarlo. Pero apretó los labios y decidió que se quedaría ahí sentada escuchando.

Dylan la observó un momento antes de lanzarle esa sonrisa diseñada para hacer que se le encogieran los dedos de los pies.

–Me gustas –dijo en voz baja–. Me gusta estar contigo. Nos llevamos bien y compartimos los mismos intereses. Sé lo que tuvimos. Los dos hemos crecido y hemos cambiado en la última década y quiero ver si seguimos teniendo la misma chispa.

–Buena respuesta –murmuró ella–. Pero hay un problema.

Él enarcó una ceja.

–¿El chico?

–Tiene veintiséis años, y no. Bueno, sí. Kyle es un problema, pero no es el problema al que me refiero. Me marcho de la isla.

Lo observó con atención, pero la expresión de Dylan no cambió.

–¿Adónde vas?

–No lo sé. No voy a irme usando el argumento de «A cualquier sitio menos aquí». Solo sé que no soy feliz con las decisiones que he tomado y quiero tomar otras.

–¿Como ir a la Facultad de Medicina?

–Esa está en la lista.

Y era el elemento más importante a pesar de la frustrante probabilidad de tener que esperar al otoño siguiente para poder empezar.

–Espero que sea la primera. Tendrás que dejarte la piel, pero serás una pasada de doctora. Avísame si quieres que te recomiende.

–¿Lo harías?

–Claro. ¿Por qué te sorprende? Me importas, Nina. De eso se trata todo esto. Si entrar en Medicina te hace feliz, entonces quiero que vayas –frunció el ceño–. ¿Pensabas que querría que te quedaras en un sitio donde te sientes atrapada?

–No estaba segura.

El camarero fue a tomar nota de la bebida. Dylan miró la carta de vinos y pidió una botella. Cuando se quedaron solos, alargó el brazo por encima de la mesa y le agarró las manos.

–No pretendo ni atraparte ni cambiarte ni hacerte sentir incómoda.

Eran unas palabras a las que costaba mucho resistirse, pensó Nina.

–Guau. Qué agradable oír eso.

–Soy un tío agradable –sonrió–. Y médico. Tu madre estaría muy orgullosa –se detuvo–. Bueno, a tu madre le daría igual, pero la mayoría de las madres estarían felices.

Ella se rio.

Dylan le soltó los dedos y se recostó en la silla.

–¿Quieres que te cuente cómo es la Facultad de Medicina?

Nina asintió con entusiasmo.

–He oído que es brutal.

–Sí. En algunos aspectos, el primer año es el peor. Es ciencia básica. Anatomía, histología, patología y bioquímica a lo bestia. Aprendes sobre el cuerpo y todos sus sistemas. Tú ahí vas a llevar ventaja con los conocimientos que ya tienes, pero aun así será agotador.

–¿Clases y prácticas en laboratorio?

Él asintió.

–Mucho de las dos. Y lecturas. Hay mucho que leer.

Para cuando habían terminado de cenar y se dirigían al coche, Nina sintió que sabía qué esperar si entraba en Medicina. Y, además, no podía evitar pensar en el hombre que caminaba a su lado.

Dylan había respondido a todas sus preguntas, pero, sobre todo, había mostrado mucho entusiasmo en cuanto a sus posibilidades de superar bien los cuatro agotadores años. La había apoyado por completo para que se hiciera doctora, y era genial, aunque también desconcertante. No entendía que le dijera que iba a luchar por ella y

que luego estuviera tan tranquilo animándola a seguir sus sueños.

Dylan había aparcado en el extremo más alejado del aparcamiento. La puerta del copiloto quedaba en una zona no iluminada y, al llegar al coche, él se detuvo y la llevó hacia sí. Cuando él agachó la cabeza, ella levantó la suya. Sus labios se rozaron. Dylan sabía a vino y a la tarta de chocolate y menta que habían compartido.

Se apoyó en él y, mientras lo abrazaba por el cuello, se entregó a su beso. La lengua de Dylan le rozó el labio inferior antes de colársele dentro.

Habían hecho el amor cientos de veces y de todas las formas posibles. Sabía lo que le gustaba… o, al menos, lo que le había gustado. El tiempo cambiaba a las personas. Ella misma no era la persona que había sido con dieciocho.

Esa revelación la excitó aún más. Quería tocarlo y explorar los cambios. Quería descubrir si aún podía dejarlo sin aliento, hacerlo temblar, hacerle gritar su nombre.

Rozó los pechos contra su torso y susurró su nombre.

Dylan se echó atrás y la miró a los ojos. Ahí había deseo. Deseo y algo que podía ser arrepentimiento.

Él se llevó las manos a la nuca y, con delicadeza, le agarró las muñecas a Nina y se las bajó a ambos lados del cuerpo.

–Debería llevarte a casa.

Nina lo miraba incapaz de creérselo, pero entonces recordó su promesa de no acostarse con ella mientras siguiera con Kyle.

Se giró, desilusionada. La parte lógica de su cerebro admitía que ella se sentiría igual si fuese Dylan, pero al resto de su ser no le hacía ninguna gracia el giro de los acontecimientos.

–Me parece bien ir a casa –mintió.

–Me encantan estas notas adhesivas –dijo Bertie señalando la tira finita con forma de flecha–. Qué prácticas.

Nina miraba el montón de documentación.

–Veo que sí que habéis visitado a un abogado.

–Sí, y fue excelente. La mujer fue muy paciente y nos explicó todo lo que necesitábamos saber –respondió Bertie sonriendo–. Era muy guapa y flirteó con Ambrose, algo que creo que lo complació e incomodó a la vez. Lo siguiente es una reunión con la casa de subastas y los asesores financieros.

–Lo tenéis todo muy organizado.

Estaban sentadas a la mesa de la cocina, rodeadas por los adornos y los objetos de siempre. Todo llevaba años igual, pero en el horizonte planeaba la promesa de un cambio.

–Estamos siguiendo una planificación –dijo Bertie con tono alegre–.

Tu madre y yo hicimos una lista con todo lo que había que hacer y ahora lo estamos llevando a cabo.

–¿En serio? –preguntó Nina sonriendo–. ¿Mi madre está tachando elementos de una lista?

–Vale. A lo mejor la encargada de la lista soy yo, pero ella está escuchando. Creo que ve lo importante que es esto para todas nosotras –ahora se puso seria–. Le preocupó mucho que Averil estuviera aquí. Le preocupaba ser la responsable de que no tuvieran un matrimonio feliz.

«Eso sí que es raro», pensó Nina.

–Ella no tenía nada que ver. Averil tenía que encontrar su camino –o tal vez simplemente madurar un poco más.

–A pesar de lo que pienses, tu madre es bien consciente de sus defectos. Sabe que no estuvo a vuestro lado. Tú hiciste un trabajo excelente, Nina, pero eras una niña. Bonnie siente que las dos estáis pagando por su incapacidad de desempeñar su papel como debía.

¿Su papel?

–¿Te refieres a ser madre?

Bertie asintió.

Nina hizo lo posible por aceptar la información sin alterarse, pero lo que de verdad quería era ponerse a gritar y decir que sí, que todo eso estaba muy bien, pero que habría significado mucho oírlo de boca de Bonnie. Por otro lado, si su madre decía algo así, entonces después verían pasar volando una piara de cerdos.

–Me alegra que le preocupe hacer todo esto bien –dijo Nina al no querer discutir con Bertie. Señaló la documentación–. La verdad es que no me la imagino sentada en una reunión con una abogada.

–Pues estuvo muy bien. Me sentí muy orgullosa de ella –Bertie sonrió–. Tú también lo habrías estado. Bueno, y ahora, venga, firma tu fideicomiso.

Bertie le pasó el documento y Nina lo leyó. Era bastante claro. Una vez fundasen el fideicomiso, podría retirar un máximo de sesenta mil dólares al año hasta que el fondo se agotara.

La cantidad era tan elevada y desorbitada que estuvo a punto de soltar una risita mientras firmaba. ¿Sesenta mil dólares? ¿Quién tenía tanto dinero? Costaba imaginarlo. Pero una vez se vendiera el cuadro y se pagaran los honorarios, las comisiones y los impuestos, las cuatro se repartirían cerca de seis millones de dólares. Ella tendría un millón en su fondo, al igual que Averil, y Bertie y Bonnie se quedarían con el resto. Las hermanas habían insistido en ello.

–Tenemos las reuniones con la casa de subastas dentro de unas semanas. Volaremos a Nueva York. No recuerdo cuándo tenemos la cita con el asesor financiero, pero lo tengo en la agenda.

Nina seguía firmando ahí donde le indicaban las flechitas adhesivas.

–¿Y qué pasa con la casa?

Bertie enarcó las cejas.

–¿Es tu forma de decir que necesitamos un tejado nuevo? Ya he llamado para pedir presupuestos. También vamos a cambiar la moqueta. Tu madre dice que deberíamos reformar los baños, pero a mí me gustan como están. Aún lo estamos decidiendo.

–¿Vais a quedaros aquí? Pensé que querríais mudaros a Seattle o a alguna otra parte.

Bertie negó con la cabeza.

–Es nuestro hogar. Aunque sí que vamos a comprar una furgoneta nueva. Una más grande para poder traer más tesoros a casa –volvió a sonreír–. Y estamos pensando en ir a Hawái cuando todo esto esté resuelto.

Nina esperó, pero eso fue todo. Bertie no dijo más.

–¿Vuestra vida va a seguir igual? ¿Incluso con millones de dólares en el banco?

–Precisamente por eso. Somos felices tal como estamos. Demasiado cambio lo pondría en peligro.

Nina asintió y siguió firmando, aunque, por dentro, la cabeza empezó a darle vueltas. Averil había vuelto con Kevin porque quería la vida que tenían juntos. Bertie y su madre, incluso habiendo pasado de apenas llegar a fin de mes a tener un par de millones de dólares cada una, iban a comprarse una furgoneta y a cambiar la moqueta.

Soltó el bolígrafo.

–¿Qué? –preguntó Bertie–. ¿Estás bien?

Nina no sabía si reír o echarse a llorar.

–He estado preocupadísima por tener que mantenerlo todo bajo control y al final no ha cambiado nada, ¿no? A pesar de mis preocupaciones y de volverme loca, nunca he tenido el control de nada.

–Pero te gustaba pensar que sí.

Nina gruñó.

–¡Cuánta energía malgastada!

–Te preocupabas por todas. No es lo mismo.

–¿Sí? A lo mejor si hubiera soltado las riendas antes, todo se habría arreglado antes.

–O nos habríamos visto perdidas. No puedes reescribir la historia, mi niña. Solo puedes aprender de ella y seguir adelante.

Nina estiró la mano sobre la mesa. Bertie la garró y le apretó los dedos.

–Voy a echarte mucho de menos –dijo Nina.

–¿Es que te marchas?

Pensó en la imagen de la isla desde el cielo y en todos los sueños que había dejado morir. Pensó en dónde quería estar dentro de diez

años. Dentro de veinte.

A lo mejor fracasaba; a lo mejor acababa siendo una infeliz. Pero, aun teniendo en cuenta los riesgos, se negaba a seguir allí estancada.

–Todo el mundo se ha movido menos yo. Ya se me han acabado las excusas. Voy a perseguir mis sueños y a ver qué pasa.

Bertie se inclinó hacia ella.

–Te irá de maravilla.

Capítulo 25

–Ha sido genial –dijo Kyle feliz mientras conducía por la I-5 en dirección a Everett–. Un clima perfecto, vientos suaves y un montón de horas de vuelo.

–Lo que más te gusta –respondió Nina con tono animado intentando ignorar la piedra que sentía en el estómago.

Kyle había vuelto y la había llamado para cenar el viernes por la noche. Le había dicho que se arreglara.

Ella había intentado convencerlo de que sería mejor hacer algo más informal, pero él se había puesto cabezota y precisamente por eso llevaba vestido y tacones cuando habría preferido ir en vaqueros. No sabía por qué habrían estado mejor unos vaqueros de no ser porque en ese caso se habría puesto zapatos planos, que habrían resultado más prácticos si tenía que salir corriendo en mitad de la cena, ¿no?

Se había pasado los últimos tres días haciendo mucha introspección. No había sido agradable ni sencillo y había estado llorando unas cuantas horas. Había recreado un calendario de los últimos diez años y había anotado los eventos más importantes. Así había visto claramente cuándo había renunciado a sus sueños y en qué momento se había conformado con lo que tenía. Si no quería pasarse los próximos veinte años como los últimos diez, tenía que empezar a moverse.

Además había entendido que, si bien el fondo fiduciario había sido un catalizador, no podía servirle como motivo. Tenía que hacer cambios por ella, porque fueran buenos para ella. Y eso la había animado a terminar de rellenar la solicitud para Tufts.

Aunque era improbable que fuera a entrar ese otoño, tenía esperanzas. Había hablado con Andi otra vez y luego había tenido una larga charla con la madre de esta por Skype. También había empezado a buscar otras facultades. Tufts sería su primera opción para el próximo año, pero tendría muchas alternativas de reserva. Averil intentaba convencerla de que fuera a UCLA para poder estar juntas.

Independientemente de si entraba o no en Tufts, había decidido salir de la isla. Había estado mirando sitios para trabajar como voluntaria durante el próximo año. Había cientos de clínicas en

barrios pobres que necesitaban ayuda. Solo tenía que elegir una y presentar la solicitud.

Y todo ello implicaba decirle a Kyle que ya no iba a verlo más.

Él salió de la autopista y condujo hacia el oeste. Al reconocer la ruta, Nina gruñó. «A Marianna's no», pensó. Era el precioso restaurante al que la había llevado en su primera cita. No quería una cena elegante llena de recuerdos. Quería una ruptura limpia y escapar. Pero antes de pensar cómo hacerlo, ya estaban deteniéndose y Kyle le estaba dando las llaves al aparcacoches.

Los sentaron en una mesa en un rincón íntimo frente al mar. Había champán esperándolos en la hielera. Champán caro.

Eso la hundió más todavía. «Qué mal», se dijo antes de preguntar:

–¿Qué celebramos?

–Que vuelvo a estar contigo –dijo Kyle antes de apartarle la silla.

El camarero abrió el champán, lo sirvió y se marchó. Kyle se inclinó hacia ella.

–Te he echado de menos. Es duro estar lejos de ti.

–Yo también te he echado de menos –empezó a decir Nina, pero entonces se detuvo.

Antes de poder pensar cómo decirle lo que tenía que decirle, él le agarró la mano. Sus ojos azules se arrugaron al sonreír.

–Ya sé cómo empezó todo.

–¿Te refieres a lo de que era tu fantasía?

–Sí. Y luego vine aquí y vi que eras incluso mejor de lo que creía.

–Me alegro de no haberte decepcionado –dijo Nina pensando que era imposible que fuera a pasar lo que parecía que iba a pasar. No hacía tanto tiempo que se conocían. Él no podía estar… Era imposible que Kyle…

Tragó saliva, de pronto asustada y deseando tener cerca una salida de incendios.

–Nina, la cuestión es que no tenía muchas expectativas puestas en esto más allá de vivir mi sueño durante unas semanas. Pero luego todo cambió para mí. Conectamos de un modo que no me esperaba –sus ojos azules se llenaron de emoción– y empecé a ver que teníamos algo especial.

–Es verdad –admitió ella hablando despacio–. Kyle, caí en tus brazos y no sé qué me pasó.

Mierda, ¿para qué había dicho eso?

–Lo que quiero decir es…

Él asintió.

–Sé perfectamente lo que quieres decir.

Ella lo dudaba.

–Me encanta volar. La Marina es el lugar donde quiero estar. Ya sabes lo de mis intenciones de unirme a los Ángeles Azules y estoy en

ello. Pero estar contigo me ha enseñado que quiero más. Quiero una esposa y una familia –le apretó los dedos–. Y lo quiero contigo, Nina.

Se le quedó la mente en blanco y tuvo la mala sensación de que se le notaba lo impactada que se había quedado. Ni aun pensando que él pudiera declararse se había preparado para oír esas palabras.

Kyle seguía sonriéndole.

–Sé que es rápido, pero te quiero, Nina. Mi madre siempre me ha dicho que, cuando encontrara a la mujer de mis sueños, lo sabría. Y tenía razón. Los dos estamos genial juntos. Tenemos mucho en común y te va a encantar ser la esposa de un marine. Podemos vivir por todo el mundo. Hay muchas ventajas. No quieres quedarte en esta isla para siempre, ¿no?

–No –respondió ella, aliviada de poder responder al menos a esa pregunta–. De eso quería hablarte. Quiero marcharme –añadió soltándose la mano.

–Podemos hacerlo juntos. Viajaremos y exploraremos juntos. Te caerán bien las otras esposas. Son una piña, sobre todo cuando sus maridos están fuera. Es como una hermandad. Cuando esté desplegado, tendremos el correo electrónico y Skype. Tendremos una relación de pareja de verdad.

–¿Cómo podrá serlo si te pasas fuera seis meses seguidos?

–Porque seguiremos en contacto.

–Pero no estarás allí. Cuando te vayas, seré yo la que se ocupe de la casa, de los niños… No puedes formar una pareja cuando estás a medio mundo de distancia en un portaviones.

No sabía por qué estaba diciendo todo eso. No quería casarse con Kyle, así que ese no era el problema. Sin embargo, no podía dejar de hablar.

–Yo me responsabilizaría de todo –continuó–. De llevar a los niños al colegio, de cuidarlos cuando estuvieran malos. Tendría que hacerlo todo. Sería como lo que hago aquí pero en otro lugar. Y no quiero eso. No quiero ser la que esté al mando.

–No estarías tú sola. Sí, vale, pasaré meses fuera, pero tendrás a las otras esposas.

–No estaré casada con ellas. No quiero un matrimonio a tiempo parcial. Quiero… –sacudió la cabeza–. Kyle, quiero ir a la Facultad de Medicina. Quiero ser doctora. Hay una posibilidad de que pueda empezar este otoño, pero no es seguro, así que presentaré la solicitud para más universidades para el curso que viene.

Él no pareció inmutarse por lo que dijo.

–Es genial. Puedes ir a la facultad y estar casada conmigo. Cuando esté fuera, tendrás más tiempo para estudiar.

Nina miraba su expresión de entusiasmo. Había sido bueno con ella. Literalmente le había salvado la vida o, al menos, había evitado que se

rompiera unos cuantos huesos. Y también la había rescatado en otros sentidos. La había devuelto a la vida cuando había corrido el peligro de perderse. La había hecho reír y le había recordado lo que era sentirse deseada. Pero incluso aunque no estuviera en la Marina, no podría pasar el resto de su vida con él.

–Kyle –dijo en voz baja–. No te quiero. Lo siento.

Él dejó de sonreír y se quedó callado un largo rato antes de responder:

–¿No? ¿Estás segura? A lo mejor necesitas algo de tiempo para pensártelo.

Nina se sintió como si le hubieran dado una patada en el estómago.

–Lo siento –murmuró.

–¿No vas a cambiar de opinión?

Pensó en decirle que ojalá pudiera, pero habría sido mentir. No había nada que la atrajera lo más mínimo de la vida que él había descrito. No quería lo que Kyle podía ofrecerle y sabía que, a la larga, ella tampoco podría hacerlo feliz.

–No voy a cambiar de opinión. Esto ha sido maravilloso y siempre te recordaré. Pero no eres el hombre que busco. Una vida juntos no sería la elección correcta para mí.

Él tensó la mandíbula y miró a otro lado. Cuando volvió a mirarla, tenía lágrimas en los ojos.

–Pensé que teníamos algo especial –dijo sin más.

Ella se mordió el labio inferior.

–Y lo teníamos, Kyle. No sé cómo darte las gracias por este verano. Por tu pasión. Por muchas cosas.

Él asintió y se levantó.

–Venga, te llevo a casa.

–Puedo pedir un taxi. Será más sencillo.

Kyle fue un caballero hasta el final. Esperó a que llegara el taxi y la ayudó a subir. Mientras el vehículo se alejaba, lo observó, queriendo sentir una emoción que le indicara que había cometido un error. Pero lo que sintió fue arrepentimiento por haberle hecho daño, y también emoción. Había dado el primer paso de su nuevo viaje. Ya no había vuelta atrás.

Se inclinó hacia delante para decirle al conductor:

–Voy a darle otra dirección. Sigue siendo en la isla, pero junto al puerto deportivo.

El conserje de la noche le sonrió a modo de saludo e inmediatamente llamó a Dylan. Unos segundos después, le indició que fuera al ascensor.

Mientras subía al último piso, el estómago le daba saltos mortales y

las rodillas amenazaban con fallarle, pero a la vez tenía la sensación de haber hecho lo correcto. Qué sexi era el poder, pensó cuando las puertas se abrieron y salió al rellano de Dylan.

De nuevo, él estaba esperándola en la puerta. Llevaba vaqueros y camiseta, y estaba descalzo. Cuando se fijó en la ropa de Nina, levantó una ceja.

–¿Una cita calentita?

–Más o menos.

Él se apartó para dejarla pasar.

–¿Con el chico?

Nina dejó el bolso de mano en la pequeña mesa que había junto a la puerta.

–Kyle ma ha pedido que me case con él.

La expresión de Dylan no cambió excepto por un músculo que se le tensó en la mandíbula.

–¿Qué le has dicho?

–No.

Iba a decir más, a explicarle que se había dado cuenta de que jamás podría ser feliz con él. Quería hablarle de las ventajas de algunas de las universidades que había visto y de la oportunidad de trabajar en voluntariado, pero antes de poder empezar, Dylan se acercó a ella. Le tomó la cara entre las manos y la besó. Ella apoyó las manos en sus hombros y separó los labios para recibirlo.

Él le metió la lengua y ella recibió con agrado el constante roce, el calor que la invadía, la sensación de haber estado esperando ese momento una década. Quería estar con Dylan. Quería sentirse como antes, cuando lo mejor de su vida había sido que la acariciara, que hicieran el amor. Quería entregarse y saber que siempre estaría a salvo con él. No cuidada, sino a salvo.

Dylan se apartó lo justo para besarle las mejillas y luego la nariz. Le recorrió la mandíbula con besos hasta llegar al cuello. Una vez en la clavícula, inhaló profundamente, como si estuviera absorbiendo su aroma. Luego se puso recto y la miró.

–Dios, cuánto te he echado de menos.

Ella se quitó los tacones y se bajó la cremallera del vestido, que cayó al suelo. Él se quitó la camiseta. Ella, el sujetador. Él se desabrochó los vaqueros y se los bajó junto con los calzoncillos. Nina se quitó las bragas.

Se miraron. Dylan tenía los hombros más anchos de lo que recordaba. Estaba más musculoso. Y extremadamente erecto. Ella era consciente de los siete kilos que había engordado, pero no podía reunir energía suficiente para preocuparse por eso.

Él le agarró la mano y la llevó al dormitorio. Apartó la colcha con un movimiento de muñeca y luego abrió un cajón de la mesita y sacó

una caja de preservativos. Se giró hacia ella.

Nina se acercó relajada y le agarró las manos para ponérselas en los pechos. Entonces empezó a besarlo.

Se exploraron los cuerpos de pie y luego pasaron a la cama. Él la tocaba como antes y, cuando la acarició entre las piernas, Nina encontró una gloriosa promesa de éxtasis exacta a la que recordaba.

Pero cuando estaba cerca y temblando, le dijo que parara y se pusiera el preservativo. Igual que habían hecho siempre. Cuando Dylan entró en ella, llenándola, observándola con la misma intensidad con la que ella lo observaba, Nina se estremeció de placer.

–Dylan –dijo con la respiración entrecortada y casi incapaz de contener el orgasmo.

–Mi dulce Nina.

Él la llenó, se retiró y la embistió de forma más profunda. Nina gritó, estaba muy cerca.

–¿Lista? –preguntó él, sin duda recordando lo que habían hecho juntos tantas veces antes.

Nina asintió una vez y se preparó. Él aumentó la velocidad y la intensidad. Más deprisa y más intenso. En la tercera embestida ella se perdió en el placer que la recorrió. Lo rodeó por las caderas con las piernas, sujetándolo dentro de sí todo lo que podía y gritando de placer, pero asegurándose de mantener los ojos abiertos. Él llegó al clímax unos segundos después y le permitió ver hasta lo más profundo de su alma. Como siempre había hecho.

Después, cuando estaban acurrucados bajo las sábanas, Nina apoyó la barbilla en su hombro.

–No me puedo quedar.

–Lo sé.

–No me refiero a esta noche. Me refiero a que me marcho de Blackberry Island.

–Lo sé –repitió él.

Nina lo miró.

–¿Me dejas ir?

–Es lo que te hace feliz.

–¿Qué ha pasado con lo de luchar por mí?

Dylan esbozó una relajada sonrisa.

–Tengo un plan para eso.

–¿Quieres contármelo?

–Es una sorpresa.

–¡Tienes una llamada! –gritó Holly corriendo al despacho de Nina.

Nina miró a la recepcionista.

–¿Por qué tienes mi móvil?

Holly lo sacudió.

–¡Responde!

Nina agarró el teléfono.

–¿Sí?

–¿Nina Wentworth? –le preguntó una voz femenina que no le era familiar.

–Sí.

–Soy Marian Underwood, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Tufts. Llamo por la solicitud.

Veinte minutos después, Nina dejó el móvil en el escritorio. Le temblaban las manos y tenía un ligero pitido en los oídos. Estaba consciente, así que sabía que tenía que estar respirando aunque no lo pareciera. No le hacía falta el aire.

Andi irrumpió en el despacho. Su embarazadísima jefa se acercó a la mesa bailando.

–¡Lo sé desde hace dos horas! ¡Qué pesadilla no poder decir nada! Le he dicho a Holly que tuviera tu móvil en su mesa para asegurarnos de que no perdías la llamada. Te odio por abandonarme, pero de todos modos te ibas a marchar a hacer el voluntariado, así que no me voy a poner en plan rencoroso –se detuvo–. ¿Nina? ¿Estás bien?

–He entrado –dijo casi incapaz de articular las palabras y mucho menos creérselas–. ¡He entrado!

Se levantó y rodeó la mesa. Andi y ella empezaron a saltar antes de abrazarse.

–¡Has entrado! –dijo Andi riéndose–. Sabía que algún día tener unos padres que son unos fenómenos de la Medicina tendría su recompensa. Y la ha tenido. Al menos para ti. ¿Estás impactada?

–Más que impactada.

Se había pasado el último mes pensando qué quería hacer y esperando recibir noticias de la solicitud. No había contactado con ninguna de las clínicas que había localizado, sobre todo porque no había querido decir que quería trabajar allí para luego tener que llamar y explicarles que al final no podría ir. Había tenido esperanzas, había estado preocupada, pero suponía que no había llegado a creerse que pudiera pasar de verdad… hasta ese instante.

–Tengo un millón de cosas que hacer. Tengo que rellenar documentación y quieren dinero. Mucho dinero –y era un problema porque aún no habían vendido el cuadro.

Andi la agarró por los hombros.

–No te preocupes. Te voy a prestar lo que necesites para empezar y ya me lo devolverás cuando seas rica. Solo serán unos meses y me lo puedo permitir sin problema, así que ni te molestes en decir que no.

Nina la abrazó.

–Eres la mejor.

–Eso me dice mi marido todo el tiempo, así que estoy empezando a creérmelo –sonrió–. ¿Cuándo tienes que estar allí?

–Las clases empiezan dentro de seis semanas.

–¿Tan pronto?

Nina asintió y se dio cuenta de todo lo que tenía que hacer.

–Necesito un lugar donde alojarme, tengo que pensar qué me voy a llevar y… –miró a Andi–. No quiero dejarte en la estacada justo cuando vas a tener al bebé.

–Al bebé aún le quedan un par de meses para nacer y empezaré a hacer entrevistas la semana que viene. Puedo hacerlo –juntó las cejas al preguntarle–: No vas a usarme de excusa para no seguir tu sueño, niña. Largo de aquí. Vete a casa. Haz listas. Estaremos bien. Pero recuerda que te haremos una fiesta antes de que te vayas.

–Lo estoy deseando –dijo aún impactada por todo lo que estaba pasando.

Condujo a casa con cuidado de no desviar la atención de la carretera. Tenía mucho que hacer y sufrir un accidente no sería de mucha ayuda. Era mediados de julio y había turistas por todas partes, algunos de los cuales habrían estado en las distintas catas de vinos.

Entró en el camino de acceso y corrió adentro.

–¿Estáis aquí las dos? –gritó, agradecida de que su madre y Bertie hubieran vuelto a casa el día anterior tras su viaje a Nueva York.

Bertie salió de la cocina a la vez que Bonnie salió del estudio. Llevaba las gafas de leer en una mano.

–¿Nina? ¿Qué haces aquí tan temprano? –preguntó Bertie–. ¿Va todo bien?

–He entrado –dijo con la voz entrecortada–. He entrado en la Facultad de Medicina. Empiezo en seis semanas.

Las dos mujeres gritaron y se abalanzaron sobre ella. Hubo saltitos en grupo seguidos de abrazos.

–Tengo un montón de cosas que hacer. No sé por dónde empezar. Tengo que hacer las maletas, buscar alojamiento y voy a necesitar material y no sé cuál. ¿Debería vender el coche? ¿Me lo llevo a Boston? Debería llamar a Averil y también quiero parar a verla de camino. ¿Qué os parece ir allí de viaje? Y Dylan. Tengo que decírselo a Dylan.

Aunque estudiar Medicina era su sueño, decirle que se marchaba iba a ser difícil porque durante el último mes había estado con él casi todo su tiempo libre. Pasaba varias noches a la semana en su piso. Y por mucho que él dijera que quería que cumpliera su sueño…

–Vamos a hacer una lista –dijo Bertie yendo a la cocina–. Voy a por el bloc. Todo resultará más fácil cuando esté anotado.

Tres horas después Nina tenía un plan. Era una lista de varias páginas, pero no pasaba nada. Al menos ahora sabía lo que tenía que hacer. Se sentó en el escritorio de la habitación en la que había crecido y se preguntó cómo le habría cambiado la vida en un año o cuatro.

Ya había llamado a su hermana y habían quedado para verse. Nina pararía en su casa de camino a Boston a finales de agosto. Iría en coche. La próxima semana iría allí a buscar alojamiento, aunque en esa ocasión viajaría en avión. Todo lo importante estaba planificado. Solo faltaba decírselo a Dylan.

–¿Cómo estás?

Se giró y vio a su madre entrando en la habitación.

–Estresada. Alucinada. Pero todo saldrá bien.

Bonnie, alta y preciosa con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, sus voluptuosas curvas y esa sonrisa relajada, la besó en la frente y se sentó en la cama.

–Estoy muy orgullosa de ti. No solo por entrar en Medicina, sino por todo. Eres una hija maravillosa.

–Gracias –Nina se mordió el labio–. Ahora solo vas a tener a Bertie, mamá. Vas a tener que ocuparte de algunas cosas tú sola.

–Eso me han dicho –se cruzó de piernas–. Bertie y yo lo hemos pasado genial en Nueva York. No había estado nunca. Hicimos todas las cosas típicas de turistas y vimos dos espectáculos. Luego nos reunimos con los de la casa de subastas. ¿Te he dicho que Ambrose nos acompañó?

–No, pero me alegro de que os ayudara.

–Sí que nos ayudó. Transmite mucha calma… para ser un hombre –dijo sonriendo–. Creo que el chico de la casa de subastas se quedó un poco decepcionado. Sabía que Bertie y yo estamos juntas y creo que le hacía ilusión que fuéramos lesbianas –sonrió aún más–, pero estoy segurísima de que esperaba encontrarse a dos tías buenas y jovencitas, no a unas mujeres de mediana edad.

Se inclinó hacia Nina.

–Pero bueno, el caso es que la subasta ya tiene fecha. Tienen tan claro como Ambrose que sacaremos por lo menos diez millones, así que tendrás tu dinero para estudiar.

–Gracias, mamá. Estás siendo muy generosa.

–No. Solo estoy haciendo lo correcto. No siempre lo he hecho –dejó de sonreír–. Nunca quise crecer. Peter Pan era mi héroe. Me gustaba dejar que los demás cuidaran de mí. Y aunque no hiciera muy bien mi trabajo, para mí eso era mejor que tener que hacerlo yo. Mi madre siempre estaba ahí dando un paso al frente y luego lo hiciste tú.

Nunca tuve que ser nada más.

–¿Y ahora?

–No me gusta, pero voy a hacerlo. La gente puede cambiar, supongo. ¡Tengo tanto, Nina! Una mujer maravillosa que me quiere, dos hijas preciosas y triunfadoras que me quieren –esbozó media sonrisa al añadir–: Porque ya sabes que aquí lo que importa siempre soy yo.

Respiró hondo.

–Soy muy feliz. Incluso sin el cuadro y todas estas tonterías, era feliz. Pero tú no. Y ahora me doy cuenta. Estabas atrapada porque yo quería ser Peter Pan. Lo siento mucho.

–Mamá… –empezó a decir Nina con un nudo en la garganta.

–No me digas que no pasa nada, porque no es verdad. Quiero que me prometas que a partir de ahora harás exactamente lo que quieras. Encuentra el trabajo que te guste y una pareja a quien puedas querer. Ten hijos incluso. Quiero que lo tengas todo.

–Yo también –admitió Nina quedándose pensativa de pronto.

–¿Dylan? –preguntó su madre.

Nina asintió.

–Voy a echarlo de menos. Mucho. Hemos vuelto a unirnos mucho, pero ahora me voy.

–A lo mejor se va contigo.

–Está trabajando en la consulta de su padre. Es lo que prometió y lo que sabía que acabaría haciendo.

–La gente cambia –repitió su madre.

–No tanto.

–Tú has cambiado. Mira lo distinta que eras hace cinco o seis meses. Has aprendido a liberarte. Estás haciendo lo que es importante para ti y ¡a los demás que les den!

Nina sonrió.

–Yo no llegaría a ese extremo.

–Sigue intentándolo. Llegarás –su madre la observó–. Eres mi hija y te quiero. Acepta que voy a cometer errores y confía en que podré enmendarlos. Confía en que Bertie cuidará de mí. Es hora de que te vayas, mi niña. Llévate mi amor contigo y tráelo de vuelta cuando vengas a visitarnos.

–Ay, mamá…

Nina se levantó con los ojos llenos de lágrimas. Su madre la abrazó.

Justo a las once Averil recogió a Penny de la peluquería. Ya había ido al supermercado a por bistecs y una botella de malbec para cenar. A Kevin y a Nina les gustaba y ella no lo soportaba, así que así se le haría más llevadero verlos beber.

–Estás impresionante –le dijo a la perrita de camino al coche–. ¡Qué belleza! Te van a desear todos los chicos.

Penny bostezó como diciendo que, aunque la habían esterilizado y los chicos le daban igual, agradecía el cumplido.

Condujeron a casa y Averil se puso a preparar una ensalada para el almuerzo. Poco antes del mediodía oyó un coche en la entrada y fue a la puerta. Nina ya estaba caminando hacia la casa.

Se abrazaron fuerte.

–Hola, hermanita –dijo Averil llevándola adentro–. Alguien tiene muchas ganas de verte.

Como era de esperar, Penny corrió hacia Nina sacudiendo el rabo, ladrando y gimiendo. Nina se puso de rodillas y la abrazó.

Averil se detuvo a observar los cambios que notaba desde la última vez que había visto a su hermana.

Por un lado, Nina se había cortado el pelo. Atrás había quedado la melena larga y lisa que le cubría la espalda. Ahora llevaba una corta y a capas que apenas le cubría la nuca. También había desaparecido esa ligera actitud de desaprobación que tenía, como si siempre estuviera esperando que alguien en un radio de diez kilómetros la cagara.

–Me encanta el pelo nuevo –le dijo Averil cuando Nina se levantó.

–Gracias –Nina se tocó la nuca–. Pensé que sería más fácil de peinar. Solo tengo que secarlo con toalla y pasarme el cepillo. Cuando se seca, me queda así –se encogió de hombros–. Sé que es una tontería, pero estoy intentando optimizarlo todo antes de empezar las clases.

–Sea por la razón que sea, te queda genial. Venga, tienes que estar hambrienta. Tengo el almuerzo en marcha.

Entraron en la cocina y Nina se apoyó en la encimera mientras Averil seguía preparándolo.

–¿Qué tal va todo?

–Genial. Ahí hay un sobre. ¿Por qué no lo abres y lo lees?

Nina lo abrió y leyó el *email* que Averil había impreso.

–No lo entiendo –dijo confusa–. Te rechazan.

Averil sonrió.

–Sí. Es de una editorial. He terminado el libro. Lo terminé, lo pulí y se lo pasé a un agente. Ha sido mi primer rechazo. Estoy pensando en enmarcarlo.

–¿Has terminado el libro?

Averil asintió.

–Sí, ya, impresionante, ¿eh? Kevin está muy orgulloso. Le ha contado a todo el mundo que me han rechazado la novela y luego ha tenido que explicar por qué estamos contentos. Está claro que preferiría haberla vendido, pero aún la están leyendo en otras editoriales y mi agente tiene fe en mí. No voy a rendirme. Ya he empezado otro nuevo.

Miró a la mesa y fingió un gesto de contrariedad.

–Mierda, no he recogido todo esto. ¿Puedes quitar algunos de esos trastos y llevarlos a la encimera?

–Claro –dijo Nina acercándose a la mesa. Levantó el libro gordo que había en el centro.

Averil esperó mientras su hermana miraba el título. Se había planteado meterle unos patucos en una cajita, pero le pareció mejor dejar una copia de *Qué esperar cuando se está esperando*. Desde luego era más normal que tener a Kevin plantado al lado mientras estaba sentada en el wáter intentando hacer pis en un palo. Al final la vejiga se había rendido y los dos, conteniendo la respiración, habían esperado a que la prueba les diera la buena noticia.

Nina miró el libro y la miró.

–¿Estás…?

–¿Embarazada? ¡Sí! De siete semanas. Creo que fue justo después de volver a casa –sonrió–. Aquella primera semana la cosa estuvo calentita e intensa.

–¡Ay, Dios mío! ¡Un bebé! ¿Se lo has dicho a mamá?

–He pensado que podríamos llamarla esta tarde con el altavoz. Y por la noche lo celebraremos. Kevin está ilusionadísimo. Y yo también.

Nina la abrazó y Averil le devolvió el abrazo. Qué verano tan fantástico.

Comieron las ensaladas y se pusieron al día.

El cuadro había acabado vendiéndose por cerca de once millones de dólares. Se quejaron del dinero que se había quedado el gobierno y de lo raro que era haberse convertido en niñas con fondos fiduciarios. Vale, niñas tampoco, pero bueno. Después del almuerzo fueron a dar un paseo por la playa. Penny corría delante de ellas tirando un poco de la correa y siempre feliz de formar parte de todo.

–¿Qué tal con Dylan? ¿Cómo habéis acabado?

–Me ha dicho que seguimos juntos y que va a ir a visitarme –no parecía muy convencida–. Hablaremos por teléfono y esas cosas, aunque no sé si será suficiente. Creo que voy a perderlo, pero no puedo quedarme en la isla solo por miedo a que eso pase. Esta es mi oportunidad y voy a aprovecharla. Ya he esperado demasiado.

–¿Lo quieres? –preguntó Averil consciente de que su hermana podía arrancarle la cabeza por habérselo preguntado.

Nina la sorprendió asintiendo.

–Sí –admitió con la voz cargada de emoción–. Es una mierda tener que dejar a alguien que me importa tanto para poder hacer lo que he querido siempre, ¿sabes?

Averil le echó un brazo por encima.

–Lo siento.

–Yo también –dijo sorbiéndose la nariz e intentando sonreír–. Pero

ya veré cómo lo soluciono.

–Me alegro de que hayas entrado en la Facultad de Medicina –dijo Averil sonriendo–. Mi hermana la médica. Nos vas a ahorrar una fortuna en gastos sanitarios.

Nina se quedó mirándola un segundo antes de echarse a reír.

Esperó a que cambiara el semáforo y, cuando se puso en verde, cruzó la calle. Se recolocó la bandolera preguntándose si el trayecto a pie, relativamente corto, desde el campus a su apartamento se le haría más largo cuando llegara el invierno.

El otoño acababa de empezar y las hojas apenas habían cambiado aún. De todos modos, tres semanas después del comienzo de las clases ya no tenía mucho tiempo de admirar la belleza de la naturaleza.

Tal como le había asegurado Dylan, tenía montones de cosas que leer y memorizar. Las prácticas de laboratorio eran largas y a veces complicadas, pero había hecho amigos y se había unido a un grupo de estudio estupendo.

Dobló la esquina y corrió hacia el apartamento. Era viernes. Tenía un planazo para la noche: comida para llevar y una peli de pago. Era un capricho que no había tenido tiempo de darse desde que se había mudado a Boston. Pero había adelantado algunas lecturas, había rendido bien en el laboratorio y estaba preparada para darse una recompensa. A las diez tenía una llamada con Dylan. Oír su voz siempre la hacía sentir que podía con todo.

Entró en el edificio. Era más bonito de lo que se había esperado y, aunque la mensualidad la había hecho palidecer, estaba cerca de la facultad y tenía muchas tiendas cerca. Ahora mismo lo importante era ser práctica. Además, tenía un pedazo de fondo fiduciario para cubrir los gastos. A veces los cambios traían extras inesperados.

Cruzó el vestíbulo y se detuvo a recoger el correo. Otra residente, una mujer rusa mayor, le sonrió.

–Hola, señora Volkov –dijo Nina al abrir el buzón.

–¡Nina! He conocido a tu marido. ¡Qué guapo! –le guiñó un ojo–. Ya entiendo por qué has estado trabajando tanto, ¿eh? Querías tener tiempo libre para cuando viniera.

La señora Volkov le tocó la nariz y volvió a sonreír.

Nina la miraba alucinada. ¿Marido? Cerró el buzón de golpe y corrió hacia los ascensores.

–¡Gracias, señora Volkov! –gritó al doblar la esquina.

Dylan. Tenía que ser Dylan. Había ido a hacerle una visita sorpresa. Ojalá fuera solo para el fin de semana, porque el lunes tenía clase. Pero aun así… dos días con él serían como un milagro.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en su planta, corrió por

el pasillo y entró en el apartamento. Y, sí, ahí estaba Dylan, aunque no estaba deshaciendo ninguna maleta. Estaba arrodillado junto a una caja abierta y rodeado de muchas otras. Muchísimas. Además, había muebles nuevos en el apartamento, incluyendo el sofá de cuero negro de él.

Mirándolo, Nina tiró la bandolera al suelo. El abrigo cayó después.

–¿Dylan?

Él se levantó y sonrió avergonzado.

–Ya, ya. Debería haber hablado contigo primero, pero pensé que me dirías que esperáramos y estoy cansado de esperar. Quiero estar contigo.

¿Estaba ahí? ¿Ahí?

–¿Te mudas a Boston?

Él dio un paso hacia ella.

–Sé que estás impactada. Solo dime si es una sorpresa buena o mala.

–Buena.

¿Tener a Dylan cerca todo el tiempo? ¡Era genial! ¿Pero él podría hacerlo?

–¿Qué pasa con tu padre? Estás trabajando con él.

Dylan se metió las manos en los bolsillos y volvió a sacarlas.

–Sí, ya, pues es una historia graciosa. Cuando se enteró de que prefería estar aquí contigo antes que en Blackberry Island con él, decidió vender la consulta. Ya ha recibido tres ofertas buenas. Mi madre y él están buscando casas en Arizona para jubilarse. Ya sabes cuánto le gusta el golf a mi padre.

–He oído rumores –dijo Nina incapaz de entender lo que estaba pasando–. ¿Es que no querías decirme lo que estabas pensando?

–Quería que fuera una sorpresa –se acercó y le rodeó la cara con las manos–. Y quería asegurarme de no interponerme en tu camino. Me daba miedo que decidieras posponer la facultad si sabías lo que tenía pensado. Quería que tomaras las decisiones que eran buenas para ti. Tienes que hacerlo, Nina. Es algo que quieres y yo lo quiero para ti. Si no te gusta la idea de que me mude, lo entenderé. Puedo buscarme mi propia casa y volveremos a salir solamente. Pero pensé que… –vaciló–. Te quiero. Todavía. Siempre. Eso nunca cambió.

–¿Y qué pasa con tu trabajo?

–Tengo entrevistas con dos hospitales de Boston y estoy mirando un trabajo de investigación –la besó–. Volví a la isla en parte porque se lo había dicho a mi padre, pero sobre todo por ti. Nunca pude olvidarte, Nina. Lo digo en serio. Te quiero.

Nina se recostó en él y dejó que esas palabras se instalaran en su corazón. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero eran de felicidad. Las mejores. La situación le parecía maravillosa. Lo abrazó y se aferró a él como si no fuera a soltarlo nunca, porque ese era su plan.

–Yo también te quiero –le dijo mirando a sus ojos verdes–. Creo que nunca llegué a olvidarte.

Él sonrió y la besó.

–Me alegra oírlo porque estaba pensando que, cuando te licencies, podríamos abrir una clínica en alguna parte. La doctora y el doctor Harrington.

–Me han dicho que los Apalaches son preciosos.

–Cualquier sitio donde estés tú será precioso. ¿Cómo era? «Vive conmigo y sé mi amor y probaremos todos los placeres…».

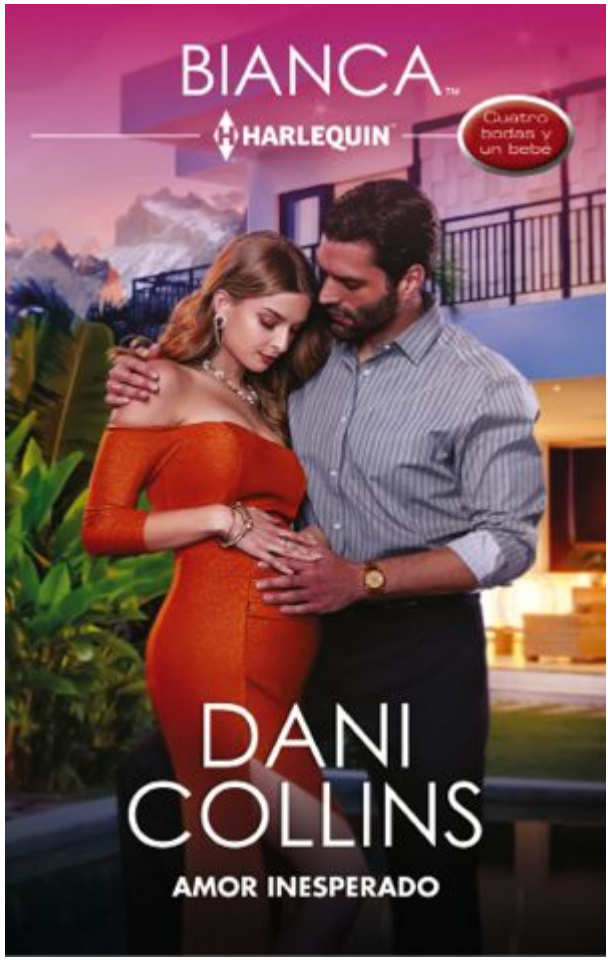
Nina le sonrió.

–¡Vaya! Un médico que recita poesía. ¿Puede haber algo mejor?

Él la llevó hacia el dormitorio.

–Creo que sí. Acepto el reto, a ver adónde nos lleva.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

JULIA
HARLEQUIN
3 NOVELAS Inolvidables
SUSAN MALLERY
SECUESTRADA POR UN JEQUE
NOCHES DE SEDUCCIÓN
LA NOVIA SECRETA DEL JEQUE

Secuestrada por un jeque - Noches de seducción - La novia secreta del jeque

Mallery, Susan
9788411417570
576 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ómnibus Julia 457

Secuestrada por un jeque

No iba a perdonarle su engaño.

Deslumbrada por el apasionado príncipe Khalil Khan, Dora Nelson disfrutaba del cuento de hadas que era su nueva vida como princesa de El Bahar. Sin embargo, cuando descubrió que el amor y el afecto de Khalil eran una farsa, se negó a acatar su voluntad. Khalil la había traicionado; y aunque ella no podía perdonarle, tampoco podía dejar de amarlo.

Por encima de todo, Dora quería un hogar feliz y un esposo que la amara. Ahora, cada vez que su carácter fuerte chocaba con la arrogancia del príncipe, saltaban chispas. Y si Dora y Khalil no encontraban un punto de encuentro, su ardiente matrimonio los consumiría a ambos.

Noches de seducción

¿Sería su esposa de conveniencia aquella seductora princesa?

Heidi McKinley se estremeció de placer cuando el rey en persona se empeñó en que se casara con uno de sus hijos y le diera herederos. A fin de cuentas, el príncipe Jamal era pecaminiosamente sexy y un amante legendario; un experto en erotismo, sin duda alguna.

¿Qué podía ver Jamal en la seria Heidi? ¡Mucho! Porque Jamal estaba secretamente encaprichado de la inocente y dulce mujer. Pero entonces, ¿por qué se vestía Heidi con sedas e interpretaba el papel de la seductora Honey Martin para ganarse su corazón? ¿Y cómo podría elegir Jamal entre su audaz y descarada amante y su vergonzosa y tímida mujer?

La novia secreta del jeque

¿Lograría el amor de aquel orgulloso príncipe?

Liana Archer se quedó atónita cuando el increíblemente atractivo Malik Khan, príncipe heredero del exótico reino de El Bahar, la raptó y la llevó a su palacio. ¿Qué podría querer un príncipe del desierto de una simple profesora que no era ninguna belleza extraordinaria?

Anonadada y absolutamente embriagada de deseo, Liana se convirtió rápidamente en la esposa de Malik. Pero, ¿se atrevería a confiar su corazón a un hombre que le podía dar todo salvo el amor?

Cómpralo y empieza a leer

BIANCA
HARLEQUIN
LOUISE FULLER
LA VERDAD DE SU PASADO

La verdad de su pasado

Fuller, Louise
9788411801089
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Bianca 3010

Él había vuelto… para terminar lo que habían empezado.

Cuando Gabriel Silva, un multimillonario hecho a sí mismo, contrató a la abogada Dove Cavendish para que supervisara una importante adquisición, lo hizo solo por negocios… y por el pasado que los dos compartían, un pasado muy doloroso. Años atrás, Dove le rompió el corazón y él había vuelto para cobrarse su venganza.

Después de su traumática separación, Dove nunca había querido volver a ver a Gabriel. Sin embargo, la supervivencia de su bufete dependía de él. Muy a su pesar, no le quedó más remedio que aceptar, pero se juró que mantendría su profesionalidad hasta el final. Sin embargo, la química entre ellos era innegable. Desgraciadamente, los fogosos besos de Gabriel no podían quemar para siempre los secretos que había entre ambos. Solo podrían conseguirlo enfrentándose a la verdad de su pasado…

Cómpralo y empieza a leer

JULIA
HARLEQUIN
Hayley Gardner
ESPOSA POR UNA SEMANA

Esposa por una semana

Gardner, Hayley
9788411801249
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Julia 1013

Gina Delaney tenía un nuevo y misterioso vecino. Por su casa pasaba una mujer tras otra, desde espantosas amas de casa hasta vampiresas con minifalda. Gina no dejaba de preguntarse qué estaría tramando aquel hombre tan sexy.

No pasaría mucho tiempo hasta que lo averiguara.

Un día, de pronto, Matt llamó a su puerta y le pidió que se hiciera pasar por su mujer. Su curiosidad era tal que accedió. Después de todo, ¿qué mal podía causarle cuando se trataba de una semana?

Cómpralo y empieza a leer

HQÑ
PARÍS
PUEDE
ESPERAR
MARISA SICILIA

París puede esperar

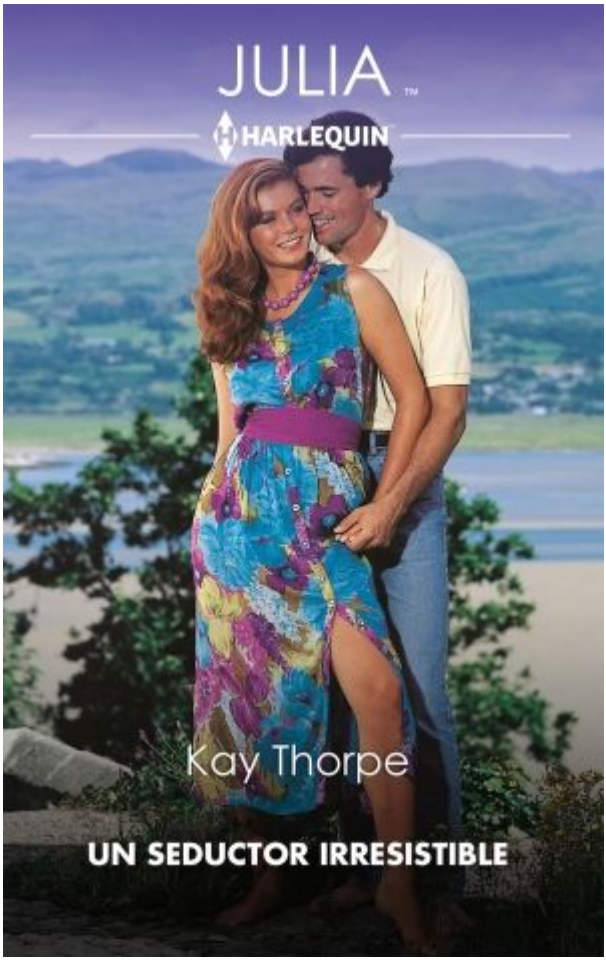
Sicilia, Marisa
9788413487649
61 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer


JULIA
HARLEQUIN
Kay Thorpe
UN SEDUCTOR IRRESISTIBLE

Un seductor irresistible

Thorpe, Kay
9788411801225
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Julia 1011

El magnate griego Nikos Pandrossos necesitaba a alguien que cuidara a su hijo de cinco años, y Chelsea Lovatt parecía perfecta para el trabajo. El pequeño adoraba a la joven y ésta parecía más que deseosa de pasar un mes como niñera de Dimitris.

Pero Nikos tenía en mente algo más que el cuidado del niño. ¡Deseaba a Chelsea en su cama! Ella sabía que por su propio bien debería resistirse, que no había ningún futuro en una aventura con Nikos. Pero la oportunidad de poder conocerlo de la forma en que se moría por conocerlo, era mejor que una vida entera preguntándose lo que podría haberse perdido…

Cómpralo y empieza a leer